

The background is a collage of images. In the top left, there is a silver camera with a lens cap. To its right is a book titled 'Popol Vuh' with a map of Central America on its cover. Below the camera is a brown leather bag. In the center, there is a circular map. The bottom half of the image shows a coastal scene with a body of water, a hillside with buildings, and the dark wooden deck of a boat in the foreground.

COMO RESTOS DE MAREA

Alvaro Abanda

COMO RESTOS DE MAREA

ALVARO ABANDA

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: COMO RESTOS DE MAREA

© ALVARO ABANDA

Registro de la Propiedad Intelectual SS-351-2013

Edición publicada en noviembre del 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

*COMO RESTOS
DE MAREA*

Alvaro Abanda

***¡Tanta vida y jamás!
¡Y tantos años y siempre,
mucho siempre, siempre, siempre!***

César Vallejo

— Índice —

[Prólogo](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[Epílogo](#)

[Traducción vocabulario](#)

Prólogo

SAN SEBASTIÁN, ÉPOCA ACTUAL

El coche, con un leve chirrido de las ruedas patinando sobre la gravilla, se detuvo en la rotonda circundada de un muro bajo de piedra arenisca semioculto por una espesa enredadera de Virginia. De su interior descendieron dos mujeres. La mayor, de edad avanzada e indefinida, disimulaba sus muchos años en la complicidad de una indumentaria sobria y deportiva, un desenfadado corte del cabello casi blanco y el ágil movimiento de un cuerpo estilizado y flexible. En las manos morenas de largos dedos y marcadas venas, sostenía una caja de madera de cerezo. Su acompañante, considerablemente más joven, alta y delgada en extremo, poseía en su rostro la lasitud desmayada de quien nunca se ha ocupado en demasía de la apariencia física, un aire de pronunciada seguridad que la mostraba, si no altiva, sí distante e indiferente a lo que ocurría en su entorno. Vestía una falda larga, amplia y ligera, en armoniosa conjunción con un pullover de punto de seda de las mismas características ocultando las formas femeninas, apenas perfiladas dada su delgadez. Encendió un cigarrillo con urgencia mientras lanzaba una rápida mirada a su alrededor, a la espera de que su amiga confirmara que se encontraban en el lugar deseado.

—Es por la derecha. —Apuntó con firmeza la otra y sin más, comenzaron a caminar hacia la espesura del bosque. El sendero discurría flanqueado de grandes setos de hortensias azules y rosas, tras los que se extendía una zona cuajada de pinos protegiendo la parte este del monte. A la izquierda y en la lejanía, se vislumbraba apenas una franja de mar perdido en la calima, casi oculto a los ojos de los paseantes por las robinias, tilos, abedules y laureles que, a ráfagas, perfumaban con intensidad el aire caliente y denso de una tarde de agosto en la que el sol, perezoso, iniciaba su declive. Tras unos minutos de caminata, la mujer de más edad se detuvo y aspiró con deleite el leve viento que empezaba a levantarse por poniente.

—¿Estás cansada? —Preguntó, solícita, Laura.

—No, pero detengámonos un momento. Quiero atrapar los recuerdos de estos aromas y sonidos que lo llenan todo —Entornó los ojos en un

imperceptible y sensual parpadeo, suavizando el gesto seco de su rostro anguloso. A pesar de lo lejana que ya quedaba la primavera, se escuchó, intermitente, el gorjeo melodioso y grave de un mirlo y como respuesta, el silbido de un cuco —Escucha. El mirlo canta y el cuco silba. Como entonces. Como siempre. A ella le encantaba mi forma de imitar el silbido del cuco, y cómo él me lo devolvía una y otra vez.

La joven, apenas conmovida, rodeó con su largo brazo la espalda de la mujer. —¿Seguimos? Insinuó a media voz.

Se internaron por un camino abierto hacia a la izquierda, solitario y en silencio, roto solo por el vuelo brusco de algún pájaro asustado o el de las lagartijas escurriéndose entre las zarzas que mostraban sus frutos de moras maduras y relucientes. Una nueva parada, esta vez para llenar los ojos del paisaje largo tiempo añorado e indicar con voz trémula el lugar que buscaban.

—Mira, ahí está la Peña del Ballenero. Ya en el siglo X, los pescadores se apostaban sobre ella para otear la mar y descubrir la presencia de las ballenas. Desde aquí alertaban a sus compañeros de las embarcaciones e iniciaban la caza.

La peña no era más que un pequeño montículo, una atalaya rocosa cercenada por el tiempo, la lluvia y el viento.

—No recuerdo si alguna vez te trajimos aquí... —Hablabla para sí, absorta y alejada de su acompañante y Laura, a su pesar, no pudo evitar la ironía en el tono grave de su voz un poco rota.

—Nunca. Este fue un lugar sagrado para vosotras. El altar iniciático de todo un proceso de vida, tan absurdo, que jamás os llevó a nada y que hoy todavía sigo sin entender plenamente.

Su interlocutora ignoró el reproche, atenta como estaba a recobrar para su mirada y su recuerdo la orografía accidentada de la zona; los altos pinos recortándose en el azul velado del cielo, el suelo alfombrado de pinocha y piñas secas expandiendo su olor repleto de infancia, el viejo molino en ruinas... La escalera, tallada en la piedra arenisca por la que en un tiempo se accedía a la roca, desaparecía casi por completo después del primer escalón. Inopinadamente, inició la ascensión eligiendo con meticulosidad los huecos en los que apoyar los pies y los salientes donde sujetar las manos. No sin cierta dificultad alcanzó el pico de la minúscula cumbre; eslabón perdido entre la infancia y la realidad de su edad actual. Llenaba así el vacío de la ausencia y se abrazaba al imposible de una evocación sin retorno. De pie, erguida sobre el montículo, en su rostro se percibía una sombra de cansancio

que no era físico y que arrancaba desde las raíces del alma proclamando, a su pesar, una derrota anticipada.

—Desde esta atalaya, cuando ya éramos mayores, escudriñábamos el horizonte horas y horas tratando de avistar las ballenas, pero para entonces ya no las había en esta zona del Cantábrico. —Concluyó en un tono que implicaba cierta decepción.

—¿Alguna de las dos llegó a crecer de verdad? —Fue la cáustica respuesta de Laura.

El silencio estaba definitivamente quebrado por el murmullo de la mar trepando desde las profundidades del acantilado, acompañado por el alarido casi humano de las gaviotas remontando el vuelo hasta alturas insospechadas, para luego descender en picado; kamikazes de alas blancas en busca de un pez o un residuo orgánico para saciar su voraz apetito. La voz de la mujer se alzó con un matiz bronco y varonil, declamando un disparatado monólogo.

—¡Ah, mi hermosa Ana María ¡ ¿Por qué lloráis? ¿Quién ha sido el bellaco que ha osado anegar de llanto vuestros bellos ojos? ¡Voto a bríos que pagará cara la ofensa!

Estupefacta, Laura observaba la escena ingenua y dramática a la vez, en la que su acompañante se transformaba en un ser rabiosamente vital, desconocido y joven, alejado de la cordura, transitando por el espacio irreal de las viñetas de un cómic, convertido en un héroe de cota de tinta y cimitarra de papel. Cuando aún no había salido de su asombro y sus mejillas conservaban el sonrojo de la vergüenza ajena, sin transición, la mujer habló con su tono habitual como si nada de lo presenciado por la joven hubiera sucedido.

—Mira. Ahí sigue el espino blanco. —Señalaba un arbusto de ramillas espinosas, cortas y fuertes, con flores blancas y frutos rojos y redondos. Las aletas de su nariz se dilataban ansiosas, casi con lujuria, para mejor aprehender los aromas entremezclados de la mar y el bosque.— Es curioso —dijo sin esperar audiencia— cómo en la vida hay fechas que se repiten en hechos extraordinarios. En un día como hoy, ella y yo nos conocimos en este mismo lugar.

—¿Cómo puedes estar tan segura y acordarte, si entonces ignorabas la trascendencia que para las dos iba a tener vuestro encuentro?

—Es cierto. No lo supe ese día. Pero sí recuerdo cómo por la noche sangré mi primera regla. Son fechas que una mujer no olvida.

Laura consultó su reloj. Se impacientaba al pensar que Paulino llevaba rato esperando en el puerto y que de seguir perdiendo el tiempo llegarían más tarde de lo previsto, de noche quizá. Además, se sentía incómoda en el obligado papel de espectadora de la representación que su acompañante llevaba a cabo. Un sentimiento no definido, mezcla de comprensión solapada en una aparente indiferencia y un auténtico pudor ajeno que la situaba fuera del escenario, aún a sabiendas de su importante papel en la escenificación, contemplada con un injusto distanciamiento desde el que, inevitable, surgía la dureza de su crítica.

—¿No crees que debes empezar ya? —Conminó con una repentina ira de la que se arrepiñó antes de terminar la frase, consciente de que la causa de su momentáneo desvarío, no era otra que el intenso sufrimiento que la situación le producía. Hizo un esfuerzo para añadir con suavidad.— Se está haciendo tarde y hemos de bajar al muelle. Paulino nos espera.

Apresada en sus pensamientos más íntimos, la miró como si acabara de descubrir su presencia y se sorprendiera de ella. Permaneció inmóvil unos segundos más y después, con parsimonia, levantó la tapa de la caja de cerezo y dejó escapar parte de las cenizas que contenía. Una leve brisa las aventó con mansedumbre por los helechos y el marojo, la jara y los zarzales, descendiendo camino de la mar cuyo sonido se elevaba imperceptible.

En el puerto, junto al embarcadero, Paulino esperaba impaciente.

—¡Venga, aprisa! Se nos va hacer de noche. —Reprochó, rudo, cuando las vio llegar, mirando con desconfianza la cajita de cerezo entre las manos de la mujer madura.— Creí que se habían olvidado de la cita.

Paulino puso el motor en marcha. Solo al cabo de unos minutos, iniciada ya la maniobra de partida, la mayor pareció preguntarse a sí misma.

—¿Cómo nos íbamos a olvidar? —Sus ojos y los del hombre se encontraron y el recuerdo de ambos, varado en un mismo rostro, les hizo cómplices por unos instantes.

— Es ella ¿verdad? —El pescador señalaba con la mirada al pequeño recipiente. La mujer asintió con una inclinación de cabeza.

A esa hora dulce y tibia del atardecer, pequeñas embarcaciones de recreo, yates, balandros y fuera bordas, buscaban anclaje en la dársena escoltados por algún pesquero de bajura. El katamarán “Ciudad de San

Sebastián”, blanco y ligero, convertido en un clásico del verano donostiarra, realizaba su recorrido turístico por la bahía repleto de pasajeros que, en la mayoría de los casos, recibían en la breve singladura su bautizo marítimo. Acomodados en los diques, algunos niños pescaban pececillos con un cebo de gusanos y otros, más intrépidos, se zambullían en el agua pidiendo a quienes paseaban por el espigón, unas monedas para después rescatarlas del fondo. Superada la bocana del puerto y el Aquarium, dejaron atrás la isla de Santa Clara y al socaire del monte Urgull, Paulino puso proa en dirección a la playa de la Zurriola, rebasándola y bordeando después la costa del monte Ulía.

—Sigue un poco más adelante —pidió la mujer portadora de la caja— Acércate todo lo que te sea posible a las rocas del Mompás. La mar está encalmada y no tendremos problemas.

El hombre obedeció sin objeciones las órdenes de su pasajera y cuando estuvo a la altura deseada, paró el motor.

—¿Aquí está bien? —Preguntó respetuoso.

—Perfecto.

La marea baja dejaba al descubierto las puntas alargadas y rocosas de los arrecifes adentrándose en la mar, formando pequeñas lagunas transparentes en las que se adivinaban las musharras, las erlas y el multicolor intenso de las escurridizas doncellas... “Le diré a mi padre que un amanecer nos lleve a las dos, a ti y a mí, a pescar al Mompás. Seguro que no le importará que seas la hija de un ministro de Franco. Bajaremos por la ladera del monte y desde una roca, verás qué precioso es el nacer del día y qué bonitas las doncellas que pescaremos. Te enseñaré también las estrellas de mar y el culantrillo. El alhelí y el taray...” Antes de que los recuerdos hicieran asomar las lágrimas a sus ojos, la mujer abrió la caja, introdujo sus dedos en el fondo e impregnó las puntas con su contenido y, en un recorrido interminable, compendio de toda una vida, se los llevó a los labios en un beso intenso y largo no desapercibido para Paulino y Laura, que la observaba hierática. Repitió la ceremonia alargando su mano a la joven para, con un leve ademán, ofrecerle parte del contenido que la muchacha rechazó sin vacilar. La mujer pareció desconcertada por su actitud. En su rostro se marcó una fugaz mueca de censura pero no dijo nada y prosiguió su rito ignorando a sus acompañantes. Puesta en pié, sus ojos recogieron la inmensidad de la mar a la que hacía depositaria de su más valioso bien: las cenizas de quien alimentó los

impulsos de su vida, le dio razón de ser y entretejió todos y cada uno de sus más íntimos sentimientos. Solemne, volcó el contenido de la caja sobre las aguas complacidas y aquietadas de aquel atardecer de estío, y cuando la última pavesa hubo desaparecido en un mar en el que reverberaban los últimos rayos de un ocaso de fuego, musitó a modo de íntima oración: pescaremos doncellas y musharras. Te enseñaré el culantrillo, el taray y la estrella de mar... Un sollozo quebró su voz impidiéndole continuar. Los ojos de Laura se humedecieron por primera vez y el pescador, conmovido, inclinó reverente la cabeza, despojándose de la vieja txapela que la cubría.

En lo alto del monte Ulía, un hombre diminuto por la distancia, quemaba rastrojos. Un delgado hilo de humo blanquecino se elevaba hasta el cielo — donde ya brillaba Sirio— dejando en su ascensión un olor a retama y nostalgia.

I

SAN SEBASTIÁN, AGOSTO 1949

Al frente de la pandilla, Martina se detuvo un instante lanzando la mirada experta por su universo más cercano y tangible: toda la extensión que del monte Ulía abarcaba con sus ojos. El sol de agosto, en su cenit, caía implacable sobre las cabezas sudorosas de los chavales, insensibles al tormento de sus rayos de fuego, entregados como estaban a vivir intensamente las vacaciones escolares que alargaban los días en infinitas posibilidades de juegos y aventuras. Sus ojos despiertos, verdes y claros, otearon la espiral de humo blanquecino alzándose por la ladera norte, lamida por el mar.— Será algún casero quemando rastrojos. Pensó. O mejor —le aconsejó su generosa imaginación— algún indio haciendo señales a sus compañeros sioux, los chavales del barrio de Sagües que, seguro, nos esperan a retaguardia para atacarnos por la espalda así que daremos un rodeo y seremos nosotros los que pillemos por sorpresa a la tribu enemiga.

Con un imperioso gesto de su mano derecha, conminó a la chiquillería a ponerse en marcha. Los críos acataron la orden como los más disciplinados soldados del sexto de caballería. En su trote, levantaron una densa polvareda que cegó los ojos de Martina. Para cuando la nube se disipó, la chica había cambiado de opinión. No le apetecía jugar a indios y federales como otras veces en que, al frente de su tropa y pistola de hojalata en mano, arengaba a los muchachos asaltando las tribus compuestas por las bandas rivales de otros barrios cercanos, acampadas en las verdes praderas, entre los manzanos y maizales del monte. En esa tarde de agosto una inquietud indefinida, como una inesperada nube negra amenazando lluvia en un cielo despejado, la desasosegaba el alma y la impedía centrarse en uno de sus juegos favoritos. Deseó encontrarse sola, pero los chicos desgüeñados, sofocados por el calor y la carrera, habían regresado a su lado y esperaban expectantes sus consignas.

Los miró sin verlos, consciente de que no podía defraudarles. Era líder del grupo y además, chica. El precio a pagar por tan dudoso privilegio consistía en no mostrar debilidad, indecisión ni, sobre todo, falta de imaginación.

—¡Venga, Martina! ¿Nos vamos a quedar aquí parados toda la tarde? —Apremiaron los más impacientes— Seguro que los chicos de Sagüés nos han visto y estarán preparándonos una emboscada. Si no se te ocurre nada ya nos inventaremos nosotros alguna cosa. Hoy estás como tonta.

El impropio espoleó su amor propio. Arreó una cachetada al osado que había puesto en entredicho su autoridad, y en un santiamén decidió el plan que llenaría de acción las largas horas de ocio.

—De acuerdo. Pero hoy no jugaremos a los indios. Yo seré el Guerrero del antifaz y vosotros, mis soldados. Iremos a luchar contra el infiel sarraceno para liberar de sus malvadas garras a la hermosa doña Ana María. ¡Seguidme! Necesitamos cañas para hacer nuestras espadas.

La tropa corrió enardecida tras ella, dispuesta a esquilmarse el primer campo de maíz que encontraran en su camino. Una emoción fuerte la de esa tarde, aumentada por el riesgo añadido que significaba la posibilidad de ser descubiertos por el dueño del sembrado y sufrir alguna baja entre las huestes a manos del iracundo casero de turno, harto ya de sus tropelías. Con el ardor que impele una profunda voluntad de conquista, treparon monte arriba y ya armados y sin contratiempos, Martina distribuyó a su gente de manera estratégica a fin de vencer al enemigo y rescatar así a la rubia y dulce doña Ana María, el gran amor del Guerrero del Antifaz. Cuando el último de los soldados hubo desaparecido emboscado entre los helechos y los pinos, Martina, sin dudarlo, tomó el camino opuesto al indicado a sus compañeros de juegos. Lo hacía sin prisa, ausente y olvidada de ellos, perdido el interés por cuanto la rodeaba, invadida de una difusa tristeza aleteando ingrátida por su estómago y una pena indescifrable y nueva serpenteando garganta arriba. Una premonición, como un cuerpo extraño alojado en su organismo, se removía gritando sin voces que algo diferente y desconocido le iba a suceder esa tarde. Y sus ojos verdosos, más claros cuanto más intensa era la luz del sol, escrutaban con avidez un paisaje aprendido de memoria a lo largo de sus doce años de vida; los pinos, las ayas, las acacias, el laurel y, al fondo, la mar. Igueldo con su torre que —según su padre— un día fue faro de leña para orientación de los pescadores; Ondarreta, la playa de la gente bien; la Concha, que sí era de todos; la isla de Santa Clara, donde el aitá le enseñó a nadar los domingos por la tarde. El monte Urgull... Abajo, a sus pies, la

Zurriola, una reducida franja de arena al descubierto formando en la bajamar una playa salvaje y peligrosa, sucia de vísceras y deshechos de animales arrojados desde el cercano matadero municipal.— Es una playa frustrada que quiere y no puede ser porque está en el lado de los pobres, en un barrio marginal— Pensó, con la sensación de que algo hasta entonces íntimo se alejaba de ella y la dejaba vacía, suspendida en un solitario universo antes repleto de lo que más amaba. ¿Por qué la corazonada de que aquel sería el último verano disfrutado a su albedrío? Luego —lo presentía— se lo quitarían todo de golpe: su familia, el monte, las playas, sus amigos, sus juegos, su libertad... Aspiró el aire, ansiosa, como si le faltara para respirar, arrebatado por unas manos invisibles empeñadas en negárselo hasta hacerla morir. Las ganas de llorar invadieron su pecho, su garganta, todo su territorio de pronto deshabitado. Pese a ello sus ojos permanecieron secos y sus sentidos alerta, escuchando las voces nítidas que parecían surgir de allí mismo, a su lado, reconstruyendo la eterna discusión que, día a día, iba hilando, entretejiendo su destino.

—Hazte a la idea. —solía decir el padre— Debe irse con sus tíos a Madrid. Martina es despabilada y lista y mi hermana tiene dinero. Desde hace tiempo está deseando llevarse a la cría y seguro que, además de comer y vestir mejor que aquí, le dará los estudios que nosotros no podemos.

La voz de la madre, a veces se acallaba sin que por ello otorgara. Las más, sonaba indignada.

—Yo no doy a uno de mis hijos ni a "maríasantísima". Si tu hermana quiere hijos, que se joda y los para ella misma. Pero claro, la señorona está acostumbrada a que las criadas se lo den todo hecho y piensa que los hijos, con una orden, se los llevaran a casa crecitos y todo. Y tú, con tal de darle el gusto ¡pues hala! A regalarle uno de tus hijos.

—No seas burra, mujer —se impacientaba el hombre— eso es puro egoísmo de tu parte. Yo no lo hago por complacer a mi hermana, sino pensando en que le dará una carrera a la chavala. Tú, como tienes muy pocos conocimientos y menos luces, no le das importancia a esas cosas, pero la tienen. Aquí no tendrá ningún porvenir y terminará yendo a fregar a las casas como te toca hacer a ti. La chica se merece algo más. Tiene inquietudes.

Desde dos años atrás, el tema se suscitaba cada verano en que la hermana de su padre llegaba de Madrid cargada de joyas, con el peinado que llamaban "Arriba España" o con el pelo metido en una redecilla —era la moda desde que Imperio Argentina protagonizara la película "Goyescas"— y vestida con

elegantes trajes. Una desconsideración y un despropósito, teniendo en cuenta que el ambiente en el que se movía durante esos días, era el de una familia numerosa pobre de solemnidad y de cuyas ínfulas de grandeza sus cuñadas hacían mofa, riéndose a sus espaldas, pues su origen era tan humilde como el de ellas y si ahora se había convertido en la pariente adinerada de la familia, era solo por su matrimonio con un droguero enriquecido a saber cómo, consentidor de todos sus caprichos, quince años mayor, reprimido y encoñado con la belleza morena y espectacular de su mujer que, eso sí, lo era de bandera. La tía Isabel siempre traía regalos para ella y para sus hermanos y, cuando pasados unos días volvía a Madrid, en la despedida la miraba de una manera especial, como si ya fuera de su propiedad y tuviera algún derecho sobre ella.

— Martina, guapa, suaviza un poco tus modales. Eres muy marichico; siempre silbando y dando brincos ¡qué ordinariez! Las señoritas no silban ni dan volteretas enseñando las bragas. A ver si cuando nos volvamos a encontrar estás más fina, bonita— La sola idea de convertirse en una señorita aterraba a Martina, que guardaba un respetuoso silencio mientras sorprendía a la tía en un gesto de complicidad con su padre, también percibido por la madre que, de manera insólita, permanecía callada. Isabel, había estado en el mes de julio y a juzgar por las broncas que arreciaron tras su marcha, había insistido con más fuerza que en otras ocasiones en llevársela a Madrid.

—Hay que decidirse de una vez. Mi hermana tiene que saberlo con tiempo para poder matricularla en un buen colegio.

—Si te descuidas, en uno de monjas. —Replicaba la madre llena de resentimiento, republicana y acérrima anticlerical.

—Si a de ser lo mejor para ella, eso no importa. Ya iré luego a la Universidad. ¿Te imaginas a tu hija abogado, médico o arquitecto? —Soñaba su padre, ilusionado en exceso.

La madre no se lo imaginaba porque le faltaba un pelo para ser analfabeta y esas cuestiones le parecían pamplinas y fuera de lugar ¿Cómo una chica, y menos una de sus hijas, podía llegar a ser médico o abogado, si esas cosas sólo lo eran los hombres y además, ricos? A ella, lo único que le importaba era tenerla cerca como al resto de sus pequeños, mientras trabajaba como una esclava para amamantarlos y cuidarlos con el mismo celo de una perra. Ante las argumentaciones intelectuales de su marido, desarmada, callaba para ganar tiempo y Martina, la más implicada en la historia, se dolía sin palabras por no tener la oportunidad de participar en las discusiones en las

que se decidía su futuro, sin que nadie recabara su opinión. Claro que, según se encontrara de ánimo, agradecía que no tuvieran en cuenta sus propios deseos. En el fondo, ni ella misma sabía muy bien si quería o no ir a Madrid. Una muy dura posguerra, sobre todo para los perdedores de una contienda imposible de olvidar y una familia numerosa que se incrementaba con rapidez —eran cuatro hermanos y su madre esperaba el quinto— ponían en graves apuros económicos la casa en la que, debido a los constantes embarazos de la mujer, habitualmente no entraba más jornal que el aportado por el cabeza de familia, cantero de oficio. En Madrid, si era cierto lo que su padre argumentaba, podría estudiar esa carrera de la que tanto hablaba. La de médico era la que más le gustaba. Por algo así, estaba dispuesta a hacer el sacrificio de aguantar a las monjas, si llegaba el caso. Isabel, aunque tenía sus propias dudas porque ya conocía lo variable de su carácter, era una mujer a la que intentaría querer. Por las mañanas —cuando estaba en San Sebastián— se la llevaba con ella a la playa y de regreso, solía canturrear con una voz bonita y mucho oído canciones como “Mirando al mar soñé...”, muy de moda entonces. El bolero se escuchaba a todas horas por la única radio que había en uno de los pisos de la casa grande donde ella vivía y dado el volumen, la música y la voz de Jorge Sepúlveda, se colaba en todos los demás a través del patio de vecindad. O aquella otra tan preciosa y romántica de “Solamente una vez amé en la vida”. La que más le gustaba, aunque la ponía muy triste, era una habanera que escuchó en una película donde la protagonista la cantaba en una noche llena de sombras, rodeada de hombres con sombreros de paja y uniformes militares “Yo te diré, por qué en mi canción, te nombro sin cesar...” Era como si ya estuviera echando en falta a alguien a quien todavía no conocía y cuya ausencia le producía un dolor nuevo. Su padre también cantaba muy bien. Sobre todo los tangos y las canciones de guerra aprendidas en el frente, como heridas recientes y un trasfondo de rabia por los compañeros muertos. Había una, no de batalla y la más repetida, que Martina nunca escuchó después en otros labios. La letra, sencilla e ingenua, contaba una historia de florecillas que simbolizaban amor y nacían, propicias, junto al lejano río Paraná. Una música dulce de evocaciones desconocidas y arcanas. Paisajes con la conciencia, para Martina, de haberlos vivido aún antes de nacer en lugares fascinantes más allá de la mar y que la esperaban desde siempre; Atlas creado en libertad para ella sola. Cordilleras de América añoradas como algo amado y después perdido, recortadas en sucesivos y límpidos amaneceres fuera del tiempo. Los versos anónimos, nunca supo por

qué, se le agolpaban a Martina en la garganta como un grito de inocencia en las madrugadas en que venían a buscar a su padre, cuando el dictador llegaba a pasar sus días de vacaciones a San Sebastián y era necesario limpiar la ciudad de rojos que —en el caso de su padre no era probable— pusieran en peligro su integridad física. Por fortuna y desde hacía dos veranos, los policías no habían ido al amanecer golpeando con violencia la puerta de su casa.

Por las noches, fantaseando con su traslado a Madrid, se imaginaba a sí misma convertida en un gran médico emprendiendo arriesgados viajes a Africa, a donde acudía para curar a los negritos igual que hacía una doctora guapísima en una película preciosa de Tarzán, o salvando la vida de otros niños en una clínica blanca y con olor a éter, como el dispensario del convento de Villa Cristeta, donde la madre Santo Tomás, grande, humana y francesa, le hacía las curas de las rodillas infectadas a consecuencia de las frecuentes caídas producidas en sus alocadas carreras retando a los chicos del barrio, obligada como estaba a ser siempre la primera en todos los juegos que organizaban entre ellos.

—Es que egues un maguichico, siempre coguiendo comme une folle ¿Es que nunca aprendegás a compogtagte como una muchachita? —Le recriminaba la monja con su gracioso acento francés. Y como para disuadirla de su reprobable comportamiento, le arrancaba de un tirón y sin piedad el esparadrapo del apósito colocado el día anterior. Cuando las heridas se infectaban y segregaban pus, le subía la fiebre y se le formaban unos bultitos en las ingles tan molestos y dolorosos, que la impedían correr. Entonces leía cuanto caía en sus manos. Periódicos atrasados, las aventuras de “El Coyote”, de Joaquín Mallorquí y las novelas del Oeste escritas por Marcial Lafuente Estefanía, a las que su padre era muy aficionado. Lo que más leía eran tebeos, sobre todo las aventuras del Guerrero del Antifaz, su héroe favorito. Tebeos que una amiga le dejaba a cambio de los recortes de plexiglás que su hermana mayor le traía del taller de gabardinas, donde trabajaba como aprendiz. Con ellos, la amiga, se hacía lazos y flores para su pelo rubio. Personalmente no le gustaban ni pizca, aunque su madre a veces también los utilizaba para sujetarle las trenzas.

Aspiró el aire denso de la sofocante tarde de verano, asaltada por un hambre feroz. Era la hora de la merienda y había olvidado coger el pan con

aceite y azúcar que su madre le preparaba a veces. Buscó en el bolsillo de su vieja falda por si encontraba algunas migajas que llevarse a la boca. Vana ilusión. Siempre estaban vacíos de cualquier materia comestible. En la búsqueda, sus dedos tropezaron con medio cigarrillo de anís comprado el día anterior a la cestería de la calle Miracruz. Lo recompuso con dedos hábiles y raspando contra una piedra la única cerilla de la que disponía, lo encendió. Lo que quedaba del cigarrillo chisporroteó como una yesca seca y la semilla aromática inundó su boca, quemando y adormeciendo su paladar, dejando en él un sabor antiguo de liturgia. Lo apuró hasta sentir el calor abrasando sus dedos y una sensación de alivio al verlo consumido. Cerró los ojos y se dejó llevar —como hacía con frecuencia— por las ensoñaciones. Tras un breve deambular por el inacabable mundo de su fantasía, como un galgo tras una liebre aparecida por sorpresa, se puso en pie y echó a correr monte arriba.

II

Sus piernas, al trote, la llevaron hasta la Peña del Ballenero, santuario de reflexión para Martina cuando necesitaba estar sola; tranquilizarse, pensar o simplemente dejar vagar su imaginación. Allí y de forma invariable, se sentía la chica más feliz o desgraciada del mundo, según trascurriera el día, pero experimentando siempre en el fluir de la sangre, el don portentoso de la libertad en connivencia con la naturaleza que tanto amaba. En un par de brincos se encaramó a la cima y una vez en lo alto del reducto considerado como propio, sus ojos buscaron el matojo de junquillos del que arrancó los dos más largos. Del bolsillo de su falda extrajo un pedazo de tela negra y brillante de las utilizadas para forrar prendas, en la que había hecho dos orificios grandes centrales y otros dos pequeños en los extremos. Por los últimos, introdujo con maña los juncos y después de hacer un nudo en cada uno de ellos, puso el trapo sobre sus ojos, atando la hierba a la altura de la nunca. Colocado el rudimentario antifaz y a modo de espada, blandió la caña hurtada en el campo de maíz; se colocó en posición de guardia y arremetió con válido estilo contra un imaginario enemigo. Erguida en la peña, adivinaba un punto de mar azul oculto tras los pinos de acículas de color verde oscuro y piñas pequeñas que, en sus batallas campales contra los chicos de otros barrios, empleaban a modo de proyectiles. Ni una brizna de aire mecía sus ramas y la vegetación, adormecida, se remansaba indolente en la quietud de la solitaria tarde de agosto. Un leve ruido surgió de entre los helechos y las zarzas.—Será una lagartija.— Despreció sin ánimo de entrar en combate con tan diminuto enemigo, y siguió hiriendo el aire a mandoble limpio. El ruido volvió a repetirse más fuerte y cercano, esta vez acompañado de unos débiles gemidos. Desde la atalaya, tensa e inmóvil, sus ojos verdes escudriñaron el declive de la flora adentrándose en lo más intrincado del bosque, de donde llegaban los lamentos.— ¡Quién vive!— Gritó tronando la voz. Breve silencio, apenas interrumpido por el murmullo compacto de los insectos que poblaban el monte. Y de nuevo, el gemido ahora convertido en llanto. Martina se puso en guardia blandiendo la caña en ademán de ataque dirigido al intruso invisible, mirando de soslayo a ambos lados con aparatosa

cautela como había visto hacer a Gene Kelly en “Los Tres Mosqueteros”. De entre la maleza surgió una niña de trenzas color castaño como las suyas y edad parecida. El rostro ovalado y dulce, de tez muy clara, estaba congestionado y sucio por el calor achicharrante de la tarde, el polvo y las lágrimas que resbalaban sin ningún pudor de sus ojos marrones y asustados. Para cuando la pequeña advirtió la presencia de Martina, esta, de un salto espectacular, se había plantado junto a ella. El miedo de Ana, sorprendida, llegó a su paroxismo cuando la desconocida, de forma inesperada, la rodeó con sus brazos en ademán protector mientras exclamaba.

—¡Ah, mi hermosa Ana María! ¿Por qué lloráis? ¿Quién ha sido el bellaco que ha osado anegar de llanto vuestros bellos y almendrados ojos? ¡Voto a bríos que pagará cara su ofensa!

La niña, desconcertada, la miraba confundida sin salir de su asombro. ¿Por qué aquella chica se cubría la cara con un birrioso antifaz? ¿Sería una ladrona que quería robarle su merienda? ¿Una criminal maqui? Según tía Elvira, eran peligrosos y algunos aún merodeaban por los montes. Para ella, hasta entonces no habían tenido sexo ni forma y desconocía lo que realmente significaba la palabra, asociada eso sí, a lo más deleznable y violento del ser humano. Pero, sobre todo ¿Por qué hablaba de manera tan extraña mientras la abrazaba sin conocerla de nada? ¿Se había topado con una loca? Le habría gustado responderse algo a sí misma, pero de su boca no salió otra cosa que un suspiro entrecortado y profundo. Sus ojos, buscaban ansiosos a su alrededor por si hubiera más locos acechándola o, lo que sería mejor, divisaba la presencia de algún componente de la pandilla de la que se había extraviado y la salvara de situación tan comprometida. Sin embargo, solo ellas dos parecían habitar el bosque. Aún no repuesta del susto y para mayor preocupación, la chalada del antifaz, sin apenas esfuerzo y sin venir a cuento, la había tomado en sus brazos y depositado cuidadosamente en un pequeño espacio libre de zarzas y maleza. Con la cercanía, comprobó que la chica loca estaba muy delgada y tenía las rodillas llenas de cicatrices; calzaba unas alpargatas de esparto y tela negra, rotas en las puntas por las que asomaban los dedos sucios de polvo. Llevaba una falda amplia y oscura, más propia de una señora mayor que de una niña como ella. Su voz era ya normal cuando volvió a hablar, pero la tontería que dijo era del mismo tenor que las anteriores.

—Tenéis los brazos y piernas arañados. Decidme ¿Os ha atacado algún miserable sarraceno?

—Me he perdido de mis amigos y no sé dónde estoy. No encontraba ningún camino y he subido entre las zarzas, por eso tengo tantos arañazos.— Respondió lo más digna que pudo.

La extravagante desconocida, con rapidez —todo lo hacía con la misma velocidad— sacó del bolsillo de su vieja falda un pañuelo de hierbas arrugado y sucio, mojó una de las puntas con su saliva e intentó restañar las pequeñas heridas.— Yo os curaré, doña Ana María.— Dijo solemne. La niña, retiró su pierna instintivamente.

—¿Tanto os duele, señora?

—No. Es que me da mucho asco que me froten con saliva.

La chica se apartó como si un ser invisible la hubiera desplazado de un potente puñetazo. Dolida por el rechazo y aparentando total indiferencia, buscó asiento sobre una piedra y la ignoró por completo, entreteniendo en dibujar garabatos en la tierra, disimulando la humillación inferida por la tonta desconocida. Cantaban las cigarras y los pájaros iniciaban breves y esporádicos vuelos entre los árboles. Ambas, en principio de reojo y luego con descaro, se miraban midiendo sus posibilidades en una mezcla de curiosidad y desconfianza mutua. Al fin Martina se puso en pie, se sacudió el polvo de la parte trasera de su falda como si de una delicada prenda se tratara y, arrogante, empezó a caminar a paso ligero sin volver la cabeza. Ana, asustada ante la idea de quedarse sola en medio del monte, suplicó.

—¡Por favor, espérame!

—Sígueme si quieres. —Ponía en su voz un tono de exagerado desprecio que, en verdad, no sentía.

Se había despojado del antifaz dejando al descubierto unos preciosos ojos glaucos. Los pómulos y la nariz eran un terreno acotado, invadido por las pecas. Ana se fijó en sus pechos, apenas dos bultitos marcados a través de la horrible blusa floreada.— Se le notan igual que a mí. Pensó aliviada, ya que a menudo sentía una pudorosa vergüenza a causa de sus incipientes turgencias.

—¿Cómo te llamas?

—Martina.

—Nunca había oído ese nombre en una chica.

—Me lo pusieron porque es así como se llama mi abuela.— Repuso, resignada.— ¿Y el tuyo?

—Me llamo Ana.

—¡Anda, he acertado la mitad! ¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—Qué casualidad. Igual que yo. Nunca antes te había visto por aquí. ¿De dónde eres?

—De Madrid. Estoy de vacaciones. Vengo todos los años.

—Yo soy de aquí, de San Sebastián. —Y de nuevo, sin previo aviso, echó a correr.— ¡Ven, vamos a coger manzanas de los árboles! —Gritaba sin detener su endiablado trote. Ana se detuvo horrorizada.

—¿Quieres decir que vayamos a robarlas? Yo no he robado nunca. Es pecado.

La chica frenó en seco. Habló con gran aplomo, llena de convicción y la paciencia al límite.

—No son cosas de la naturaleza. Coger higos, manzanas, cañas y rosas no es pecado si lo haces de la higuera, el manzano, la huerta o el jardín de las villas, porque la naturaleza es de todos. Tomarlo de las tiendas, sí sería pecado. En el mes de mayo, las calas y las azucenas que le llevo a la Virgen de la escuela a la que voy, las cojo de las villas y Dios nunca me ha castigado con una enfermedad o algo malo.— Y casi sin pausa— ¿Tú crees que Dios existe? Mi padre dice que no. Que de una máquina perfecta no pueden salir tornillos defectuosos, y que si fuera Dios el que nos ha creado a su imagen y semejanza, las mujeres y los hombres no seríamos tan imperfectos, tan burros, tan injustos y con tanta mala leche.

Ana estaba escandalizada del peculiar concepto teológico y de la moral que tenía aquella chica loca. ¡Qué horror si las monjas de su colegio supieran que estaba con una niña medio hereje que robaba cosas y dudaba de la existencia de Dios, al que comparaba con una máquina de fabricar tornillos y además, decía palabras malsonantes! Al volver a Madrid no tendría más remedio que confesarse con don Manuel, el sacerdote que les daba clases de religión. Y mientras ella se rezagaba aminorando el paso en consideraciones tan serias, Martina ya había tomado un atajo y trepaba por entre piedras y matorrales. Ana apenas podía seguirla, fijos los ojos en la inesperada compañera de aventuras a la que acababa de conocer y que, sin embargo, consideraba tan cercana y familiar como si hubiera estado con ella desde el primer recuerdo de su vida. Le hechizaba su manera de hablar, su imaginación que era como un torrente, la vitalidad desbocándose a cada vuelta de una frase o un gesto; aquella especie de exhalación libertaria jamás antes intuida y que ahora la impregnaba toda, contagiándola, descubriendo a sus ojos cromáticas tonalidades, tan luminosas, que la deslumbraban y a la

vez la llenaban de un oscuro desasosiego. Y sus lazos. Le encantaban los extraños lazos con que sujetaba sus largas trenzas, más largas aún que las suyas. Estaban hechos de un tejido que no parecía tela; tiesos, transparentes y opacos a la vez y de un color indeterminado. Ni blancos ni grises. Absolutamente originales.

—Nunca había visto unos lazos como los tuyos.— Martina se detuvo en seco. Se volvió hacia la niña con un gesto triunfante que hacían brillar, aclarando aún más, sus verdes ojos.

—¿Te gustan? —Preguntaba con un interés inesperado para Ana.

—No lo sé. —Tenía miedo a disgustarla.— Son muy raros, pero creo que sí...

Sin terminar la frase Martina ya se los estaba quitando.

—Toma. Para ti.

—Oh, no. Gracias. No quiero que te quedes sin ellos.

—Tengo más. Mi hermana trabaja en un taller de gabardinas y hacen impermeables de última moda, como los franceses. Le llaman plexiglás.

Tenían un tacto suave a pesar de no doblarse a la presión de los dedos. En obligada correspondencia, se quitó los suyos de raso color rosa con irisaciones malvas y fucsias, preciosas, y se los ofreció a Martina. La chica, un poco cortada, rechazó el regalo demasiado elegante para su gusto.

—No, gracias. No hace falta que me des los tuyos. Ya te he dicho que tengo más. Mi hermana me trae todos los que quiero y de muchos colores.

—¿Es que no te gustan?

—Son muy bonitos. —Mintió con una piedad casi mística que no estaba acostumbrada a prodigar. Los lazos le parecían una cursilada. Si sus amigos la vieran con ellos puestos, seguro que se tronchaban de risa. ¿Cómo iba a mandar a su tropa con aquellos floripondios rosas en la cabeza? Pero observando la consternación de la niña, los aceptó condescendiente.— Bueno, así tendré un recuerdo tuyo.— Y los guardó en el bolsillo de su falda junto al negro antifaz, el pañuelo arrugado y los restos de las semillas de anís de su cigarro.

La aventura de las manzanas a punto estuvo de acabar de mala manera. El propietario las sorprendió en plena faena y tuvieron que poner tierra por medio con el vergonzoso botín de solo tres piezas verdes, pequeñas, picoteadas por los pájaros y oxidadas, abandonadas en la hierba antes de su pretendido expolio.

—No importa. Volveremos otro día. —Afirmaba Martina incansable, masticando ruidosa y escupiendo el fruto áspero y amargo mientras Ana, que no se atrevía a hincar el diente en la tan poco apetitosa fruta, volvía a pensar, contrita, en que a su regreso a Madrid tendría que pasar por el difícil trance de confesarle todo a don Manuel y decirle que aquel verano y por primera vez en su vida, había cometido un robo y se había sentido libre como nunca. Lo de la libertad ¿sería también pecado? Algo tan estupendo, por fuerza tenía que serlo. No quería ni pensar en la penitencia que le iba a caer; lo menos diez rosarios y veinte avemarías. Ni tampoco quería imaginar cómo se iba a poner su padre si llegaba a enterarse de la fechoría. El terror fue total cuando se acordó de tía Elvira, tan recta y melindrosa. Todas estas reflexiones se convulsionaron desde su raíz cuando escuchó la voz de Martina, un poco lejana por la distancia que de nuevo había tomado, diciendo.

—Bueno, chica, me largo. Voy a ver si encuentro a mis amigos. Hace un montón de horas que no estoy con ellos. ¡Agur!

Hizo enormes esfuerzos para no llorar. Desde que conocía a aquella niña tan absurda y fascinante, la demostración de debilidad que hasta entonces había encontrado natural y necesaria en ocasiones, le parecía un acto vergonzoso que solo conducía al desprecio de quien lo contemplara. Intentó tragarse el miedo, sin conseguirlo. Ahora, mucho más alejada de su punto de partida que cuando tuvo la suerte o la desgracia de tropezarse con ella, estaba persuadida de que le sería imposible encontrar el camino de regreso a su casa. El sol tomaba ya la dirección de poniente, allá hacia donde el horizonte parece marcar con un tiralíneas la raya recta de la mar, uniéndose al cielo y fundiéndose en él, como si ambos se acabaran en aquel confín del mundo. Algunas nubes blancas e inofensivas habían ido apareciendo en el azul limpio del cielo, cubriendo el sol, oscureciendo trozos enteros del sendero y precipitando el declive de la tarde. La idea de la noche la aterró tanto como le sorprendió su propio grito.

—¡Por favor, no me dejas sola! No sé volver a mi casa y tengo mucho miedo. —A su pesar y olvidada de las reflexiones que sobre el llanto se había hecho unos minutos antes, rompió a llorar.

Martina la miraba con inesperada hostilidad y con un súbito desprecio marcado en su rostro lleno de pecas, arrebolado por sus incesantes carreras.

—¿Es que no sabes hacer otra cosa que llorar? ¿Nadie te ha contado que todos los caminos llevan a Roma? Lo dice mi padre. Venga —ordenaba con desgana y un poco de fastidio, mientras con un gesto de la mano le animaba a

que la siguiera — no te quedes ahí parada como una lela. Las niñas pitongas como tú, se pasan la vida llorando por nada ¿Sabes que te digo? Pues que si los hombres no deben llorar ¿por qué nosotras sí podemos, como si no fuéramos iguales a ellos?

No respondió. La verdad era que nunca se había planteado aquella cuestión y ahora que Martina lo decía, pensó que tendría que replantearse muchos conceptos incuestionables hasta entonces.

Rebasado uno de los recodos del camino y como un milagro, apareció, reverberando azul y plata, la inmensidad de la mar. Martina se detuvo a contemplarla extasiada, como si acabara de descubrirla.

—La mar es lo más bonito que existe. Creo que no podría vivir lejos de ella, sin sentirla cerca ni oír su ruido acompañándome cuando voy por la calle o subo al monte, como ahora.

—Yo no lo oigo. —Confesó con culpable ingenuidad la niña.

—Porque no la sientes. Lo que no se siente dentro, ni causa daño ni hace ruido. Yo puedo ver la mar sin tenerla delante y dejarme mecer por sus aguas sin siquiera mojarme. La tierra sería horrible si no tuviera la mar tan cerca.

—Yo vivo en Madrid, y vivo bien.

—Pero te traen aquí por vacaciones. Seguro que lo hacen para que la veas y puedas aguantar el resto del tiempo en un sitio que solo es tierra, lo mires por donde lo mires. La mar es la libertad en continuo movimiento y nunca tiene fin. Nadie la ha podido doblegar. ¿Sabes lo que dice mi padre? Que el hombre conquistará antes el espacio que las profundidades de los océanos y que antes que monos, fuimos peces.

—Y ¿Por qué dices la mar en vez del mar?

—Porque es femenina. La madre que acoge la tierra.

—Eso ¿te lo has inventado tú?

—No creo —se encogió de hombros— Los pescadores la nombran siempre en femenino y esos saben un montón de ella. Pero me da igual cómo la llamen los demás. Yo la siento así y me basta.

En otra curva del camino, la mar se escondió a sus ojos y el silencio se rompió con un murmullo de voces que parecía venir de muy lejos. Un rugido cadencioso y repetido.

—Creo que ahora sí he oído el mar aunque no lo vea.— Exclamó Ana, triunfante, creyéndose equiparada en sensaciones a su acompañante con la que deseaba congraciarse. De haber ocurrido al principio, Martina le habría dado una respuesta contundente y áspera, ridiculizando su comentario. No lo

hizo. La niña rica y desconocida, poco a poco y sin hacerse notar, igual que el aire que de continuo respiramos para no morir, se iba metiendo dentro de su vida como un elemento más de la misma.

—No es la mar, tonta —dijo con suavidad— Son los olés de la gente que está viendo la corrida de toros en la plaza del Chofre. Me sé el cartel. Luis Miguel Dominguín, “Parrita” y Manolo González. Estamos en Semana Grande y todas las tardes hay toros. Luego, por la noche, habrá fuegos artificiales.

Ana se abstuvo de decir que también sabía quiénes eran los diestros que toreaban aquella tarde. Su padre estaba en la plaza junto a su excelencia el generalísimo y su esposa doña Carmen Polo. Hasta tía Elvira había ido con unas amigas. Por eso la dejaron salir con los hijos de un compañero de su padre, a los que siempre acompañaba una institutriz alemana. Pensó en ella ¡Pobre mujer, el susto que se estaría llevando al comprobar que se le había perdido!

—¿Dónde vives? —Preguntó Martina sin ninguna curiosidad, solo por decir algo.

—En casa de mi tía Elvira.

—¡Y dónde joder vive tu tía! —Gritaba ya con la paciencia perdida sin saber por qué. Y es que Martina, de manera incomprensible, pasaba de un estado de ánimo a otro muy distinto en presencia de aquella niña “bien”, que tan pronto la sacaba de quicio como la inspiraba sentimientos de amistad hasta entonces desconocidos.

Ana pasó por alto el exabrupto ya que no estaba en condiciones de censurarlo. Se apresuró a responder.

—En villa Magnolia.

Martina lanzó un silbido de admiración.

—¡Jolines con la señorita! ¡Esa es un cacho de villa! Ya sé dónde es. Está en el camino viejo de Ategorrieta, muy cerca de mi casa. Todos los días paso por delante para ir a la escuela. Cuando no hay nadie en el jardín, entro a coger flores. Tu tía tiene unas rosas preciosas. En invierno es más fácil entrar porque solo viven los guardeses y se hacen los locos para no tener que pelearse con nosotros. En esa época apenas hay flores, pero sí un castaño de castañas muy ricas.

La chica rica, definitivamente había decidió no escandalizarse. Lo de robar flores era como una obsesión para aquella chiflada que le estaba haciendo pasar la mejor y más horrible tarde de su vida; le había regalado

unos lazos rarísimos y la asustaba a cada instante, a pesar de lo cual, a su lado se sentía protegida y como fuera del tiempo. Y para demostrarle que no solo ella sabía muchas cosas, quiso epatarla explicándole la importancia que desde los inicios más remotos de la historia, habían tenido las magnolias que daban nombre a la villa de tía Elvira.

—Son del cretácico, como los dinosaurios, y fueron las primeras en aparecer en la tierra. Podría decirse que todas las plantas con flores derivan de este grupo.

—Pareces un libro. —Fue la respuesta despectiva de Martina, picada por la erudición de su acompañante.

—¿Qué hace tu padre? —Preguntó Ana— por mera cortesía— ya que le nombraba tanto y sin tener en cuenta el tono hostil de su contestación.

El Guerrero del Antifaz de pacotilla, sin venir a cuento, dio una espectacular voltereta que lo elevó del suelo unos centímetros para mayor asombro y disimulada admiración de su única espectadora, sin reparar en que la cabriola, por la ley de la gravedad hacía que su falda cayera del lado inverso a su posición normal, dejando al descubierto unas bragas de color negro, demasiado grandes, por lo que Ana dedujo que no eran de ella. Una vez recuperada la verticalidad, la chica miró al cielo buscando la posición del sol y respondió a la pregunta con más provocación que naturalidad.

—Por la hora que más o menos debe ser, supongo que estará en casa. Otros años por estas fechas, solía estar huyendo o en la cárcel. Siempre que llegaba el verano ocurría lo mismo.

La sensación de Ana cuando escuchó la respuesta fue ya de auténtico pánico ¡Dios mío! Se encontraba ante uno de los miembros de una familia de delincuentes profesionales.

—¿También roba como tú? —Preguntó espantada.

—Oye rica. —Arrastraba las palabras con una contenida indignación— ¿A ti nadie te ha dado dos ostias? Yo no robo nada que pueda ser pecado y mi padre, menos. Es un gran escultor que trabaja en una fábrica de mármoles muy importante, cerca del cementerio. Hace unos ángeles preciosos y unas letras muy derechas y todas iguales. Ni más grandes ni más chicas. ¡Difícilísimo!. “Aquí yace...” Son lápidas para muertos ¿sabes?

—Entonces ¿Por qué si no se escapa, le cogen y lo meten en la cárcel?

—Porque perdimos la guerra, maja. —Ponía todo el énfasis y una gran dosis de orgullo en la primera persona del plural, arrogándose un protagonismo que nunca tuvo, siquiera fuera por su escasa edad, ya que

cuando estalló el conflicto aún no había sido engendrada.— En mi casa —proseguía ufana— somos rojos republicanos. ¡Figúrate!

La niña madrileña no se figuraba nada porque nada entendía. Ni lo de rojos ni lo de republicanos. Cuando su padre se reunía en el despacho de la casa de Madrid con otros amigos, políticos como él, y en el más absoluto secretismo, en ocasiones hacían referencia a ese tipo de gentes, pero por lo general siempre hablaban de un tal D. Juan, que vivía en Portugal, preocupados por lo que consideraban “Sus imprudentes salidas de tono, poniendo a prueba la paciencia del Caudillo, que quiere lo mejor para España y los españoles. Este hombre, si tuviera un mínimo sentido de la responsabilidad, que por su rango le corresponde, debería estar callado y dejar que trascurra la historia sin tratar de desestabilizar el régimen aceptado por el pueblo” Palabras que a pesar de ser pronunciadas en tono de voz muy bajo, Ana captaba cuando merodeaba, aburrída, junto a las puertas del despacho sin prestar mayor importancia a las mismas. Sin embargo, a tía Elvira no parecía preocuparle el tal D. Juan y sí los comunistas, para los que —por sistema— tenía palabras despectivas “Esos rojos son como el diablo; herejes sin Dios” y que al parecer eran personas como Martina y su padre. Ahora se encontraba ante uno de aquellos temidos ejemplares y estaba desconcertada porque se los había imaginado como seres distintos al resto de los mortales. De otra raza. Con alguna marca o señal que los distinguiera como rojos o republicanos y, desde luego, rotundamente feos, malos y peligrosos; igual que los comunistas que en Rusia habían matado a tantos heroicos voluntarios de la División Azul. Entre otros, al hijo de doña Pepita, una señora amiga de tía Elvira, siempre lloriqueando porque su vástago no había vuelto de aquel “país de bolcheviques”, desaparecido bajo montones de nieve.

Ana miró con fijeza a Martina por si descubría en ella alguna señal maligna, dada su condición de roja republicana. Aparte de esa locura divertida y deslumbrante derrochando vida y posibilidades en cada una de sus palabras y actitudes, no parecía para nada peligrosa. Mucho menos, perversa, y si su padre era un escultor que hacía ángeles y se ocupaba de poner el nombre de los muertos sobre las lápidas, tampoco podía ser mala persona; honrar a los difuntos era práctica instituida en la liturgia católica —Ana no sabía que también en las demás— que para eso ella estaba muy puesta en Religión e Historia Sagrada. Mientras se adentraba en tan profundas disquisiciones, Martina, por aquello de no estar quieta ni un segundo, hacía el

pino sin que la difícil postura ni la sangre agolpada en la cabeza, le impidieran seguir hablando.

—El día que Franco llega a San Sebastián para veranear, las iglesias voltean las campanas y suenan las sirenas de todas las fábricas; la gente pone colchas muy bonitas y banderas españolas en los balcones de sus casas. Muchos por miedo, porque dicen que los de la secreta van apuntando la dirección de quienes no lo hacen y luego toman represalias. La policía viene de madrugada a mi casa a buscar a mi padre y, a punta de pistola, lo llevan encañonado hasta el retrete porque claro, a esas horas tiene que mear. Luego le hacen vestirse sin dejar de apuntarle como si fuera a escaparse en calzoncillos, mientras mi madre protesta: que si pobre hombre, que él no ha hecho nada y que si se lo llevan no puede trabajar, y a ver de dónde saca ella el jornal para mantener a los críos. Nunca le hacen caso y sin dar explicaciones le sacan a la calle y le llevan conducido hasta la cárcel. No le sueltan hasta que ese hijo de puta se ha ido a Galicia.

A medida que su amiga hablaba, el rostro de Ana, tranquilo por norma, se congestionaba hasta enrojecer con intensidad. Otra vez, esforzándose para no llorar, repuso con una voz temblorosa delatando su ira.

—Todo eso que dices es mentira. Franco es un señor muy bueno y es imposible que haga esas cosas horribles solo porque tu papá sea un rojo republicano.

A Martina, los ojos se le llenaron de rencor y su color verde claro se oscureció como si en ellos hubiera caído la noche más cerrada. Escupió más que dijo.

—Yo no digo mentiras. Franco es un asesino, porque además de meter a mi padre en la cárcel sin haber hecho nada malo, manda matar a mucha gente. Los que saben, dicen que es un fascista de mierda. El hizo que fusilaran al padre y al tío de una amiga mía del barrio.

Ana, a su pesar, lloraba con rabia y enorme desconsuelo.

—¡Es mentira! ¡Es mentira! Mi papá trabaja con él y si fuera tan malo e hiciera cosas tan terribles, buscaría otro trabajo.

En contra de lo previsible, a Martina le conmovió, por sincero, el llanto de la niña. De nuevo en aquella tarde un tanto extraña, algo pasó por su garganta. El escozor que a veces experimentaba al pensar que tendría que separarse de sus padres y de sus hermanos si se iba a Madrid. El mismo estremecimiento de desolación que cuando veía a un hombre viejo recogiendo colillas del suelo o a un niño, la cabeza llena de pupas, pidiendo

limosna con el hambre gritándole por los ojos, haciéndole olvidar la suya propia. En un impulso no guardado ni para sus hermanos, se encontró abrazando a la niña que llevaba un precioso vestido de flores chiquitas y colores tan suaves que se difuminaban en el propio tejido, unas sandalias blancas de charol con unos barquitos dibujados en rojo y azul muy brillantes, y en la mano una pequeña bolsa de tela con dos conejos comiendo zanahorias y unas letras que decían “Mi merienda”. Al verla tan desamparada, sintió unos enormes deseos de protegerla. Transformarse de verdad en el Guerrero del Antifaz y hacer desaparecer la angustia de sus ojos castaños y con forma de almendra que tanto llamaban su atención. Un desconocido pudor le hizo apartarse de ella bruscamente. Su voz, sin quererlo, sonó un tanto áspera.

—No seas tonta. Te pasas la vida llorando. Mira —sonrió a duras penas— yo no estoy enfadada aunque me hayas llamado mentirosa. Además, a mi padre, desde hace dos años ya no vienen a buscarle para llevarle a la cárcel cuando llega ese tipo.—Sacando su pañuelo de hierbas y sin previo aviso, lo restregó por las mejillas de Ana que ahora no hizo nada para rechazarlo.—¿De qué trabaja tu padre con Franco? —Preguntó despreocupada, atenta a la tarea de dejar limpia la cara de su amiga. Ana se tragó el hipo, hizo acopio de valor, aclaró la garganta y repuso muy bajito con el íntimo deseo de que su voz no fuera escuchada por la chica.

—De ministro.

—¿Cómo? —Lo había oído con nitidez pero se resistía, incrédula, a aceptar lo escuchado. —Ana, volvió a repetir ahora más alto y con mayor seguridad.

—Mi padre es ministro. Siempre llega a San Sebastián con Franco, para trabajar en el Ministerio de Jornada.

Las palabras se deslizaron por los senderos del monte hasta agazaparse tras los árboles y dejar, temerosas, su espacio al silencio. Asustadas, ninguna se decidía a hablar, con la sensación de un obstáculo invisible entre ambas marcando distancias y separándolas aún antes de saber que una fuerza escondida y poderosa las atraía sin remedio y que el deseo de ser amigas —todavía soterrado— era ya una voluntad decidida e indestructible.

Con una seriedad desconocida incluso para sí misma, Martina habló, conciliadora.

—Bueno. Eso no importa... supongo.— Y en un intento de prolongar la presencia de Ana a su lado, decidió con generosidad.— Te acompañaré hasta

tu casa. Está muy cerca de la mía —una breve pausa— Lo que me has dicho antes de las magnolias, yo no lo sabía. Es muy bonito pensar que los dinosaurios llegaron a conocerlas, porque son preciosas.

Las mariposas espaciaban su corto vuelo entre los zarzales y el cuco cantó de nuevo, pero esta vez, el mirlo no silbó.— ¿Qué llevas en la bolsa?

—La merienda.

En una tregua a sus emociones encontradas, se sentaron sobre la hierba y Ana se dispuso a sacar del saquito de tela un tierno y blanco bollo de leche nevado de azúcar glassé y un cilindro de chokolatinas Nestlé. A Martina, la boca se le hizo agua. Las chokolatinas Nestlé, envueltas en un papel rojo por fuera y por dentro en otro más fino de plata, era una de las metas a alcanzar en su vida desde que un día, una amiga afortunada, encontró un duro junto a las vías del tranvía, compró un paquete y le regaló una oblea. El chocolate acarició su paladar, se fundió como una lava dulce en su boca y la inundó de un sabor nuevo y agradable que le duró toda la tarde. Cuando sea rica y tenga dinero —pensó entonces— merendaré todos los días chokolatinas. En cuanto a los bollos de leche, eran también un lujo impensable que solo conocía a través de los escaparates, expuestos en las bandejas de las pastelerías Rich, instaladas por todas las esquinas de San Sebastián, como si la gente pudiera comprar a cada momento pasteles y bollos. Miró de reojo la golosa merienda mientras tragaba con disimulo los jugos gástricos, empeñados en inundar su boca.

—¿Quieres? —Ofreció Ana.

—No, gracias. —Quedó sorprendida ante su propia negativa.

—¿De verdad? Yo no tengo ganas.

—En serio, no. Hoy he comido mucho y tengo todavía la tripa llena. — Pidió que los rugidos de sus intestinos, estimulados por la visión del bollo y el chocolate, no escandalizaran demasiado y pudiera oírlos su amiga que, ajena al verdadero deseo, necesidad más bien de Martina, comenzó a desmigajar el bollo sobre la hierba con absoluta indiferencia. Los pájaros acudieron en bandadas y en un santiamén dieron fin al inesperado banquete, mientras Martina sentía que se le iba la cabeza, tal y como la sucedía siempre que el hambre corroía su estómago.— Si me ofrece una chokolatina dejo de ser idiota, la cojo y me la como. Se deleitaba ya pensando en el sabor dulce de la golosina cuando Ana, en un gesto mecánico, volvió a guardar el cartucho rojo en la bolsa de los conejos que al menos, tenían sus zanahorias. La saliva generada en demasía, se le fue por mal sitio y tuvo un ataque de tos.

Se oscurecían los colores del paisaje y con ellos, todo cuanto lo poblaba. El aroma de los pinos y el laurel se volvía más intenso, y el aire traía los olores del salitre y de las algas de la mar.

—¡Mira, una luciérnaga! ¡Son preciosas! —Exclamaba Ana con entusiasmo infantil, acercándose al pequeño cuerpo luminiscente.

—Son unos gusanos asquerosos. —Despreció Martina con un exagerado gesto de repugnancia, fastidiada por otro gusano, el del hambre, y la idea de que por un orgullo excesivo, había perdido la oportunidad de comerse el bollo y las chokolatinas.— Una vez a mi madre le cayó una en la cabeza y se puso histérica, gritando y sacudiéndose el pelo para quitársela de encima. Mi padre se reía y le cantaba un tango. Algo de un rayo misterioso y una luciérnaga curiosa que iba a hacer un nido en su pelo. Lo que te digo. ¡Una cochinateda! —Inesperadamente, su voz se suavizó— Los tangos son siempre románticos y tristes. Una tía mía tiene un gramófono y algunos discos de tangos. ¿Tú eres romántica?

—No lo sé. No lo he pensado nunca. Tía Elvira no me deja escuchar esa clase de música y los tangos, menos. Dice que es pecado y hasta el Papa Pío XI los prohibió por indecentes. Mi tía entiende mucho de Papas y de cosas de la Iglesia. Un día que celebraba mi cumpleaños en casa, con las compañeras de clase, empezamos a cantar boleros, y me castigó una semana de verano sin salir de paseo.

—Yo no veo bien que los mayores prohíban tantas cosas a los pequeños. Es una injusticia.

—Lo hacen por nuestro bien. Tía Elvira siempre lo dice.

—No hablas más que de lo que dice tu tía. ¿Y tu madre? ¿No piensa nada o es que es muda?

Fue una pregunta espontánea e inocente, pero Ana no la esperaba. Palideció primero y después enrojeció. Sin lógica aparente, ambas se observaron con la mirada turbia y hostil, de repente convertidas en enemigas. Por primera vez, Martina se sintió cohibida ante la presencia de la niña llorica que, en un instante, se transformaba en una persona adulta y extraña. Una bandada de pájaros en dirección al mar, oscureció el cielo y una eternidad suspendió el tiempo de las dos adolescentes en un universo exclusivamente suyo, antes de que la respuesta de Ana llegara seca y concluyente.

—No tengo.

—Todos tenemos una madre. La tuya ¿ha muerto?

—He dicho que no tengo.

El tono tajante mostraba una faceta agresiva, un carácter fuerte no sospechado hasta entonces, lo que hizo comprender a Martina que nunca más tendría que preguntar a Ana por su madre. Pero en vez de ofenderse por la distancia que su amiga establecía con su actitud, alejándola de manera deliberada de su intimidad, volvió a sentir una ternura creciente por la hija del ministro, tan desprotegida y tan pobre, que ni siquiera podía hablar de su madre como hacían todos los niños de su edad. Intuyó que había estado a punto de perder su confianza y su amistad, y la idea la entristeció más allá de lo previsible. Sin que en apariencia tuviera mucho sentido, con una timidez desconocida, prometió.

—Le diré a mi padre que un amanecer nos lleve a las dos, a ti y a mí, a pescar a las rocas del Mompás. Seguro que no le importará que seas la hija de un ministro de Franco. Verás qué precioso es el nacer del día y qué bonitas las doncellas que pescaremos; son unos pececillos suaves, brillantes y con unos colores preciosos. Una doncella fue lo primero que pesqué en mi vida. Te enseñaré también el culantrillo, el llantén marino, la estrella de mar y el taray...

Se interrumpió en la enumeración de sus promesas porque Ana, que por primera vez caminaba unos pasos delante, lloraba casi con desesperación, ruidosamente, las manos tapando su rostro y toda ella hecha un estremecimiento. En dos zancadas se puso a su lado confusa y conmovida, sin decir nada ni tratar de consolarla y con el corazón latiéndole tan deprisa que parecía que la pena fuera de ella y no de la otra. Sentía un inmenso respeto por su llanto, distinto al que derramara cuando la encontró perdida en el bosque y cuyo origen adivinaba secreto y doloroso. Tan solidaria de su aflicción se sentía, que no fantaseó en su interior una historia tremebunda — como acostumbraba— para justificar las lágrimas de la pequeña. Silbó el cuco y quizá también cantó el mirlo. Fue un instante mágico y Martina, sin saberlo, deseó que no pasara nunca. Que el tiempo se detuviera para siempre atrapándolas en el sortilegio del momento, consciente de que en su vida nunca volvería a producirse una situación semejante, y que por extraño que pareciera, ya empezaba a añorar. Poco a poco Ana se fue tranquilizando; el hipo y los suspiros se espaciaban y sus ojos castaños se secaron, aunque todavía por un buen rato permanecieron enrojecidos y brillantes. El rostro, apenas adolescente, se había serenado y sus manos ya no se movían trémulas. Martina, con su dedo índice un poco tembloroso, señalaba al cielo que se oscurecía por momentos.

—¿Ves esa estrella junto a la luna? Se llama Sirio y es la más brillante de cuantas existen en el firmamento. Es la acompañante de Venus y nunca la abandona. Me lo ha contado mi padre.— Ana dirigió su mirada a la constelación. Luego, volvió sus ojos agradecidos a su amiga y sonrió.

III

Iniciaron el regreso fatigadas de tantas emociones como habían turbado sus sentimientos durante la tarde. Al concierto de las cigarras se unía ahora el canto de los grillos. Dejaron los senderos del bosque y tomaron unas viejas escaleras de cemento, interminables, hasta desembocar en una carretera sin asfaltar, justo en la falda del monte. A la izquierda, en la penumbra, se dibujaba la silueta blanca de un caserío rodeado de huertas. El olor de las vainas y los tomates en sus matas, se mezclaba con el del estiércol y el del ganado que mugía en el establo, inundando el ambiente de un tufo áspero y dulzón, un poco mareante. A la derecha, en una depresión del terreno, surgía una casa grande como un cuartel, cuadrada y simétrica, de fachada ocre cruzada a lo ancho y en su parte superior, de unas bandas de madera roja y un tejado del mismo color.

—En esa casa, vivo yo.— Explicó Martina. En uno de los balcones de madera con los batientes pintados de granate, apareció la cabeza de una mujer perfilándose sobre la débil luz del interior de la habitación. Su voz gritó, un poco desgarrada, el nombre de Martina.

—Es mi madre. Querrá que suba a cenar —La chica, respondió con desgana— Ya voy, amá. Estoy con una amiga.

—Sube ahora mismo, si no, tu padre se enfadará y no tengo ganas de líos —El tono de la mujer no admitía demoras.

—¿No vas a acompañarme? Es ya de noche y tengo miedo... —Apuntó bajito, Ana.

Martina lo decidió en un instante.

—Ven. Sube conmigo. Así mi padre verá que es verdad que tengo que acompañarte y no le importará que llegue un poco más tarde. —Bajaron otras escaleras, esta vez más estrechas y tortuosas que las anteriores, desembocando en un estrecho callejón formado por una de las fachadas de la casa y un muro de media altura musgoso de humedad, conteniendo unos terrenos de huertas. Entraron en el portalón de la casa. En las escaleras olía a

berza y pescado frito, y las paredes mugrientas estaban pintarrajeadas de frases malsonantes, dibujos obscenos y muchos nombres propios entrelazados dentro de unos corazones. Por los cristales rotos de las ventanas de los descansillos, se veía un patio rectangular lleno de tenderetes de ropa y se escuchaban las voces de dos mujeres en medio de una bronca descomunal, entremezcladas con la de Juanita Reina cantando “Francisco alegre”

—Siempre hay alguna bronca entre las vecinas. La casa es muy grande y vive mucha gente —Se justificaba Martina, un poco violenta de tanto jaleo.

Al llegar al segundo piso, la chica se detuvo ante la letra A. En la puerta de madera, pintada de marrón oscuro y a la altura de la cerradura, habían horadado un agujero por el que asomaba una cuerda grasienta con un nudo al final, del que Martina tiró con facilidad. Ana se maravillaba una vez más. ¡La puerta de una casa que cualquiera podía abrir sin necesidad de llave! —Recordó los pesados cerrojos dorados de la suya, mientras comprobaba que el resto de las viviendas utilizaban el mismo sistema de la cuerda.

—¿No tenéis miedo a que os roben?

En un principio Martina pensó en ofenderse, pero solo dijo con cierto orgullo.

—Aquí somos todos honrados y los vecinos nos conocemos de siempre. Somos como una familia grande. Muy grande.

La empujó con suavidad hacia el interior de la vivienda a través de un pasillo corto y estrecho. A la izquierda, en el suelo, apoyadas en la pared, se amontonaban largas cañas de pescar impregnadas de un olor parecido al del mar, pero más rancio. Excepto la habitación del fondo, el resto de las puertas estaban ubicadas a la derecha. La tercera correspondía a la cocina, iluminada por una luz mortecina. La bombilla, de escaso voltaje, pendía de un cable desnudo, trenzado y cubierto de moscas pegadas al mismo. En el fogón, entre unos pucheros, una sartén chisporroteaba el aceite en el que se freían unas sardinas con un apetitoso olor. En uno de los extremos de la vieja mesa de madera, sentado de costado y con las piernas cruzadas, un hombre todavía joven comía las sardinas con los dedos. Por debajo de su boina se escapaba un pelo rizado y negro del mismo color de los ojos muy vivos, uno de ellos, el izquierdo, ligeramente estrábico. La nariz, un poco aplastada, recordaba a la de algunos boxeadores; la boca, de labios finos y bien trazados, mostraba una dentadura incompleta. Al saludo un tanto cohibido de Ana, el hombre respondió con un amigable “¿Qué hay, chavala?” A la niña le llamaron la atención sus brazos musculosos, de venas abultadas y verdosas ramificándose

como afluentes de un río hacia las manos nervudas y encallecidas. En su biceps izquierdo, el tatuaje azulado de una granada de mano y en el antebrazo, a la altura de la muñeca, por su parte interior, las letras “F A” interrumpidas en un terreno de nadie por unas cicatrices difusas y blanquecinas. Era el padre de Martina, que enseguida le preguntó cómo se llamaba y de dónde era. Al responder que de Madrid, la mujer de cabello rojizo que hasta entonces había permanecido indiferente y sin curiosidad por su presencia, trajinando en el fregadero y atendiendo a la sartén, se volvió a mirarla con desconfianza. Tenía —como Martina— la cara llena de pecas aunque más extensas y marcadas, una nariz grande y aguileña y unos ojos tristes, de un azul desvaído. Sin duda no era agraciada, pero el conjunto de su rostro se mostraba tibio y maternal. Ana se fijó en sus orejas amarillas y como transparentes y en su vientre abultado marcado impudicamente por una falda ceñida, descolorida por el uso y bastante más corta por delante, dejando al descubierto unas rodillas blancas y huesudas. Las piernas, al igual que sus brazos y su cara, estaban cuajadas de pecas y cubiertas de un bello rubio, muy fino. A su lado y en cuclillas, una niña de unos ocho años jugaba con una muñeca de cartón a la que le faltaba un brazo. En una caja de madera, de las utilizadas para la fruta y a modo de cuna, dormía un bebé. En el otro extremo de la mesa, frente al padre, la abuela, de pelo blanco recogido en un moño bajo, la piel traslúcida y unos ojos grises muy claros dando fe de una pasada y serena belleza, mojaba un trozo de pan en un tazón lleno de humeante achicoria. A Ana, le pareció que a pesar de la enorme diferencia de edad, tenía una gran semejanza física con Martina, que en esos momentos —un poco azorada— explicaba a sus padres cómo la había encontrado extraviada en el monte, y pedía permiso para acompañarla a su casa de villa Magnolia. Escuchó también cómo les decía que era hija de un ministro. La madre, dejó su actividad y la miró con atención y un profundo temor. Al padre, sin querer, se le contrajo el gesto cuando las mandíbulas, crispadas, se dibujaron con claridad en su mentón, pero no dijo nada. Con parsimonia, se sirvió un poco de vino tinto que bebió de un trago. Se limpió la boca con el dorso de la mano y repuesto de la sorpresa, le preguntó con voz cálida.

—¿Cómo se llama tu padre?

La niña lo dijo un poco temblorosa. Tenía muy presente que en aquella casa todos eran rojos republicanos, incluida su amiga que, ya desentendida de la charla y sin éxito, buscaba en un cajón algún trozo de pan que llevarse a la boca. Después de dar el nombre que Martina ni oyó de lo bajo que lo

pronunció, no ocurrió nada. La mujer retornó a su fregadero y el hombre a sus sardinas, mientras la abuela apuraba golosamente los restos de la achicoria.

—Martina te acompaña ahora mismo a tu casa Es tarde y seguro que tu familia estará preocupada —Padre e hija se miraron con afecto.

—Aitá ¿nos llevarás a Ana y a mí a pescar alguna vez a las rocas del Mompás? Se lo he prometido.

—Por supuesto que sí. Iremos el primer día que yo tenga fiesta y haya buena marea.

Por la puerta de la cocina, asomó la cabeza de la hermana mayor que había llegado sin hacer ruido. No tendría más de quince años, la cara llena de granos y el mismo defecto del padre en uno de sus ojos. Delgada como Martina, su rostro carecía de la franqueza y el encanto que caracterizaba a la primera. Sin saludar, preguntó qué había de cena. Cuando lo supo torció el gesto, pidió sin entusiasmo que le reservaran su ración y, dando media vuelta, anunció que subía al cuarto piso a ver a una de sus amigas.— Baja enseguida.—pidió la madre— Mañana tienes que madrugar y luego no hay quien te levante de la cama.— La pequeña que jugaba con la muñeca y había permanecido en silencio, tiró de la falda de su vestido.— ¡Qué bonitas son tus sandalias! —Le dijo con una voz meliflua y como sin fuerza. Era una niña escuchimizada, de ojos tristes y hundidos, marcados por unas profundas ojeras — Se llama Olga —informó Martina— y siempre está enferma.

Ana se despidió con la misma timidez con la que había llegado y, en su ánimo, una carga superior de tristeza. Fuera del entorno que habitualmente la protegía, había visto por primera vez la imagen descarnada de la pobreza más absoluta. Bajaron las escaleras brincando, saltándolas de tres en tres. Martina, ajena a las tribulaciones de su amiga, eufórica por lo bien que había salido todo, cantaba a voz en grito una ranchera de Jorge Negrete.

En la calle —apenas un descampado— un murciélago pasó rozando sus cabezas, huyendo de la luz de la única farola que alumbraba junto a la gran casa aislada. A pesar de que aquellos bichos la aterrorizaban, la niña de Madrid no tuvo miedo. El Guerrero del Antifaz la llevaba cogida con fuerza de la mano e ignoraba que a Martina también le espantaban. En la corta distancia que separaba la casa grande de villa Magnolia, las amigas casi no despegaron los labios. Sin la sujeción de los lazos intercambiados, llevaban las trenzas deshechas y la alegría de Martina se había ido diluyendo. El firmamento estaba cuajado de titilantes estrellas.

—Mañana hará un buen día. —Vaticinó, dirigiendo su mirada experta a la negritud del cielo tachonado de constelaciones y sin pausa, preguntó.— ¿Crees que en tu casa te echarán la bronca por llegar tan tarde?

—No lo sé. Tía Elvira es muy nerviosa y como no tengo costumbre de retrasarme... En Madrid, paso todos los fines de semana en su casa y solo salgo con ella.

—¿Y el resto de los días?

—Estoy interna en un colegio de monjas.

Martina la compadeció. Odiaba los internados y detestaba a las monjas. Muy cerca de su casa había un convento. Un asilo de niñas pobres y huérfanas, regentado por religiosas. Se rebelaba y entristecía cada vez que veía a las niñas, de rodillas, fregando las escalinatas que conducían a la capilla, tendiendo la ropa o haciendo los trabajos de la huerta sin salir a la calle más que los domingos por la tarde, todas en fila. Las pequeñas agarradas de la mano de las mayores, pálidas, flacuchas y como sin alegría, o encaramadas en los muros, mirando con envidia los divertidos juegos de la chiquillería del barrio en los que nunca podrían participar. Pero lo que más la enrabetaba, era el que las monjas se valieran de las más chiquitas para salir a mendigar de puerta en puerta y, a través de la pena, conseguir mejores limosnas.

Tu mamá está esperando un niño ¿verdad?

La pregunta de Ana la sacó de su abstracción.

—Sí. Dicen que nacerá en noviembre.

—¿Te gusta tener otro hermano?

—Me da igual. Ya tengo tres y los niños de pequeñitos son una lata. Lloran y lloran y mientras mis amigos juegan, yo tengo que pasearlos. Me da mucho coraje que me vean haciendo de niñera.

—He visto los dibujos que tu padre tiene en el brazo. ¿No se le borran cuando se lava?

—No, porque son tatuajes. La granada es como recuerdo de una que, en el frente, cayó dentro de su trinchera y no estalló. Se la grabó un compañero cuando, al terminar la guerra, los llevaron presos a un batallón de trabajadores. Lo tuvieron dos años y cuando volvió, yo ni le conocía. El otro tatuaje, el que tiene medio borrado en la muñeca, es el nombre de mi madre. Se llama Fernanda. Se lo hizo tatuar cuando eran novios. Un día se enfadaron y mi padre, muy desesperado porque mi madre le dijo que no quería volver a verlo, intentó borrarlo frotándose con una piedra. ¡Un bruto! Figúrate cómo

sangraría, pero él, dale que te pego con la piedra; frota que te frota. Es muy valiente. Entonces mi madre se dio cuenta de lo enamorado que estaba, hicieron las paces y se casaron enseguida.

—¡Qué historia tan bonita y qué estupendo vivir con tanta gente! Yo en cambio, solo tengo a mi papá y a tía Elvira, que es su hermana. Está soltera y es bastante rígida. No tengo hermanos como tú, ni abuela, ni nada de nada. Un aburrimiento.

A punto estuvo de volver a inquirir por su madre. Saber dónde se encontraba si es que vivía y conocer el motivo por el cual no estaban juntas en la misma casa, pero recordó a tiempo la reacción de Ana cuando le preguntó por ella. Para consolarla, sólo se le ocurrió decir.

—Cuando seas mayor te casarás y tendrás muchos hijos. Así ya nunca te sentirás sola.

—¿Y tú?

—Yo no me casaré. Quiero ser libre como el viento. Igual que los pájaros. Pero sí me gustaría tener niños. Debe ser estupendo mirar a alguien, tocarlo y saber que ha nacido de ti y que por un tiempo lo has llevado dentro y ha respirado de tu mismo aire.

—Pero si estás soltera no puedes tener niños. —Arguyó con ingenuidad Ana.

—Sí que se puede. —Respondió un poco hastiada por el remilgo de su amiga.

Según se iban acercando a villa Magnolia, comprobaron cómo todas las luces de la casa estaban encendidas. En el jardín se advertía un gran movimiento de gente. Junto a la verja de la entrada, tres coches oficiales, luciendo el banderín rojo y gualda, permanecían aparcados y con las puertas abiertas. Varios policías de paisano hablaban entre sí con evidentes muestras de nerviosismo. La primera en percatarse del revuelo fue Martina, que enseguida percibió la presencia de los policías.

—Son iguales que los que solían ir a buscar a mi padre. Los huelo desde lejos. Deben de estar muy asustados y te estarán buscando. Yo me voy.

—Por favor, ven conmigo hasta la puerta. —Suplicaba Ana una vez más, agarrada a la vieja falda de su amiga que la apartó con brusquedad.

—No. Esta vez no. Seguro que me echan a mí la culpa y me buscan un lío. Esta gente tuya es muy capaz de encerrarme en la cárcel como a mi padre. Lo siento, chica. No me gusta la policía, ni los ministros, ni las tías histéricas y fijo que la tuya lo está, porque me parece que la que llora y se

lamenta, es ella.— En realidad, la que entre sollozos se lamentaba era la institutriz alemana, que en su idioma repetía frases para ellas indescifrables — Mein Gott! Was für ein Unglück!. Was für ein unglück!— Tía Elvira, sedada como estaba, no se enteraba de nada, adormilada en su habitación a causa de los tranquilizantes que le había suministrado el médico de la familia.

—¿Cuándo nos veremos otra vez? —Preguntó Ana, ignorando el jaleo que su ausencia provocaba entre su familia, acongojada solo por la separación de su amiga. La respuesta, contundente, no se hizo esperar.

Nunca. —Y dando media vuelta, salió corriendo con toda la velocidad que le permitieron sus ágiles piernas. Atrás quedaban el revuelo, las voces de los policías y los llantos de la institutriz. Pero también el rostro desolado de una niña que más que nunca, le pareció desamparada y solitaria a pesar del despliegue de fuerzas en su búsqueda. Frenó la carrera y en un espontáneo arranque, desanduvo el camino con la misma rapidez de la huida inicial. Inútil el esfuerzo. Ana estaba ya junto a la verja donde un señor de traje oscuro y pelo cano, la apretaba emocionado contra su pecho. Su valor, no llegaba a la osadía.

—¡Ana! —Gritó a una prudencial distancia. Su propia voz le sonó extraña porque era grave, llena de convicción, como si de pronto se hubiera hecho adulta. Sus palabras también la sorprendieron.— Nos veremos en Madrid. Este otoño iré allí a vivir con unos tíos que también son ricos como tú, y estudiaré para ser médico.

Ya sin correr ni molestarse en volver la cabeza para comprobar si la seguían, perdido el miedo e ignorando a los hombres vestidos de oscuro, emprendió el regreso a la casa grande. Sola por el camino viejo, lóbrego y desierto, las trenzas definitivamente sueltas, la invadió una sensación de ausencias y desencuentros, consciente de que la decisión que acababa de tomar suponía abandonar lo que más había amado en sus doce años de vida, incluso su hermosa libertad que, presentía, se le escapaba sin remedio por mucho tiempo. Pero también tuvo la certeza de que por primera vez alguien la necesitaba de verdad, y aquella fue una grata sensación que la hizo sentirse importante y segura de sí misma, sin precisar del negro antifaz ni de la espada hecha de caña de maíz.

IV

MADRID, AGOSTO 1969

Firmó el parte correspondiente al último paciente ingresado y solo entonces reparó en el intenso dolor de cabeza que le atormentaba, acrecentado por el cansancio acumulado durante el día y hostigado por el calor inmisericorde que, a oleadas, se colaba por los ventanales del gran hospital. La jornada había resultado particularmente ajetreada a causa de una intoxicación masiva, provocada por la rotura de una depuradora de aguas en un barrio marginal de la ciudad, y la planta de urgencias se vio invadida de afectados, sobre todo niños y viejos víctimas de vómitos y diarreas. Pero, a pesar del vértigo del trabajo, se sentía agradecida a las circunstancias merced a las cuales, había olvidado los problemas propios que desde semanas atrás quebraban el discurrir apacible de su hasta entonces cómoda existencia.

—¿Qué hora es? —Preguntó sin demasiado interés a la enfermera jefe que junto a ella, ponía en orden unos ficheros.

—Las ocho. Ultimamente pasas más tiempo en el hospital que en tu casa. Tendrías que haber dejado el servicio hace dos horas.

—Con tanto trabajo, hoy era imposible.

—¿Y el resto de los días? —Reprochó, cariñosa, la mujer.

—El resto de los días son ahora todos iguales para mí. —En su respuesta no había resentimiento o frustración. Solo indiferencia.

—¿Te apetece una taza de café? Acabo de hacerlo en la cafetera italiana que nos ha regalado el doctor Espinosa. Es la tercera que nos cae en la planta en solo dos meses. Cada vez que un compañero va a Italia, nos trae una. Están de moda Italia y las cafeteras.

—Gracias, pero lo que necesito ahora es una copa y un poco de charla. Me acercaré al Club, a encontrarme con algún amigo. Haz que vigilen al paciente de las trescientos cuatro; padece una deficiencia hepática crónica y

la intoxicación le ha afectado de manera especial.

Tras cerrar la puerta de su despacho encendió un cigarrillo y aspiró el humo con deleite. —Es el segundo en todo el día, a ver si esta vez consigo dejarlo.— Se dijo esperanzada mientras se despojaba de la bata blanca. Metió la agenda en el amplio bolso y su mano tropezó con el llavero de plata. Una placa rectangular en la que se perfilaba el relieve de un velero con las velas desplegadas, en oro, y en el reverso, una fecha y un nombre: agosto de mil novecientos sesenta y siete. Miguel. Lo contempló pensativa mientras pasaba las puntas de sus dedos por el relieve del dibujo en una mecánica caricia. Luego, con parsimonia, fue sacando una a una las llaves de la arandela y lo guardó en el fondo del último cajón de su mesa de trabajo.— ¡Si pudieran guardarse así las emociones! —Se lamentó a media voz. Encendió otro cigarrillo. Cambió de idea y lo apagó sin llevárselo a los labios. Abrió de nuevo el cajón, sacó el llavero y apuntando con sumo cuidado, lo lanzó con medida puntería a la papelería ¡Canasta! —Exclamó con ironía, mientras hacía esfuerzos por no llorar.

En el vestíbulo, una mujer de mediana edad y aspecto desaliñado, la esperaba. Al verla, se puso en pié y se dirigió a ella esbozando una sonrisa. Le habló con gran respeto.

—Me dijeron que salía a las seis y no he querido subir a molestarla. Me han dicho que había una epidemia y que tenía muchísimo trabajo.

—Pues haber subido, mujer. No era cosa de estar aquí dos horas. ¿Qué le ocurre?

—Manuel está otra vez con mucha fiebre. —El acento delataba su origen asturiano.

—¿Ha tomado las pastillas que le receté?

—Sí, pero se han acabado y, además...

—¿Ha vuelto a beber?

La mujer rompió a llorar sin ningún recato. Durante años había trabajado en los servicios de limpieza del hospital, hasta que una dolencia de columna la dejó incapacitada. La doctora Leza le gestionaba ahora algún tipo de pensión por invalidez o prestación social que hiciera un poco menos miserable su existencia junto a su marido, un buen hombre, antiguo minero, asturiano y silicótico, obligado a emigrar cuando cerraron la mina y que a diario se emborrachaba aplastado por la querencia de su tierra y por un destino siempre incierto y desde luego, adverso.

—Tranquilícese mujer, y que mañana venga Manuel a que le vuelvan a

mirar por rayos. Veremos lo que se puede hacer, claro que si sigue bebiendo de esa forma... En fin, también hay que entenderlo dada su situación. Sea usted paciente, el hombre no tiene otra manera de desahogarse y no es mala gente. Si sigue con fiebre, me llama y yo intentaré acercarme un momento.— Con discreción, puso un billete en su mano y se alejó con rapidez para no escuchar las palabras de agradecimiento de la mujer.

En medio del bochorno que azotaba Madrid en esa época del año, se dirigió al coche sin dejar de pensar en Manuel, el minero asturiano enfermo de silicosis. Su recuerdo la trasladó a otro tiempo, a otro hombre enfermo del mismo mal. Un marmolista tallador de ángeles y letras para las lápidas de los muertos. La evocación de su trágico final, la puso triste.— ¡Mierda de vida! —Masculló con ira, arrancando, brusca, hacia el centro de la ciudad. Un coche destartado y sucio, se puso en marcha al mismo tiempo, siguiéndola discretamente. Tuvo suerte y aparcó su Dauphine azul en una calle cercana al Club Da Vinci. Antes de abandonar su interior, el espejo retrovisor deprimió su ánimo ya de por sí decaído. Acababa de cumplir treinta y dos años y al contemplar su imagen en él, no pudo evitar un gesto de desagrado. En los últimos meses había adelgazado bastante, su rostro estaba demacrado y unas ojeras profundas, hasta poco antes inexistentes, habían hecho su aparición junto a unas apenas perceptibles patas de gallo.— No voy a lamentarme— Se prometió después del desolador recorrido— Ningún hombre merece tanta pena.— En un último gesto de coquetería, retocó sus labios y atusó el cabello castaño de su melena. La irrupción de una pareja caminando por la calzada en dirección a ella, la obligó a permanecer dentro del coche con la respiración contenida y un ligero dolor recorriendo a bandazos su vientre. Miguel y Leslie se acercaban sonriendo en medio de una animada charla, las manos enlazadas y una expresión de alhelado enamoramiento en sus miradas. Se encogió cuanto pudo en el asiento para que no la vieran. Era lo último que deseaba en aquella tarde calurosa en la que, además del cansancio de la larga jornada, el dolor de cabeza y la melancolía, la convertían en una mujer débil y vulnerable. Una leve taquicardia vino a sumarse a sus desdichas, recordándole que tenía un corazón ahora roto por la relación frustrada con Miguel y de cuya pérdida, quizá ella era la más responsable. Cuando todo presagiaba la boda de ambos él se había casado con Leslie, una americana preciosa que conoció en California. A partir de entonces se esforzó en encajar el golpe con naturalidad, incluso con elegancia, para que sus amigos no supieran lo que de verdad sufría. Se emboscó en su trabajo y disimuló, tras

una actitud desenfadada, su pequeña tragedia. Pequeña solo en apariencia, porque lo cierto era que había querido a Miguel profundamente desde que dos años atrás intimaran en Santander, durante unos cursos de verano.

La cafetería del Palacio de la Magdalena, se encontraba abarrotada de clientes participantes en los diferentes cursos que se impartían durante el verano. Junto a la barra, la doctora Leza tomaba café con un grupo de compañeros, casi todos amigos de su época de estudiantes en la Facultad de Medicina. Desde que concluyera la carrera y siempre que su trabajo se lo permitía, no dejó de acudir a congresos, conferencias y cursos específicos, allá donde se organizaran. Con insistencia se preguntaba qué era lo que perseguía en la itinerante actividad de trashumancia académica que no la llevaba a ninguna parte, regresando una y otra vez a la soledad instalada en su vida y reclamando una respuesta al por qué de aquella búsqueda imprecisa desde que se matriculara en la Facultad. Ahora, tomaba el último café en la Magdalena después de una estancia de cinco días, y como siempre que concluía una actividad de este tipo, se notaba un poco más vacía y con un leve sentimiento de frustración arañando su ánimo.

El doctor Salvatierra se aproximaba al grupo y al verlo, sus percepciones negativas se disiparon. Miguel, a sus treinta y siete años, era ya un prestigioso biólogo. Poco amigo de las tertulias y salidas en grupo, vivía apasionado por la investigación, y su escaso interés por las mujeres le habían dado fama de misógino. En Madrid, salían juntos con cierta frecuencia y siempre con un objetivo determinado y común: un concierto de música clásica, una exposición o una conferencia y, en raras ocasiones, una cita compartida con amigos. En Santander, donde coincidieron, se desmarcaron del resto. Cenaron juntos casi todas las noches y frecuentaron después algún lugar de esparcimiento. Ambos se sentían a gusto el uno con el otro y cuando el cursillo tocaba a su fin, aún a sabiendas de que ella había llegado a la ciudad cántabra en el coche de otro amigo, el doctor Espinosa, Miguel se atrevió a proponer.

—¿Por qué no vuelves conmigo a Madrid? Podríamos desviarnos hasta Cóbreces, donde veranea mi hermana María Elena con sus hijos. Podíamos pasar allí el fin de semana juntos. ¿Cómo lo ves?

—Estupendo —aceptó sin ambages— Hasta el lunes no tengo que ir al

Hospital y me asustaba volver a Madrid con el calor tremendo que está haciendo. Ahora mismo voy a comprar un traje de baño y una buena loción bronceadora.

El pueblo, diminuto, se asentaba apacible en la serenidad del paisaje. Apenas unas casas, un colegio, un convento de monjas y, retirado del caserío como es preceptivo a su orden, un austero monasterio cisterciense. La conjunción del bosque y la mar le trajeron lejanas vivencias. La imagen de dos niñas uniendo sus mundos tan distintos, prometiendo sin palabras una amistad única y para siempre, y el compromiso tácito de encontrarse en Madrid. Transcurridos veinte años todavía no lo habían logrado. El recuerdo transformó la expresión de su rostro y casi le sorprendió la voz del hombre cuando preguntó — ¿Qué te sucede?

—Nada. ¿Por qué?

—Tu mirada se ha vuelto distinta. Estabas contenta y, sin transición, me ha parecido que te ponías triste.

—Es por el monte y la mar. La mezcla del olor de ambos siempre me pone nostálgica y me trae el recuerdo de alguien que a veces hasta dudo haya existido, pero que no he podido apartar de la memoria.

—¿Un hombre?

—No. No era ningún hombre. —Sonrió divertida ante la idea y, en silencio, volvió a enfrascarse en sus recuerdos

Dejaron atrás las pocas casas que conformaban el pueblo y medio kilómetro después, Miguel detuvo el coche ante un hermoso chalet de piedra, construido sobre una leve colina dominando una pequeña playa. María Elena, algo mayor que su hermano, rubia, entrada en carnes, afable y con una sonrisa perpetua instalada en sus labios, los recibió encantada y como un acontecimiento extraordinario dado que, por primera vez, su hermano se presentaba en compañía femenina. Una mujer que en su fuero interno, encontró muy atractiva y con un marcado toque de distinción pese a su atuendo informal y deportivo. La visita, inesperada, la llenaba también de alegría porque María Elena, en Cóbreces, se debatía en el tedio de una nula vida social muy distinta a la que acostumbraba a llevar en Madrid, con la única compañía de sus dos hijos varones, de quince y trece años. Juan, su marido, director general de una empresa de productos químicos, permanecía la práctica totalidad del verano en Madrid y rara vez se dejaba ver por el

pequeño pueblo costero. La felicidad algo bobalicona de María Elena, su carácter apacible y demasiado simple, le aburrían hasta el tedio. Desde hacía años, otra mujer de más casta y juventud, calentaba su cama, y si bien María Elena sospechaba su infidelidad, sacrificaba la certeza para instalarse en la cómoda ignorancia que le proporcionaba una posición social relevante y una vida muelle, sin más complicaciones ni aspiraciones por su parte. Los chicos, dos adolescentes saturados de granos y espinillas, en pleno caos de identidad, eran antipáticos sin paliativos y resultaba imposible sacarles más de media docena de palabras seguidas, rozando con su mutismo los límites de la mala educación. Torpes e indiferentes, se largaron a la playa cuando casi aún no se habían bajado del coche. Media hora después, también ellos se tendían al sol sobre la arena dorada y tibia, mientras María Elena, exageradamente feliz por su llegada, se había quedado en casa preparando una —según ella— suculenta paella de pescado y marisco cuyos ingredientes, con diligencia, iría a buscar al pueblo.

En la playa, una cala minúscula y solitaria, los sobrinos de Miguel se bañaban jugando en las olas de un mar ligeramente encrespado. Sumergida en una dulce y reparadora somnolencia, abrió los ojos con pereza. El sol del mediodía, calentaba sin excesiva dureza, mientras un complaciente abandono invadía su cuerpo desmayado, envuelto en la silente quietud del lugar solitario, quebrado por el chillido de las gaviotas y la tenue musicalidad de las olas al romper en la orilla. Y, otra vez, el perfume denso del bosque mezclado con el del mar... ¡Ah, mi hermosa Ana María! ¿Por qué lloráis?... ¡Vamos a robar manzanas!... Iremos a pescar erlas y musharras y doncellas... La voz de Miguel la sacó de su mundo de evocaciones.

—Se te ha llenado la cara de pecas. Estás muy graciosa.—Decía en un tono íntimo y cómplice, muy cerca de su cuello.

—En cuanto me da un poco el sol, me lleno de ellas.

Con los ojos entrecerrados, lo observó con detenimiento. El cuerpo del hombre era una grata sorpresa, imposible de imaginar en lo cotidiano bajo sus maneras un poco blandas, el traje impecable de corte perfecto, la camisa y corbata de seda conjuntadas con estudiada meticulosidad. La piel de Miguel lucía un aceptable bronceado, el pecho cubierto de un vello espeso y rizado, la figura atlética de brazos y piernas musculosos, delatando un ejercicio físico diario y disciplinado, formaban una armoniosa suma que convertía al biólogo en un macho sensual muy atractivo. Sintió un urgente deseo de tocar y acariciar el cuerpo varonil. Su mano, intrépida, inició la aventura de su

espalda para recorrerla, voluptuosa, con las yemas de sus dedos. El hombre se estremeció con el placer del contacto femenino. Abandonado, se dejó hacer en tanto acariciaba el cabello claro y largo de la mujer y su mano se deslizaba con audacia por su escote hasta rozar sus senos pequeños y duros, deteniéndose en sus pezones que, estimulados al contacto, se irguieron turgentes y sensuales, mientras advertía con deleite cómo la respiración de ella se agitaba, escapando fogosa por la boca entreabierta. Los labios de Miguel buscaron los suyos, propicios, fundiéndose en un beso largo que estremeció a ambos, interrumpido por la brusca aparición del mayor de los sobrinos de Miguel, que sin disimular una sucia sonrisa en su rostro plagado de acné, anunciaba que el almuerzo estaba preparado. En la bahía, un balandro de larga eslora y alto palo mayor, desplegaba sus velas al viento deslizándose, casi sin tocar el agua, hacia el mar abierto.

—¡Qué hermoso velero! —Exclamó con admiración la chica, un poco cortada por la presencia del adolescente que ahora la miraba con descarada obscenidad.

La despedida, tras una breve sobremesa, tuvo los mismos tintes alborozados del recibimiento que María Elena les había dispensado. Su sonrisa permanecía intacta entre promesas de más frecuentes encuentros una vez estuvieran todos en Madrid, y reiterados consejos de precaución y prudencia a la hora de conducir.

—Cuídamelo bien. Cuídamelo bien.—Repetía una y otra vez con la cabeza asomando por la ventanilla, dirigiéndose a la doctora entre gorjeos y un pícaro guiño de complicidad que le ponía nerviosa.— Cuídamelo bien. Es el único hermano que tengo.

El viaje de regreso transcurrió en medio de prolongados silencios y una actitud de reserva y distanciamiento por parte de Miguel, que la desconcertó. Los kilómetros que les separaban de Madrid los hicieron de un tirón, sin más paradas que las estrictamente necesarias para repostar combustible y tomar un café. Tampoco se detuvieron a cenar tal y como propuso el biólogo al salir de Cóbreces. Ambos parecían tener una repentina prisa por llegar a su destino y separarse. Cuando ya en Madrid se despidieron, sus manos se enlazaron con un exceso de protocolo acompañado de dos besos fríos y distantes, sin apenas rozar las mejillas.

—Nos veremos —Dijo de manera ambigua Salvatierra.

—Claro está —Respondió ella, íntimamente molesta y decepcionada.

Recogió del buzón la correspondencia acumulada en los días de ausencia, buscando como siempre la respuesta a una carta nunca escrita, a sabiendas de la imposibilidad de recibirla, pero con la esperanza intacta de que algún día llegaría. Al abrir la puerta de su apartamento, el orden, la oscuridad y el silencio la acogieron como un cuenco vacío en el que se sintió extraña y con una sensación cercana al miedo, algo que le sucedía de vez en vez como un acceso de tos o un repentino golpe de fiebre. Aún percibía el perfume fresco de la colonia de Miguel y en su cuerpo, las huellas de sus manos mientras apretaba con mimo sus pechos, presionando, atrevido y diría que inexperto, sus pezones erectos. Pensó en su desconcertante actitud durante el camino de regreso. En el interior del coche, entre largas pausas materializadas en un malestar físico, se había difuminado, incompresiblemente, la ternura de los días anteriores, la cercanía en el trato, la complicidad de las miradas encontradas y elocuentes. Como una sofocante oleada de calor, la invadió un sentimiento de humillación, arrepintiéndose casi con rabia de haber aceptado la invitación a viajar con él hasta Cóbreces y propiciar unas caricias y unos sentimientos que ahora, parecían haber existido tan solo en su imaginación.

V

Tras una guardia de veinticuatro horas en el Hospital, disponía del día libre y, de manera poco habitual en ella, durmió hasta bien entrada la tarde envuelta en una pegajosa somnolencia. Finalmente, logró levantarse sudando, fatigada y con la marca de los pliegues de las sábanas repartidas por su piel; entumecida geografía de ríos secos, mares inexistentes y montañas sin cumbres por conquistar. Miró con indiferencia a través de los cristales del balcón. Llovía con la intensidad de una tormenta de verano. La recoleta calle del barrio burgués, aparecía solitaria, con el asfalto acharolado por la lluvia. Finalizaba agosto y el día era pesado y bochornoso. Si abriera las ventanas — pensó— la habitación se inundaría de un agradable olor a tierra mojada subiendo en húmedas vaharadas desde los jardines del parque cercano. Se sentía agotada, el estómago le atormentaba en una náusea continua y tenía la mente confusa en una mezcolanza de ideas dispares y contradictorias. Por más que en los últimos días intentó hacerse la encontradiza con Miguel Salvatierra, frecuentando los lugares comunes a ambos, no había conseguido dar con él. Ninguna llamada de teléfono Ningún rastro desde la noche en que se despidieron al regreso de Santander. Ni una sola pista a través de los amigos que no le habían visto en las últimas semanas.

Para combatir el tedio y la incertidumbre, trató de leer un rato. Buscó un libro en la estantería y eligió algo de música, “La Creación”, de Haydn, el aria en la que la soprano evoca la belleza de los verdes prados y los frondosos bosques de la tierra recién creada. Minutos después cerraba el libro y detenía el disco. Imposible concentrarse con la soledad arañando el vacío de su vida; pequeñas gotitas de tristeza resbalando por el costado del dolor que, empezaba a considerar, se había convertido su existencia. ¿Sufría por Miguel? ¿Por su silencio prolongado e inexplicable? Era incapaz de darse una respuesta. A fuerza de ser sincera, había de reconocer que lo que más trastornaba su espíritu era la imagen borrosa de la niña que conoció en San Sebastián un lejano día de agosto. Un recuerdo latente, agazapado pero vivo

y nostálgico, regresado con urgencia en los olores del monte y el mar de Cóbreces. ¡Qué absurdo! Añorar a una niña de largas trenzas cuya amistad se cimentaba en una tarde. Una perfecta desconocida de la que no sabía ni el apellido, pero que se quedó instalada en cada uno de los pliegues de su sentimiento infantil, prolongándose en el tiempo y sacudiendo con intermitencia su vida, como ocurría ahora en esta tarde lluviosa preñada de confusiones y melancolías. Cogió un impermeable y, huyendo de la persecución de los recuerdos lejanos y las decepciones recientes, salió a la calle. La lluvia empapó su rostro en una caricia que agradeció, mientras sus pasos la llevaban con mecánica precisión al Da Vinci, convertido en refugio de luces indirectas y música romántica, propicio a los escauceos amorosos de las parejas o la charla coloquial, casi nunca trascendente, de los socios del privado club de élite. Solía reunirse allí con sus amigos; colegas que antes fueron compañeros de Carrera y condiscípulas como Alicia, conocida desde el colegio de las monjas donde estudiaron de niñas. Como al parecer era tarde de rememoraciones, evocó los jardines donde tenían lugar los recreos. En ellos veía a Alicia Montesinos un virago corriendo veloz y rezagando a todas. En ocasiones, no se podía contener y le ponía la zancadilla guiada por el malévolos placer de verla rodar por el suelo con sus piernas musculosas llenas de pelos, la falda tableada del uniforme alzada hasta la cintura, dejando ver sin pudor sus bragas siempre de una blancura impoluta. Alicia no decía nada ante las agresiones ni respondía a sus cínicas disculpas. Enrojecía, limitándose a mirarla a los ojos con una frialdad heladora y un inquietante triunfo reflejado en ellos. Ya entonces, con sus maneras masculinas y su voz desgarrada, le producía una profunda antipatía acompañada de una extraña necesidad de estar cerca de ella. Antonio Navascues, hizo chasquear los dedos a la altura de su frente con un pequeño estallido que la sobresaltó por lo inesperado.

—Cuando yo diga uno, dos, tres ¡despierta! —Bromeaba el amigo a quien no había visto, perdida como estaba en sus recuerdos.

Antonio era uno de los fijos de la cuadrilla que se reunía en el Club. Licenciado en Derecho, profesión que no llegó a ejercer, regentaba el negocio familiar, una importante fábrica de género de punto, y la Leza, como la llamaban sus compañeros de profesión y por extensión los amigos que frecuentaban el mismo círculo, no ignoraba el interés del industrial por ella. En la penumbra, el pianista interpretaba “Moon river”. La melodía la invadió de ganas de Miguel Salvatierra. Echaba de menos su voz, su aliento tan cerca

del suyo en la playa, las manos deslizándose por sus cabellos, recorriendo con intrepidez su cuerpo despierto al placer de las caricias.

Alicia Montesinos, impenitente fumadora, el pitillo instalado a perpetuidad en sus labios, miraba a la recién llegada sin verla, ignorándola pero consciente de su presencia. Su relación era una extraña mezcla de amor/odio vigente desde la época del colegio, que a nadie pasaba desapercibida, aceptada por todos como natural dado que nunca fue de otra manera. Alicia, bióloga, dueña y directora de un gabinete de análisis clínicos, heredado a la muerte de su padre, defendía con celo la intimidad de su vida sentimental, pero a nadie escapaba que tras el aspecto masculino, se escondía su condición de mujer sensual, apasionada y activa.

En el piano sonaba ahora “Balada para Adelina”, Navascués le ofreció un cigarrillo que aceptó con movimiento mecánico, en tanto su mirada navegaba a la deriva de un desinterés creciente por todo lo que la rodeaba. Preguntó sin proponérselo— ¿Alguien ha visto últimamente a Miguel Salvatierra?

—Vaya. —comentó ácida, Alicia— ya sabemos por qué la princesa está triste.— La aludida respondió con una mirada fulminante, lo que no pareció afectar su ánimo ya que prosiguió impertérrita —Por eso te notábamos un poco mustia. Es tu primer amor ¿eh? Pues no sabes cómo duele, querida— hizo una pausa para apurar su copa, y cuando parecía haber olvidado el tema, perdida en la música y en la evolución del humo que la envolvía, continuó hablando como si estuvieran solas— A nada que puedas, súpelo a fondo y disfrútalo a tope aunque te cueste la piel del alma. Nunca, nunca, nada es comparable al primer amor. Luego, cuando pasa —continuó monocorde— la vida no es otra cosa que una persecución inútil en busca de esa intensa emoción que produce el primer beso, el primer contacto físico y que jamás se repite. El resto, no es más que un reguero de frustraciones y derrotas. Una carrera perdida de antemano por atrapar lo que se produce una sola vez y que te envolvió fugazmente —Ahora la pausa fue más larga y su voz más opaca — Mira chica, tú siempre has sido muy confiada y un poco tonta. Demasiado idealista. Toma lo que te ofrecen con naturalidad. Vívelo como algo que no ha de perdurar y en lo que por tanto, no hay que arriesgar demasiado el corazón. Es la única manera que conozco de no sufrir en exceso. Si alguien ha de hacerlo, que sean los demás y si hay que golpear, golpea tú primero.

—Esa es una actitud cínica y negativa y lo que describes, no es amor.

—¿Y qué entiendes tú por amor? ¿O es que crees en una fórmula

universal que, como en matemáticas, es el resultado de un cálculo cuya expresión simplificada sirve para la resolución de todos los casos análogos? El amor, cada cual lo vive y entiende a su manera o como los demás le dejan vivirlo y entenderlo. Un espejismo tras el que corremos como imbéciles, debido a la incapacidad que los seres humanos tenemos para aguantarnos en soledad a nosotros mismos.

Se expresaba con una impudicia descarnada, dejando por primera vez al descubierto la miseria de sus decepciones. Muchas, a juzgar por sus palabras.

—Tienes treinta y dos años. Eres muy joven para tanta derrota y desaliento. —Argüía la Leza, confundida por la actitud inesperada de Alicia.

—En cuestión de amores tengo todos los años del mundo. —Fue su lacónica respuesta, para añadir—. Por cuestiones profesionales conozco bastante a Miguel Salvatierra y es buena gente. Si te gusta, no le dejes escapar pero, repito y perdóname el consejo, no bajes la guardia ni con él ni con ningún otro hombre. Si le veo, no le diré que lo andas buscando. No hay que dar facilidades al enemigo.

No esperó respuesta alguna. Tras su desgarrado discurso, se puso en pie dando por terminado el diálogo. Parecía más desgarbada y masculina que nunca, pero también más débil y vulnerable. Sin despedirse, se encaminó hacia la salida. El primer impulso de la doctora, fue salir corriendo y caminar junto a ella. Antonio frenó sus deseos.

—No lo hagas —dijo con firmeza— Ahora mismo se estará maldiciendo por haber dejado su verdad al descubierto.

Resignada, se encogió de hombros. Se disipaba otro modelo referencial de su adolescencia. Acababa de conocer a una Alicia Montesinos transformada, ajena a la niña largirucha del colegio de monjas, que siempre le ganaba a correr. Constató también que aquello de que la soledad hace más fuerte al individuo, era un sofisma, una solemne majadería. La vulnerabilidad de Alicia y la suya propia demostraban que la soledad, más que un viento fuerte, era una galerna enfurecida abocando al garete y haciendo zozobrar embarcaciones y vidas.

VI

El viernes de la última semana de agosto, al término de su trabajo en el hospital, Miguel Salvatierra la esperaba en el vestíbulo. Su comportamiento fue tan natural como si solo el día anterior hubieran estado juntos. Entre ellos no existía ningún compromiso ni cruzado promesa alguna. No había lugar a los reproches. Cenaron en una tasca de una calle estrecha y solitaria, próxima a la plaza de la Opera, y ya en los postres, le entregó un pequeño estuche. En su interior, anclado entre algodones, un llavero de plata con un velero de velas de oro en relieve. En el reverso, una breve inscripción: Agosto, 1967. Miguel.

¿Tan convencido estabas de que iba a aceptar tu invitación?— Había un leve tono de despecho en la pregunta.

—Lo compré nada más llegar de Cóbreces. Al día siguiente. El velero es muy parecido al que tanto te gustó la mañana que estuvimos en la playa.

—¿Y por qué has tardado tanto en dármelo?

—No estaba seguro de que lo aceptaras. Tampoco lo estaba de mí mismo. No sabía si te quería o no. Nunca he estado enamorado y necesitaba tiempo para analizar lo sucedido con la perspectiva de la distancia. No quería equivocarme.

Claro. Previamente necesitabas experimentar en el laboratorio de tus sentimientos todas las síntesis de moléculas, macromoléculas y proteínas; los compuestos orgánicos elaborados y desprovistos de “ese algo” que los convierte en materia viva. Tenías que observar el ritmo de la diástole y la sístole de tu víscera cardiaca cada vez que pensabas en mí. Escrutar en el microscopio las partículas de tu cerebro, por ver de detectar las emociones que el contacto con mi piel pudiera causar en tu condición de macho. Medir y sopesar, fríamente, las posibilidades de vida de nuestro amor ¿Cuáles han sido los resultados de tus profundas investigaciones? ¿Has examinado ya todas las variante de la analítica? Desde tu punto de vista científico ¿Hay química entre los dos?

Desconcertado, Miguel no salía de su asombro. No esperaba una reacción tan “técnica” ni mucho menos, tan airada. Balbuceó más nervioso que irritado.

—No sé a dónde quieres ir a parar...

—Es muy sencillo. No puedes investigar en nuestro amor como en la genética de los microorganismos. Si en Cóbreces sentiste algo por mí, lo natural era que me lo hubieras dicho aquella misma noche, cuando llegamos a Madrid. Hablar e impedir que durmiera sola cuando tanto te necesitaba. Evitarme la pena de los días posteriores y el riesgo de que, ante tu actitud, mi interés se enfriara hasta perderse y desaparecer.

—¿De verdad aquella noche me habrías aceptado en tu cama?

La mujer miró a sus ojos abierta y directamente, sin pudor. Su respuesta fue escueta.

—Sí, te habría aceptado.

Miguel se reveló como un magnífico amante, y los meses siguientes, la mujer vivió entregada al biólogo en un pacto tácito con su memoria para olvidar las palabras de prevención que hacia los hombres había pronunciado Alicia Montesinos.

—Tenemos que poner en orden nuestras vidas. —Le dijo una noche el científico, jadeante todavía por la intensa incursión amorosa.

—¿Qué quieres decir?

—No podemos continuar así. Esta relación nos absorbe y distrae del trabajo —por lo menos a mí— y nuestra historia empieza a ser conocida por todos. Somos personas honorables y deberíamos formalizar nuestra situación. Casarnos y vivir juntos como Dios manda.— Concluyó con una solemnidad que enfriaban como una corriente de aire helado, los húmedos besos de hacia solo unos instantes.

—¿Sólo porque te distrae de tu trabajo y la gente murmura? —Hablaba escéptica y decepcionada.

—¿Es que no quieres casarte?

—Sí, claro, pero cuando lo decidamos nosotros mismos. No porque la gente comience a murmurar, sino por la necesidad que tengamos de compartir nuestras vidas en su totalidad y no solo en la cama.

—Para eso te quiero y por eso te lo propongo. —Volvía a besarla y a acariciar su cuerpo que, por primera vez, no vibró. Miguel Salvatierra se puso solemne, tomó de entre sus dedos el cigarrillo que ella había encendido y aspiró el humo, concentrado en sus pensamientos. Después, expuso no sin

cierto titubeo.— Me han ofrecido un contrato para trabajar un año en el Instituto Tecnológico de California. En sus departamentos se están estudiando intensamente las características de la molécula del ácido desoxirribonucleico. Sabes que es un tema que me apasiona y no creo que se me presente otra ocasión parecida en toda mi vida.

—¿Y cuál es tu plan? —Preguntó con cautela, alerta por la premonición de que lo mejor de aquel amor pertenecía ya al pretérito imperfecto de su historia sentimental.

—Que nos casemos y nos vayamos a pasar juntos ese año a California. Siempre has dicho que es un país que te gustaría conocer ya que incluso crees tener unos parientes lejanos por esa zona. Sería bonito seguirles la pista de cerca y acabar descubriéndolos después de tanto tiempo.

—Sí, sería apasionante contactar con los tataranietos de una tía abuela de la que ignoro hasta el nombre.— Repuso con un acento preñado de ironía y manifiesto desprecio. Había abandonado la cama y se dirigía, impaciente, hacia la ducha. El hombre la siguió mansamente, pero se detuvo al advertir su gesto cortante mientras vocalizaba con cuidado, una a una, sus palabras.

—¿Y mi trabajo? ¿Qué será de mi trabajo? ¿Has pensado siquiera en ello? ¿Sabes que hice siete años de carrera y que llevo varios ejerciendo mi profesión?

Por el ceño confuso de su rostro, era evidente que no había pensado en aquel “detalle”.

—No sé... Quizá puedas pedir una excedencia en el hospital. Un año sabático. Últimamente estás muy crispada. Sería bueno que pudieras relajarte y hacer turismo por la zona y quizá, quién sabe, tener nuestro primer hijo. Si nos casamos, deberás ir pensando en esa posibilidad. Sabes que a mí los niños me gustan mucho. Con la familia tendrás suficiente y cuidar de nuestro hijo y de mí, será más gratificante que hacerlo con unos enfermos desconocidos. En todo caso, podrías ayudarme en mis investigaciones cuando los niños te lo permitan.

Ni siquiera se sentía furiosa. Estaba perpleja y sin querer dar crédito a las palabras del hombre por el que hasta ese momento había sentido, además de amor, alguna admiración y mucho respeto. Hizo acopio de toda la sangre fría de la que era capaz en aquellos momentos en los que en un instante, había pasado del calor tibio de sus brazos al frío intenso de una desnudez que iba más allá de la de su piel

—No he nacido para ser una mala imitación de una de esas abnegadas

mujeres que pusieron su inteligencia y su talento a disposición de un hombre a veces gris, y que además las ignoraron en su condición de mujer. No estoy hecha de esa madera ni soy rama de un tronco ajeno. He estudiado Medicina para ejercerla y ser yo misma, y exijo un rol de co-protagonista en el argumento de nuestra historia, puesto que hemos de vivirla juntos.

—¡Qué petulantemente literaria te has puesto, mujer! —Ridiculizó, todavía molesto por la reacción femenina— Creo que extremas las cosas. Estás dramatizando y, la verdad, no te conocía en esa faceta que, si he de ser sincero, me desagrada profundamente.

—Hay muchas cosas que desconocemos el uno del otro y quizá nos precipitáramos yéndonos a la cama con tanta rapidez, porque tampoco yo podía imaginar que me hubieras asignado un papel tan secundario en nuestra vida en común, sin contar previamente conmigo.

El hombre, repuesto de la sorpresa que la reacción de su pareja le había producido, aún tuvo tiempo de remachar su torpeza.

—¡No conocía tu faceta de sufragista!

—¡Eres asquerosamente carca!

Se encerró en el baño masticando a duras penas su desprecio. El ruido de la ducha silenció el que hacía la puerta al cerrarse tras Miguel. Cuando la doctora Leza comprobó la huida, solo masculló.

—Maldito cabrón, reaccionario y machista.

Dos días después, Miguel la llamó por teléfono. Su voz era distante.

—¿Vendrás conmigo a California? —Preguntó sin preámbulos.

—No. —Fue la respuesta dada con absoluta rotundidad—. No escuché nada a través del auricular, solo las palpitations aceleradas de su propio corazón. Alarmada ante el silencio de su interlocutor, dijo dulce pero concluyente. —Yo te esperaré aquí preparando nuestra casa y en cuanto regreses, te prometo que nos casamos. Pero con la misma sinceridad te digo que, en mis planes de futuro, no cabe la posibilidad de abandonar mi profesión. —Las palabras de Miguel Salvatierra llegaron cargadas de despecho.

—De acuerdo. Pero que conste que yo he querido afrontar la aventura de una nueva vida contigo a mi lado. Correremos el riesgo que implica una separación tan larga y asumiremos las consecuencias si se producen.

Optó por ignorar la velada amenaza de su voz, para responder conciliadora.

—Ya verás como no ocurre nada. Un año pasa pronto.
No concertaron una cita para despedirse.

VII

Faltaban unos días para cumplirse el año de ausencia, cuando Miguel Salvatierra se casó con otra. Leslie María Fulton, una californiana de origen español, compañera de trabajo en los laboratorios del Instituto Tecnológico. ¡Qué ironía! Bien pensado, hasta podía ser una descendiente de la tía abuela que muchos años antes de que ella naciera, viajó, siguiendo a su marido, a los Estados Unidos de América.

No se vieron a su regreso ni recibió la llamada telefónica esperada. El silencio y la mezquindad en el comportamiento de Miguel, borraron su historia de amor sin más huella que el dolor inicial, más tarde sustituido por la firme voluntad de no dejarse abatir y una resentida desconfianza hacia el sexo opuesto. Aquella fortaleza pareció encastrarse definitivamente en su forma de vida junto al desencanto y la soledad, negándose a sí misma el derecho a compadecerse. Sin buscar confidentes con quienes aliviar su desengaño, se lamió las heridas como el tiburón hembra restaña los arañazos inferidos por su compañero en el apareamiento. Una desafortunada comparación ya que las heridas de Miguel no fueron causadas por la pasión sino por el desamor y la indiferencia.

Optó por no dejar traslucir su tristeza. Su derrota anunciada por Alicia Montesinos. Pero ahora, cuando se disponía a entrar en el Club, la presencia inesperada de Miguel con su mujer americana, rubia, de boca exuberante y ojos azules, como recién salida de una película de la Metro Goldwyn Mayer protagonizada por Doris Day, derrumbó el baluarte con tanto esfuerzo construido. El dolor físico atenazó su pecho y, a bocanadas, como un pez fuera del agua, tomó aire para no ahogarse. Reclinó la cabeza en el respaldo del asiento y se rogó calma. Evocó el aroma de Miguel y se maldijo por no sentirlo en su piel; las manos acariciando cada centímetro de su cuerpo hasta hacerla estremecer en el universo de sentimientos en el que se había convertido el reducido espacio del interior de su coche. De nuevo aspiró todo el aire que sus pulmones le permitieron y cuando se hubo calmado al tiempo

que la pareja desaparecía al volver una esquina, con paso resuelto, se encaminó al Club.

La misma cómplice penumbra, los rostros iguales de todos los días y el pianista interpretando con inocente sarcasmo, las notas de “Begin the beguine”. En la mesa de siempre, en el rincón más oscuro del local, Navascués y Alicia acompañaban su mutuo hastío ante unas copas.

—Hacía mucho que no te dejabas ver —Antonio besó sus mejillas y Alicia, permaneció callada sin apartar la mirada de la recién llegada, examinando cada uno de sus gestos como si a través de ellos pudiera deducir su estado de ánimo. La mirada apagada. Su apatía

—Bajaste la guardia ¿eh?

No estaba en condiciones de fajarse con una contrincante de sus características, así que se limitó a tragar un par de analgésicos, ayudada por el whisky solicitado.

—¿Te estás suicidando? —Preguntó punzante, Alicia.

La Leza, presionó con fuerza sus sienes y cerró los ojos. Todo iba a estallar a su alrededor. Cuando los abrió, paseó lentamente la mirada por el local en penumbra. Una mujer acaba de entrar y se acomodaba junto a la barra. No podía ver su cara, pero provocó en ella una incomprensible sensación de cercanía. Con un gesto, pidió que le sirvieran otra copa. Alicia, por una vez se sintió solidaria y auguró amistosamente.

—No sé si de verdad pretendes quitarte de en medio, pero lo que sí es cierto es que te vas a emborrachar. El alcohol, lo sabes, potencia los efectos de los calmantes que has tomado.

—¡Vete al cuerno, sabihonda! Mejor si reviento.

—Nuestra princesa se desangra de tristeza. No le sirvieron mis consejos.

—¿Por qué había de aceptarlos? —Estaba al borde de las lágrimas.— Puedo ejercitar mi derecho a equivocarme por mí misma ¿no?

—Es evidente.

—Dame tiempo a adquirir la sabiduría que tienes en cuestión de sexo y luego, si quieres, hablamos de igual a igual —De un solo trago vació la segunda copa. Pidió otra sin dignarse a mirar el rostro de Alicia. De haberlo hecho, se habría asustado de su expresión mezcla de dolor y rabia, pero sobre todo, de consternación. Su interlocutora, al fin, acusaba uno de sus golpes bajos.

—No tienes derecho a entrar así en mi intimidad; a hablar con tanta ligereza de lo que no sabes. Creí que me apreciabas algo.

Estaba borracha, lo que no impidió que se sintiera avergonzada, arrepentida de la ofensa tan gratuitamente inferida. No fue capaz de disculparse. Navascúes quiso mediar cambiando de tema.

—Espinosa está organizando una fiesta en el Colmao de Jacinto, el de Fuencarral. Trastharemos una vaquilla en el tentadero como hemos hecho otras veces y luego cenaremos allí mismo. Creo que ha fichado un cuadro de baile flamenco muy bueno ¿Os animáis?

Alicia aceptó sin demasiado entusiasmo. La respuesta de la doctora, fue desabrida.

—¿Lo de la vaquillas es una indirecta? Dada mi situación, hablar de cuernos delante de mí es una grosería. Los tengo tan grandes como los del toro que mató a Joselito en Talavera.

—¡Qué erudición taurina la tuya! —Comentó divertida Alicia, tratando de olvidar el reciente altercado.

—Intuyo que tu también eres experta en cuernos. —Escupió, repuesta ya del ataque de remordimiento.

—Bastante más de lo que puedes imaginar —Admitió con evidente amargura.

Antonio, se vio obligado a mediar de nuevo.

—¿Por qué no salimos de aquí y nos damos un largo paseo? Luego os invito a cenar. Tengo mi día generoso, chicas. No lo desaprovechéis.

—Antoñito, guapo, ¿por qué no te vas a la mierda? Los dos os podéis ir a la mierda. —Insistía con ganas de bronca, empeñada en su breve monólogo escatológico— Allí estaréis muy propios. ¡Dejadme en paz de una puñetera vez!

—Antes te acompañaremos a tu casa. No estás en condiciones de conducir.

—No quiero ir a casa. Voy a pasarme la noche aquí.

Alicia, desistió. Se puso en pié y con el gesto, animó a Antonio a que la siguiera. —Tiene razón. Es mejor que la dejemos en paz. Hay tragos que no cuelean en compañía. Que lo apure solita.— El hombre parecía dudar. Estaba demasiado borracha como para abandonarla a su suerte. Las palabras de la Leza acabaron de decidirle.

—Lárgate tú también. La experiencia le da la razón a Alicia. Me voy a mamar yo solita y no quiero testigos de tan magno acontecimiento.

Con voz que empezaba a ser ininteligible, reclamó la copa que no acababa de llegar. Los vio marchar con las figuras desdobladas porque para

entonces ya estaba del todo ebria. Con mano vacilante se llevó el vaso a los labios, pero alguien la detuvo con firmeza. Alzó la cabeza y vio unos rasgos borrosos de mujer

—¿No crees que por hoy ya has bebido bastante?

Sintió una fuerza tirando de ella hasta ponerla en pie y cómo uno de los brazos de la desconocida rodeaba su espalda para ayudarle a caminar erguida. La penumbra y sobre todo su estado de embriaguez, le impedían ver sus facciones con claridad. No obstante, se dejó llevar confiada. El entorno desapareció a su mirada confusa y una vaharada de mar y de pinos acabó de emborracharla, hasta dejarla prácticamente inconsciente.

La desconocida, a duras penas la introdujo en un coche y arrancó en silencio. La noche, cerrada, solo ofrecía oscuridad y para entonces, ella lloraba con desconsuelo las lágrimas que antes no pudo derramar por al abandono de Miguel Salvatierra. La voz de la mujer la escuchó nítida en medio de sus sollozos.

—¡Ah, mi hermosa Ana María! ¿Quién ha sido el cabrón, hijo de puta, que ha osado anegar de lágrimas vuestros bellos ojos?

—¡Cuánto has tardado en volver, Guerrero del Antifaz! —Exclamó con lengua estropajosa, arreciando en su llanto.

Reclinó la cabeza en el hombro de Martina e inesperadamente, le vomitó encima.

—¡Jóder, que delicado reencuentro! ¡Cómo me has puesto la ropa, guapa!

VIII

En medio de su agitada confusión, Ana Leza, con inútil machaconería, buscaba las llaves en el fondo del caos que era su bolso. Una molesta neblina velaba su mirada y un carrusel inoportuno giraba y giraba dentro de su cabeza cada vez más dolorida, en la que sentimientos y recuerdos chocaban con el mareo producido por el alcohol y los analgésicos.

—¿Qué buscas? —Preguntó impaciente Martina.

—Las llaves del coche.

—¿Y con qué crees que lo he puesto en marcha?

—¡Así que has venido a robarme el coche! ¡Maldita sea, está claro que hoy no es mi día!

Martina optó por no responder. En la oscuridad era imposible distinguir su gesto serio, el ceño fruncido y preocupado. Un perfil rotundo iluminado a intermitencias por las luces de las calles, atravesadas a gran velocidad.

—¿Te importaría llevarme a mi casa? Estoy un poco mareada y creo que soy incapaz de coger mi coche. Además, no tengo ni idea de donde lo he aparcado. Vivo en... ¡La leche! Tampoco me acuerdo de dónde vivo...

—No te esfuerces. Sé muy bien la dirección.

La doctora Leza soltó una risita estúpida.

—¿Ya no eres el Guerrero del Antifaz? Alguien me dijo que su personaje encarnaba, soterradamente, a un deleznable fascista ¡Martina facha! ¡Martina facha!.... ¿Te has convertido ahora en una gente secreto de la CIA, espionando las vidas de los ciudadanos honrados? —Barbotaba con la lengua trabada para caer de nuevo en el sopor de la monumental borrachera, sin ningún interés en averiguar cómo su vieja y casi desconocida amiga había logrado dar con ella. Martina bajó las ventanillas y el tibio frescor de la noche fue un alivio en el ambiente nauseabundo del interior, inundado del olor ácido de la vomitona.— Vaya encuentro romántico. —Masculló malhumorada.

—Si molesto, me bajo. —Hizo ademán de abrir la puerta en plena carrera.— Martina tiró de ella con violencia.

—¡Estate quieta, coño! Solo podrías volver a tu casa a cuatro patas. ¡Estás embolada hasta las orejas! Hacía tiempo que no veía una borrachera semejante, y mira que he sido testigo de unas cuantas.

—¿Borracha, yo? ¡Es increíble lo que hay que oír! —Tras la sublime indignación, tuvo un ataque de risa al que siguió otro de llanto.

—Vas a inundar el coche...

Fue necesario un ejercicio de equilibrio y habilidad —al que por experiencia estaba acostumbrada— para introducirla en el portal y arrastrarla hasta el ascensor. El espejo del elevador devolvió el rostro desencajado de Ana. A pesar de todo, seguía conservando el parecido con la niña de doce años a la que conoció dos décadas atrás. El mismo óvalo de cara e idénticos los ojos ligeramente almendrados, oscuros e inocentes. Su indefensión... El golpe seco del ascensor al detenerse, expulsó de su memoria un tropel de añoranzas. Ana Leza, de pié, se había quedado dormida y roncaba con estrépito. Un hilillo de baba se escapaba de una de las comisuras de sus labios —¡Caray con la hija del ministro!— No pudo por menos de exclamar ante su lamentable estado y sin remilgos, la arrastró como un fardo hasta el interior del apartamento. Estaba empapada de whisky y vómitos. Fue tentando los interruptores de las luces hasta iluminar toda la casa y encontrar el cuarto de baño. Desnudó a su amiga y la metió bajo la ducha. El contacto del agua fría la hizo protestar y enfurecerse mientras la llenaba de improperios, pero la despejó lo suficiente como para ir por su propio pié hasta el dormitorio donde, agotada, se dejó caer sobre la cama. Sin abrir los ojos, farfulló.

—Sé que estás ahí.

—Genial descubrimiento el tuyo.

—Ven, acércate. —Pidió con los ojos cerrados, incapaz del esfuerzo de abrirlos.

Como un ciego, palpó su rostro deteniéndose en cada pliegue, descubriendo sus rasgos agazapados en la memoria de su tiempo de niña. A sus palabras le faltaba la coherencia de la lucidez.

—Te has cortado las trenzas. También yo me las corté. Ya no somos las crías de entonces ¿Sabes una cosa? En el Club tuve como un presentimiento, la sensación de que alguien muy querido había entrado y estaba muy cerca de mí.

—Pues estuviste a punto de ahogarte en whisky sin descubrir quién era el

glorioso personaje.

No estaba en condiciones de reparar en el sarcasmo.

—Sigues igual de chiflada. No te habría conocido de no ser por las palabras que me dijiste. Casi las mismas de hace veinte años. ¡Dios mío, cuánto tiempo y cuántas cosas han pasado desde entonces! —Dio media vuelta y hundiendo la cara en la almohada, comenzó a sollozar.

—¿Es que no sabes hacer otra cosa? Cada vez que te encuentro estás gimoteando, mi hermosa doña Ana María.

—En veinte años no he derramado una lágrima. Ni siquiera a la muerte de mi padre —Disculpaba su debilidad ante la entereza inamovible de su amiga. Nada parecía haber cambiado. Y en el silencio largo que siguió, cobijaron ambas sus emociones y pensamientos que, a buen seguro, discurrían entre los pinares y las hortensias del monte Ulía.

Ninguna de las dos apartaba los ojos de la otra, observándose con curiosidad no disimulada, tratando de descubrir en sus rostros algún rasgo conexo entre su infancia y el momento actual. Un vestigio en la mirada; un gesto recordando, aunque fuera vagamente, a las niñas que fueron un día. Nada y todo. Las dos, sorprendentemente, seguían siendo amigas sin ningún camino que recorrer para acortar la distancia no existente entre ellas. Martina encendió un cigarrillo.

—¿Te molesta? —Preguntó, cortés.

—No, no. Yo estoy tratando de dejarlo, pero no hay manera. — Permanecía desnuda sobre la cama y sin despertar del todo de los efectos del alcohol. Sus ojos, sin querer, se cerraban una y otra vez

—Te estás durmiendo ¡Bonita goma tendrás mañana! ¿Te emborrachas con mucha frecuencia?

—Es la primera vez en mi vida. Lo juro.

—Pues vas a ser una campeona cuando cojas práctica. ¡Menuda moña has pillado! ¿Por qué lo has hecho? ¿Un problema en el trabajo? ¿Un hombre, quizá?

—Ahora no quiero hablar de ese asunto. Lo he olvidado. Ni me acuerdo ya de su nombre.

Martina tensó las aletas de su nariz y con intencionada exageración, husmeó en el aire.

—Me huele a desengaño amoroso ¡Doña Ana María ha encontrado a su Guerrero del Antifaz!

—No es cierto. Llevo muchos años buscándolo sin encontrarlo —Su cara

se había ensombrecido— Miguel Salvatierra no es ningún héroe. Ni siquiera un hombre leal.

—Así que el tal Miguel te la ha jugado con otra. Entonces es fácil deducir que lo tuyo de esta noche ha sido consecuencia de un ataque de cuernos.

—Es algo más que un ataque de cuernos. Se ha casado con ella.

—Igual has salido ganando... —Luego, se puso seria— ¿Te duele mucho?

—Solo cuando los veo juntos —Trató de bromear— Y esta tarde han pasado delante de mis narices comiéndose la boca. Pero no quiero hablar de Miguel. Mejor lo hacemos de ti. Seguro que tú si has encontrado a tu hombre.

Su expresión cambió y los rasgos de su cara adquirieron en un momento la madurez de los años. Un brillo especial encandiló sus ojos cuando se dispuso a responder.

—Sí y aunque he conocido a varios, sólo uno ha llenado mi vida en plenitud.— Y sin pausa, un poco pálida, perdido el aire de seguridad que caracterizaba todos y cada uno de sus movimientos, cambió de tema.— Mira, si no te importa, me doy una ducha. Me has puesto perdida y no precisamente de Chanel número cinco. Te calentaré un vaso de leche y me iré a mi casa. Estoy rendida. Este de hoy, ha sido un día muy especial.

Salió de la habitación y Ana, como en un sueño, la oyó manipular primero en el cuarto de baño y después en la cocina. Seguía admirando la facilidad con que ponía orden a su alrededor y tranquilidad en su ánimo. Con ella cerca, nada malo podía sucederle. Regresó al cabo de unos minutos, envuelta en su albornoz, con un vaso de leche y un par de aspirinas.

—Te ayudará a dormir mejor. —Se movía con una desenvoltura que denotaba su costumbre a la iniciativa. Sin embargo, por su rictus de fatiga, Ana coligió que aquella noche no parecía dispuesta a entrar en confidencias. A pesar de ello, lo intentó.

—¡Tenemos que hablar de tantas cosas!

Martina la interrumpió tajante.

—Dime dónde puedo encontrar alguna ropa que ponerme y me largo. Mañana vengo a devolvértela y charlamos. Ahora no estás en condiciones. Sospecho que todavía sigues ajumada.

—Que sigo ¿qué? No entiendo...

—Perdona. Es una manera de hablar. He pasado muchos años en otro país y aún no puedo librarme de algunos de sus modismos. Quiero decir que

sigues estando borracha.

—¿De qué país me hablas?

No respondió. Encendió otro cigarrillo y por unos instantes Ana creyó que el alma de su amiga había abandonado su cuerpo, deshabitado y ausente.

—Tengo que irme ya.

—Quédate al menos un poquito.— Suplicó la chica.

—Es muy tarde y yo también estoy cansada.

—Por favor. Solo hasta que me duerma. —Afloraba la niña débil que en medio del monte, asustada, le rogaba que no la abandonara. Y como entonces, tampoco ahora supo negarse.

—Está bien. Solo unos minutos. Anda, bebe la leche. Se va a enfriar. Y toma las aspirinas, te ayudarán a pasar la resaca de mañana.

—Estoy demasiado alterada y no podría dormir. —Ignorando el remedio que le ofrecía su amiga, abrió el cajón de la mesilla cercana y tomó un par de píldoras que tragó con la leche.— Desde hace un tiempo me cuesta conciliar el sueño— Justificó al advertir la mirada crítica de Martina.

—Entre el alcohol que aún te quede en el estómago y las pastillas, vas a estar durmiendo como un lirón tres días seguidos.

—Cuéntame cosas de tu vida antes de que eso suceda.

—Ya te he dicho que estoy cansada. Mejor charlamos en otro momento. Además, no sabría por dónde empezar...

—Volvamos al monte Ulía.

Martina esbozó una sonrisa preñada de nostalgias.

—Daría parte de mi vida por volver a aquellos tiempos. ¡Qué bien, regresar a casa y encontrar en ella a mis padres, mis hermanos, mi abuela!... Por cierto ¿Te confesaste con don Manuel de todos los pecados que cometiste aquella tarde? —Frivolizó para sacudir la melancolía.

—Tía Elvira no quiso esperar a que regresáramos a Madrid. Me llevó a la Iglesia que hay frente al campo de fútbol de la Real Sociedad, donde tenía un amigo fraile, un franciscano creo, con el que me obligó a confesar. Ya puesta, lo hice de mis pecados y de los tuyos. De tu manía de robar manzanas y flores; de las palabrotas que soltabas y de tus dudas sobre la existencia de Dios.

—Te caería una penitencia enorme. —Dijo socarrona.

—Un rosario y diez avemarías.

—¿Nada más?

—Y la promesa de no volver a verte.

—A fe que la cumpliste al pié de la letra. —Apuró el cigarrillo y trató de dar por terminada la breve charla— Ahora —dijo en tono maternal— duérmete. Debes descansar. Una cogorza como la que has cogido tiene que haberte dejado rendida.

—No sin antes explicarte por qué no volví a tu barrio o a la Peña del Ballenero, ni al día siguiente, ni al otro...

—Déjalo. Ha pasado mucho tiempo. Ya no importa.

—Es que quiero hacerlo —Cubrió con la sábana su cuerpo desnudo, y acomodándose lo mejor que pudo sobre la almohada, evocó lo sucedido inmediatamente después de llegar a Villa Magnolia, la noche en que Martina le mostró a Sirio junto a su compañero. —El revuelo que se organizó fue de antología. Mi padre llegó a pensar que mi tardanza podía deberse a un secuestro o por una venganza. Ya sabes cómo estaban las cosas en aquella época, todavía en plena posguerra. La susceptibilidad de los vencedores no era menor que la rabia de los vencidos. En ciertos aspectos, ellos también tenían miedo a pesar de haber ganado la guerra. Mucho más en las Vascongadas y con Franco allí, de vacaciones. Tan asustado estaba, que no me atreví a mencionar tu nombre por miedo a que fueran a buscarte y te hicieran algo. Solo comenté cómo me había entretenido con una niña que conocí en el monte y me invitó a subir con ella a la casa grande. A partir del día siguiente solo pude salir a la calle acompañada de tía Elvira y un policía secreta convertido en nuestra sombra. Pasaba las mañanas en la playa de Ondarreta con las dos carabinas a mi lado, sin amigos, sin ti ¡Un aburrimiento tremendo! Finalizado el Ministerio de Jornada, mi padre insistió en que regresáramos a Madrid, cuando la tía y yo siempre nos habíamos quedado hasta mediados de septiembre, después del segundo domingo de regatas. Fue mi último veraneo en San Sebastián. A partir de entonces fuimos a Galicia, a Bayona. Precisamente allí, en agosto de 1951, murió mi padre de un infarto. Ya no era ministro. Se había retirado prematuramente, asqueado de la política.

—¿Nunca volviste a San Sebastián?

—Seis años después. Lo hice sola. Tía Elvira se encontraba recluida en un geriátrico, completamente senil. Estuve en tu barrio preguntando por ti. Una chica me dijo que te habían enviado a Madrid hacía mucho tiempo, y algo terrible que me dejó conmocionada. Tu madre y el niño que esperaba cuando tú y yo nos conocimos, habían muerto en el parto. Tu padre, retirado a causa de una enfermedad producida por el polvo del mármol —y que más

tarde deduje se trataba de una silicosis— se había ido a vivir a un pueblo del interior de la provincia con su segunda mujer y tus hermanos. Todos murieron a causa de la explosión de un escape de gas que destruyó su casa mientras dormían. Sentí un gran dolor por ti... ¿Sabes lo que hice entonces? Tomé el camino del monte Ulía y volví a perderme. Estuve dando vueltas hasta que desemboqué junto a la Peña del Ballenero. Creí que por fuerza tendría que encontrarte allí, con tu falda vieja, las alpargatas rotas enseñando los dedos y el antifaz cubriendo tu cara. No había un alma, y al igual que el día que nos conocimos, la naturaleza toda se adormecía en el calor intenso de la tarde de agosto. Me encaramé a la atalaya y grité ¡Martina! ¡Guerrero del Antifaz! Ni el eco me respondió. Solo los murmullos alejados de los olés y los aplausos con que los aficionados jaleaban las faenas de los toreros en la plaza del Chofre. Era Semana Grande... Oí cantar al mirlo y silbar al cuco. Tuve la seguridad de que algún día volveríamos a encontrarnos y allí mismo, en tu paisaje, junto a los pinos y las hortensias, tomé la decisión más trascendental de mi vida. Esa noche cogí el expreso de regreso a Madrid y nada más llegar, me matriculé en la Facultad de Medicina. Mientras corrías asustada hacia tu casa, me gritaste que irías a vivir con unos tíos de Madrid y que de mayor serías médico. Tenía que encontrarte en alguna de sus aulas.

La voz de Ana, según se adentraba en los espacios inconexos de un sueño profundo, se volvía tenue hasta apagarse por completo. La arropó con cuidado y salió de la habitación. Necesitaba fumar y el último cigarrillo lo había consumido mientras la escuchaba. Su mirada recorrió el salón en busca de algo que encender entre sus labios. Sobre la estantería, repleta de libros científicos, descubrió una pequeña caja de madera de cerezo. Quizá Ana la utilizara como tabaquera. La abrió. En su interior, amarillentos por el tiempo, encontró los lazos de plexiglás que le regalara veinte años atrás. La sorpresa la dejó un instante paralizada para, después, dar paso a la emoción que la fidelidad de su amiga le producía. ¿Dónde residía la clave de la mutua fascinación? Ahora, en la soledad en que siempre le envolvía la noche desde que dejó de utilizarla para sus sueños, necesitaba confesarse a sí misma. Desnudar el alma, mirarse de frente e indagar en la profundidad de cada uno de sus sentimientos. Al descubrir a Ana saliendo del hospital, después de más de una semana siguiendo su pista para cerciorarse de que era la persona que buscaba, una sensación que conocía muy bien había sacudido su espina dorsal, y las cálidas emociones anidadas donde más profundamente habitaba su condición de mujer, se hicieron fuego como cuando dormía con Gudiel. Se

desconcertó tanto que huyó asustada. Durante días y noches guerreó sin tregua consigo misma. Habló con Andrés Iriarte, ascendido a director de un importante periódico y vuelto a casar con una periodista. Seguía siendo su mejor amigo y tras debatir durante horas sobre el tema, le aconsejó que se enfrentara a la situación.— No debes vivir con esa duda. Sería como haber perdido más de la mitad de tu vida. Todo ese tiempo que pensaste en ella. Ahora que la has encontrado, conócela de verdad. Lo más probable es que se trate de un espejismo, pero si es otra cosa tampoco has de asustarte. La moral es autónoma y más o menos adulta, así que no harás daño a nadie. Ya sabes que la felicidad es la vocación universal del ser humano. Lo decía Platón y le secundaba Aristóteles... Tú mereces la tuya como el que más.

—¿Qué haría sin ti, mi querido profesor Higgins?

—Exactamente lo mismo que vienes haciendo a lo largo de tu vida desde que tuviste la oportunidad de hacerte con ella. Tu real gana.

Andrés, como casi siempre, tenía razón y la convenció. Por eso regresó. No podía, sabiéndola tan cerca, renunciar al encuentro. A escuchar de sus labios lo que en veinte años había sido su vida y averiguar si su corta y extraña amistad la había marcado de la misma manera. Por ella perdió lo que más amaba en la vida, su libertad. Después hubo de reconquistarla centímetro a centímetro, dejando trozos de sí misma en cada paso hacia delante en el feroz intento de recuperarla. Ahora, en el reencuentro, presentía que otra vez podía verla condicionada, y el pánico la empujó hacia la puerta de salida, en un deseo irrefrenable de escapar.

Un inesperado golpe de viento —la noche era de nuevo calurosa y estaba en calma— abrió las ventanas sin ruido ni violencia y un aire tibio se coló por ellas. Paralizada, buscó con ansiedad una imagen y susurró un nombre: ¡Gudiel! Nadie respondió, pero el viento, al sonido de su voz, se detuvo inundando la estancia de una intensa fragancia de árboles y flores. Un sabor de tierra le llenaba la boca y le embriagaba los sentidos. La cicatriz de su hombro se humedeció como si por ella fuera a manar de nuevo la sangre, mientras el corazón se le llenaba de voces amigas y sonidos de la selva— ¿Querías decirme algo, Gudiel? —Volvió a susurrar con la voz agitada por una intensa emoción. Solo el silencio respondió. Tuvo que sentarse y cerrar los ojos, rogando a los dioses para que, al abrirlos, pudiera contemplar la imagen querida del hombre perdido— Gudiel. —Pidió en una plegaria recogida y profunda.— Rózame al menos con tu aliento para sentirte en mí y saber que estás aquí.— Extendió las manos tratando de palpar lo inmaterial,

sentir en su piel el cuerpo largamente deseado. El silencio de la madrugada se rompió con el sonido intempestivo del claxon de un coche y la magia se diluyó en la realidad de su soledad. Una lasitud conocida invadió su cuerpo y la dejó vacía. Sin prisa, apenas una sombra tras el rastro del último y tenue perfume dejado por el nombre de Gudiel, regresó a la habitación de Ana y se tendió en la cama junto al cuerpo desnudo de su amiga que dormía profundamente. La avalancha de recuerdos se precipitó sobre ella como un alud de nieve, fundiéndose en la nostalgia de las evocaciones que la mantuvieron con los ojos abiertos toda la noche.

IX

A las seis de la mañana del diecisiete de agosto, el día siguiente de su encuentro con Ana, los golpes de la policía sobre la puerta, despertaron a los habitantes de la casa. A Martina la invadió un miedo profundo y cientos de mariposas volaron, estrellándose unas contra otras, en su pobre estómago vacío.— Seguro que vienen a por mí —pensó aterrorizada— La niña de Madrid se habrá chivado que robo flores en el jardín de su villa y como su padre es ministro, habrá ordenado que me lleven a la cárcel. Notó cómo la orina mojaba sus bragas y corría por las piernas hasta formar un pequeño charco en el suelo, pero no tuvo tiempo de avergonzarse porque varios hombres avanzaban hacia ella por el estrecho pasillo. Al llegar a su altura la apartaron a un lado, voceando el nombre de su padre en una ceremonia conocida, similar a la de otras veces. Uno de los policías no vio las cañas de pescar y al tropezar con ellas, estuvo a punto de caer al suelo. Furioso, la emprendió a patadas pisándolas hasta reventarlas, mientras lanzaba mil juramentos. La niña, sin pensarlo, superando el alto muro del miedo, se abalanzó sobre el hombre y lo derribó cayendo también por su propio impulso. Enredados ambos, el policía le propinó un puñetazo en plena cara. No sintió ningún dolor, solo un ruido sordo, algo frágil estallando en el interior de su cabeza y un sinfín de lucecitas cegando sus ojos. La sangre pegajosa resbaló hasta su boca que se llenó de un sabor dulzón, como de hierro, mientras oía gritar a su madre y llorar con más fuerza a sus hermanos. Desde el suelo, vio la silueta difuminada de su padre atravesando la puerta a punta de pistola, con las manos esposadas a la espalda. Al contrario que en otras ocasiones, cuando la puerta se cerró tras ellos, dos de los policías secretas se quedaron en la casa. En pocos segundos pusieron patas arriba los cuatro muebles que había en ella; destriparon los gastados colchones a rayas azules y blancas por los que se escaparon las pellas de lana, desprendiendo un polvillo que hizo estornudar varias veces a uno de los hombres. De una patada reventaron el viejo baúl de endeble madera forrado en papel verde y

marrón del que escaparon, despavoridos, dos ratones, y donde su padre guardaba entre cinceles, escoplos y otras herramientas de su oficio, varias novelas del Oeste, algún libro de Historia y Geografía, un descolorido tomo de El Quijote, y un pequeño ejemplar en edición de bolsillo con un título muy raro, “Popol-Vhu” En la portada anaranjada, flotando entre las letras color marfil de su incomprensible título, una figura de morfología imposible, ni hombre ni animal, inquietaba siempre la mirada de Martina. Los policías, invadidos de una inexplicable rabia, volcaban ahora los cajones de una cómoda antigua, carcomida de polilla. De uno de ellos, como un arco iris de papel, surgieron los cientos de programas de cine que su hermana mayor coleccionaba. A sus pies, quedó uno precioso de la película “Historias de Filadelfia”; una deliciosa comedia que vería por primera vez muchos, muchos años más tarde y en versión original inglesa, en el cine Doré de Madrid, convertido ya en Filmoteca Nacional. Fue a rescatarlo, y el zapato negro y lustroso del policía se clavó en su mano, aplastándola con una crueldad innecesaria. Le dolió tanto que sintió ganas de vomitar, pero aguantó sin quejarse por no dar gusto al cabrón que la agredía.

En cuanto la casa recobró la calma y con el padre ausente, la madre de Martina salió a la calle sin decir nada y de la misma manera, regresó unas horas después. Sus orejas eran más transparentes que nunca y los labios, blancos, perdían su perfil en la palidez de su cara poco agraciada. Permaneció inmóvil y muda, con su vientre abultado y los ojos de aquel azul desvaído mirando con fijeza el rostro desfigurado de su hija. Ni una vez le preguntó si le dolía. Sin mediar palabra, le quitó los lazos de color rosa con los que esa mañana, en cuanto se fueron los policías, se había sujetado las trenzas. Unos lazos que la mujer no sabía con certeza de dónde procedían y que no se molestó en preguntar. Luego, la tomó de la mano y siempre callada la llevó a casa de una amiga, en un barrio extremo de la ciudad. La dejó allí, y con una energía que la niña desconocía en su madre, le ordenó que no saliera para nada de la casa.— Vendré a recogerte muy temprano. He hablado con tu tía Isabel y te vas a Madrid en el primer tren de la mañana.— A la niña le acometió tal dolor de tripas, que tuvo que correr al retrete.

Una ligera sacudida de la máquina de vapor, un pequeño estertor como de muerte, anunció la inmediata salida del tren. Martina, dirigió sus ojos al reloj de la estación por si con su mirada podía detener las negras agujas marcando la hora de partida, aferrándose a los últimos segundos en los que su

madre la apretaba en un abrazo convulso y torpe que la devolvía, por un instante, a la prolongación de la materia de sí misma; tibio cordón umbilical, intacto como antes del parto.— Ten cuidado. No se te ocurra bajar del tren hasta que llegues a Madrid, que eres una loca y no ves los peligros. No hables con nadie. Nunca se sabe quién es el enemigo— Letanía perpetua del miedo de los vencidos. Y en un tono más distendido.— Te he comprado unos tebeos para que leas en el camino y vayas distraída.— Sus ojos azules y apagados buscaban con avidez los de Martina, tratando de atisbar en ellos un asomo de alegría que aliviara su propia tristeza y exonerara su conciencia de aquel destierro no consultado ni merecido. La niña, igual que hacía cuando estaba al mando del juego con sus amigos, compuso el tipo y sonrió.— Que nadie sepa que estoy triste y que soy vulnerable... Las frustraciones de la familia Ulises, los descabellados inventos del TBO, la estúpida maldad de doña Urraca y el hambre secular y compartida de Carpanta, serían sus compañeros de viaje hacia un futuro aún por descubrir. Menos mal que junto a ella, llevaba también las aventuras de su héroe, el Guerrero del Antifaz. Además —se dijo para consolarse— me convertiré en un gran médico y salvaré muchas vidas en la selva de Tarzán. También en Madrid encontraría a Ana, su breve amiga del alma.

—Amá —se atrevió a preguntar— Ayer, cuando estaba en casa de tu amiga ¿no fue ninguna niña a preguntar por mí?— La madre, sin palabras, negó con la cabeza.

El tren arrancó ruidoso y lo último que Martina contempló sobre la multitud del andén, fue el rostro lloroso de su madre, su escote cuadrado cuajado de pecas y la cabeza pelirroja destacando del resto en vivos colores de fuego, mientras el pañuelo blanco de su mano se agitaba en la despedida. Lo que la niña no sabía entonces era que nunca más se volverían a ver, ni que su temperamento, que creía recibido de los genes de su padre, era herencia directa de la madre, luchadora, rebelde y contestataria en su juventud. La guerra, arrebatándole tres hermanos y una hija de la que nunca hablaba, la penuria, el hambre, los abortos provocados por la debilidad, y el miedo que poco a poco se fue instalando en su salud y su ánimo, la habían transformado en lo que ahora parecía una mujer domeñada, pero en el fondo de su corazón y aunque nunca se lo llegara a decir, se enorgullecía del carácter de Martina que todavía ignoraba cómo tras la detención, su padre había ingresado en la cárcel de la que no saldría hasta el término de la estancia del dictador en la ciudad.

X

La esperanza de Madrid como una oportunidad positiva en el proyecto de vida de la niña, no fue más que una trampa. Un espejismo que solo puso sufrimiento y frustración en las expectativas ilusionadas de Martina, cuando a su llegada comprendió que el único objetivo de la hermana de su padre, era convertirla en un perrito de compañía, aliviando sus soledades y carencias junto a un marido aburrido y cobarde, incapaz de plantar cara a su carácter dictatorial y exacerbado egoísmo, desde cuyo prisma pretendía dirigir a su antojo la voluntad y existencia de los que con ella convivían. En aquella casa extraña, en un instante, se diluyó el verano y ya nunca más fue agosto cuando, nada más llegar de la estación del norte, la mujer descubrió los tebeos que la amá le había regalado y rompiéndolos, los echó al cubo de la basura.— Esas lecturas embrutecen. Tu madre podía gastar el dinero en algo mejor. Luego se queja de que el jornal de tu padre no le llega para nada.— Ese mismo día empezó a odiarla, aunque el tiempo iría ligando una extraña mezcla de gratitud por lo poco que le daba y desprecio por lo que le quitaba, que era todo. Llegó a quererla tanto como la temía. Solo así era posible conservar la dignidad y su cota de libertad interior, sin la cual habría sido imposible la convivencia con aquella pareja atrapada en la mezquindad y el conformismo, aupados por el dinero a un respeto que, de otra forma, no habrían logrado entre sus convecinos de un barrio en el que escaseaban las fortunas.

La matricularon en un cercano colegio de monjas, en una calle estrecha y sombría del mismo distrito, al que iba con agrado porque le gustaba aprender y le alejaba durante unas horas de la estrechez intelectual de sus parientes. El único problema eran las monjas, a las que no podía ver por no sabía qué extraña aversión germinada desde la infancia, con una notable excepción: la madre Santo Tomás, la monja francesa que curaba sus rodillas en San Sebastián. En la clase que le asignaron, se preparaba a las alumnas para el

ingreso a Bachillerato, con una sola profesora, sor Mercedes, una monja inofensiva, afable incluso, bajita y regordeta, que impartía todas las materias compendiadas en una única enciclopedia. Una decepción, porque no aprendió más de lo que ya le habían enseñado en su escuela anterior. Hasta tuvo que repetir una redacción sobre Guzmán el Bueno, un señor que a ella no se lo parecía tanto, porque facilitar el puñal a los benimerines para que mataran a su hijo, antes que entregarles la plaza de Tarifa, la verdad es que le parecía muy fuerte e inhumano, además de una chulería de muy mal gusto. Su padre no lo habría hecho.

—Lo mismo que nuestro heroico general Moscardó —les explicaba, exaltada y llena de amor patrio, sor Mercedes— Y con lágrimas en los ojos, les contaba la gesta gloriosa del militar que prefirió que la “canalla roja” matara a su hijo, antes que entregarles el Alcázar de Toledo.

Coloreando el dibujo que ilustraba la redacción sobre Guzmán el Bueno estaba, cuando su padre llamó por teléfono —era la primera vez que lo hacía — comunicando a su hermana la muerte de su mujer durante el parto, al dar a luz un niño también muerto.

Sus estudios los dieron por concluidos a los catorce años, sin ninguna opción a cursar el Bachillerato.— Si no lo hago —protestaba débilmente ante tía Isabel — no podré matricularme en la Universidad, y yo quiero ser médico.

—Lo que tú tienes son muchos pájaros en la cabeza y muy poco agradecimiento, después del lío del que te sacamos cuando la historia de la hija del ministro. A saber qué tejes manejes te traerías. Ya ves, por tu culpa tu padre estuvo más de un mes encerrado y sin llevar ningún jornal a la casa.

—Mi padre me dijo que si venía a vivir con vosotros podría ser médico. —Insistía Martina, sin reparar en los reproches injustos que se le hacían.

—Tu padre es otro desagradecido que te ha metido en la cabeza sus mismos pájaros; sois unos soñadores de mierda que no servís para nada. No se ha hecho la miel para la boca del asno y tienes mucho más de lo que habrías soñado en tu vida de haber seguido con tus padres. Miseria y solo miseria y alguna barriga que otra, que en esa casa os daban mucha libertad y poca mano dura.

Pasó por alto los insultos, las palabras despectivas dirigidas a su padre y a ella misma, horrorizada como estaba ante la idea de acabar siendo droguera. Una trampa. Pasar el resto de sus días vendiendo paquetes de perborato sódico, el alcohol de metanol para los infiernillos de las cocinas, las lendreras

para los piojos y los tintes Iberia a las viudas pobres que reteñían sus vestidos de luto cada vez que les acontecía algún difunto en el hospital de San Carlos, en la misma calle donde sus tíos tenían la droguería, y donde también estaba —qué casualidad— la Facultad de Medicina en la que se habría hecho médico. Para no morir de frustración y huir de la asfixia que le producía la falta de aire en aquel sórdido ambiente, en un esfuerzo de la imaginación, logró que hasta ella llegaran los olores de la mar. Pensó en su padre. En cuanto le quiso. En cuanto le seguía queriendo a pesar de su silencio y su aparente olvido. Tuvo la certeza de que no volverían a pescar en las rocas del Mompás, ni hablarían de las estrellas; de Sirio y de la luna llena. De los flujos y reflujos de las mareas. Pensando en él, recordó a la niña que conoció en el Monte Ulía. En la hija del ministro que, dadas las circunstancias, no se atrevía a buscar. Sola le sería imposible. Ni siquiera sabía su apellido. Lo más probable era que la niña rica ya no se acordara de ella y, en todo caso, no querría tener por amiga a la sobrina de unos drogueros.

Su padre volvió a casarse al año siguiente de la muerte de su madre. Los dos hermanos más pequeños necesitaban que alguien, una mujer, se ocupara de ellos. No la dejaron acudir al acontecimiento.— Allí no se te ha perdido nada. No tienes ningún relación y eres casi una intrusa en esa familia. Ya me dirás tú que fiesta, con el cuerpo de tu pobre madre todavía caliente.

Al cabo de un tiempo —por lo menos dos años después— recibió una carta de su padre escrita con mano temblorosa y mente confusa. Ya no vivían en la casa grande de la falda de Ulía. Enfermo de silicosis, de tanto tallar letras y ángeles de mármol, y afectado de graves problemas vasculares, la familia entera se había trasladado a un pueblo del interior, donde su segunda mujer tenía una casa ¿Cómo podría vivir lejos de la mar? La carta llegó sin remite y con el matasellos borroso, así que Martina no tuvo la oportunidad de contestarla, y su tía negó una y otra vez conocer la dirección.

XI

Entre sueños, un leve quejido, un llanto incipiente se escapó de los labios de Ana y su cuerpo dormido, buscó instintivamente el de Martina hasta encontrar cobijo en el refugio de sus brazos, que la rodearon con prontitud. Al sentir su calor, abrió los ojos y con palabras apenas inteligibles le pidió que no se marchara.— Estoy bien así, a tu abrigo. Se pegó más a ella y continuó durmiendo. La sangre fluyó con alboroto en su interior.— Tengo que irme de aquí ahora mismo. Se dijo ahogándose, sofocada en el volcán en el que su cuerpo se había convertido al contacto del de Ana. Pero le fue imposible desplazarse un centímetro de la mujer que dormía profundamente. Invocó la presencia de Gudiel, y la imagen del hombre se resistió a comparecer ante ella. Solo la punzada del hombro izquierdo, la cicatriz profunda del costurón en su carne, constató la existencia un día del compañero tan amado. Quiso evocar los remotos y queridos pueblos de la sufriente Guatemala, las azuladas ondas de una cadena de montañas perdiéndose en el cielo a veces nítido, desapareciendo otras en la espesura húmeda de la nubliselva. La densidad y riqueza de su vegetación. El ingenuo duelo de sus pequeños cementerios con el múltiple color de su pincelada fresca del más puro estilo naïf. El tiempo inmóvil. El lento paso de las mujeres indígenas al caer de la tarde con los niños cargados a sus espaldas, envueltos en los perrajes, camino del ranchito sin luz y sin agua, en medio de la montaña. La generosidad de sus corazones. La risa inocente de Fabio, tan breve, los olores de los guisos de la hermosa Maurilia, las tortillas recién salidas del comal, los ojos negros de Gudiel y su silencio para siempre. Pero el fuego emanando de Ana arrasaba cualquier paisaje, todo vestigio de su pasado más reciente. Horas antes, cuando la introdujo bajo la ducha, hubo de domeñar la mirada, obligarla a desviarse de su cuerpo desnudo; sujetar sus manos que se desbocaban imparables y excitadas hacia los pequeños pechos y las tenues caderas ¿Era esto lo que esperaba de Ana, añorándola durante veinte años? ¿El deseo agazapado que ahora sentía, nuevo y viejo a la vez,

mezclado en su sangre y gritando en su alma la necesidad de su presencia? Su mano buscó ansiosa la de la mujer dormida y a su contacto, Ana, inconsciente, respondió con una leve presión de la suya. La soltó con la quemazón del pecado que deben sentir los que creen en el castigo divino.— Gudiel. Susurró desgarrada de miedo, invadida por la fuerza de un tornado zarandeando su deseo insólito y urgente. Por la ventana, entraba una pálida luz amarillenta. La luna en plenilunio “la comadre de los comales”, la contemplaba indiferente. Entornó los ojos para evitarla, incapaz ya de luchar contra el deseo que la cercanía de Ana le provocaba. Con lentitud, temblorosa, fue explorando los caminos jamás recorridos de su nuca y de su cuello; acarició la piel tersa de sus hombros; apretó delicadamente, con un goce recién estrenado, los pechos pequeños como los de una adolescente. Rozó su vientre liso y, asustada por la osadía, enredó sus dedos en el vello de su monte de Venus en el que jugueteó unos instantes, para proseguir el itinerario erótico y apasionado por el interior de los muslos largos y firmes. Rota la voluntad definitivamente, decidida ya a la andadura por el territorio amado en cada oquedad, sintió el vértigo que produce el tránsito por los deliciosos meandros de la ternura y el amor. Sus labios buscaron, irrefrenables, la otra boca que se ofreció entreabierta en un dulce beso que duró la eternidad de un deseo contenido desde el principio de su tiempo. Y otra vez sus manos, liberadas del miedo, indagaron sin pudor las más recónditas intimidades de su anatomía en la que se perdieron sorprendentemente expertas y complacientes. No supo lo que duró su entrega y su conquista, pero Martina ya nunca pudo olvidar la esencia pura e intensa en que se transformó su deseo, experimentado como un encuentro sublime entre lo fugaz y lo eterno. Exhausta, roto el aliento, reposó brevemente junto a Ana que dormía ahora con la respiración acompasada y en sosiego. Todavía jadeante, en un ejercicio de habilidad, sin apenas moverse, se retiró sin ruido deslizándose de la cama, lamiendo la dulzura de los labios de Ana en los suyos propios, saboreándolos con intensidad, agitada aún por la excitación del amor y el estupor de lo acontecido.

Abandonó la habitación con extremado sigilo. Buscó entre las ropas de Ana algo que ponerse y salió a la calle. El cielo despejado, de un azul blanquecino y sin una sola nube, amenazaba otro día de calor intenso. Paró un taxi y fue a buscar su Simca, aparcado cerca del Club Da Vinci, frecuentado por la doctora Leza. El movimiento de su mano manipulando la

primera marcha para arrancar, hizo que el dolor del hombro la acuciara de nuevo.— Tendré que volver a las malditas inyecciones. Se lamentó. Paró el motor y trató de relajarse, esperar a que el dolor desapareciera como ocurría otras veces. Cerró los ojos y tras la vigilia de la noche se quedó un instante adormilada, luchando por olvidar lo sucedido entre Ana y ella, sacudiendo en el duermevela los recuerdos que la turbaban.

Sin ser invocado, percibió la presencia de Gudiel transmitiéndole la magia cálida de su cercanía El indio quiché tomaba cuerpo en aquel singular amanecer, en un Madrid contaminado y distante, tan ajeno al aire limpio de su Guatemala intrincada y rural. Tímido y viril, desarmado, como solía estarlo ante su cuerpo desnudo cuando hacían el amor bajo un cielo de estrellas o soportando el aguacero tropical que inundaba la tierra hasta cubrirlos de lodo. Vestía su uniforme de camuflaje y se veía ceñido del paisaje de Sierra de las Minas, sonriente, rodeado de una exuberante floración de orquídeas multicolores y rojas bromelias. A sus pies, dormía la serpiente emplumada y las candelas lucían encendidas a su alrededor, como si fuera un dios. De sus manos oscuras, talladas de tierra y cicatrices tan viejas como su pueblo, dejó caer una pequeña cantidad de pom, la sustancia resinosa que al incinerarse produce un humo aromático, semejante al de la mirra o el incienso y que entre los mayas se quema en señal de reverencia y respeto, para pedir protección o disculpas a sus divinidades. Quizá Gudiel, puro y solidario, quería desagraviar a los dioses por la falta de ella, como hizo Ana, inocente, al confesarse de sus pecados con don Manuel, el cura de su colegio.

—¿Qué haces? —Preguntó, de súbito avergonzada ante su presencia.

—Ya lo ves. Preparo el pom.

—¿Ha ocurrido algo especial?

—No, Martina. Nada especial. —Su acento no denotaba enojo alguno. Sin embargo permaneció callado, atento tan solo al rito que preparaba.

—Anoche te llamé y no acudiste. —Reprochó la chica con cierta timidez.

—Lo sé.

—¿Por qué no viniste? Te necesitaba.

—Cuando una mujer o un hombre grita sus sentimientos más íntimos, debe realizarlos. Yo dejé que vos lo hiciera

—Pero tú no apruebas lo sucedido esta noche. Mis sentimientos hacia mi amiga te parecen sucios y ahora estás así, como trompudo o raro ¿no es cierto?

—No lo es. Los dioses respetan a los que albergan nobles sentimientos y los tuyos, lo son. No ofendiste al agua o a la tierra; tampoco al quetzal, ni a balam, ni al corazón del cielo ¿Por qué había de estar bravo con vos?

—Por ti mismo. Por sentirte traicionado

Gudiel, ahora sonreía y miraba con amor a Martina.

—Vos viniste a nosotros porque eras libre de hacerlo y libre tenés que seguir siendo. Cuando me amabas, eras sincera ¿Qué más puedo pedirte? Fuiste libre para amarme y ahora lo eres para amar a Ana. Mi tiempo ya pasó y no estoy con vos como lo estaba entonces, mi canchita linda. Ahora es el tiempo de Ana y el amor de vos por ella también forma parte de la naturaleza. Sería pena grande perder la energía que pusiste en tu amor por mí; dejarla vagar sin encontrar un dueño. Eso es lo que no sería justo. Yo no te habría amado de ser vos de otra manera.

—También yo te quise mucho. Más que a ningún otro. Tú lo sabes.— Apenas podía hablar de la emoción que le causaba la presencia de Gudiel y la posibilidad de decirle otra vez cuánto le había amado.

—Entonces, sé feliz.

Martina siguió insistiendo, impelida por un velado sentimiento de culpabilidad.

—Lo de Ana es más fuerte que yo. Tengo miedo de quererla tanto.

Gudiel se tornó serio, con un rictus profundo de preocupación marcando el entrecejo moreno de su frente.

—La querés más que a tu libertad?

—¡No! ¡Más que a mi libertad, no! —Gritó sin demasiado convencimiento.

El indio maya continuaba manipulando el pom un poco ajeno a ella, escuchándola en una distancia en la que el espacio y la materia ya no contaban.— ¿Sabés una cosa, Martina? Parecés asustada. Muy asustada y eso me asusta a mí también.

—No es cierto, no lo estoy —mintió— El amor nunca me ha asustado. A ti y a Andrés os amé por algo más que por el puro sexo. A otros... sabía que a la noche siguiente dormirían con la muerte y quería darles compañía. Mi calor de mujer y no más espantarles el frío del miedo en el corazón, pero siempre lo hice desde el territorio de mi libertad intacta. Fue mi premisa.

—A esa cuestión no más quería llegar, hija. Vos no sós barco de anclajes ni puertos y sabés que la libertad, al igual que la soledad, no admite

compañía en su viaje aunque el acompañante sea el ser más amado, como lo es ahora su “doña Ana María”. Aún sin quererlo, usted se sentiría atada a la debilidad de su amiga y a la suya propia, como le sucedió en su encuentro de patojas en ese monte del que tanto me habló. No podés olvidar que aquella blandura le supuso a vos años de prisión, sin atenuantes ni concesiones.

—Es cierto. Recuperar mi libertad me costó muchas soledades y heridas de las que todavía me quedan el dolor y las cicatrices.

—Por eso no debés olvidar nunca que sós como el quetzal, que ama la libertad sobre todas las cosas y si lo hacen cautivo, muere enseguida. Vos sós un pájaro que no hace nido por no tener que regresar al mismo lugar obligatoriamente y temo que ahora, la pasión por Ana quiebre tus alas y te deje sin voluntad. Mi amor, yo solo deseo tu felicidad, pero también que no dejés de ser mi kakul eternamente. La linda canche rebelde y libre que conocí en el campamento

Martina sonrió ante el dulce apelativo, a sabiendas de que su pelo castaño, aún siendo claro, distaba mucho de ser rubio, complacida de que empleara el mismo lenguaje de los tiempos en que fueron tan felices.

—Tendré en cuenta tus palabras. Ahorita, dime ¿Por qué quemas el pom? ¿Desagravias a los dioses? —Insistió Martina.

—Respire tranquila mi garza y no se sienta culpable. Esta ceremonia no es por vos, sino por mí. Me morí a destiempo. Sin despedirme ni renovar mi respeto y veneración a los dioses y, por desgracia, los muchás tampoco pudieron hacerlo en mi nombre, así que también lo quemamos por ellos.

—¿Por qué no me lo pediste? Yo lo habría hecho. Era una más entre vosotros. Coyote de la misma loma

El indio quiché la miró con gratitud.

—Tampoco vos podía. Usted, hija, estuvo a punto de hacer el viaje con nosotros. ¿Ya no recordás que por mucho tiempo chompipeaste con los espíritus en el espacio de la nada, cubierta de sangre mezclada con nuestra tierra, la misma que aún llevas bajo tu piel?.

—¿Y qué? ¡No soy de tan pura lata!

—Mi amor, sós oro de ley pero tardaste mucho en volver a ser tú misma y no estabas para mandados. No se me enoje. Mientras vos se acercaba a la muerte más de lo debido, mis hermanos me buscaron sin encontrarme. Ya vos sabés que fui a parar a un barranco. —Hablaban con la misma ternura que empleaba para dirigirse a ella cuando estaba vivo y ambos, olvidándose de la situación de guerra, del peligro en el que se movían, hacían el amor sobre la

tierra, sudorosos, libres por un momento del miedo que sentían y que era obligado vencer a cada paso para hacer frente a los contra insurgentes. Cuques emboscados que los sorprendían y masacraban cada día.

Un tecolote se posó en la rama de un árbol y cantó. Gudiel, envuelto en el aromático humo que emanaba del pom encendido, aceleró los ritos en los que estaba inmerso y pareció olvidarse de Martina. A su voz le faltaba la calidez de otras veces cuando dijo.

—Vos conocés que el canto del tecolote anuncia una muerte. Tengo que darme prisa. Esa muerte es la mía y mero me tengo que ir.

—¿Al fin te encontraron y van a enterrarte ya?

—Es posible. No lo sé porque todavía no hay justicia en nuestro pueblo, pero al menos los míos me pondrán bajo tierra. Me duelen los huesos de tanta intemperie. Han pasado muchas lunas y muchos aguaceros y estoy cansado. Tengo ganas de reposar con los ojos cerrados, como mandan y quieren los dioses. Que me entierren de una vez mis hermanos.

—No olvides pedirles que lo hagan junto a Fabio. El pobre niño estará muy solo.

El hombre cobrizo, de ojos oblicuos, se entristeció por el recuerdo de Fabio. Su cabello negro brilló con los incipientes rayos de sol y Martina tuvo unos deseos incontenibles de acariciarlo, de besar sus labios y sentirlo transitando en su interior como tantas y tantas veces lo hizo entre palabras desconocidas para ella, pero tan llenas de musicalidad y de ternura que podía entenderlas como si de su primera lengua se tratara.

—Le añoro tanto como vos y he llorado mucho por el camino. Cuando chompipeaba día y noche por los senderos y me encontraba con algún güiro de cuerpo roto y ojos cerrados, el corazón golpeaba mi pecho por salir corriendo y ver si era Fabio.

—Yo también le extraño. ¡Os echo tanto en falta a los dos! A veces, quisiera morir para poder buscarle y estar a su lado. Los tres juntos para siempre.

—No digás eso. No quiero verte con los ojos cerrados ¡Los tenés tan lindos!

—Si encuentras a Maurilia, la besas por mí. Dile que guardo su huipil con mucho amor.

—Seguro que lo haré, hija. Estabas muy hermosa cuando te lo ponías. Ahora, mero he de irme.

—¿Volveremos a vernos?

—No depende de mí. Pero si puedo, te enviaré un mensaje antes de mi marcha definitiva.

—Te sigo amando.

—Cuida tu libertad, patoja.

Gudiel fue de nuevo brisa, aroma y fuego cegando los ojos doloridos de Martina. La mujer arrancó el coche mientras hacía un desesperado esfuerzo por lograr la mágica traslación al país tan añorado y sumergirse en la exuberante naturaleza de sus paisajes. Regresar a su tiempo de libertad y muerte, de sangre y solidaridad, de convivencia con los hombres y mujeres en estado puro, amasados de maíz y que habían hecho de ella una mujer nueva en el convivir diario junto al pueblo. El dolor del hombro se hizo tan intenso que por unos momentos temió desmayarse. Comenzó a sollozar. Hacía tanto tiempo que no lloraba que no podía recordar cuando fue la última vez.

XII

Despertó negándose a abrir los ojos.

Empapada de sudor, temblando y con la sensación de haber llorado muchas horas. Encogida, en posición fetal y un vago sentimiento mezcla de placer y vergüenza, ávida de indagar en su memoria tanto como en su piel y recelosa de despejar los recuerdos de la noche anterior. Así dejó transcurrir el tiempo hasta que, decidida, apartó las manos de su cuerpo que seguía desnudo, como si le quemara, doblgando el deseo de abrazarse a sí misma y conservar lo que aún quedara en él de otras caricias más que ciertas, presentidas. Hizo un intento para incorporarse e, incapaz, se desplomó de nuevo sobre la almohada. Tenía una jaqueca horrible y un intenso mal sabor de boca. Claros síntomas de una resaca. Miró a su alrededor tratando de encontrar a alguien no concreto e ignorado, pero solo percibió entre sus sábanas la huella de otro cuerpo ahora inexistente. Intentó tragar saliva y su garganta reseca, se lo impidió. La confusión se había adueñado de su razón y colocado en su mente una espesa niebla ocultando a la memoria, sospechosamente olvidadiza, lo sucedido la noche anterior. Lo único que recordaba era haber estado en el Club Da Vinci y que bebió mucho, seguramente porque antes había visto a Miguel con su mujer americana y se ahogó en una ola de celos. Se confundió aún más al comprobar que ya no se sentía dolida y sí indiferente al recuerdo del hombre que la había dejado plantada. Miró el reloj. ¡Llegaría a trabajar con tres horas de retraso! Al tratar de levantarse sintió náuseas y un nuevo mareo.— Así no puedo ir al hospital —pensó angustiada.— Estoy realmente enferma.—Llamó a la jefe de planta y escuchó su voz, riendo divertida.— Pero mujer, si hoy es tu día libre. ¡Vaya despiste!

Aliviada, se deslizó de nuevo entre las sábanas. Un desconocido aroma, apenas perceptible, impregnaba la almohada.— Es un olor de mujer, se dijo, mientras en su interior algo estallaba con un sonido de cristales rotos que, en la expansión, se clavaron uno a uno en su carne hasta sentir el dolor físico de

su impacto. Tambaleándose, corrió al lavabo y el espejo le devolvió, sin misericordia, su imagen demacrada. Con paso vacilante regresó a la cama. Quería pensar, reconstruir minuto a minuto su andadura del día anterior. Una ardua labor porque apenas recordaba nada. Entre la nebulosa, logró recomponer una bronca con Alicia y Navascués de testigo. ¿La huella de su cama, sería de Antonio? No. Su amigo no olía así ¿Alicia quizá? Su carácter ambiguo, sus ademanes masculinos, su mirada penetrante e inquisidora que la desbarataba por dentro cada vez que la fijaba en ella, la hacían probable candidata. Rechazó con repugnancia la posibilidad, pero no la certidumbre de que alguien había compartido su cama la noche pasada. Aún se estremecía en el recuerdo de las caricias suaves e íntimas, buscando como nadie los rincones secretos de su cuerpo, descubriéndolos y recorriéndolos no como una conquista, sino aposentándose en ellos con delicadeza, para gozarlos en actitud de absoluta entrega. El aleteo de unas manos convertidas en mariposas, el terciopelo de su roce llevándola al paroxismo del placer... Una figura difusa trataba de abrirse paso entre tanto aturdimiento sin lograr recomponer su rostro, aunque a veces y de manera intermitente, como la luz deslumbrante de un flash, la dejara vislumbrar sus rasgos. Una mujer. Trató de concentrarse, recuperar su voz, una frase que estaba a punto de irrumpir en su interior y disipar su confusión. “¿No crees que ya has bebido bastante?” Asustada y feliz, escondió la cabeza bajo las sábanas. La figura de la mujer surgió como una aparición en la penumbra del Club ¿Era el Guerrero del Antifaz! ¿Martina! Y ahora sí, con lentitud, recreándose, palpó cada centímetro de su cuerpo. Intuía que haciéndolo, encontraría las huellas de las manos de ella y sin asombro, advirtió que no sentía pudor alguno. Cerró los ojos para mejor investigar en los recovecos de la memoria y recuperar los retazos que le mostraran el lienzo completo de lo acontecido durante la noche. ¿De verdad quería recordarlo? ¿No era mejor abandonarse a la idea de una fantasía erótica y prohibida para ella, producida por el alcohol y los somníferos? Para su formación tradicional, constatar que había hecho el amor con una mujer, era una realidad prohibida. Como pudo, se levantó a beber un vaso de agua que mitigara la sed de la resaca. En la cocina encontró la confirmación de una presencia anterior. Los últimos días, tratando de dejarlo, había decidido no fumar en casa, y el cenicero se hallaba repleto de cigarrillos a medio consumir de una marca que tampoco era la suya. El sofoco la envolvió como una llamarada y lo recordó todo. Hasta la última palabra de la breve conversación mantenida con Martina de la que, por

extraño que pareciera, no lograba conformar su rostro.

Mareada, regresó a su habitación acompañada por el inesperado y no convocado cortejo que formaban tía Elvira, escandalizada y llorando copiosamente junto a don Manuel, el sacerdote, que la fulminaba con la mirada de sus ojos azules y relampagueantes, llamándola adúltera ante las compañeras de su clase, incluida Alicia, que sonreía como si estuviera recogiendo un trofeo deportivo. La voz del cura, para mayor desconcierto, era la de su padre imponiéndole una penitencia de cientos de rosarios rezados de rodillas y con los brazos en cruz. En la grotesca procesión no faltaban las monjas del colegio, tan ruborizadas que sus caras parecían cubiertas de otono, al modo y costumbre de los indígenas de algunos poblados amerindios. Una vez que consiguió sacudir y alejar de sí el tropel de histriónicos personajes que, al parecer y sin ella saberlo, se acomodaban en lo más profundo de su conciencia, se sumergió en un mar de perplejidades. Si Martina había estado allí como ya era seguro, tenía que regresar; volver para contarle muchas cosas y explicarle otras. La primera, cómo supo dónde encontrarla y por qué conocía su dirección. Y una segunda y más importante: qué fue lo que con exactitud ocurrió mientras ella dormía. Abatida, con sus principios morales descolocados, rotos y dispersos por el mapa de su ética hasta entonces cuidadosamente trazado y definido por terceros, se quedó adormecida, y cuando el apartamento comenzaba a poblarse de sombras, fundida en ellas y ahogada en la impotencia de no poder tomar la iniciativa por sí misma, hizo un esfuerzo y se levantó. Se introdujo en una ducha helada y salió a la calle. Quizá Martina tuviera su misma idea y con suerte, podrían encontrarse de nuevo.

En el Club apenas había gente y en la mesa habitual solo estaba Antonio Navascués. Se saludaron sin palabras y así, callados, permanecieron escuchando la música siempre igual que se escapaba de las manos del pianista de turno. Abandonada Ana a un recuerdo que no sabía si había existido, recreándose en él al menor descuido de su voluntad y en él atormentándose, hostigada por las normas morales adquiridas desde la niñez en una meticulosa operación de microcirugía practicada día a día por su padre, su tía y las venerables monjas del colegio de élite en el que estudió para mejor engrandecer el alma, elevar el espíritu y purificar, mortificando, su cuerpo. Pidió un zumo de tomate bien cargado de vodka.

—¿Cómo te encuentras? —Preguntó Antonio, en un tono un tanto protocolario.

—Con una resaca insoportable.

—Anoche bebiste demasiado. Después de que Alicia y yo te dejáramos, volví preocupado, pero ya no estabas. El camarero me dijo que una mujer se ocupó de ti y te llevó con ella. ¿Quién era?

—No lo sé. No estoy segura, pero puede que fuera una vieja amiga a la que hacía muchos años que no veía.

No estaba de humor para hablar. Pidió otro zumo y aprovechó para inquirir al camarero si alguien había preguntado por ella. La negativa la sumió en un nuevo abatimiento.

—¿Tanto te importa esa mujer? —Antonio parecía preocupado.

No se molestó en responder. Tal era su apatía. Al cabo de un tiempo, convencida de que Martina no aparecería por el Club, propuso. — ¿Nos vamos? Hoy, hasta el piano me molesta. Te invito a cenar. Esta noche sería incapaz de estar sola, aunque dudo que sea una compañía alegre para ti.

La cena, en efecto, fue un desastre y Ana estuvo a punto de emborracharse de nuevo

—Llevas el mismo camino de ayer. —Advirtió amistoso Antonio. Y como su amiga hiciera caso omiso a la observación, sugirió.— ¿Por qué no me cuentas lo que te sucede? ¿Tanto te ha dolido lo de Miguel Salvatierra?

Se sobresaltó al escuchar su nombre. Había bastado una noche para olvidarlo. La crudeza de su respuesta le sorprendió incluso a ella.

—De él ya ni me acuerdo. Está muerto. —Antonio la miraba incrédulo. El aspecto de Ana era de absoluto desánimo; el mismo que la tarde anterior había mostrado por el abandono del conocido biólogo. No se puede cambiar el sujeto del dolor en apenas unas horas y sufrirlo con igual intensidad que el que se acaba de dejar atrás. —Pensó el hombre. Ana leyó la confusión en sus ojos.

—Déjalo. Es demasiado complicado. Tampoco yo lo entiendo. Igual nada de lo que ha sucedido ha pasado de verdad.— Hizo un gesto con la mano tratando de espantar los fantasmas que solo ella percibía.— Llévame a casa ¿Te importa? Ya te advertí que esta noche no sería una buena compañía.

—Lo que me preocupa es que sufras y que, además, bebas tanto.

—¿Y a ti que más te da? No eres nada mío, ni lo serás nunca. — El alcohol, de nuevo, la volvía agresiva— No eres nada de nada.

Molesta por su propio comportamiento, apartó su copa de vino que se derramó por el mantel, formando un territorio borroso igual que el que existía

en el atlas confuso de su corazón. Después de contemplar la evolución del líquido rojo por la tela, miró con ternura a su amigo y tomando su rostro entre las manos, acercó su boca a la suya para rozar sus labios en un beso demasiado fraternal para el hombre.

—Perdóname. Sabes que siempre te he querido mucho. ¿Cuántos años hace que nos conocemos?

—Desde tu primer curso en la Facultad de Medicina. Solíamos coincidir en San Carlos. Iba todos los días al hospital a buscar a un amigo. Fernando Blanco ¿Lo recuerdas?

—Vagamente. Lo que no se me olvida es la corte de chicas que llevabas tras de ti, pero nunca te he conocido una novia ¿Por qué?

—Porque solo he querido a la doctora Leza.— Susurró, mientras retiraba la copa de vino que ella iba a llevarse a los labios. El mismo gesto que hizo Martina la noche anterior. Su conmoción no pasó desapercibida al hombre.— ¿Qué es lo que te está sucediendo? Todo esto no es por Miguel ¿verdad?

—No. No es por él, ya te lo he dicho antes. Miguel está muerto para mí.

—¿Entonces?

—Me da miedo pensarlo siquiera. Estoy asustada.

—¿Tiene algo que ver con la mujer que anoche fue a buscarte al Club?

—Sí.

—¿Te está, de alguna manera, extorsionando?

Ana quedó pensativa.

— Pudiera ser. En una noche me ha desplazado de mis principios más básicos y estoy convencida de que a partir de ahora, mi vida no volverá a ser como lo fue hasta ayer.

—Y esa idea ¿te asusta?

—Me asusta y me fascina, pero creo que ya no sería capaz de renunciar a ella.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Nada.

Antonio no quiso ahondar más en la intimidad de su amiga. Salieron del restaurante.

—Te llevo a casa.

—He cambiado de idea, prefiero dar un paseo. Ya no hace tanto calor y andar un poco sola me vendrá muy bien.— Distraída, besó la mejilla de su amigo y encendió un cigarrillo para dar tiempo a que se alejara. Miró al cielo. Las nubes empezaban a encapotarlo y en un claro, mudos testigos, Sirio y su

pequeño acompañante aparecieron envueltos en una miserable neblina producto de la espesa polución de la gran ciudad.

Ante la casa de Ana, la chica pobre del monte Ulía la esperaba. Oyó su voz llamándola desde el interior de un desvencijado Simca 1000. Se volvió sin sorpresa. Al fin y al cabo era lo que había estado esperando durante todo el día. Por la ventanilla, Martina, con el motor en marcha, le tendió una bolsa.

—Es el pantalón y la blusa que te cogí para poder salir a la calle. Anoche manchaste mi ropa. Quizá no lo recuerdes.— La voz, cálida, temblaba.

—Sube. Tomamos una copa y charlamos.

—No —Era una negativa rotunda.

En la oscuridad, Ana no podía distinguir su rostro demudado.

—Sube, por favor. Tienes algunas cosas que explicarme. Me lo debes.

Martina tomó con calma la propuesta. Consumió el cigarrillo sin prisa. La radio del coche emitía un tema de Adamo, roto por las interferencias del aparato eléctrico de una tormenta muy cercana. Dejó que la canción concluyera y con la misma lentitud, encendió otro pitillo. Siguió inmóvil dentro del coche.

—¿Piensas pasarte la noche fumando ahí dentro? De verdad, Martina, he de hablar contigo.

—¿No ves que no quiero hacerlo? —Protestó en un imperceptible susurro.

—Lo necesitas tanto como yo.—Puso su mano sobre la de ella que reposaba en el borde de la ventanilla. Ambas se estremecieron. Martina retiró la suya e inició la maniobra para alejarse.

—Por favor —suplicó Ana— no te vayas.

—Detesto esta situación. ¡Es tan ridícula!

—¿De verdad te lo parece? ¿O es que no la dominas y la rechazas porque te da miedo?

La reacción no se hizo esperar. Paró el motor y, desafiante, bajó del coche. Ana pudo comprobar entonces su extremada delgadez, la elasticidad de sus movimientos, su piel morena bronceada en muchas intemperies y un rictus de dureza o sufrimiento en la expresión de su cara que seguía conservando el gesto retador y audaz de cuando se conocieron siendo niñas. Su hombro izquierdo se escoraba ligeramente hacia el suelo.— Chica ¡Qué delgada estás! Tendré que recetarte unas vitaminas.— Bromeó sin saber

cómo romper el hielo, para añadir.— Bueno, qué digo. Tú misma podrás hacerlo. También eres médico ¿no? Eso fue lo último que me dijiste la noche que nos despedimos cerca de villa Magnolia.

La expresión de Martina Baztarrika, se endureció aún más.

—No hice Medicina. No me apetecía demasiado y aquello lo dije por decir. Soy periodista gráfico.— Repuso, displicente

El violáceo flash de un rayo quebró la oscuridad del cielo, y el fogonazo cegó sus ojos y encendió su memoria nunca apagada.

XIII

MADRID, ABRIL, 1963

Los tres hombres irrumpieron en la calzada desde una de las calles que desembocaban en la Gran Vía, a la altura aproximada del cine Lope de Vega. Martina, desde la cabina telefónica, les vio sortear coches y autobuses para no ser atropellados. Advirtió, con dramática cercanía, el pánico reflejado en el rostro del que llevaba una ligera ventaja sobre los que, al parecer, le perseguían pistola en mano, abriéndose paso a codazos entre la gente. Su asombro llegó al paroxismo cuando comprobó que el perseguido era el famoso escritor Romualdo Risueño, al que minutos antes había saludado en los jardines de la Plaza de España. No lo pensó dos veces y desde la trinchera que suponía el interior del locutorio, liberó el obturador de su cámara fotográfica, fijando el objetivo en los hombres que venían en su dirección. La rapidez de sus reflejos captó el espanto en los ojos del intelectual perseguido; el momento en el que, a pocos pasos de ella, trastabillaba y caía y como uno de los perseguidores, con una frialdad solo vista en las películas del cine negro, apuntaba disparando a quemarropa a la cabeza del hombre tendido en el suelo. Repitió la maniobra y un segundo disparo elevó, por el impacto, la cabeza ya destrozada, chocando de nuevo contra el pavimento cubierto de sangre. Aún tuvo tiempo de centrar la lente en los asesinos y manipular la palanca varias veces. Los matones, que hasta entonces no habían advertido su presencia, se volvieron hacia ella disparando a bocajarro y, sin detenerse, prosiguieron su huida. Arreciaron los gritos. Los peatones más decididos, pasado el primer estupor, corrieron hacia el hombre muerto. Dentro de la cabina, acurrucada en el suelo, rodeada de cristales, Martina creyó estar ya fuera de la tierra. No sabía bien si subiendo a los cielos o descendiendo a los infiernos, aunque lo más probable fuera que se encontrara en el limbo, idiotizada y vagando por el interior de sí misma, sin comprender nada de lo

que acababa de suceder. A través del hueco dejado por los cristales rotos, huían sus latidos acelerados por la excitación y el miedo mientras, en cuclillas, protegiendo su cabeza con las manos, vio como una multitud de rostros curiosos se acercaban, componiendo un extraño escorzo que desde la altura de su verticalidad, la contemplaban como a un fenómeno de feria. Un guardia de tráfico se abrió paso entre la gente y se inclinó hacia ella.

—¿Está herida? ¿Se encuentra bien?

Sólo entonces pensó que alguna bala podía haberla alcanzado pero, excepto el volcán en que se había convertido su corazón atizado por el pánico, algunos pinchazos como agujas en la cara, producidos por los cristales reventados, y la cámara fotográfica clavándose en las nalgas, nada anormal percibía en su cuerpo. Con el sobresalto acelerando todavía su pulso, en medio de la confusión de tantas manos tratando de ayudarle a salir del pequeño habitáculo, tuvo los reflejos necesarios para guardar la máquina en su bolso sin que nadie la viera. Sonaron unas sirenas cada vez más cercanas imponiéndose al tráfago de la calle— Dos coches de la policía se estacionaron bruscamente junto a la cabina telefónica y dos agentes, despejando a los mirones con rudeza, la rescataron introduciéndola, sin mediar palabra, en uno de los vehículos. La sangre ocultaba en parte su rostro desencajado por el miedo. Ante su aspecto, decidieron trasladarla a un centro médico. No tenía nada. El susto y unos cortes poco profundos, provocados por los cristales rotos. Luego de una simple cura, rechazó el tranquilizante que le ofrecieron.

—Estoy bien, gracias. Ahora quisiera irme a casa.

La cercanía de los policías le causaba más escozor que las leves heridas de su rostro. Era una cuestión de química. En cuanto percibía la presencia de alguno de ellos, sentía en su piel el picor de una virulenta alergia. Los agentes sonrieron prepotentes.

—Ni lo sueñes. Ahora vamos a comisaría. Tienes que declarar lo que has visto.

—Yo no he visto nada. ¡Ocurrió todo tan rápido!

Pese a sus protestas, minutos después se encontraba en un despacho de Gobernación, de ambiente viciado, impregnado de olor a tabaco y tarima vieja. Junto a la fotografía de Franco colgada en la pared y exacta a la reproducida en su enciclopedia escolar, pendía la de José Antonio Primo de Rivera con su camisa azul, el pelo engominado y una mirada acuosa, mitad triste, mitad soñadora. Cercana al balcón, cerrado a cal y canto, una enorme

bandera roja y gualda. Pensó en su madre. En la enseña republicana. “No hables con nadie. Nunca se sabe quién es el enemigo”. Le dijo en la estación del Norte, de San Sebastián, al despedirse camino de Madrid. Tenía doce años. Ahora estaba a punto de cumplir veintiséis; conocía quienes eran sus enemigos y hablaría lo imprescindible. No quería meterse en jaleos... ¡Si Enrique supiera que estaba en unas dependencias policiales! Pero lo más probable — si había tenido suerte— era que ya se encontrara fuera del país. Después de la ejecución del dirigente del PC Julián Grimau, no habían vuelto a verse. Lo recordaba días antes, excitado y conmovido ante las peticiones enviadas a Franco desde todos los rincones del mundo, solicitando el indulto: desde Juan XXIII a Kruschev y la Reina Isabel II de Inglaterra. El general, impertérrito, había desestimado todas. Julián Grimau fue fusilado a una hora insólita —tres y media de la madrugada— del 20 de abril. El general tenía prisa por perpetrar la última ejecución franquista derivada de la guerra civil, veinticuatro años después de concluida ésta.

— En cuanto pueda me voy a París, Martina — Le había anunciado Enrique, el amigo que le dejaba libros como “El Jarama”, “La Colmena” editada en Argentina, “Tiempo de Silencio” y otros títulos publicados por Ruedo Ibérico, así como varios de Romualdo Risueño, prohibido en España por comunista.— En París, junto a los compañeros del Partido, me será más fácil luchar para que este maldito régimen se vaya al carajo y de una vez por todas podamos vivir en libertad y democracia. Tengo unos parientes exiliados en Nanterre desde el 37. Nos acogerán muy bien y hasta nos facilitarán un trabajo ¿Te vienes conmigo? —Proponía Enrique, exaltado por la tensión del momento, herido por el inminente fusilamiento de Grimau.

La chica declinaba una y otra vez. Su meta era llegar a ser una buena profesional de la fotografía y solo quería centrarse en esa práctica. Con anterioridad, se había involucrado en algunas organizaciones clandestinas que luchaban contra el régimen y a punto de ser huésped involuntario de los calabozos de la puerta del Sol, decidió apaciguar sus impulsos idealista y no entrar en más líos políticos. Al comunista Enrique Soler, le había conocido en una biblioteca, único lugar en el que Martina se podía permitir su segunda pasión, la lectura. Dos o tres años mayor que ella, trabajaba como corrector de estilo en los talleres de un periódico de gran tirada, algo subversivo para la época, lo que le había costado varias clausuras y la confiscación de algunas ediciones. Su entusiasmo contagiaba a su amiga en las largas charlas reivindicativas durante sus caminatas por el Paseo del Prado o sus visitas al

Jardín Botánico. Enrique soñaba con la utopía de un mundo mejor, más justo y equitativo en el que poder vivir en paz, y Martina le escuchaba atenta, asintiendo a todo lo que decía porque su forma de hablar, le recordaba mucho a su padre.

Cuando conoció a Soler, Martina trataba de recomponer su vida. Al cumplir los veintiún años y con ellos la mayoría de edad, se marchó de la casa de sus parientes con lo puesto y poco más, metido en una caja de cartón. Su primera idea fue la de regresar a San Sebastián, pero en su ciudad natal no quedaba sino el paisaje difuminado por las ausencias y ensombrecido por el desolador vacío de su entorno. Sin dificultad, consiguió un empleo como dependienta en unos grandes almacenes y compartió con una compañera de trabajo un pequeño y asfixiante ático de la calle Ventura de la Vega.

La voz autoritaria de uno de los policías y el humo pestilente de un consumido cigarro puro agrediendo sus ojos, la hicieron tomar conciencia del lugar en el que se encontraba.

—¿Lleva documentación?

—Sí, claro.

El agente observó su carné con detenimiento. Después le miró a la cara como si quisiera hipnotizarla.

—Podrá identificar a los asesinos ¿verdad? Pasaron muy cerca de usted, así que sin duda, reconocerá sus rostros.

—Soy mala fisonomista. —Advirtió, precavida, cuando mandaron traer los ficheros.

En tanto llegaban, el agente siguió preguntando.

—¿Qué hacía usted en la cabina?

—Lo lógico. Llamaba por teléfono.

—¿A quién?

—A una amiga. Quería quedar con ella para ir al cine.

—¿Y por qué no estaba usted trabajando? Hoy es día laborable.

—Porque la semana pasada ayudé a los decoradores a preparar los nuevos escaparates y terminamos de madrugada. El jefe de sección, para compensarme, me dio la tarde libre.

Dos hombres entraron cargados con los ficheros abarrotados de fotografías.— Mírelas con tranquilidad. No hay prisa.—. En aparente calma las fue revisando sin ninguna convicción; si entre las cientos de fotos que le iban mostrando encontraba a los matones, tampoco lo diría. Desde hacía rato

una idea germinaba en su cabeza e identificarlos, no sería bueno para los planes que proyectaba. Lo cierto era que allí no estaban los asesinos. Al cabo de un rato, los sabuesos se dieron por vencidos.

—Habrà que traer al dibujante. Que alguien vaya a buscar a Sanz. El comisario llegarà de un momento a otro y se cabrearà si no hemos resuelto al menos una parte del caso.

Entró un hombre de mediana edad y aspecto cohibido del que nadie diría que fuera policía. Insignificante y encorvado, le recordaba al sumiso empleado de la oficina siniestra de La Codorniz. Con cortesía, le fue pidiendo los datos que recordara sobre los asesinos. El resultado fue un fracaso.

—Lo lamento. Creo que no se parecen en nada. Ocurrió todo muy deprisa y estaba muy asustada. Tuve miedo a que me mataran. Lo único que recuerdo es que eran bastante morenos, lo mismo que el muerto. Casi seguro, latinoamericanos.

Los policías cruzaron una mirada significativa entre ellos y al fin, llegó el comisario. Con gesto resuelto se quitó la americana y se quedó en mangas de camisa, dejando al descubierto el correa que sujetaba su pistola. Era un hombre joven de pelo castaño claro, casi rubio, con los ojos verdes muy pequeños instalados en unas cuencas demasiado hundidas; los pómulos salientes, una nariz correcta y la barbilla alargada en exceso. El conjunto de su cara le recordó a Martina la silueta de un pie. Se fijó en sus manos blancas, de venas azuladas como las de su padre, pero las del comisario eran de dedos cortos y cuadrados, delatando su ancestro campesino. —Si no fuera policía podría enamorarme de él. Pensó, para olvidar la idea nada más tenerla. El momento no era propicio para los romances. Menos con uno de la pasma.

Poco a poco, el recinto se fue llenado de agentes en un trasiego de idas y venidas. Los policías cuchicheaban en voz baja y de vez en cuando, uno nuevo entraba y le pasaba una nota al comisario, que alzaba la cabeza y la miraba con creciente interés.

—Has de recordar algo más.— Insistía con voz persuasiva— Alguna peculiaridad de los agresores, algún distintivo físico. No sé. El tono de sus voces, su acento...

—No podía escucharlos. Estaba dentro de la cabina con la puerta cerrada, y cuando rompieron los cristales a balazos, me tiré al suelo para evitar que me alcanzaran los tiros. Usted habría hecho lo mismo ¿no? —El comisario la miró con ojos furibundos, al tiempo que alzaba los brazos en un gesto de impotencia. Un cerco húmedo oscurecía su camisa a la altura de las

axilas, despidiendo un leve tufo a sudor reconcentrado.

—¿Sabes que el hombre asesinado era un famoso escritor? Ahora llegarán unos miembros de la Embajada de su país de origen. Serán policías judiciales. Procura no ponerlos nerviosos y decir todo lo que sepas sobre este asunto. El asesinado, Romualdo Risueño, muy conocido internacionalmente, estaba exiliado en Francia y nacionalizado francés, así que el tema es delicado y esta gente tratará de demostrar que su Gobierno no está involucrado en los hechos, para evitarse problemas diplomáticos y la animadversión de la corriente intelectual europea.

Martina se encogió de hombros aparentando indiferencia y, simulando una calma que estaba lejos de sentir esperó la llegada de los tipos que de nuevo habían de interrogarla. Tres individuos bien trajeados, de la misma etnia de los asesinos y la del hombre muerto. Con medida parsimonia se despojaron de sus chaquetas, pero no de los sombreros de panamá. Mientras de espaldas a ella comentaban algo con el comisario, Martina aprovechó para ocultar bajo la silla el bolso en el que guardaba la máquina fotográfica. Los hombres, en principio, se acercaron correctos y la sometieron a un interrogatorio más exhaustivo que el que acababan de hacerle los policías españoles. Con aplomo —ya empezaba a tener experiencia— repitió su versión omitiendo la parte más importante de los hechos.

—Estaba de espaldas a ellos marcando un número de teléfono —repitió cauta— y solo me volví cuando escuché los primeros disparos; al darme cuenta que dirigían el arma contra mí, me tiré al suelo. Tenía tanto miedo que se me nubló la vista. No podría reconocerlos aunque fueran ustedes mismos. — Se aventuró en una provocación innecesaria que, por fortuna para ella, los hombres ignoraron. Pidieron unos vasos de agua y con sus pañuelos se secaron el sudor que corría por sus cetrinas frentes. Parecían cansados. Al cabo de unos minutos se juntaron como hacen los jugadores de baloncesto cuando el entrenador pide tiempo muerto, e intercambiaron unos comentarios en voz baja. Quizá, la estrategia a seguir. Una vez más volvieron a la carga.

—¿A qué se dedica usted?

—Trabajo como dependienta en unos grandes almacenes.

—¿Está segura de que no podría reconocer a los asesinos?

—Claro que no. Apenas vi nada y no tengo ni idea de quienes eran las personas que han protagonizado el incidente. El muerto sí que era muy moreno, más o menos como ustedes, pero los otros podían haber sido rubios y con los ojos azules. No vi sus caras y los sombreros impedían ver sus ojos.

Además, ocurrió todo muy aprisa.

—¿Conoce usted la identidad del muerto?

—El comisario me ha dicho que se trata de un escritor, pero nunca antes había oído su nombre.

—Y de Guatemala ¿Qué sabe usted de la situación política en Guatemala?

—Nada. No leo los periódicos. La política no me interesa y no tengo dinero para comprar libros. Solo entiendo de ropa y lencería fina.— Se disculpaba con torpeza calculada y ya, de verdad, un poco asustada.

Los tres hombres ignoraron sus argumentos y le soltaron una filípica sobre comunistas, militares rebeldes, partidos de trabajadores e intelectuales que, fuera del país, descalificaban el sistema que lo gobernaba con mentiras y escritos panfletarios. Era el caso del escritor fallecido, pese a lo cual, como guatemalteco de nacimiento que era, jamás tomarían medidas que perjudicaran su integridad física. De ahí su empeño en desenmascarar a los asesinos y quedar así libres de cualquier sospecha o acusación directa de los enemigos del pueblo. Martina escuchaba escéptica los razonamientos de sus interrogadores puesto que, a través de Enrique Soler, muy interesado en los movimientos revolucionarios de Centroamérica, conocía con bastante exactitud la situación política de la zona, y porque ella misma se sentía atraída por todo lo que tuviera que ver con los países latinoamericanos, de los que tanto le hablara su padre

—¿No conoce nada sobre la existencia de estos enemigos del orden establecido por el Estado? —Repetían, tenaces.

—¿De qué Estado? No soy más que una simple dependienta en unos grandes almacenes y no sé qué pretenden de mí ¿Por qué no me dejan en paz? Mejor si no pierden el tiempo conmigo y salen ustedes a buscar a los asesinos antes de que se les escapen definitivamente.— El puñetazo fue similar e igual de inesperado al que le diera el policía español, cuando irrumpieron en su casa de San Sebastián. La memoria se le encendió espoleada por el resentimiento acumulado en la sangre, que comenzó a brotar de su nariz. Una pequeña fuente goteando violencia y como entonces, también su ojo derecho se llenó de chispitas zigzagueantes y luminosas, pequeñas constelaciones de un universo absurdo y miserable que, por un instante, le impidieron ver al hijo de puta que la maltrataba. Después y con cierto alivio, distinguió borrosamente al comisario “Carapié” acercándose al grupo y retirando, con gesto severo, al individuo que la había golpeado.

—Aquí, en mi despacho, solo pego yo.— Sacó un pañuelo de su bolsillo y con una delicadeza que confundió a la chica, fue limpiando la sangre que cubría parte de su cara.

—Eres una insolente —Reprochó en voz baja.— ¿Te duele? — No respondió. Si lo hacía, estaba segura de echarse a llorar y no quería que ninguno de aquellos cerdos, incluido “Carapié”, la vieran soltar una lágrima.

El comisario hablaba de nuevo, esta vez dirigiéndose a los centroamericanos.

—Ya ven que no sabe nada y no podrá colaborar en el esclarecimiento del asesinato, así que vamos a dejar que se marche a su casa. La chica sería incapaz de reconocer a los asesinos por lo que a todas luces, resulta inofensiva. Pueden irse tranquilos— Concluyó el comisario con cierta ironía

—Creo que se equivoca, amigo. Ella sabe más de lo que dice.— Mascullaba empecinado y entre dientes, el hombre que la había golpeado y a quien el rostro de Martina le resultaba familiar. Estaba seguro de haberla visto poco antes de producirse los hechos y relacionaba su figura en una cercanía inmediata al escritor muerto. Esa sensación, le inquietaba profundamente

—¿Y por qué está usted tan seguro? —Preguntó socarrón “Carapié”— Vamos, hombre —trataba de quitar hierro al asunto— la única implicación de la muchacha es la de encontrarse casualmente en el lugar de los hechos cuando estos se produjeron.

—Si usted nos permitiera quedarnos a solas con ella... —Sugirió, astuto, el más agresivo.

—Ni lo sueñe. Esta mujer es ciudadana española y su interrogatorio, de mi exclusiva competencia. Que también hayan podido hacerlo ustedes, no ha sido más que una deferencia de nuestra parte.

Los guatemaltecos se fueron disimulando mal su frustración. Los policías españoles le devolvieron el carné de identidad y solo entonces decidieron que, si quería, podía avisar a su familia para que se tranquilizara. Incluso se ofrecieron a acercarla hasta su casa en un coche patrulla, dado el deplorable estado de su cara.

Se sobresaltó al recordar que tenía familia y que en su carné de identidad figuraba todavía la dirección de Atocha. ¡Menudo lío si avisaban a tía Isabel y metía su desagradable nariz en su vida, ahora que se le abría el mundo en infinidad de posibilidades! Rechazó el ofrecimiento con una sonrisa.— No,

no, gracias. Me encuentro muy bien. Puedo ir sola, ya se me ha pasado el susto y necesito dar un paseo.

Escuchó la voz paternalista, casi amistosa del comisario.

—No cambies de dirección en estos días y si piensas salir de España, comunícanoslo. Quizá todavía te necesitemos para identificar a los asesinos cuando demos con ellos.

—¡Qué afán por ponerme a viajar! ¡Qué más quisiera yo!— Exclamó un poco fastidiada de que aquella gente no tuviera en cuenta su falta de medios económicos parare recorrer el mundo.

—No te hagas la tonta. Tú sabes de política más de lo que aparentas. Igual te ocurre con los movimientos guerrilleros y la situación general de Centroamérica.

—¿Por qué está tan seguro?

El comisario alzó ligeramente la barbilla y dilató las aletas de la nariz, como si husmeara en el aire.

—Olfato y memoria. En nuestra profesión es imprescindible, así que anda con cuidado. Las algaradas en las que has participado más de una vez y las reuniones clandestinas, son juegos de niños en comparación a este tema. El asunto es delicado. Estos que te han interrogado son policías judiciales y van a por todas. El muerto era un hombre demasiado significado en el mundo cultural internacional, el símbolo de ciertas ideologías y puede convertirse en un tema muy comprometido para su Gobierno. Así que trataran de eliminar cualquier “rastros” que les pueda implicar en el asesinato ¿Lo entiendes o te lo tengo que decir más claro?

—Gracias por el consejo, pero le repito que no soy más que...

—Déjate de milongas. No tienes mi paciencia —interrumpió desabrido — Lo que has presenciado hoy es muy serio, y la muerte del escritor no es una mera casualidad. Ese hombre había viajado de Francia a Madrid para reunirse con un grupo de compatriotas y organizar un golpe de Estado. Nosotros ya estábamos avisados, así que sé prudente y no te signifiques en nada. Olvídate lo antes posible de lo que has visto. A mis hombres les has dicho que los asesinos eran tan morenos como el muerto y ante los judiciales, has afirmado que no podrías jurar que no fueran rubios y con los ojos azules. Hablas demasiado.

—¿Por qué me cuenta cosas que se supone son confidenciales?

Por los ojos del comisario cruzó una mirada cálida y cercana, pero no respondió a la pregunta de la chica. Sólo se limitó a proponer.

—¿Quieres que te acerque a tu casa? He terminado mi trabajo y voy en la misma dirección.

—Usted y yo nunca podremos ir en la misma dirección.— Respondió retadora, jugándose el tipo de manera absurda.

—Eres valiente ¿eh chiquilla? —Se percibía un tono de admiración en sus palabras. Luego se puso serio y añadió.— Recuerda lo que te he dicho. Te estás moviendo en un terreno resbaladizo y eres demasiado insolente.— Y cambiando de tono. ¿Te duele mucho? —Señalaba su rostro entumecido.

—Solo cuando pienso en el hijo de puta que me ha zurrado.

—Cuida tu lenguaje jovencita, ya te he advertido. Esos tres individuos es gente peligrosa y en el fondo, están asustados. Ahora hay mucho jaleo en su país y un movimiento grande en todo Centroamérica, así que los dedos se les vuelven huéspedes y de ti, no sé por qué oscuros motivos, sospechan algo.

—Pueden estar tranquilos. No me gustan los líos y menos los políticos.

El comisario sonreía escéptico. Le tendió la mano.— Pon atención a lo que te he dicho, aunque me parece que no me harás demasiado caso— Hizo una ligera pausa— ¿Sabes que en una ocasión tuve una novia que también era de San Sebastián?

—Seguro que le dejó ella.

—Es posible. —Repuso cáustico, la sonrisa desaparecida de su rostro. De haberse conocido en otras circunstancias —pensó— también Martina Baztarrika podía haberlo sido. Tenía una cara atractiva y una personalidad que le cautivaba. Le hizo un último favor.

—No salgas por la Puerta del Sol. Mejor hazlo por la salida de la calle del Correo. Es más discreta.— Al cabo de unos años, aunque Martina no lo supo entonces, el inspector “Carapié” encontró la muerte en la cafetería ubicada en esa misma calle, en el atentado de ETA por medio de una bomba que la destruyó, causando trece muertos.

Se cercioró de que ningún “moreno” rondaba en las cercanías. Precavida, dio un rodeo y después de atravesar varias calles, desembocó en la de El Arenal para llegar a la Plaza de la Opera, donde se apresuró a investigar en el fondo de su bolso. Inexplicablemente, no le habían registrado. Suspiró aliviada. La cámara que sus dedos acariciaban era una máquina alemana de segunda mano, adquirida esa misma tarde con los ahorros de todo un año de austeridades extremas. Una Kodak Retina III-C de gran precisión, muy adecuada para instantáneas. Como tenía la tarde libre, se entretuvo sacando fotos en la Plaza de España. Fue en sus jardines donde descubrió al escritor

latinoamericano, al que admiraba después de haber leído dos de sus más conocidas obras. El intelectual, parecía esperar a alguien y estaba visiblemente nervioso, mirando hacia todo los lados, alerta a cualquier contingencia. De hecho, cuando Martina se le acercó para decirle cuánto le admiraba, dio un respingo y se echó hacia atrás en un gesto instintivo de defensa, lo que motivó que Martina se disculpara.— Perdona. No era mi intención asustarte. Solo quería decirte que he leído alguno de tus libros y me han encantado. El hombre recobró la calma y hasta le dedicó una sonrisa.— Disculpe, señorita. Me encontraba distraído y no advertí su presencia— Le estaba tendiendo la mano húmeda de sudor, que Martina estrechó orgullosa. No todo los días se tiene ocasión de saludar a un hombre tan importante como lo era su interlocutor. Y cuando estaba dispuesta a seguir charlando con él, el hombre interrumpió la palabra, dio media vuelta y encaminó sus pasos apresurados hacia el interior del edificio del Hotel Plaza. Un poco decepcionada, siguió haciendo fotos. Ahora, después del inaudito suceso que de forma tan trágica la había ligado al escritor, le entró la duda de, si por ser la primera vez que manejaba ese modelo, habría utilizado correctamente la cámara.— ¡Qué hecatombe si al fin no logró captar todas las escenas del asesinato y los rostros de los asesinos!

Hizo inventario del dinero que llevaba encima. Detuvo un taxi y se dirigió al periódico en el que Enrique Soler trabajaba.— Si alguna vez te encuentras en un apuro y yo no estoy, pregunta por Andrés Iriarte. El te ayudará. Es el subdirector y se encarga de la política internacional. Una persona extraordinaria, simpatizante del Partido y muy amigo de sus amigos.— Cuando llegó y la informaron de que Enrique Soler llevaba días sin aparecer por la redacción, solicitó hablar con él. Tras una corta espera, salió un redactor para informarse de qué asunto la llevaba al periódico.

—Necesito ver a Andrés Iriarte.

—Está reunido. No puede atenderte.

—Pues que deje la reunión por unos minutos. Lo que tengo que decirte es urgente.

El periodista la miraba entre curioso y divertido. Le hacía gracia aquella chica desconocida, con un ojo morado, la cara llena de pecas y arañazos, fingiendo una seguridad que su impaciencia desmentía.

—¿Tan importante es lo que te trae aquí? ¿No puedes adelantarme de qué se trata? Si vienes a denunciarnos una agresión, nos pillas en un momento de mucho trabajo ¿Te han violado? Aunque así fuera, no podríamos

ayudarte. En este país de orden y recato, no pasan esas cosas —dijo sarcástico— Lo siento. Ven otro día.

—Otro día no podréis publicar en la primera edición el material que traigo.

—¿De qué material me hablas?

—Es confidencial. A ti no puedo decírtelo, pero te juro que es de pura actualidad y solo lo comentaré con Iriarte, así que si me impides verle, la responsabilidad de que lo publique otro periódico y no el vuestro, será tuya.

El redactor empezaba a tomarla en serio.— No te mueves de aquí.— Casi rogó, mientras salía disparado para volver minutos después precedido de Iriarte que la miró de arriba a bajo sin excesiva curiosidad, un poco fastidiado incluso. Sin mediar palabra, con un gesto de la mano la invitó a seguirle hasta su despacho. El periodista no tendría más de cuarenta años y escondía sus ojos tras unas gafas oscuras.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —Sin esperar la respuesta, continuó— ¿Nos conocemos? Creo que no nos hemos visto antes...

—No, nos hemos visto jamás. Soy amiga de Enrique Soler y me dijo que acudiera a ti si en algún momento te necesitaba.— Iriarte, aún seguro de encontrarse solos, miró con recelo a su alrededor para cerciorarse de que nadie más podía escucharlos.— ¿Sabes dónde está?— Inquirió cauteloso. La chica, en su gloria, negó con la cabeza, y en el mismo tono de conspiración, repuso.

—Lo único que sé es que quería salir del país.

—Ya está en Francia. —Informó Iriarte, sin más explicaciones.— Y ahora dime qué es lo que te trae aquí.

Lo expuso con brevedad, resumiendo en un relato casi telegráfico todo lo acaecido unas horas antes, consciente de que el hombre jugaba en desventaja con el tiempo. Enrique decía que las horas dentro de un periódico, valían tan solo treinta minutos. Pero Iriarte, sin lógica que lo justificara, ojeaba una revista y no parecía prestarle atención, callado y como si Martina no estuviera sentada frente a él, separados tan solo por su gran mesa de trabajo y contándole un hecho extraordinario del que había sido testigo. Cuando empezaba a sentirse decepcionada, el subdirector, tras cerrar el ejemplar que le ocupaba, pareció recordar que aún seguía allí. Con lentitud se quitó las gafas dejando al descubierto unos ojos oscuros, grandes y dulces que cautivaron a la mujer cuando los sintió con insistencia sobre ella.

—Vamos al despacho del director. —Dijo al fin, regresando no se sabía

bien de qué reflexiones o conjeturas.

El director, con una táctica similar a la de Iriarte, en principio apenas le prestó atención, rodeado de papeles desbordando su mesa de trabajo, en mangas de camisa y la corbata desplazada de su prominente nuez, escuchaba a su compañero sin apartar los ojos del suyo, entumecido por el puñetazo del judicial guatemalteco.

—¿La conoces? —Preguntó con una frialdad que acabó de defraudar a la chica que esperaba mayores muestras de interés y hasta de entusiasmo ante una noticia de tal magnitud como era la suya.

—Es amiga de Enrique Soler. —Intervino Iriarte— Se hizo un silencio. El tiempo justo para encender un “caliqueño”. El director se dirigió a Martina.

—¿Sabes quién es el hombre asesinado?

Recuperada, sin prisa, midiendo sus movimientos, se arrellanó segura en el asiento y respondió contundente, dando el nombre del escritor acribillado a balazos, para añadir con displicencia.— Poco antes estuve hablando con él.

—¡Cómo! ¿Qué te dijo?

Martina se arrepintió al instante de ser tan lenguaraz.

—Nada importante. Le comenté que me gustaban mucho sus libros y él me lo agradeció.

Andrés Iriarte se creyó en la obligación de ponerla al corriente. Además de escritor, era un líder político de la oposición a la dictadura del gobierno. Estaba en Madrid para reunirse con miembros de su facción, que operaban en la clandestinidad.— Lo que no entiendo —concluyó— es cómo no tomó mayores medidas para su seguridad personal y no llevara guardaespaldas.

—Deja las clases de política para otra ocasión y no esperes ni un minuto más en ordenar que revelen esas fotos; veamos que nos trae ésta intrépida reportera.—Cortó sin contemplaciones el director, para añadir—. Rápido que el tiempo apremia. Por cierto ¿Qué te ha pasado en el ojo?

—Apenas unos rasguños. Una caricia de los judiciales guatemaltecos y algún que otro corte de los cristales rotos por las balas que mataron a nuestro hombre.— Respondió con indiferencia, tratando de epatar a los dos periodistas y como si estuviera avezada en aquella clase de sucesos. El responsable del periódico, muy cerca de cumplir los sesenta años, dejó esbozar una ligera sonrisa. Tenía la barba recortada y cana y unos ojos de mirada abierta por la que cruzó un brillo de simpatía hacia la mujer. Le hizo un guiño cómplice.

—La próxima vez procura no meterte en líos ¿eh? Tienes una cara muy

bonita para que te la vuelvan a romper. —Levantó el pulgar de su mano derecha en señal de aprobación y de nuevo fijó su atención en los documentos que leía cuando Iriarte y ella entraron en su despacho.

Andrés la invitó a bajar a los laboratorios. Uno de los fotógrafos del periódico se hizo cargo de la película para revelarla.

—Esperemos que hayan salido. —Rogó más que dijo el periodista.

Las fotos eran de mejor calidad de la esperada, teniendo en cuenta la comprometida situación en la que se habían realizado.

—Demuestras una sangre fría extraordinaria. Valdrías perfectamente para corresponsal de guerra. —Comentó admirado, observando con minuciosidad, una a una, la colección fotográfica— Has recogido con la maestría de un profesional toda la secuencia. Desde que los hombres irrumpen en la Gran Vía, corriendo entre los coches, hasta el tiro de gracia sobre el hombre que ya estaba muerto al primer disparo. Has captado todos los rostros con claridad admirable. Un documento de extrema importancia que delata sin lugar a dudas, la identidad de los asesinos ¡Un reportaje gráfico estupendo!

Tres o cuatro fotos, las que hizo en los jardines de la Plaza de España antes del tiroteo, habían quedado abandonadas en un extremo de la mesa. Iriarte las echó un vistazo por simple curiosidad.

—¡Joder! —Exclamó sorprendido por el descubrimiento—. En estas fotos está lo mejor de la historia. ¡Chica, eres un hacha! —Martina se acercó curiosa e inflada como un pavo real en celo. Su barbilla tuvo casi que apoyarse en el hombro de Andrés para contemplar su obra y al sentirla tan cercana, el hombre se volvió y sus rostros quedaron casi pegados el uno al otro. Se miraron y sonrieron, algo cortados. Martina, las piernas flojas y un revelador cosquilleo en el estómago, solo veía en las fotos las figuras un poco lejanas de dos hombres hablando entre sí mientras un tercero, ligeramente apartado y en actitud vigilante, parecía dirigir —sin saberlo— su mirada al objetivo de la cámara.

—¿No los reconoces? Son los mismos que aparecen después persiguiendo a su víctima. —Pero Martina solo tenía ojos para el tercer hombre. Acababa de descubrir en él al policía que le propinó el puñetazo.— Andrés, sin advertir su repentina palidez, continuó hablando entusiasmado.

—Pon tu misma el precio. Pagaremos lo que pidas por las fotos y mantendremos tu anonimato para preservar tu integridad física. Esta gente es capaz de remover el mundo para encontrarte y saber si tienes alguna relación

o estás vinculada a la oposición— La chica apenas pudo balbucir con la voz entrecortada por la emoción y el miedo.

—No quiero dinero.

—Entonces ¿qué quieres? —Al volverse asombrado hacia ella, descubrió lo lívida que estaba y cómo el sudor se deslizaba por su cara desfigurada por el golpe. —¿Qué te ocurre?

—Esa gente ya me tiene localizada. El hombre que mira hacia la cámara es uno de los que me han estado interrogando. El animal que me ha pegado. Un policía judicial, así que el dinero me servirá de poco si me encuentran.

Desolado, trató de tranquilizarla.

—No te preocupes. Esta misma noche te buscaremos un escondite.

—No estoy preocupada. No quiero el dinero ni necesito un agujero para perderme en él.

—No sé a dónde quieres llegar ni qué pretendes...

—No me gusta mi trabajo como vendedora de lencería. Quiero ser fotógrafo de prensa.

El periodista la miraba cada vez más confundido. Era la respuesta que menos esperaba de aquella chica tan valiente, tan valiente, que quizá estuviera un poco chalada.

—¡Qué locura! Es lo que menos necesitas ahora. Hacerte reportera gráfica no aliviará tu situación, incluso les facilitará el dar contigo; tienen conexiones muy fuertes a todos los niveles y no perdonarán que hayas identificado a sus cómplices. Están asustados. El triunfo de la revolución cubana y la eclosión del movimiento guerrillero en buena parte de Centroamérica, les tiene desquiciados. Te pillarían en cuanto pusieras los pies en la calle, a la misma puerta de tu casa aunque te cambiaras veinte veces de domicilio.

—Facilítame un trabajo en América, concretamente en Guatemala. No lo sabía, pero tengo una cita pendiente con ese país y sus gentes.— Dijo grandilocuente.— Los ratones saltando del baúl; la vieja edición de El Quijote y, sobre todo, el ejemplar del Popol Vuh, invadieron la mirada retrospectiva de Martina.

Andrés Iriarte se acercó a ella con los brazos abiertos en un gesto amistoso que la chica no rechazó. Se apretó contra él. Estaba temblando.

—Me gusta tu valor y me admira tu inocencia. Las fotos que nos has traído, hoy por hoy, con el régimen político que tenemos, no se pueden sacar a la luz. Para cuando tú has llegado con el reportaje, la dirección del

periódico ya había recibido la llamada del Ministerio de Información y Turismo, “rogándonos” una nota escueta sobre el suceso, sin detalles ni fotografías del cadáver. Todos son hijos de la misma camada y tienen buen cuidado de arrojarse entre ellos ¿No lo habías pensado?

—No, no lo he pensado —dijo, de pronto hundida y enfadada por su falta de suspicacia. Conocía bien las estructuras del sistema. Casi sintió vergüenza de que se le hubiera escapado algo tan elemental. — Pero entonces ¿Por qué tenéis tanto interés en ellas? —Preguntó dolida de que le hubieran seguido el juego hasta el final.

—Es un documento extraordinario para publicarlo en otros países en los que existe libertad de prensa. Francia, por ejemplo. Más teniendo en cuenta que el asesinado era francés de adopción. Lo pagarán muy bien porque tiene el valor de la oportunidad de un testimonio fidedigno, delatando a los asesinos. En el lugar de los hechos estaba el reportero y demostró reflejos además de coraje. Intuyo que ese dinero te vendrá de maravilla.

Martina volvió a rechazar, airada.

—No quiero dinero. Ya te lo he dicho. No hay fotos si no es a cambio de lo que te pido.

—¡Coño con Antoñita la fantástica! ¡Lo que pides es imposible!— Se desesperaba Iriarte — ¿Tú sabes lo arriesgado que es ahora danzar por ese continente en plena eclosión de violencia entre la guerrilla y el ejército? No es un trabajo para mujeres, y en todo caso, no estás preparada para realizarlo; no es fácil ser fotógrafo de guerra ni para los más avezados profesionales. Menos para una chica inexperta como tú.

—No te preocupes y no seas machista. Eso lo decidiré yo. Tú puedes enseñarme lo que me falta por aprender.

—Yo no pienso ayudarte.

—Prometo ser una buena alumna. —Empleó un tono dulce y persuasivo, lleno de insinuaciones. Su atracción por el periodista crecía por momentos, a pesar de sentir que estaba a punto de desmayarse. Su cabeza era una caja repleta de ruidos extraños, y el ojo y la nariz le palpitaban de dolor. Las ganas de vomitar le apremiaron.

Andrés la acompañó al lavabo y esperó junto a la puerta.

—¿Te encuentras mejor?

—Estoy fatal. Esos hijos de puta han estado horas interrogándome. El puñetazo me ha dejado la cabeza zumbando y estoy medio mareada.

El hombre retiró los libros y las revistas que ocupaban el sofá del

despacho y la ayudó a tenderse en él.

—Descansa un poco. Tengo que ocuparme de la edición. Luego veremos qué podemos hacer. Creo que llevarte a tu casa sería peligroso.

—¿Y las fotos?

—No te preocupes de nada. Hablaremos más tarde y llegaremos a un acuerdo, te lo prometo. Ahora, descansa tranquila.

Estaba tan agotada que se quedó dormida. En el mismo tiempo de su sueño, el judicial guatemalteco que la había golpeado, cayó en la cuenta de dónde había visto antes a Martina. Era la chica que andaba merodeando por la Plaza de España con una cámara fotografiando, en apariencia, los monumentos cercanos.— Ya te tenemos —respiró aliviado— ¡Vaya con la mosquita muerta!

Al despertar, la ventana del despacho de Andrés Iriarte era una boca negra por la que entraba la oscuridad de la noche y la discontinua luz de neón, anunciando la cabecera del periódico en el mismo frontal del edificio. El ruido de las máquinas impresoras llegaba hasta ella con un zumbido agradable. La zarabanda de la cabeza había desaparecido, dejando paso a un dolor pesado y sordo. El ojo herido estaba cerrado y la piel de la cara le escocía a causa de los múltiples cortes. Le dolían los huesos y el frío, provocado por la fiebre, hacía tiritar su cuerpo. Se levantó y echó un vistazo por la estancia. De las paredes colgaban numerosas fotos de Iriarte junto a famosos personajes de la política, la economía y las artes. Varias páginas de periódico enmarcadas, daban fe de los premios más importantes de periodismo otorgados al subdirector.— Es un tío importante pensó Martina, con un banal orgullo que no le correspondía. Volvió al sofá, consciente de que las piernas se negaban a sujetarla. Poco después regresó Andrés. Parecía más joven y distendido.

—Ya hemos cerrado la última edición —Comentó dirigiéndose al pequeño mueble bar. Se sirvió una copa y le ofreció otra con el gesto, que Martina rechazó.— He hablado con unos colegas franceses responsables de una revista semanal de gran tirada en Francia y con distribución en todo el mundo. Les he enviado tu reportaje. Están muy interesados, ya sabes que los franceses enseguida se adueñan y hacen glorias nacionales de todos los que valen algo y deciden quedarse junto a ellos. A Romualdo Risueño lo consideraban como propio. Van a adelantar la publicación a fin de dar la exclusiva lo antes posible. Va a ser un bombazo informativo por el que te pagarán una cantidad que ni sueñas.

—¿Les has dicho cuáles son mis condiciones? ¿Que quiero ir a Centroamérica?

—¡Claro que no! Se habrían asustado. Primero han de ver el material y comprobar por sí mismos tus posibilidades. Tiempo habrá de proponerles semejante locura.

—No crees en mí ¿verdad?

Andrés tardó en responder. Se sirvió otra copa y fue a sentarse a su lado.

—Lo tuyo no es más que una fantasía creada por la excitación de lo vivido. En este mundo real las cosas no funcionan así. Tú eres solo una aficionada a la fotografía que, en un momento determinado ha tenido mucha suerte, pero una inexperta en todo lo demás.

—He ganado varios certámenes para novelas y algunos periódicos han publicado fotos mías. Incluso he llegado a hacer una exposición colectiva. Créeme, Andrés. Lo del asesinato ha sido una casualidad, pero no el que yo haya hecho esas fotos con tanta precisión. Llevo mucho tiempo soñando con ser profesional y he trabajado duro para conseguirlo. Todo mi dinero se ha ido en escuelas de fotografía y en la compra de material.

El periodista la miraba entre tierno y escéptico.

—Me gustaría ayudarte...

—De momento puedes hacerlo llevándome a mi casa. Tengo la sospecha de que me estoy muriendo.— Bromeó sin estar muy segura de que su afirmación no fuera cierta, de tan mal como se encontraba.

Se acercó a ella y tocó su frente. El contacto de la mano en su piel, la estremeció.

—Tienes mucha fiebre. Vámonos ahora mismo, pero en tu casa no puedes quedarte. Es muy peligroso.

—Necesito recoger algunas cosas.

—Yo subiré a por lo más imprescindible.

Al llegar a las inmediaciones de la calle de Ventura de la Vega, su compañera de piso, muy excitada, la esperaba en la esquina.

—Creí que te había ocurrido algo. No te acerques.— Dijo con el temor reflejado en los ojos.— La casa está toda revuelta. Alguien la ha estado registrando. Pensé que serían ladrones, pero cuando bajaba corriendo, un hombre con acento sudamericano me ha detenido y preguntado si yo era Martina Baztarrika. Así que seguro que el problema es contigo.

—¿Qué le has dicho? —Preguntó Andrés.

—Lo primero que se me ha ocurrido. Que no te conocía de nada.

—Estupendo. Buenos reflejos, chica. Si te lo vuelves a encontrar, no digas que nos has visto. Nos pondremos en contacto contigo.— Arrancó el coche perdiéndose en el dédalo de callejuelas de la zona.

—¿A donde vamos?

—De momento, a mi casa. Mañana, con calma, pensaremos qué podemos hacer.

—¿Y cómo me han localizado si esta dirección no figura en mi carné de identidad, y en la comisaría no he dicho que me había cambiado de domicilio?

—Esta gente está más interesada y va más aprisa de lo que yo imaginaba.
— A Martina no se le escapó el gesto de preocupación que marcaba la frente de Andrés Iriarte.

XIV

Separado de su mujer tres años antes, en su apartamento había sitio suficiente para los dos. Abrasada de fiebre, fatigada por los acontecimientos de la jornada, apenas hablaron y sin embargo Martina se sintió confiada a su lado, como si le conociera de siempre. El periodista irradiaba un fluido nuevo para ella y la envolvía en una calidez hasta entonces no conocida, con una aproximación física tan limpia y transparente, que nada le hacía temer. Andrés, se repetía, era como si estuviera junto a ella desde el primer día que acudió al colegio y lo encontrara sentado en el pupitre de al lado, esperándola para ayudarle en los deberes y salir juntos al patio de recreo, sin que después ya volvieran a separarse. El confidente de su primer amor, de su vieja rebeldía, de todos los sueños que en sus noches de niña inquieta, urdiera para realizarlos cuando fuera mayor. Lo mismo que le ocurrió con la chiquilla que conoció en Ulía. Andrés Iriarte, sin mediar palabra, la ayudó a acostarse en su propia cama y de puntillas, salió de la habitación. Cuando regresó con un vaso de leche, Martina se había dormido.

Al día siguiente, el periodista trajo a un amigo médico para que revisara el golpe del ojo y su estado general que, según dictaminó, era excelente. Los periódicos publicaron una breve y confusa nota informando del “Lamentable suceso en el que, casualmente, se había visto involucrado el escritor Romualdo Risueño, con el resultado de muerte “accidental” Ni una sola fotografía del cuerpo ilustraba el suelto.

La misma tarde, el semanario francés con el que contactó el periodista la noche anterior, le confirmó la publicación inmediata del trabajo de Martina y la posibilidad, a corto plazo, de un contrato para realizar unos reportajes en Centroamérica. Todo dependía de que los jefes de la organización central de la guerrilla en Guatemala, dieran permiso para fotografiar sus campamentos. Por lo demás, los galos estaban entusiasmados con el documento y auguraban ediciones especiales del semanario.

—¿Y cómo saben tus amigos franceses que yo quiero ir a Centroamérica,

si anoche me dijiste que no les habías comentado nada por lo descabellada que te parecía la idea? —Interrogó con sorna, encantada del cariz que empezaban a tomar las cosas. El periodista no se dio por aludido.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? ¿Has reparado en la rapidez y eficacia con que se mueve esta gente? —Preguntó por enésima vez, alarmado y arrepentido de haber dado pábulo a lo que consideraba una locura. Martina, asintió con la cabeza callando el miedo que mordía su carne al suscitarse el tema, decidida a llevarlo a cabo a pesar de ser consciente de los riesgos que implicaba la aventura. Cuando mataron a Romualdo Risueño con ella de involuntaria testigo, intuyó que si quería, su destino cambiaría de manera radical y que en ese día se le abría la posibilidad de llegar a tocar, al menos con la punta de los dedos, la vida que desde la confusa intuición de la adolescencia, le gritaba la voz de su rebeldía. El riesgo, evidente y aceptado, no era ningún capricho, sino la necesidad apremiante de ser como en realidad se sentía.

—Puedo arreglar las cosas de forma que pasado un tiempo, no demasiado, trabajes aquí conmigo, en la misma redacción. Eres lista y tienes facilidad para aprender. Si te apeas un poco de tu rebeldía, que para los tiempos que corren me parece romántica en exceso y poco práctica, puedes llegar lejos en el campo de la fotografía. —Insistía Andrés, preocupado por la responsabilidad adquirida con la chica, y por el deseo soterrado de conservarla a su lado.

—No, Andrés. He tomado la decisión y no sería feliz haciendo algo distinto a lo que ya está proyectado. Si tú no me ayudas, intentaré contactar con Enrique Soler y desde Francia, encontraré la forma de ir a Centroamérica. Antes o después, lo conseguiré. No tengas miedo por mí. Pase lo que pase, tú no serás culpable de lo malo que pueda ocurrirme, y sí el hombre maravilloso que me ha facilitado una forma de vivir con la que siempre he soñado.— Sin poder contenerse por más tiempo, hizo lo que llevaba deseando desde el momento en que le conoció. Cogió entre las manos su rostro y con la pasión recién estrenada, besó la boca del periodista.

Andrés se convirtió en el primer amante de Martina. Un amor sosegado y tierno en él, arrebatado y ardiente en la chica, potenciado por la admiración que sentía hacia el hombre. Iriarte, no prometió nada ni ella lo exigió, y desde la libertad de su independencia, ambos vivieron una tórrida historia de amor, hasta que Martina estuvo preparada para la gran aventura que significaba su

nueva vida en Centroamérica.

Días y noches enteros debatieron la compleja y difícil situación política del continente al que se dirigía.— El movimiento guerrillero está en alza — explicaba Andrés— y en Guatemala, militares disidentes lo apoyan e integran. Tienen también la ayuda de Fidel Castro que acoge revolucionarios en Cuba para adiestrarlos, y a su vez envía a sus propios hombres a entrenar a los guerrilleros en la estrategia de guerrillas en campos secretos. El año pasado, miembros del “Movimiento 13 de Noviembre”, tomaron contacto con militantes del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) y a finales del mismo año, el Buró político del PGT y la Dirección Nacional del Movimiento 12 de Abril, integrado por universitarios, fundaron las Fuerzas Armadas Rebeldes, es decir, las FAR. A principios de este año y según mis noticias, en Izabal, en la zona de Quiriguá, se han instalado las primeras escuelas de entrenamiento guerrillero. Es información confidencial de primera mano. En contraposición, dirigentes militares centroamericanos se están reuniendo alentados, financiados y entrenados por EE.UU., para la formación de un consejo de defensa conjunta.

Agotados, rodeados de papeles, restos de comida y la botella de whisky casi vacía, iban a la cama y hacían el amor, se adormilaban y entre sueños, Andrés insistía en el tema de Centroamérica. Entonces, Martina se despabilaba y absorbía como una esponja lo que ya más o menos sabía: la explotación a la que el país estaba sometido desde la llegada de los conquistadores españoles, agravada ahora por las inversiones de las multinacionales norteamericanas instaladas en sus cafetales, campos de banano y maíz. La moderna colonización y la injusta política agraria de los dictadores de turno, acabaron con las pequeñas propiedades de los campesinos para convertirlos en asalariados de lo que antes fuera su tierra, siempre en precario. La tiranía de las dictaduras militares patrocinadas por el imperialismo de EE.UU., incluso con la intervención decidida de la CIA. La geografía rica y múltiple; sus normas sociales, la peculiar idiosincrasia del pueblo indígena, su cultura y su religión; las estrategias de defensa y supervivencia que quizá estuviera obligada a desarrollar una vez allí. Andrés, terminaba siempre con la misma frase con la que intentaba paliar su sentimiento de culpabilidad ante la inminencia del arriesgado viaje.— Espero que hagas pronto tu trabajo y regreses rápido.

Estudiaron con paciente meticulosidad los itinerarios que había de seguir para no levantar sospechas.— Será conveniente comenzar por lugares

distantes a la zona de Zacapa, donde se focalizan las guerrillas. Oficialmente, viajas a Guatemala para recoger material fotográfico y escribir un libro cultural sobre el país y sus restos mayas. Desde la ciudad de Guatemala tomarás un avión para llegar a Santa Elena, junto a Flores, capital del departamento de El Petén. Un lugar idóneo porque cerca de allí, en la selva Tikal, se encuentran los mayores vestigios de esa cultura. El resto, deberás hacerlo sobre la marcha y estar muy atenta a todo lo que suceda a tu alrededor, ya que a partir de ese momento habrá enlaces que te ayudarán a conectar con la guerrilla y deberás estar preparada para cuando surjan. Mis amigos franceses han elaborado un buen programa para que trabajes con la mayor seguridad posible y yo lo he supervisado todo ¿Qué te parece el plan?

—Me maravilla y me aterra al mismo tiempo. —Se acurrucó, mimosa, en su pecho.— Tengo miedo, Andrés. —Se decidió a confesar.

—Pues no vayas. Quédate conmigo. Te prometo un viaje parecido pero sin riesgos. Iremos allí a donde tu quieras. Si es necesario pediré un año sabático y recorreremos el mundo.

—No sería lo mismo. Antes de llegar ya habría perdido todo interés.

No insistió. Conocía a la chica y sabía que sus ideas, una vez concebidas, se convertían en necesidad de urgente práctica. Una noche, ya de madrugada, Andrés llegó demudado al apartamento y despertó a Martina, que se asustó ante la expresión preocupada de Andrés.

—¿Qué ocurre?

—He hablado con mis colegas franceses. Los responsables de las guerrillas guatemaltecas han dado la autorización para que vayas a hacer el reportaje.

Saltó entusiasmada sobre la cama, hizo un par de piruetas evidenciando su excelente forma física y solo se detuvo cuando advirtió el gesto contrito de su amigo. Llenó su cara de besos.

—Volveré antes de lo que imaginas. No te pongas triste, cariño. A mi regreso, trabajaremos juntos y haremos cosas maravillosas. Lo prometo.

Una semana más tarde, Andrés le entregó un pasaporte falsificado. En el aeropuerto, la contempló sin disimular su admiración por lo que en parte, era su obra.

—Chica, eres todo un carácter. Sólo así es comprensible semejante locura ¿Sabes que vas a meterte de cabeza en la boca del lobo?

—Ellos no tienen por qué saber que soy la misma que presencié el asesinato, ni que fui yo la que hizo las fotos publicadas en Francia. Además,

era mi destino desde niña cuando, los domingos por la mañana, oía cantar a mi padre las canciones que nunca más volví a escuchar.—Dijo fatalista, un poco trágica, llevada de la trascendencia que para ella tenía el momento.

—No te equivoques, preciosa —rió el periodista— Lo tuyo es un puro error geográfico. La canción de tu padre hablaba del Paraná y ese río, si no ha cambiado su curso, discurre por Brasil, Paraguay y Argentina, desembocando en Río de la Plata

—Eres un malvado. Esos países quedan mucho más abajo del mapa ¿Qué hago yo ahora con un billete para más arriba?

—Rómpelo y quédate conmigo.

—No me presiones, Andrés...

El hombre captó la debilidad momentánea de Martina; que podía retenerla a su lado aunque solo fuera por un breve periodo de tiempo en el que intentar, una vez más, disuadirla de su loca aventura. Renunció. La decisión de su joven amante era tan firme como la imposibilidad de cambiar el cauce de las aguas del Paraná.

—Tienes razón. Ni siquiera en broma he debido proponerlo. —Como un padre, repitió una vez más lo tantas veces recomendado— No olvides que vas a recopilar material fotográfico para escribir un libro sobre los países de Centroamérica. Sé cauta y no te dejes llevar por tus impulsos.

—No te preocupes. Sabré cuidarme. Pero quizá levantaría menos sospechas si fuera como una simple turista.

—Los turistas no van a Guatemala. El país carece de infraestructuras turísticas y allí jamás iría una mujer sola por el solo placer de hacer turismo. Sigo creyendo que esta aventura es un auténtico dislate y yo, un redomado irresponsable por alentarla y dejar que te vayas de mi lado. ¡Cómo voy a echarle de menos! No obstante recuerda que, en caso de apuro, alguien se ocupará de ti. Está todo previsto y pensado para una emergencia.

Las precauciones de Andrés, lejos de tranquilizarla, la asustaron más de lo que ya lo estaba. Si el avión no despegaba pronto se aferraría al periodista y ninguna revolución, ni todos los guerrilleros del mundo unidos, lograrían que se desasiera de él. Sobre todo cuando Iriarte besó sus labios despacio, con detenimiento, buscando en ellos la respuesta a la certeza de que en la vida de Martina, no era más que el primer eslabón de una existencia fuera de lo común en la rutina diaria. La chica pareció adivinarlo.

—¡Qué fácil ha sido quererte! No voy a olvidarte nunca, Andrés. Siempre serás mi primer hombre. El más importante de mi vida. Tú me has

convertido en la persona que quería ser y me has enseñado a respirar el viento de la libertad que tanto he buscado.

—Tú eres, en ti misma, la libertad.

—Volveré pronto.

—En todo caso, lo importante es que regreses.

XV

GUATEMALA, NOVIEMBRE 1963

En el aeropuerto internacional de La Aurora, un soldado la desvió a las dependencias donde debía realizar los trámites aduaneros. Tras el pequeño mostrador, otro soldado requirió su pasaporte apenas con un gesto. Fijó en él sus ojos negros y oblicuos y sin apartarlos de la fotografía, preguntó.

—¿Es usted Emilia Parrondo?

—Claro. Lo dice en el pasaporte ¿no? Emilia Parrondo Sierra.— Escucharlo de su propia voz la reafirmaba en su nueva identidad.

—¿Qué le trae por Guatemala? Preguntó con evidente desgana.

—Vengo a realizar unos reportajes sobre el país.

—¿Qué tipo de reportajes?

—Soy fotógrafo profesional. Estoy haciendo un libro de fotografías sobre los pueblos de Centroamérica.

El hombre, de pronto, se había puesto en guardia y la observaba con recelo. Sin comentario alguno desapareció tras la puerta que había a sus espaldas. Regresó acompañado de otro sujeto de talante adusto. Un individuo de mediana edad cuyos galones constataban su superior graduación.

—¿Qué se le ofrece? ¿Es usted una intelectual? —Preguntó con inesperada educación.

—Ya se lo dije a su subordinado. Soy fotógrafo y vengo a Guatemala para hacer unos reportajes y componer un libro. Un libro exclusivo de paisajes y restos arqueológicos. Sólo eso.

—No se llega en el mejor momento, señora ¿Pertenece a algún medio de comunicación?

—A ninguno en concreto. Trabajo por cuenta propia y para cualquiera que solicite mi colaboración.

—¿Tiene algún permiso?

—¿Un permiso? Traigo el pasaporte, el visado. Todos los papeles en regla.

—Me refiero a un permiso especial para hacer su trabajo.

—Nadie me dijo nada. No sabía que lo necesitara.— Se hizo un silencio largo, sostenido intencionadamente por el militar. Sin mirarle a la cara, dijo bajando la voz.

—El permiso cuesta dinero, señora.

—¿Cuánto?

—Depende.

Recordó las palabras de Andrés. —Allí te cobran hasta por estornudar. Funcionan a base de mordidas.— Sacó un billete de diez dólares que el militar, en principio, ignoró. Puso otro de igual cantidad sobre el mostrador y el semblante del hombre se relajó mientras alargaba la mano para recogerlo sin ningún pudor.

—¿Estará mucho tiempo?

—No lo sé. Dependerá de que haya o no mucho que fotografiar.

—Paisajes no le faltarán, señora. —Dijo amable y sonriente, dejando al descubierto una hilera de dientes amarillentos y desiguales, alguno de ellos protegidos por brillantes fundas de oro.

—Lo sé. Paisajes desde el verde oscuro hasta las azuladas ondas de una cadena de montañas que se pierden en el cielo. Luego la luz se hace dorada, transparente y dorada como en Cuzco... Rememoraba textualmente y con evidente imprudencia, una descripción del país hecha por Miguel Angel Asturias. Por fortuna, El militar no parecía prestarle excesiva atención, inmerso como estaba en sus propios pensamientos y Martina quiso confiar en que la cultura de su interlocutor no alcanzaría a identificar al autor de su loa. Trató de justificarse con lo primero que se le vino a la cabeza.— También soy escritora. Escribo los textos para mis fotografías.

El militar la interrumpió, cortante.

—¿Cómo dijo usted que se llamaba?

—Ya lo vio en el pasaporte —balbuceó a su pesar. Se había quedado en blanco y olvidado su nuevo nombre. Fueron unos segundos en los que Martina se vio perdida. — Emilia Parrondo Sierra.— Respondió al fin con un extraño sonido. La lengua se le había quedado pegada al paladar de tan seca como la tenía.

—Hasta acá viaja poca gente de su país y no tengo ocasión de preguntar —dijo inesperadamente distendido— ¿Como van las cosas en su patria con el

generalísimo Franco?

No esperaba la pregunta que, como un dardo lanzado por sorpresa, vulneró, traspasando, los límites de su sistema operativo de defensa. Su rostro enrojeció. Se hizo un mínimo silencio aprovechado para insuflar aire a sus pulmones y poder responder pausadamente.

—¿Cómo cree usted que pueden ir con un gobernante como nuestro caudillo? —Notó cómo de la púrpura pasaba a la palidez más extrema. Pidió que el militar fuera daltónico. Lo debía ser, porque prosiguió sin inmutarse.

—Le vi en Madrid en 1945, presidiendo una linda parada militar por el paseo de la Castellana ¡qué hermosa ciudad! Pasé unos años allí, y aún me quedan muy buenos amigos con los que no he perdido el contacto.

Quizá era una advertencia para que supiera que estaba bien informado o si simplemente evocara su, al parecer, grata estancia en el Madrid de los desfiles militares, la guardia mora y las banderas al viento.— En todo caso — pensó— este “pringao” será uno de los muchos que salieron zumbando en 1944 cuando el presidente Jorge Ubico, fiel lacayo de los yanquis, se vio obligado a dimitir exiliándose a EE.UU., tiempo en el que éste pájaro se dedicó al turismo en la España fascista de Franco, para regresar más tarde con las fuerzas mercenarias de Castillo Armas e invadir Guatemala, con ayuda de los bombardeos piratas de la CIA, restaurando la oligarquía y la represión entre las clases más humilde del país.

Los ojos del militar, con descaro enervante, seguían clavados en los suyos. Era evidente que trataba de ponerla nerviosa. Las tripas iniciaron su particular danza del miedo dejándose escuchar inoportunas, acentuando su desasosiego. Al fin, el hombre pareció cansado de las evocaciones.

—Suerte en su trabajo.— Deseó con apatía, devolviéndole el pasaporte. Y cuando creía zanjado el trámite, habló de nuevo.— No se aleje demasiado de las poblaciones ni viaje por su cuenta a las aldeas o caseríos cercanos a las selvas o a los bosques. Es muy arriesgado; algunos hijos de la gran babosa merodean armados. Son bandoleros peligrosos y asesinos. El recorrido por los sitios arqueológicos debe hacerlo en visitas guiadas por profesionales. Mejor prescinda de los indios que se ofrezcan para acompañarla. Son gente sin letra ni conocimiento cierto, a la caza de unos pocos quetzales. Y sobre todo, no fotografíe ningún campamento militar ni nada de lo que lo rodee por muy hermoso que le parezca el paisaje. — De manera brusca, el hombre se interrumpió y dejó de prestarle atención. Muy cerca de ellos tenía lugar una escena que si bien discreta, no pasó inadvertida para la chica. Unos

individuos, vestidos de paisano, encañonaban con sus pistolas las espaldas de dos hombres que no ofrecieron resistencia. Vio como les esposaban y cómo, durante los breves minutos que duró la operación, su interlocutor, tras el mostrador, con disimulo dirigía su arma hacia el grupo.— Dos traidores a la patria, menos.—Dijo lacónico.

Dispuso del tiempo justo para tomar el avión a Flores, y en el último tramo de la hora escasa que duró el vuelo, el aparato fue proyectando su sombra sobre la selva inexpugnable y críptica de Tikal. Miles de hectáreas guardando entre palmas de corozo, inmensas ceibas sagradas y una espesa cortina de intrincada vegetación, los todavía infinitos secretos de la dispersa civilización maya. El papel couché de los libros comprados por Andrés para documentarse, se convertían ahora en un mundo animado cuyos movimientos, olores, colores y formas, intuía ya en la nueva dinámica de su entorno. Flores, a vista de pájaro, parecía un ramo asilvestrado, rojo por los tejados de las casas y las ligeras pinceladas verdes de los escasos árboles, emergiendo de las azules aguas del lago lacustre de Petén Itzá. En el centro, como una orquídea blanca —de las cientos de especies que florecen en Guatemala— se alzaba la Iglesia parroquial. Como siempre que la emoción llegaba a su punto más álgido, el estómago se encrespó en una oleada de sensaciones, amenazando su bienestar físico con unos agudos pinchazos que fueron extendiéndose, descendiendo por su vientre como raíces necesitadas de espacio. Habló para sí misma.— Ya estoy donde quería.— Un inesperado aluvión de interrogantes le punzaron como pequeñas agujas ¿Qué fuerza la empujaba hacia unas tierras en las que, sin todavía poner el pie en ellas, tenía la sensación de no haber abandonado nunca? ¿De que su alma las habitó con anterioridad y de que la esencia de su espíritu aún se enredaba en las enormes ceibas, en el espeso manto de las copas de los árboles y en el plumaje variopinto de los loros, los tucanes y las guacamayas? Le respondió un sentimiento antiguo, similar al que experimentaba las mañanas de los domingos, imaginando cordilleras recortadas en los cielos azules y transparentes de su América particular, mientras su padre cantaba canciones que solo él sabía.

Durante unos segundos más, el avión sobrevoló todas las gamas de verdes que ofrecía el paisaje hasta alcanzar la pista del aeropuerto de Santa Elena, compuesto por unos escasos y destartalados barracones de madera. Casi desierto, en sus instalaciones no había trasiego de viajeros, a excepción

de los pocos indígenas que descendieron del avión.

A la salida, apenas recorridos unos metros, le abordó un mestizo ofreciéndole los servicios de su taxi. Un hombre cetrino, de ojos rientes y negro bigote que inspiraba confianza.— Mi nombre es Remberto— Informó con un cadencioso acento y sin dejar de sonreír. Enfilaron los tres kilómetros que separaban Santa Elena de Flores, por una carretera de obra —la única existente— polvorienta y herida de innumerables baches. Era mediodía y hacía un calor pegajoso y húmedo. Entre tumbos, escuchó la voz del conductor adivinando su pensamiento.

—En esta época del año —estaban a mediados de noviembre— todavía no son normales temperaturas tan altas. Pero no se alarme, señora. Seguro que esta noche lloverá y podrá dormir sin excesivo calor.

Lanzó una ojeada al cielo de un intenso azul añil, sin rastro de nubes, y no respondió. No le extrañaba el vaticinio. En las tardes de verano, cuando se bañaban en la isla de Santa Clara, también su padre miraba al cielo, fruncía el ceño y presagiaba la lluvia para el día siguiente. No solía equivocarse. Ni ella tampoco cuando al fin aprendió a leer en los cirros, esas nubes alargadas y altas, blancas y sedosas como filamentos de rizoso algodón, que a veces se tornaban dorados o rojizos aprovechando la luz crepuscular del sol.

Al llegar a la puerta del hotel —una vieja casa de madera de dos plantas — Remberto se ofreció:

—Si quiere viajar a Tikal, a Uaxactún o a cualquiera de los sitios arqueológicos, por un precio módico yo puedo enviarle un cuate de confianza y también facilitarle un guía. Un indio quiché que habla español y conoce como su alma la selva y todas las tradiciones y secretos mayas.

Recordó los consejos del militar en la aduana y aceptó sin dudar, solo por llevar la contraria al tipo que le había "mordido" veinte dólares.

—De acuerdo. Hoy voy a descansar y que mañana vengan a buscarme hacia las once.

—Señora, esa es una hora tardía para ir a Tikal.

—Llevo muchas horas sin dormir y no seré capaz de despertarme antes.

La habitación del modesto hotel era pequeña y asfixiante. Un minúsculo habitáculo en el que a través de sus ventanas, sin cortinas ni persianas, se concentraba todo el calor tropical del país. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz excesiva, su mirada descubrió un camastro de vieja madera apolillada, cubierto con una sobrecama deshilachada por el uso, de

estridentes colores en todas las gamas del arco iris. Consternada, inspeccionó el resto del escaso ajuar: un armario con el azogue del espejo perdido a trozos y una puerta que no acababa de encajar. Junto a la mesilla de noche, sobre la que el último pupilo dejó olvidada una botella de ron barato, una silla desvencijada y, frente a la ventana que daba al lago, una mesa de color indefinido que hacía las veces de escritorio. Un lavabo desportillado completaba el modesto mobiliario. Del techo, como una enorme araña verde, colgaba un ventilador que se apresuró a poner en marcha. Las aspas giraron despacio, liberaron el polvo acumulado en su superficie y tomaron velocidad hasta generar una brisa leve que el cuerpo empapado de Martina acogió agradecido. Se despojó de la blusa y dejó que el aire acariciara su cuello y su pecho desnudo. Se tendió en la cama sin ánimo para pensar en nada, fatigada por el esfuerzo que supuso la separación de Andrés, el largo viaje y la excitación mezclada con el temor de la aventura recién iniciada. Los ojos fijos en el continuo girar del ventilador le provocó una leve hipnosis, un ligero adormecimiento que la condujo a un breve sueño durante el cual, el sudor se fue enfriando con la desagradable sensación de una piel extraña y helada sobre su cuerpo. Un largo escalofrío la hizo despabilarse con sobresalto. Tuvo unos instantes de desorientación, confundida y aislada en un entorno ajeno. ¿Dónde estoy? Se preguntó asustada, comenzando a transpirar de nuevo. En el breve dormir, tuvo un fugaz sueño en el que se encontró perdida en la oscuridad de la selva; en la soledad ancestral de unas ruinas entre las que caminó y caminó en medio de un pavoroso silencio y una negrura cada vez más densa. A punto de derrumbarse, agotada, con la amenaza de un tropel de sombras dispuestas a abalanzarse sobre ella, una fuerza invisible la había alzado de la tierra elevándola, como a un pájaro, hasta la cúspide de un templo sagrado, oculto entre la vegetación. Sobre las viejas piedras talladas de indescifrables glifos, permaneció tendida y etérea formando parte del viento que en la altitud soplaba tenue como una caricia. A pesar de la dulce sensación de ingravidez, comprobó impotente que no podía moverse, sujeta a la piedra, cubierta de jades y tupidas enredaderas, quizá como ofrenda a alguna divinidad desconocida. La figura borrosa de un águila se perfiló en el alto cielo volando en dirección a ella.— Si estoy muerta — pensó enloquecida por el miedo— viene a atraparme entre sus garras para después dejarme caer al más profundo de los abismos. En el silencio absoluto solo se escuchaban los latidos de su corazón y el batir de las alas del ave que, planeando sobre su cabeza varias veces, se posó sin violencia sobre su pecho.

Cuando, resignada, creyó que iba a atacarla, su afilado pico se hundió entre sus cabellos con la levedad con que el cisne discurre por el agua. En efecto, debía tratarse de un sueño porque el águila le habló en una lengua ignorada. Su voz, increíblemente humana, sonó lejana, nítida y familiar. Con asombro, entendió lo que dijo aunque ahora, al despertar, no pudiera recordarlo.

Incorporada sobre el camastro, volvió a preguntarse dónde estaba. Advirtió entonces una pequeña herida en su dedo anular, de la que brotaba un hilillo de sangre. Ignoraba con qué pudo herirse. A su alrededor no había ningún objeto cortante. Escrutó el cielo por si divisaba algún pájaro perdiéndose en la lejanía, pero solo percibió su azul cegador. La sangre había dejado de manar y el corte se observaba limpio y profundo. Recuperada la conciencia, vio su mochila y su máquina fotográfica enfundada sobre la vieja mesa y el descubrimiento la tranquilizó.— Ha sido un salto demasiado grande.— Trató de justificarse, sin querer admitir la posibilidad de haberse equivocado al alejarse de Andrés y emprender una aventura que, en efecto, podía ser excesiva para su inexperiencia. Una chiquillada basada en un sueño de infancia, demostrando que todavía no había madurado como adulta.

Se dirigió al lavabo. El agua del grifo tardó en brotar pardusca y tibia, dejando un rastro áspero y tirante en su piel. Embotada aún por el sueño no reparador, cundó la mochila, guardó en sus bolsillos el pasaporte y el dinero del que disponía y bajó a recepción dispuesta a solicitar una conferencia con Madrid. La voz de Andrés reconfortaría su ánimo. De haber sido posible, habría dado un año de su vida por encontrarse de nuevo en el apartamento del periodista. Enardecerse una vez más con la música de Shostakóvich, recién descubierta a través de su amante, y emocionarse con su Sinfonía “Leningrado”, escrita bajo el asedio de los alemanes sin que el estruendo de las bombas lograran apagar el grito de libertad de su creador, circunstancia que le causaba una sublime admiración.— Un tío cojonudo el Mijail Alexándrovich.— Exclamaba, provocando la risa de su amigo. Sentirse conmovida hasta el estremecimiento con el Kirie de la Misa de la Coronación, de Mozart, y gozar en su boca no sólo el sabor de la boca de Andrés, sino también la estimulante sensación de una cerveza helada.

No pudo localizar a Andrés ni en su casa ni en el periódico, y la cerveza que le sirvieron tenía la temperatura ambiente.— Si va a salir a la calle, compre un sombrero para no castigarse la shola. —Recomendó servicial el empleado del hotel, añadiendo un último consejo.— No se le haga caso de los

patojos que le pidan un quetzal, son meros pedigüños.

No encontró ninguno. Hacía demasiado calor y las calles adoquinadas y de altas aceras se veían desiertas, quemadas por el sol y sin la protección de los árboles que no existían. Oía extraño y distinto en la ciudad de Flores; una mezcla densa a madera de caoba recién cortada; al jugo fresco de los henequenes y al látex desprendido del chicozapote. Respiró hondo. Ya estaba en Guatemala, en una minúscula y desconocida ciudad con rango de capital, a esas horas desierta y silenciosa. La soledad la envolvía como tantas y tantas veces en Madrid, en aquellos veranos tórridos y pestilentes por los deshechos orgánicos acumulados en la cercanía del mercado de Antón Martín. Descartó la comparación por injusta. La soledad, en Madrid, hería y la atrapaba hasta estrangularla. Aquí en Flores, en sus calles vacías, pero con la sugestiva proximidad de la selva, se asemejaba más a la experimentada en su monte Ulía cuando por las tardes, también en solitario, corría entre los pinos y las hortensias, inventándose mundos e imaginando aventuras que, al volver a la realidad, la dejaban el hueco inmenso de lo inexistente. Ciega a su entorno, invadida no ya por el recuerdo, sino redivivas las sensaciones de entonces, se encontró al final de una empinada cuesta desembocando en una plaza que parecía la principal del pueblo. Su configuración venía dada por la iglesia blanca que vio desde el avión, la Municipalidad, el Gobierno Departamental y la Comisaría. Al leer el último rótulo, de manera mecánica llevó su mano al ojo que golpeó el policía judicial guatemalteco en Madrid. Volvió a escuchar el ruido sordo del puño al chocar en su rostro, entremezclado con el dolor del que recibiera de otro policía secreta cuando tenía doce años. Una sacudida violentó su cuerpo hasta sentir el dolor físico en su cara. Un instante para el milagro de unir, en un gesto, dos épocas muy diferenciadas de su vida. Recuperada del inopinado asalto de la memoria, sonrió con un gesto de revancha. ¡Échame un galgo, cabrón! —Exclamó en voz alta, en la seguridad de que nadie la escuchaba. Una mujer sin edad, asomó la cabeza por una ventana rodeada de buganvillas. Martina alzó su mano en un saludo y la mujer respondió con otro similar. El calor le hizo acortar el breve paseo y retornar con rapidez al hotel.

Al atardecer, el cielo, que había permanecido de un brillante azul durante el día, se pobló de enormes nubes grises galopando hostigadas por el viento, chocando enfurecidas unas contra otras, mientras bandadas de pájaros clarineros cruzaban el lago de Petén Itzá, volando a refugiarse en los escasos

árboles del pueblo, anunciando con sus gritos el final del día. Comenzó a llover de manera torrencial. Tendida en la cama escuchaba cómo la lluvia sonaba con estridencias metálicas, golpeando con monotonía el cobertizo de latón adosado a la trasera de la casa. Desde la ventana se veía la isleta de Santa Bárbara azotada por el viento y a los pangueros en sus pangas amarradas al palo del embarcadero instalado frente al hotel, apenas guarecidos con un plástico, a la espera de unos clientes poco probables dado lo tardío de la hora y la inclemencia del tiempo, nada propicio para el paseo por el lago. Recordó, sin saber el motivo, a la niña que conoció en el monte Ulía, y estuvo segura de que le habría encantado hacer aquel viaje con ella.

A pesar del cansancio, aquella fue una noche de vigilia y, cuando en la madrugada empezaba a adormecerse, oyó el canto de los gallos de los cercanos pueblos de San Andrés y San José, al otro lado del lago y ya no le fue posible conciliar el sueño.

XVI

Apoyado con indolencia en su viejo coche, Remberto la aguardaba a prudencial distancia. Se envaró al verla. De su expresión se había borrado la sonrisa del día anterior, sustituida por un gesto de recelo a cuanto le rodeaba. Sin moverse, esquivando en lo posible la luz del sol, hurtando los rasgos del rostro agazapado bajo la sombra de su viejo panamá, esperó a que llegara hasta él. Cuando lo hizo, comentó respetuoso.— Se retardó la señora y ahora tendremos que apurarnos.— A Martina le pareció otro hombre y esa impresión le causó una leve inquietud.

—¿Y el guía? ¿Dónde está el guía que me prometió ayer?

—Mismo nos espera en El Remate, la última aldea antes de llegar al Parque Nacional de Tikal. Vamos, apresúrese.

—¿Por qué no ha venido con usted?

El chapín no respondió. Se limitó a poner el coche en marcha y arrancar todo lo veloz que el destartado trasto le permitía. Atravesaron los pueblos de Santa Elena y San Benito. En el último, se cruzaron con un autobús engalanado, cubierto de cintas multicolores desde la baca hasta el parachoques. Parecía preparado como un gran paquete para ser obsequiado junto a un monumental abeto navideño.

—¿Por qué va así de adornado?

—Vendrá de Esquipulas, señora. De bendecir el carro. Es la costumbre. Se hace siempre que es de estreno o está no más recién arreglado.

A la salida del pueblo, enfilaron una carretera malamente asfaltada en la que continuas señales recordaban al conductor la proximidad de la fauna protegida, recomendando precaución en el manejo del vehículo y un consejo repetido hasta la saciedad: “Si toma, no maneje” Remberto debía ser analfabeto, porque solo disminuía la marcha cuando pasaban cercanos a los campamentos militares. Por sus intermediaciones, los soldados, muy jóvenes y con el dedo en el gatillo del fusil presto a disparar, caminaban en medio de grandes polvaredas que ellos mismos levantaban con sus botas sucias de

barro. Por dos veces les dieron el alto y recabaron la documentación a Martina. La experiencia vivida en el aeropuerto de La Aurora la mantuvo discreta mientras mostraba los papeles que la identificaban. No tuvieron ningún contratiempo, pero no le pasó desapercibido el temblor de las manos del taxista y el temor velado de sus ojos cada vez que los militares les detenían. Justo en un cambio de rasante, ignorando las más elementales normas de circulación, Remberto giró a la izquierda y cruzó la carretera como una bala. Con precisión y un seco frenazo, detuvo el carro ante las ruinas de una casita. En su parte trasera, pegado a una pared en ruinas, esperaba un hombre. Era Lisandro, el guía. Un indio quiché de piel oscura, magro y de edad indefinida. Miraba a Martina de manera oblicua, desde la profundidad de unos ojos brillantes y diminutos como cabezas de alfileres, escondidos en los pliegues y repliegues de los años. El suyo, era un rostro cansado y servicial a la vez que digno y orgulloso. La chica le tendió la mano para saludarle y el hombre, indeciso, tardó en alargar la suya pequeña y áspera.

Los dos cuates intercambiaron un breve diálogo en voz baja y Remberto se despidió con la promesa de regresar a recogerlos al día siguiente, ya que Martina deseaba pasar la noche en la selva para estar en ella cuando amaneciera y escuchar, al despertar, los sonidos de los animales que la poblaban. Remberto, la tomó de un abrazo y la alejó unos metros del indio. Le susurró al oído —Ahora recorrerán a pie la corta distancia que les separa del acceso al Parque Nacional. Lisandro cree más prudente que lo hagan por separado.

Junto a la entrada, se agrupaba, bulliciosa, una expedición de turistas yankis. Su indumentaria de estridentes colores, los sombreros —recién estrenados— de palma verde y refrescante, contrastaba con la severidad umbrosa de la selva vislumbrada a escasos metros. Un vendedor adolescente le ofreció una guía del complejo arqueológico. Le mostró también un ejemplar del Popol Vuh, que rechazó con una sonrisa. Prefería el viejo de su padre que siempre llevaba consigo como un símbolo de fidelidad a su memoria y que milagrosamente, no fue destruido por tía Isabel...”Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo” Así comenzaba el mágico relato.

Tuvo que apresurar el paso para no perder de vista a Lisandro que, desde luego, no pasó por la entrada y una vez juntos, desdeñando los caminos convencionales, se adentraron por la espesura acompañados por el rugido

sinistro de los monos saraguates, sorprendiendo a Martina por su semejanza al de los leones. El canto alto y vibrante de las oropéndolas, se mezclaba entre los árboles con el más estentóreo de los monos y ya en tierra, los pizotes parecían ignorar su presencia, pasando a su lado sin sobresaltos, domesticados como perros.

A paso ligero se internaron en el apretado follaje y Lisandro, siempre unos metros delante de ella, volvía la cabeza con una frecuencia casi cronometrada para cerciorarse de que le seguía, que no se había perdido en uno de los múltiples recovecos del camino, ni había sido devorada por un balam o, más fácilmente, por las innumerables cortinas de zancudos que con cadencia puntual aparecían en algunos trechos del sendero, atacando sin piedad su piel. Según avanzaban, Martina se sentía invadida por las notas de una variopinta y singular orquesta interpretando un increíble concierto difícil de clasificar. En las copas de los árboles, cientos de pájaros de las más diversas cuerdas, componían con sus cantos una formidable y original masa coral. Por primera vez, en ese instante, creyó en la posibilidad de un dios todopoderoso dirigiendo, de manera invisible y magistral, lo escrito en el pentagrama de la naturaleza. Con recogimiento casi religioso, conmovida, se detuvo a escuchar la inédita sinfonía y pensó en Andrés, extrañada de no verle junto a ella, tan aficionado a la música. En cuánto disfrutaría si ahora estuviera a su lado, sobrecogidos ambos ante el irrepitable concierto. Pronunció su nombre en un grito que se perdió mezclado con los de los saraguates. La única respuesta fue la voz de Lisandro, que para entonces ya había advertido el encantamiento de Martina.

—Es linda la música ¿verdad?

—Es increíblemente bella. —Repuso todavía hechizada.

—La disfrute ahora, señora. Luego se acostumbrará y dejará de escucharla.

—¿Usted no la oye?

—Soy tan viejo y la he oído tantas veces, que ya sólo escucho el espectro de Kanan Alj al rodar por Tikal. Su presencia se confunde con el viento y el vuelo del tucán, y su palabra con el canto de las chorchas y las cigarras.— Enmudeció después y su silencio, al que Martina se iba acostumbrando, duró mucho tiempo. Caminaron sin detenerse por las brechas tejidas de enredaderas, admirada de la belleza inaccesible de las orquídeas que en imperceptibles movimientos, se deslizaban por los troncos de los altos árboles. Las ceibas se multiplicaban, las palmas de corozo dificultaban el

camino y la cortina verde de la selva se convulsionaba, herida en su aparente quietud con el vuelo rápido de las aves y el movimiento incesante de los animales emboscados en la intrincada flora, invisibles y siempre al acecho. Un ruido cercano y el roce de un cuerpo frío en sus piernas, sobresaltó, asustando a Martina. El indígena la tranquilizó.

—En la selva nada se mueve sin que el Señor de lo Frondoso lo sepa. La causa de su temor ha sido una iguana. En su tiempo, fueron sagradas para el pueblo maya que las identificaba con Itzam Ná, el más poderoso de los dioses, señor de los cielos, creador del origen y dios del tiempo.— Escuchando a Lisandro, a Martina le parecía que su Popol Vuh cobraba voz. Eran las historias que de niña leyó en el libro de su padre. Al recordar el pequeño ejemplar, una sombra se instaló en su subconsciente, una nube oscura presagiando una desgracia ineludible y cercana. Una guacamaya aleteó inopinadamente muy cerca de ellos y el quiché volvió a lamentarse.

—Recuerdo cuando con su vuelo, el árbol se hacía color y el viento luz. De tantas como había el cielo era una fiesta que deslumbraba los ojos del indígena. La guacamaya era ave muy apreciada por los antiguos maya; sobre todo por el lindo plumaje de su cola con la que se adornaban jefes y mandatarios. Ahora, el hombre moderno y extranjero la persigue hasta su exterminio, robando la alegría al bosque y el color al cielo. También a las iguanas las persiguieron en gran cantidad los traficantes ilegales. Usted ya sabe... Todos lo saben, pero nadie mueve siquiera la mirada para impedirlo.

Con un gran rodeo para mejor disfrute del espectáculo único de la selva, tomaron el camino que les conduciría hasta la Gran Plaza, situada al sur del complejo arqueológico, en tanto los tucanes volaban entre las antiguas construcciones de piedra, algunas de ellas semiocultas por las enredaderas. El ritmo de la sangre de Martina se aceleraba y su cámara, viva y sensible, parecía respirar al unísono en los latidos de los flashes, en el deseo de captar con su objetivo no solo la materia, sino también el halo misterioso y mágico trascendiendo de la naturaleza. Como si el sol, con el afilado machete de sus rayos, hubiera logrado al fin desbrozar la maleza del sendero, se hizo un claro y apareció la Gran Plaza que formaba el epicentro del yacimiento. Durante unos minutos permanecieron inmóviles, contemplando las piedras.— Es el conjunto arquitectónico más grandioso.— Se decidió a explicar Lisandro con voz neutra y sin la menor emoción. Martina, de forma inexplicable, también se despreocupó de la historia. Su andar se hizo más lento y se sintió, de pronto, fatigada. La mirada perdida recorría con ajeno interés la magnitud de

los templos, las pirámides y las estelas. El vacío más absoluto y esa difusa tristeza que con tanta frecuencia le asaltaba, la invadían ahora, inundándola como las aguas de un río desbordado. Se sintió tan vieja como las ruinas que contemplaba, con la sensación de haber vivido allí aún antes de nacer y ser la única superviviente de unos hombres y mujeres que se dispersaron misteriosamente en un éxodo hacia la nada, olvidándose de ella, dejándola atrapada en una esquina del tiempo desde la que contemplar, inmóvil, el paso de las sucesivas generaciones. Apenas había visitantes en el complejo de las ruinas. Los americanos que vieron a la entrada, no habían dado señales de vida y los pocos que transitaban, a Martina le hacían crecer el sentimiento de que eran espías vigilándola detrás de cada piedra. El sol, displicente, se escondía y el cielo se cubría de nubes.

—Su tristeza —le dijo Lisandro, como si rezara una oración— es la tristeza que acompaña al hombre sensible cuando el corazón del cielo se desvanece.— ¿Por qué sabe que estoy triste? —Preguntó asombrada por la suspicacia de su acompañante.

—Porque vos sós toda naturaleza, y la naturaleza se apaga en el silencio de la oscuridad hasta que el sol, que es la vida, salga de nuevo y con su calor nos haga reír a todos; hombres y mujeres, animales y plantas.— Y sin pausa, más que sugerir, ordenó.— Vonós al campamento. Se hace de noche.

Con el crepúsculo, la selva se tornaba más intrincada e insondable. La vegetación cambiaba de color, oscurecía y se cerraba a las espaldas como una trampa eterna. Enmudecían las aves, cambiaban los sonidos, y el movimiento de los pizotes, los mapaches y las taltuzas se multiplicaban, tan cercanos, que Martina comenzó a sentir un miedo irrefrenable. De un salto alcanzó a Lisandro, aferrándose al brazo flaco y seco del indígena.

—No se asuste niña y no tenga pena. Son roedores inofensivos. A poquito llegaremos al campamento. Debimos salir antes de El Remate. Va a llover mero no más.— Se lamentaba preocupado y a media voz. Y como si sus palabras hubieran sido un conjuro convocando a la lluvia, el cielo comenzó a abrirse en gruesas gotas que empaparon enseguida sus cuerpos.

Sin tiempo a reponerse del pavor que sentía ante la proximidad de los roedores y otros mamíferos de la misma calaña, los murciélagos, como un sudario negro y ondulante, comenzaron a volar precipitados muy cerca de sus cabezas. El grito de Martina asustó a la más cercana fauna tropical, y algunas aves se desplazaron en un revuelo atolondrado y torpe. Lisandro, respetuoso

ante el miedo irracional de Martina a los murciélagos, le ofreció su viejo sombrero de palma para que se protegiera y por primera vez se permitió una ironía.

—La selva no es un paseo por las callecitas de Flores.

Con la misma celeridad que comenzó a diluviar, dejó de hacerlo. La cantina estaba ya cerrada cuando llegaron al desierto campamento en el que iban a pernoctar. El indio y ella parecían sus únicos moradores. Otra vez el tiempo inmóvil. Los sonidos de la selva eran ahora tenues adagios. El olor de la tierra mojada la trasladó a otra flora y otra fauna. Los ojos se le humedecieron y un sentimiento parecido al arrepentimiento la llenó de zozobra. A su lado, el indio colgaba su hamaca entre dos árboles. En cuanto estuvo instalada, Martina se encaramó a ella encogida, añorando la seguridad del útero materno. Lisandro permaneció sentado en el suelo, protegido con la vieja cobija que llevaba al hombro y de la que no se había separado un instante. De su bolsón de tela, sacó unas tortillas y empezó a comer despacio y solemne. Al intuir la comida, las tripas de Martina sonaron con estrépito, reclamando su parte. Su estómago llevaba horas con la misma sensación de desamparo que le acuciaba de niña. El indígena, dejó de masticar cuando sintió los ojos de la mujer fijos en él.

—¿No traje bastimento? —Inquirió desconcertado.

—¿Bastimento?

—Comida ¿No puso comida en su bolsa? —Martina negó con la cabeza, ofendida por el asombro del indígena.

—No. No he traído. Pensé que podría comprar algo en la cantina.

Sin más comentarios, Lisandro le ofreció una de sus tortillas. Con golosa impaciencia introdujo un pedazo en la boca. Estaba fría, endurecida y sosa, y al hincar sus dientes en ella se desmenuzó en pequeños y ásperos grumos de harina de maíz, apenas molido. Tragó como pudo la bola formada en su boca. El quiché la miraba consternado.

—Son totopostes; tortillas de maíz secadas al fuego o al sol. Mantienen durante mucho tiempo sus propiedades nutritivas ¿No le gustó?

—¡Oh, sí! Solo tengo que acostumbrarme.— Entonces le ofreció unas cuantas más que Martina, con una sonrisa, rechazó. Lisandro, insistía.— Guárdelas. A lo pior le hacen falta más p´a delante.

XVII

Se acomodó en el petate tratando de conciliar el sueño pero después de la lluvia, los zancudos y los mosquitos jejenes habían hecho su presencia masiva acribillando su cuerpo, mientras sin explicación racional, respetaban la piel ajada de Lisandro. Disipado cualquier vestigio de lluvia, los ruidos de la selva arreciaban de nuevo. Ahora, a lo lejos, también se escuchaba el inquietante rugido del jaguar refugiado en las ramas de las ceibas. Imposible dormir. Su excitación era demasiado grande para conciliar el sueño. Se dirigió a Lisandro que no había cambiado de postura y cuyo rostro apenas podía distinguir, tapado por la vieja cobija.

—¿No duerme?

—Prefiero vigilar a balam.

Con un respingo se incorporó en la hamaca. Su propio impulso estuvo a punto de lanzarla al suelo.

—¿Nos pueden atacar los jaguares?

—No lo harán porque la visita de los extranjeros curiosos y la tala de árboles para marcar los caminos y hacerlos más turísticos, los ha empujado hacia el interior. Pero si me mantengo alerta, el balam sagrado podrá comprobar mi respeto y se mostrará satisfecho.

—¿Están cerca?

—Están donde deben estar. En su territorio. Somos nosotros los que invadimos injustamente el suyo.

La chica corriendo veloz por el monte Ulía, inventando hazañas de las que siempre salía victoriosa, estaba inquieta. Cambió de conversación por ver de espantar el miedo que le atenazaba. Necesitaba hablar, sentir tanto como la presencia humana de Lisandro, el calor de una voz transmitiendo sus propios sentimientos; sus vivencias de hombre coincidente en el mismo tiempo y universo que ella. Si la infancia es la referencia irrevocable del hombre, lo mejor sería empezar por ese tema.

—¿Qué recuerdos tiene de su niñez, Lisandro?

—Yo nací ya hombre amargo, señora.

—¿Nunca jugó con otros niños? ¿No le besaba su madre antes de dormir? ¿No le contaba cuentos o le cantaba canciones? —Decididamente, no conocía la realidad de los campesinos guatemaltecos.

—Usted viene de otro mundo. En el mío, no tengo memoria de lo que me pregunta. Seguro que nací en una finca mientras mi mamá cortaba caña o recogía café y yo solo me recuerdo haciendo lo mismo. Caminando de la costa al altiplano. Del algodón al café, del café a la caña, y unos pies siempre abiertos que me llevaban del frío al calor, de la lluvia al lodo, la fiebre y el hambre. Un mundo real de cuques y caporales acosando siempre al indígena, tratándonos como animales, golpeándonos y humillándonos.

—Pero todo eso, sucedería junto a su madre ¿no?

—Pos no, señora. Fijo que la tuve porque todos los hombres nacen de un vientre de mujer, pero ya ni me recuerdo de ella. No sé si la conocí y si fue así, tampoco sé cuándo se murió. —Ante su gesto de conmiseración, Lisandro la contemplaba con indiferencia, sin emoción alguna.

—¿Tiene familia?

—Hermanos de sangre, paridos de la misma madre, tuve muchos y no conocí a ninguno. Fui el último en nacer y para entonces, unos se habían muerto y los que se hicieron mayores, trabajaban lejos. Sí que tuve mujer, Gabriela. Al volver de la costa, de recolectar el algodón, me se murió de unas fiebres. Todos los años recorríamos la misma ruta. Es el camino de los pobres. Los cielos, la lluvia y el viento. El frío y el calor cambian mucho de un sitio a otro en esta tierra de Guatemala y es fácil enfermarse. Ella se enfermó y no pudo volver a casa. Se murió en la veredita no más. Los caporales y los cuques me quitaron los quetzales que mi mujer ganó con su trabajo. Dijeron que era para pagar la caja de madera en que la metieron y que ya estaba usada, medio podrida. Le digo que aún quedaban huesos de otros difuntos. Me dejaron sin un len y ni sé el nombre del lugar en el que la enterraron, porque lo cierto fue que no la llevaron al Camposanto. Ese día tenían mucho trabajo y no podían. No me permitieron quedarme y acompañarla hasta el lugar sagrado, ni dejarle sus flores... Los caporales tenían prisa de que llegáramos a la finca de otro patrono a seguir el trabajo antes de que se estropeará la cosecha y ya íbamos ajustados ¿no sabe? Seguro estoy de que aluego, le quitaron la caja para meter a otro muerto y a ella la botaron por un barranco.

—Y usted ¿No dijo nada? ¿Ni siquiera protestó? —Le irritaba la sumisión del hombre.

—No se puede protestar a los caporales, si lo haces ya no te dan trabajo en las cuadrillas y te desacreditan ante los otros patronos. Van diciendo de ti que eres un baboso; un brincón que se pasa el día chupando y que no te gusta chambear. A los cuques, mejor no responderles porque se apuran sacando el revólver y te balacean no más en cuantico abres la boca.

Martina escuchaba espantada al indio, que hablaba sin rencor aparente.

—¿Y sus hijos? ¿No tiene hijos?

—Ocho ombligos enterré. Ocho me nacieron y tres no llegaron a crecer. Se murieron de güiros, muy chiquitos, en las mismas fincas en las que trabajábamos y en las que los parió Gabriela. Se chamea de continuo y ni tiempo queda para atender a los más pequeños. Mi mujer sufría tanta hambre, que tenía las chiches como dos pellejos reseco y a veces, hasta pasaba un día sin alimentarlos porque había que acabar la tarea antes del anochecer, si no, al día siguiente te botaban. A los caporales les enoja que a los jornaleros se les ajunte el trabajo de días, porque cada vez están más cansados y les rinden menos.

—Y los otros cinco ¿Crecieron todos?

—Crecieron y se hicieron hombres. A dos los balacearon los gubernamentales cuando entraron en la aldea, ciegos de odio, buscando disidentes. Mis hijos peleaban enmontañados contra los cuques, junto a sindicalistas y campesinos, como lo hacían los jóvenes del pueblo que arrasaron los militares. Habían bajado de la sierra en busca de avituallamiento. Fue mucho dolor que los mataran. Aluego, destruyeron la aldea y quemaron las casas, ultimando a los que encontraron: mujeres, niños, viejos... Fue su venganza por colaborar con los enmontañados.

A Martina le asustaba preguntar por los tres hijos que aún le quedaban a Lisandro. Pero el indígena respondió con serenidad, con ese sentido fatalista del que están marcadas las gentes de su raza.

—Ni sé tampoco si viven. Tomás, el mayor, se fue a Izabal con la guerrilla organizada y Angelito, un mero patojo sin cumplir los trece años, hace dos que se escapó tras él y ni modo de saber si llegó a encontrarlo o fue devorado por algún balam hambriento...

—¡Tan joven!

—No hay manos demasiado jóvenes para empuñar las armas y morir, cuando el destino de un pueblo no más lo demanda. Todos mis hijos hicieron

lo que debían. Si no fuera tan viejo, también me iría a Sierra de las Minas a luchar con ellos.

Al oír el nombre de Sierra de las Minas, tuvo tal sobresalto que agradeció la oscuridad de la noche para que el indio no advirtiera su rostro demudado y el temblor de sus labios. Sierra de las Minas era su lugar de destino donde, según los planes hechos por Andrés y los periodistas franceses, permanecería junto a las guerrillas realizando los reportajes gráficos. Se inquietó un instante, para luego respirar aliviada. Si Lisandro sospechaba algo sobre los verdaderos motivos que la habían llevado al Petén, los aceptaba respetando sus objetivos puesto que eran los mismos de ambos. La trágica historia de sus hijos lo constataba.

—Mis hijos me decían: papá, al indígena, los terratenientes lo quieren ignorante para que no se rebele contra la injusticia y la explotación, y nosotros vamos a cambiar la costumbre para que no haya más dictadores aplastándonos con su bota.

Martina echó cuentas mentalmente. Para sumar los ocho hijos que había engendrado, faltaba la historia de uno.

—¿Dónde está su otro hijo? —El rostro del quiché continuó imperturbable.

—En el fondo del Petén Itzá. Murió ahogado cuando era perseguido por los cuques y su cuerpo nunca salió a la superficie. Espera la justicia del pueblo para dejar las profundidades de las aguas y ser enterrado en la tierra, como corresponde a un hombre. Desde entonces no me he movido de los alrededores. No más dejé mi ranchito en El Quiché y no me regresé a la recolección de las cosechas. Chambeé llevando el bastimento a los chicleros. Cuando mis pies cansados me impidieron recorrer los montes, me quedé en San José, esperando a que mi hijo César se reflote para poder cerrarle los ojos y enterrarlo.

—Y ahora ¿Por qué es mi guía? — Lisandro entornó los ojos y permaneció callado sin responder a su pregunta.

La despertaron la claridad del día, el canto de las aves y los ruidos de la fauna. Una vez más se maravilló ante la magnificencia del espectáculo. La luz diáfana y transparente se filtraba, con la solemnidad de un misterio religioso, a través de las tupidas ramas de los altos árboles en irisadas combinaciones de colores, que quiso imaginar inventados para el lugar en el

que se encontraba y de los que solo ella podía disfrutar. Si a través de ese compacto rayo de luz hubiera descendido Dios Todopoderoso, ella se habría inclinado respetuosa y entregada, sin asombro. La contemplación de tanta belleza hizo que transcurrieran varios minutos antes de advertir la ausencia de Lisandro. Ni su cobija, ni el bolsón de tela con los totopostes, ni el ajado sombrero de palma, se encontraban allí. Miró a su alrededor. Por fortuna, su mochila y la cámara fotográfica sí estaban junto a ella. La tranquilidad apenas duró unos segundos y enseguida fue sustituida por la duda ¿Preguntó demasiado la noche anterior y el hombre, asustado por las confidencias, huyó para evitar problemas? ¿Habría sucumbido bajo las garras de balam mientras ella dormía? ¿Vinieron los militares y lo apresaron por ser el padre de unos revolucionarios? Si alguna de aquellas posibilidades se había hecho realidad ¿Qué haría sola en medio de la selva Tikal? ¿Se perdería intentando el regreso a Flores sin que nadie la encontrara y la pusiera a salvo? El sudor generado por el miedo empapó su camisa. Se aconsejó calma. Lo importante era mantener la serenidad y esperar sin moverse del sitio, atenta para salir huyendo a la menor señal. El indígena, probablemente se había apartado para atender alguna necesidad fisiológica apremiante o estaba inspeccionando el camino para elegir la ruta más conveniente a sus deseos de fotografiarlo todo. Descartada la idea de la delación, si había surgido una emergencia, confiaba en que de una u otra manera Lisandro, avezado en situaciones difíciles, encontraría el modo de contactar con ella para ayudarla a escapar o conducirla hasta el hotel de Flores. Un leve ruido entre la maleza la puso alerta, tensos los músculos y el vientre rezongando como siempre ¿Y si una manada de zarigüeyas venía a devorarla? Sentía terror por todo tipo de roedores y prefería ser desmembrada por un jaguar. Al menos, la muerte sería más digna. Una bandada de mariposas tornasoladas de iridiscentes azules, pasó rozándola. El esplendor del colorido de sus alas la distrajo un momento. Luego, de la espesura, rodeado de las mariposas que acababa de admirar, vio asomar la cabeza del quiché y respiró hasta sentir todo el aire de la selva invadiendo sus pulmones, pero su alivio se esfumó al contemplar el rostro transformado del indígena. En su piel macilenta se adivinaba el sofoco de una tensión oculta y la mirada, desconocida, vagaba extraviada por el miedo. Un imperceptible sudor ponía brillos en los surcos pronunciados de su frente. Tampoco la voz parecía la suya cuando alertó.

—No haga movimientos extraños ni salga corriendo, pero apúrese niña y cargue enseguida sus cosas. Han descubierto quién es usted y a Remberto lo

han hecho preso. Seguro que tenemos a los cuques allí nomasito, así que vamos a tratar de jugarles la vuelta.

¿Cómo se había enterado de lo que ocurría en Flores si había pasado la noche a su lado, sentado y vigilando a balam? El indio, una vez más, leyó sus pensamientos.

—Hay muchas cosas que usted no sabe. Sus amigos no la dejaron sola en su aventura.

—¿Andrés?

El hombre se encogió de hombros y siguió su plática. —Nomás amaneciendo se me llegó hasta acá un patojo de Flores, donde ya todos saben que en la noche catearon su habitación del hotel y apresaron a Remberto. Vino a avisar para que la señora no se regrese.

La confusión acabó con su hipotética sangre fría; el verde dosel de la selva se le vino encima y el pánico la dejó paralizada ¿Cómo pudieron descubrirla si entre Andrés y ella borraron todas las huellas de su verdadera identidad? ¿Qué era lo que habían hecho mal? ¿Qué cabo dejaron sin atar para que la encontraran con tanta rapidez? La última reflexión se hizo voz viva, dirigida al indio.

—¿Y cómo han podido averiguar quién soy?

Pero Lisandro había comenzado ya a caminar delante de ella, desgajado de su persona como si nunca se hubieran conocido. En un tono apenas perceptible, le oyó decir.

—De ahora en adelante va a tener clavos, señora. Muchos clavos. Durante el cateo de su habitación algo debieron encontrar los gubernamentales, por eso es que la esperan en Flores y seguro que también la buscan aquí. Remberto estará pisado y habrá tenido que decir a dónde nos trajo. Además, en el camino, los militares le hicieron dos inspecciones de papeles ¡Apúrese!

Cargó al hombro la cámara. Tentó el bolsillo de su camisa cerciorándose de que llevaba el pasaporte y todo el dinero del que disponía. Corrió hasta alcanzar el paso de Lisandro y caviló en qué o quién podía haberla delatado. En Flores no conocía a nadie que supiera su verdadera identidad y los trámites de la aduana los había salvado airosamente. Ciertamente que el militar al que entregó los veinte dólares se mostró en algún momento receloso, pero en su opinión no era más que una postura; una actitud premeditada a fin de sacarle una mordida a todo el viajero que llegaba por primera vez al país. Si con ella tuvo una plática más extensa de lo habitual, fue por su procedencia

de Madrid, ciudad que reavivaba la nostalgia del hombre y si hubiera sospechado, la habría detenido en la misma aduana, así que desechó la idea por improbable. De nuevo, Lisandro le había sacado distancia. ¿Y si fuera el delator y la llevara directamente al encuentro de quienes la perseguían? ¿Por qué fue él y no otro el que apareció aquella mañana en El Remate, en vez de presentarse en el hotel, si el pueblo de San José, donde dijo vivir, estaba más cerca? Solo tenía que haber cruzado el lago en una de las muchas pangas que navegaban por sus aguas. ¿Por qué, siendo los indígenas tan reservados y parcos en palabras, entró en confidencias y le habló de sus hijos muertos por los cuques? ¿Qué objeto delator podían haber encontrado en el registro de su habitación? Con Andrés acordó que para su aventura era mejor viajar con liviano equipaje, así que en el hotel quedó su ropa —poca— los utensilios de aseo, lo imprescindible en un botiquín de urgencia, algún carrete fotográfico, un cuaderno de notas todavía en blanco y su viejo ejemplar del Popol-Vhu. Fue lo que más sintió haber perdido.

En la huida y tras ellos, creyó escuchar un ruido sospechoso. Volvió despavorida la cabeza, pero sólo vio la vegetación cerrándose a sus espaldas como el espeso telón de un teatro una vez concluida la función. Sin embargo, estaba segura que alguien, moviéndose con la cautela de un felino y la levedad de una mariposa, les seguía muy de cerca. Extenuada por el esfuerzo de la carrera, lastrada por el miedo y dispuesta ya a abandonarse a cualquiera que fuera su destino, el milagro surgió en forma de explanada llena de luz en la que se alzaban, magníficas y solemnes, algunas de las edificaciones mayas que poblaban el centro de Tikal. Un murmullo de voces sonaron en los oídos de Martina con mayor armonía que la sinfonía de los pájaros. Allí estaba, con sus ropas floreadas, sus máquinas fotográficas dispuestas y su pueril alegría, el grupo de excursionistas americanos. Fueron como los fuegos artificiales que en Semana Grande se lanzaban en las noches donostiarra. Respiró con tranquilidad. Los soldados, si era cierto que la perseguían, no se atreverían a tocarla mientras los norteamericanos permanecieran dentro del recinto maya. Cruzó una mirada de complicidad con Lisandro e íntimamente le pidió perdón por haber dudado de él. Era evidente que el indígena la había conducido hasta allí para ponerla a salvo. La chica, aún jadeante, le susurró al oído.— Aproveche a marcharse ahora. Yo trataré de ganar tiempo mezclada con los turistas y luego ya se me ocurrirá algo.— El indio la miró como si lo hiciera por primera vez.— Señora...— Martina le interrumpió tajante— No pierda un minuto más y láguese ahora mismo. Es una orden.— La certeza de

que su suerte estaba escrita, la hizo perder el miedo a todo lo que estuviera por venir y pudiera ocurrirle.

El indio quiché, dudó. Parecía más viejo que nunca. Un ser atávico superviviente de tiempos infinitos, vigilante de todos los jaguares sagrados; padre de los millones de hijos muertos a lo largo de la historia injusta y dolorida de Guatemala. Le abrazó con fuerza, igual que la última vez que abrazó a su padre, aunque en esta ocasión sí supo que jamás volvería a ver a Lisandro. Y el indígena, navegando en el mismo presentimiento, pronunció sólo dos palabras que ya sonaban a pretérito.— Gracias, señora.— Los ojos, colmados de tantas y tantas imágenes contempladas en su vida, se humedecieron y dando media vuelta, se alejó camino de Flores sin correr, como aquél que de pronto dispone de todo el tiempo de la eternidad. Un par de minutos después, sonaron varios disparos. Los excursionistas americanos enmudecieron. Luego, una de las mujeres lanzó un grito histérico. Las aves que poblaban las copas de los árboles escaparon, dejando tras de sí la estela de un denso crujido de duelo. Martina Baztarrika trató de aprovechar la confusión para escapar. No le dio tiempo. Alguien a quien no pudo ver el rostro, salió con rapidez del grupo de americanos y la empujó con ímpetu fuera de él. Cayó al suelo escuchando el ruido de su propia cabeza al chocar contra una piedra. Se quedó ciega y fue fagocitada por una fuerza que la precipitó por un pozo en el que solo reinaba la oscuridad. Tras un recorrido interminable, sintió cómo la retornaban a los espacios abiertos y la alejaban —elevándola— del centro arqueológico y quizá, también de la vida. Con toda probabilidad viajaba al encuentro de Lisandro, de sus padres; de todos los amores que tuvo en su infancia, inexistentes ya. Ululó el viento. Cantó el mirlo, silbó el cuco y la brisa se hizo marina trayendo el olor del yodo y la sal.

XVIII

Recobró la consciencia sumida en la oscuridad, temblando de frío, las ropas empapadas y la sensación de tener la cabeza dividida en dos por una hendidura central, dejando al descubierto los restos inútiles de su cerebro. Con precaución se tentó la zona afectada. Una brecha cruzaba su frente desde el inicio del cuero cabelludo hasta detrás de la oreja derecha. Debía ser sangre el líquido viscoso que pringó sus dedos, pero no experimentó dolor alguno; el frío intenso que la invadía cauterizaba cualquier otra sensación de su cuerpo. Contrajo al máximo las pupilas a fin de distinguir su entorno más próximo. Imposible ver nada. La oscuridad era tanta que se hacía materia aprisionando su cuerpo aterido. Sin embargo, podría jurar que no estaba sola, que al menos una persona respiraba muy cerca de ella.

—¿Hay alguien aquí? Musitó con un hilo de voz. —Sólo le respondió el rumor del discurrir del agua.— Es probable que me encuentre en un cenote de los muchos que hay en este país, suponiendo que todavía permanezca en Guatemala.— Reflexionó en medio de la confusión que la rodeaba. Pasaron unos minutos en los que se condensó todo el tiempo vivido hasta entonces.— Quizá esté muerta y este sea el tenebroso reino de las tinieblas —Se dijo en medio de un escalofrío sacudiendo su cuerpo empapado. Un ruido que no provenía del río, sonó muy cerca.

—¿Quién está ahí? ¿Lisandro? —No hubo respuesta.— De manera absurda, llamó a su padre.— ¡Aitá!— El pánico me está haciendo desvariar. Pensó horrorizada. Se acurrucó sobre sí misma para no perder nada del calor que escasamente generaba su cuerpo y, en un alarde de la serenidad que no tenía, trató de ordenar y poner cierta lógica en sus ideas.— Si yo estaba en Tikal pisando tierra firme y ahora me encuentro aquí, es que alguien me ha escondido, lo que quiere decir que tras de mí está la mano de Andrés y sus colegas. Tarde o temprano vendrán a buscarme, me darán ropa seca y podré calentarme al sol.— El ruido percibido con anterioridad se hizo más patente y hasta creyó escuchar la respiración entrecortada de un ser humano. Entonces

le vio. Un adolescente. Casi un niño. Escualido y asustado, acurrucado como ella, mirándola expectante con sus grandes ojos negros. Martina Baztarrika trató de ponerse en pié y su cabeza rozó el techo rocoso. Dedujo que el lugar en el que se encontraba era un pasadizo estrecho y subterráneo. Las piernas, entumecidas, apenas podían soportar el peso de su cuerpo.

—¿Quién eres? —Preguntó todavía sobrecogida por el descubrimiento. — El chico no respondió.— Gateando entre las piedras resbaladizas se aproximó a él y con su cercanía, el muchacho se envaró avanzando sus manos en actitud de defensa. Martina tocó con sus dedos la mejilla del chico en un gesto que quería ser una caricia tranquilizadora.

—¿Entiendes mi lengua? —El patojo asintió con la cabeza.

—¿Eres mudo? —El chico la movió ahora en sentido negativo.

—Me llamo Martina y estoy a punto de morir de frío ¿Quién eres tú? — Le dedicó una de sus mejores sonrisas.

—Angelito, el hijo de Lisandro.

Recordó al punto la historia que el indígena quiché le había contado sobre el muchacho que se escapó, siguiendo los pasos de su hermano Tomás.

—¿Qué haces aquí? Tu padre te creía en Sierra de las Minas, con los guerrilleros.

—Mismito vengo de aquel lugar. El comandante me ordenó que la guiara.

—¿Y quién es el comandante?

—El mejor amigo de mi hermano Tomás, que a valiente nadie le llega. —Contestó orgulloso, con lentitud por su dificultad para expresarse en castellano.

—Pero tú solo no pudiste sacarme de Tikal.— Recordaba la fuerza con que le habían derribado y la energía con la que luego la elevaron. Aunque no era muy probable, apuntó el nombre de Lisandro.

—No. Mi papá no fue. Los cuques le balacearon por la espalda en el mismo Tikal. A vos, no sé quien la sacó. Yo aguardaba emboscado en la maleza como me mandaron, y vos, como que se cayó del cielo bien chispada y apareció a mis pies. Aluego, la arrastre hasta aquí.

—Eso no es posible.

—Verdá pues.

Renunció a cualquier explicación lógica que le aclarara cómo había llegado allí convencida de que el muchacho no podría dársela, pero sí se interesó por su futuro más inmediato.— Y ahora ¿qué debemos hacer?

—Vos, nada. Yo me ocuparé hasta llegar al campamento.— Consciente de la juventud del chico se sintió inquieta y Angelito, con igual percepción que la de Lisandro, captó su preocupación y trató de tranquilizarla— Pero no se me asuste, seño. Yo sé bien los caminos y los escondites para volver a Sierra de las Minas. Hice las senditas muchas veces.

La mujer lanzó una mirada desconfiada a su alrededor. Estaban solos, rodeados de rocas y estalactitas y el murmullo de las aguas de un pequeño río discurriendo a sus pies. En medio de la gruta, el cauce se ensanchaba formando un minúsculo lago transparente.— ¿Cuándo nos iremos de aquí? Si sigo mucho tiempo voy a morirme de frío.

—Pos tendrá que aguardar todo el día. Con el corazón del cielo en lo alto es peligroso caminar, y anoche no pudimos hacerlo porque la señora estaba así, como privada.

Para su desesperación, el adolescente aún permaneció un tiempo sin moverse ni cambiar de postura. El chico la miraba hipnotizado, petrificado por su presencia. A través de un pequeño agujero en el cenit de la gruta, como la luz larga del faro de una costa en medio de la noche, la claridad iba entrando poco a poco, cada vez con mayor intensidad. Con el halo tenue y lechoso, el lugar adquirió formas irreales en un regreso impensado a la prehistoria, semejante al dibujo que ilustraba su enciclopedia explicando el hábitat del hombre en sus inicios en la tierra. Angelito la vio temblar a causa del frío que sacudía su dolorido cuerpo. Se levantó y en silencio, los pies descalzos, trepó con facilidad por las rocas deslizantes de humedad, hasta desaparecer por la hendidura que rompía la luz del día.

—¿Eh, a dónde vas! ¿No pensarás abandonarme ahora?

Intentó seguirle pero sus habilidades de escaladora en aquella situación, resultaron nulas. Casi sin tiempo para asustarse de su abandono, el adolescente regresó cargado con un montón de follaje suave y seco que extendió junto a ella.

—Vos se cubré con las hojas mientras yo llevo su ropa a secar a un rayito de sol que está a la mano.

—¿Y si te encuentran los soldados?

—No han llegado aquí. No hay huellas de sus botas.

La ropa seca la reconfortó. Además, el muchacho había traído un ayote pequeño que abrió golpeándolo con una piedra. Ambos comieron con idéntica avidez la pulpa sosa del fruto, como si se tratara del más dulce de los mangos. El chico, una vez los estómagos aliviados, volvió a salir al exterior

para regresar con un nuevo cargamento de hojas de corozo, que preparó como un colchón para Martina.

—Ahorita, no más, se duerme un cachito. No podemos salir hasta que se venga la noche.

Se tendió a su lado y se quedó dormido. Entre sueños, Martina le oyó sollozar. Imaginó que lloraba por la muerte de Lisandro, su padre y por el resto de sus difuntos. Demasiados para su corta edad.

Tras varias jornadas todas iguales —a excepción de las dos primeras en que vieron un avión gubernamental en vuelo rasante tratando de seguir su pista— Martina llegó a perder la noción del tiempo, la cuenta de los días y de las semanas repitiendo movimientos y precauciones. Escondiéndose nada más amanecer y caminando por la noche en la indeseable compañía de murciélagos, roedores y todo tipo de bichos e insectos de una fauna múltiple e ignorada que se movía con rapidez, o bajo una lluvia fina, apenas perceptible, parecida a lo que en su país denominaban “shirimiri” y que calaba las ropas y entumecía sus huesos. Cuando llevaban tres días de camino Angelito se dirigió, resuelto, a una hendidura abierta entre dos enormes piedras por la que justo podía entrar su esmirriado cuerpo de adolescente. Salió con los ojos brillantes y el rostro riente, portando entre sus manos un mecapal con provisiones: totopostes, dos peces secos que el niño llamaba pepescas, unos chiles, algo de harina de maíz, una cantimplora de agua, vendas, esparadrapo, dos chumpas para protegerse de la lluvia y un pequeño machete que el chico puso en su cintura. Comieron con medida a fin de que el bastimento les durara el mayor tiempo posible, a pesar de que Angelito la tranquilizara al respecto.— No tenga pena, seño y jale todo lo que guste. Alguien va colocando lo necesario según avanzamos el camino.— Con el estómago satisfecho, pudieron conciliar mejor el sueño y unas horas después, con destreza, el joven indio se colocó el aparejo precolombino sobre la frente, tensó los músculos del cuello y ayudado de dos sogas, encaró el peso de la carga que, por desgracia, no era tanta.

En un ocaso, emboscados todavía en un profundo agujero protegido por unas enormes rocas, preparados para dejar su escondite y seguir caminando en cuanto las sombras de la noche acabaran de materializarse, de forma inesperada y violenta llegó Kabracan, el gigante de la tierra que jugaba con las grandes montañas; dios de los terremotos y provocador de los sismos, según explicó Angelito. Primero se produjo un silencio pavoroso e inédito;

las aves, sin ninguna causa aparente que lo justificara, volaron aterradas y tras ellas, el resto de los animales corrieron atendiendo a una misteriosa llamada, tratando de huir del devastador y todavía invisible enemigo. Los monos aulladores gritaron enloquecidos y hasta el balam rugió nervioso y asustado, saltando de las ramas bajas de los árboles hasta perderse en lo más intrincado de la espesura. Todo tembló y las entrañas de la selva se estremecieron en un primitivo lamento, desgarrándose igual que las mujeres en el momento del parto, resquebrajando los imponentes farallones, deshaciendo colinas, abatiendo árboles gigantescos zarandeados como plumas por el viento que, bramando enfurecido, vino en su ayuda de destrucción. Martina ensordeció con el estrépito del caos y con la sensación de que una veloz locomotora atravesaba el espacio por ella ocupado, convencida y resignada a estar viviendo los últimos instantes de su vida. Las corrientes subterráneas rompieron los diques construidos por la naturaleza y anegaron, borrando, los senderos trazados por la huella de los siglos, desviando y corrigiendo su norte. El desconcierto, mezclado con el pánico, pareció no acabarse nunca, prolongado por el grito unánime de los animales y el derrumbe de árboles y piedras, mientras la tierra seguía desplazándose, indefensa, a merced del fenómeno sísmico. Fue un tiempo eterno para no olvidar. Tras unos segundos de pánico interminable y, de la misma forma que el estruendo había llegado, se hizo el silencio más dramático si cabe y con él, la percepción de que todos los seres vivos de la naturaleza habían muerto. Ni un pájaro en el cielo, ni un animal cercano. Ya, ni la tierra gemía.

Se había producido un terremoto. Uno más de los muchos que asolan y sacuden los cimientos de Centroamérica. Durante la eternidad que convulsionó hasta el paroxismo el pánico de Martina y Angelito, ambos permanecieron abrazados con la fuerza del desvalimiento y la impotencia, respirando el uno en el otro, fundido el miedo y el latir de sus corazones aterrados, y sólo después de que Kabracan se alejara dejando tras de sí una lluvia torrencial, convertida en agujas al llegar a la piel, se separaron para contemplarse con ansiedad y comprobar, con alivio, que seguían vivos e indemnes.

—¡Qué joder hago yo aquí! ¡Que alguien venga a sacarme de este infierno! ¡Quiero volver a mi casa! —Gritó desesperada, las ropas destrozada, los cabellos y el rostro llenos de barro, cegados los ojos y la piel herida. El adolescente la contempló con más espanto en su mirada que el que sintió durante el terremoto y entonces, dijo una verdad de la que Martina, por lo

vertiginoso de los acontecimientos, no había tomado conciencia cierta.

—Ya no podés regresaros cuando vos querás. Los cuques la persiguen como a un enemigo y si la encuentran, la ultiman no más como a cualquier revolucionario.— Sus palabras la hicieron comprender su desamparo. Lo lejos que estaba de Madrid y de sus amigos. Envuelta de manera absurda en la vorágine de una acción violenta en la que había dejado de ser una mera espectadora, una inexperta fotógrafo de prensa yendo y viniendo a su albedrío, para convertirse en implicada y objetivo directo de un gobierno dictatorial y represivo. Se arrepintió de encontrarse allí, en medio de la selva, protagonizando una huida hacia no sabía qué confusos designios y la premonición de que aquella historia real no terminaría en triunfo como sucedía en sus hazañas inventadas de antaño. Se maldijo al comprobar que la utopía, hasta entonces sustentada como prioritaria en su vida, se diluía en el torrente de dificultades que la apremiaban y le hacían sufrir, poniendo en peligro su vida. La sensación de vacío que experimentó, la dolió tanto como la repentina ausencia de contenido de sus ideales.

A partir del terremoto y a fin de llegar antes al campamento establecido en algún lugar de Sierra de las Minas, comenzaron a caminar también durante las primeras horas del día convencidos de que si la marcha se prolongaba, Martina no lo resistiría. Su piel estaba destrozada a causa de los zancudos; los brazos y las piernas, espinados, llenos de arañazos porque Angelito se negaba a desbrozar la maleza y facilitar el camino valiéndose del machete.— Si hago senda, los cuques nos pistearán fácil y sabrán que pasamos por aquí antes que ellos.

Las continuas diarreas habían dejado su cuerpo seco y los pies, eran dos llagas inmensas torturadas por todo tipo de parásitos. La sed, el hambre y la soledad, se convirtieron en indeseables compañeros manteniéndolos siempre al borde de la extenuación. A partir del terremoto, cambió la orografía del camino y se enrumbaron las referencias de Angelito para encontrar las provisiones que los campesinos colaboradores, aleccionados por los guerrilleros, iban dejando puntualmente en su ruta.

Una noche, avistaron una luz mortecina y lejana en la ladera de una montaña.— Puede que sea el ocote encendido de algún ranchito— aventuró esperanzado el hijo de Lisandro. No se mueva de aquí, seño. Voy a pistear.— Vio su sombra inclinada desapareciendo entre los árboles, la maleza y los bejucos. El frío de la noche helaba su piel escamada, su cuerpo desnutrido.

Su desaliento. La espera se prolongó tanto como las dificultades del adolescente para acceder a la casa y cuando empezaba a desesperar, pensando incluso que su acompañante no regresaría, acostumbrada ya a distinguir el origen de los sonidos, percibió aliviada las tenues pisadas de Angelito. A pesar de la oscuridad, no le fue difícil comprobar la alegría en la cara del chico al acercarse.— Tenemos chance, seño. Son campesinos amigos y nos darán cobijo por esta noche.

Ascendieron un empinado montículo y tras unos árboles, encontraron la mísera casa construida de palitos y palmas de manaco pero, al fin, una casa donde poder dormir a cubierto. Una pareja de viejos campesinos vivía en ella. Los dos la contemplaron con discreta curiosidad, sin responder a su saludo, que procuró fuera lo más afectuoso posible.— ¿Por qué no contestan?— Inquirió a su joven acompañante.

— No entienden su lengua, seño. Son indios q'eqchi's

La mujer contemplaba su aspecto con apenado estupor, pero cuando su mirada se detuvo en sus pies, la consternación se reflejó sin disimulo en sus pequeños ojos negros. Dijo algo en voz muy baja e ininteligible a su compañero que se ausentó, para volver enseguida con un recipiente lleno de agua y unos trapos sorprendentemente blancos. La indígena q'eqchi's los lavó y curó, aplicándoles un aceite aromático que calmó el insoportable dolor. Los vendó con pericia y terminada la piadosa tarea sonrió a Martina, la expresión distendida, como si fuera ella la que acabara de recibir los cuidados paliativos. Antes de que se quedara dormida allí mismo, le ofrecieron una escudilla de caliente sopa de frijoles. Tenía tanta hambre, la llevó con tal ansiedad a la boca que sus labios y su lengua se abrasaron, lo que no la impidió seguir bebiendo el líquido oscuro salpicado de pequeñas alubias y gozar sintiéndolo discurrir cálidamente por la garganta hasta llegar, ardiendo, a su estómago. No recordaba un anterior placer semejante. Apagaron el ocote y los acomodaron en el tapanco de la casa donde ya no quedaba ni un grano de maíz. Se durmió profundamente sin sueños ni pesadillas, con un agradable y tibio calor recorriendo y confortando su cuerpo maltrecho.

La oscuridad envolvía aún la reducida estancia cuando, primero un leve cosquilleo y luego una punzada húmeda, se clavó en su mano derecha. Algo trepaba por sus piernas y sus costados. Despertó sobresaltada y sin abrir los ojos, palpó a su alrededor. Sus dedos tropezaron con varios cuerpos pequeños y peludos que emitieron un agudo chillido seguido de un silbido arrastrado y amenazador. Su grito debió escucharse en toda la serranía ¡Estaba cubierta de

ratas! La histeria se apoderó de ella y trastabillando, ciega por el terror, rodó por la estrecha escalera intentando, desesperada, desasirse de uno de los roedores enganchado en lo que quedaba de su harapienta chumpa. Huyó de la casa seguida de Angelito, ante el pasmo de los dos campesinos. Corrió a trompicones, sin detenerse ni sentir el dolor de sus pies heridos de nuevo por los espinos, sin aliento hasta que amaneciendo ya, encontró un pequeño riachuelo al que se lanzó, chapoteando medio ahogada, quebrada la respiración por la frialdad del agua, restregando su cuerpo hasta levantarse la piel. Entre espasmos, vomitó los restos de la exigua cena. Después enmudeció y durante días, no articuló sonido alguno. Antes, Angelito, asustado por el estado catatónico de Martina, buscó unas plantas que machacó con una piedra y con sumo cuidado, las fue aplicando como un emplasto allí donde consideró que las ratas, a través de las mordeduras, podían haber inoculado la rabia.

—Es para que no se muera. —Comentó sonriendo, para añadir.— No tenga pena. Mañana mero estamos en el campamento.

Se equivocaba el muchacho y en el lugar en el que esperaba encontrar a sus compañeros de lucha, solo hallaron una piedra que Angelito busco en la oquedad de una roca con una leve señal en su lisa superficie.

—¿Por qué no están aquí? ¿Qué ha pasado? —Se hallaba cercana a la histeria, como le sucediera en el episodio de las ratas.

—Nada —Repuso el chico, tratando de disimular su desolación— Han movido el campamento. Es peligroso mantenerlo mucho tiempo en el mismo sitio. Pero no se me enoje, seño. Sé donde están ahora y solo tendremos que caminar dos lunas más.

Tras dos noches de incesante andadura, medio muerta, impaciente por encontrar un escondrijo para cerrar los ojos y dormir un sueño desde la huida jamás reparador, Angelito la conminó a seguir. Sus ojos brillaban risueños.

—No se me detenga ahora y apúrese. A la mano tenemos nuestro campamento. —Se oía, invisible entre la vegetación cada vez más espesa, el agua de un arroyo despeñándose por las rocas. El terreno era un pegajoso fangal de raíces y hojas podridas despidiendo un olor putrefacto y caminar por él, un tormento que ya no podía soportar. Sus ojos, velados por la fiebre, dejaron vagar la mirada perdida hacia la dirección que apuntaba su guía. Al fondo, en un pequeño claro, se perfilaba la línea oscura de una quebrada. Aún sonaba como un repique el alborozo del indígena, cuando a no más de un metro toparon con dos muchachos poco mayores que Angelito. Los

adolescentes intercambiaron un breve saludo y guardando una prudente distancia, la observaron con timidez. Ninguno de los dos hablaba castellano.

Crear que habían llegado al lugar de destino fue una utopía, un sueño alargando su pesadilla en tres interminables horas en las que caminaron por los parajes más abruptos que pudiera imaginar hasta que, por sorpresa, se encontraron ante dos hombres adultos. Vestían uniformes de camuflaje e iban fuertemente armados, pero a Martina no le dio tiempo a asustarse con la idea de que fueran militares y por tanto, enemigos. Uno de ellos, el mayor —ninguno sobrepasaba la treintena— le tendió la mano, hablando un perfecto castellano.

—Sea bienvenida. Lamentamos mucho todo lo que está sufriendo.— La deducción era fácil dado el desastroso aspecto que presentaba. Sucia, los pantalones y la camisa desgarrados por innumerables sitios, seca, llena de arañazos y cortes, amén de la espectacular herida oscura y encostrada que en la cabeza sufrió en Tikal, y que hacía tiempo había olvidado. Solo tuvo fuerza para articular una pregunta.

—¿Falta mucho para llegar al campamento?

—Estamos en él.

Cerró los ojos cuando todavía estaba en pie y —según le dijeron después — durmió cuatro días seguidos con sus correspondientes noches. Despertó sobre una hamaca de nylon, bajo una vieja lona de las utilizadas para cubrir las carcasas de los camiones, protegiéndola de la lluvia torrencial. Recuperado su cuerpo maltrecho, sanadas las heridas, miró a su alrededor. Sobre una caja, alguien había colocado unos pantalones y una tosca camisa verde oliva, como la que llevaban los dos jefes guerrilleros. Su cámara y material fotográfico también estaban allí, por lo que dedujo que las prendas eran para ella. Indolente, permaneció tendida en la hamaca sin pensar en nada, la mirada perdida en una geografía contemplada a través del cristal que formaba la intensa lluvia; sucia, maloliente, con la misma ropa que llevaba el día que salió de Flores... Se sintió incapaz de calcular el tiempo ¿Semanas? ¿Meses? Toda una vida caminando de noche y ocultándose de día en las grutas infestadas de insectos y repugnantes roedores, o en los húmedos cenotes que mortificaban sus huesos. Ahora, sus ojos abarcaban sin dificultad el entorno más inmediato y podía respirar sin temor a hacer demasiado ruido o correr el riesgo de tragarse cualquier insecto de los muchos que la rondaron en la larga huida. Se desperezó estirándose con la voluptuosidad de una burguesa despertando entre lujosas sábanas de raso. Con el mismo placer que

lo hacía al abrir los ojos junto al cuerpo de Andrés, después de una agitada noche de amor.— ¡La lluvia en Sevilla es una pura maravilla, mi querido doctor Higgins! exclamó, sacudiendo la pereza que la mantenía inmóvil y con las heridas de sus pies milagrosamente cicatrizadas. Alguien, durante su sueño, se había ocupado de curarlas. Echó otra mirada alrededor. El campamento, en apariencia, estaba desierto y ella era su único habitante, sin embargo, no se sintió abandonada. El lastre del miedo que durante tanto tiempo le acompañó, había desaparecido dejando en su lugar una agradable sensación de bienestar y libertad. Se despojó de los harapos que apenas la cubrían y salió fuera de los límites de la lona protectora. La lluvia, a modo de ducha, actuó como un bálsamo energético. Lavó los arañazos y los más íntimos recovecos de su anatomía, reconfortada y devuelta a su condición de mujer. Dejó que el agua arrastrara hasta el último vestigio de suciedad en su cuerpo y se recreó en la contemplación de su piel desnuda, como cuando se duchaba en el confortable apartamento de Andrés. Con los brazos abiertos y el rostro encarado al cielo, brincó una y otra vez feliz por estar viva y a salvo, rodeada de una naturaleza que ya no era agresiva y la acogía maternal, como cuando era niña. Sus ojos de nuevo infantiles y alegres, buscaron referencias comunes a su monte Ulía. El único nexo fue la sensación de libertad recuperada y el ruido de la lluvia golpeando árboles y matorrales, aquí con mayor sonoridad, pero con idéntica cadencia. En el paroxismo de su alegría, hizo el pino como su madre la trajo al mundo y dibujó en el aire unas cuantas de sus prodigiosas cabriolas, agradeciendo cada gota de agua discurriendo por su piel. Ligeras el alma y limpio el cuerpo, volvió a protegerse bajo la lona. Sin prisa, se vistió las ropas que le habían preparado sus anfitriones y pasó a ser de nuevo la Martina Baztarrika vital y animosa que salió de Madrid, dispuesta a afrontar su loca aventura. Se tumbó en la hamaca y esperó paciente a que alguien regresara al campamento ¡Lo que daría por un cigarrillo que calmara su excitación! Con un placer olvidado, casi sensual, acarició la cámara, inspeccionó su estado y al comprobar sus óptimas condiciones, se dispuso a fotografiar cuanto la rodeaba. Fijó el objetivo en un paisaje indeterminado y en el punto de mira, con sorpresa, descubrió que no estaba sola. En medio del aguacero, acuclillado junto a un árbol, arrebujado en su propio estupor, Angelito permanecía pasmado y con los ojos redondos como comales; hechizado aún por la contemplación del cuerpo femenino, desnudo y confiado de Martina, mientras la lluvia acariciaba su piel blanca, descubierta de manera generosa e insospechada a la mirada del adolescente.

No sintió ningún pudor por haber estado expuesta, sin saberlo, a los ojos asombrados del hijo de Lisandro, y hasta le entraron unas ganas locas de reír, contenidas al advertir la expresión asustada del niño quiché que, al verse descubierto, huyó corriendo hasta perderse en la jungla.

Declinando ya la solitaria jornada, el muchacho regresó camuflado entre sus camaradas del campamento. Los hombres volvían de unas maniobras y traían un herido con un tobillo quebrado en un mal paso. Sin tregua al cansancio y la tensión acumulados durante el día, los guerrilleros se dedicaron a sus tareas rutinarias; limpiar las armas, ordenar el campamento, reponer el camuflaje que la reciente torrentera había arrastrado y preparar sobre los tamales de barro las tortillas de maíz y unos chiles tan picantes, que el paladar de Martina estuvo atrofiado durante horas. Hacía rato que la lluvia había cesado y los hombres se agruparon en círculo alrededor de la cena, coartados con la presencia de la mujer extranjera, los trece pares de ojos clavados con curiosidad en su persona, observando cada uno de sus movimientos y escuchando atentos las palabras — incomprensibles para la mayoría— con las que la recién llegada se dirigía al comandante Braulio y al teniente Juan Higuera, adusto y distante. Malhumorado. En esa primera cena supo que Tomás, el hermano requetevaliente de Angelito, había muerto una semana atrás en un enfrentamiento con los soldados gubernamentales. Pensó en Lisandro, en el continuo holocausto de sus hijos, y en Angelito; en la pena que estaría sufriendo como único superviviente. Lo buscó con la mirada sin encontrarlo entre sus camaradas revolucionarios. En la noche, se escuchaba el peculiar canto de la fauna y el viento, aquietado, fijaba los perfumes mezclados con el olor acre del sudor reconcentrado de los cuerpos de los guerrilleros. La musicalidad de las conversaciones de los muchachos en su idioma, acariciaba los oídos de Martina con un dulce ritmo de humana cercanía y por primera vez desde que dejara su hogar en San Sebastián, tuvo la sensación de haber regresado a casa.

Acabados los escasos alimentos, los más jóvenes se dispusieron a dormir cubiertos con sus cobijas. Otros, casi a ciegas, comenzaron a jugar silenciosas partidas de ajedrez con la escasa luz de los ocotes. Braulio Perujo encendió un cigarrillo y ofreció otro a Martina, que aceptó. Un tabaco flojo, de escasa calidad y sin filtro, de la marca Payasos, muy popular en Guatemala.

—¿No tienen miedo a que los gubernamentales los descubran por los ocotes? —Preguntó refiriéndose a las llamitas que iluminaban el campamento como un paso procesional de Semana Santa.

—No hay cuidado. No suelen aventurarse por la noche, menos cuando estamos instalados en lugares tan abruptos como este; desconocen la selva en su profundidad, por tanto, se convierte en una trampa insalvable para ellos. A veces quedan aislados lejos de sus bases, muertos de hambre y de sed, vagando perdidos como almas en pena, hasta que otra patrulla más experta los rescata, o los encontramos nosotros.— En ese punto calló y Martina no tuvo valor para preguntar qué hacían con ellos. Braulio supuso lo que su interlocutora pensaba y como disculpándose, prosiguió.— Cuando los hombres no están en sus aldeas, los cuques aprovechan y entran en ellas arrasándolas. Matan a las mujeres, a los niños y a los ancianos. Destrozan los campos de milpa y queman los ranchitos de los campesinos. Nosotros no actuamos así. Somos pueblo y no podemos ir contra él. Si los soldados apresados son muy jóvenes, les explicamos las verdaderas razones de por qué peleamos y les dejamos marchar para que se lo cuenten a sus compañeros y tomen conciencia de la realidad de nuestra lucha. Los muchachos no tienen culpa. En muchos casos, son campesinos reclutados a la fuerza por el ejército.

Olvidaron las palabras y permanecieron callados. Se encontraba bien junto al hombre que, pensativo, fumaba cigarro tras cigarro, mientras en la distancia ella observaba las partidas de ajedrez y oía los profundos ronquidos de algunos cuates ya dormidos. Uno de los más jóvenes, apartado del resto, tocaba una pequeña chirimía acompañando los ruidos de la noche. Su pensamiento, envuelto en las notas musicales, se trasladó a las charlas que solía mantener con su padre mientras pescaban. A veces le contaba historias ocurridas durante la guerra civil, de cuando luchaba en el frente. De cómo le hirieron en un brazo y un compañero le sacó la bala con la punta de la navaja. O la noche en que en un monte de Vizcaya, helado de frío y perdido de su patrulla, encontró a un soldado durmiendo arrebujado en su manta y él se deslizó a su lado para taparse. Amaneciendo ya, comprobó que el hombre estaba muerto con un tiro en mitad de la frente y los ojos muy abiertos.— Lo único que sentí fue no haberlo sabido, porque entonces habría cogido toda la manta para mí.— Comentaba con cinismo, silenciando el miedo que debió invadirle al comprobar que había pasado la noche pegado a un cadáver, buscando el calor que ya no le podía dar. Otras veces, después de la cena, cuando todos dormían y ellos se quedaban solos en la cocina aprovechando los últimos rescoldos de la lumbre, le seguía hablando de la maldita guerra civil, de cómo había roto su vida y la de miles de hombres y mujeres de su generación.— Lo peor de todo —comentaba con un temblor de ira y tristeza

en su voz algo cansada— es que la guerra todavía no ha terminado y los fusiles se disparan en retaguardia, no en los frentes que es donde de verdad luchan los valientes.— Y en saltos históricos que despreciaban el orden cronológico, arremetía con rabia didáctica contra aquellos que con tanta crueldad e injusticia llevaron a cabo la conquista del Continente en el que ahora se encontraba. Recordaba de memoria parte de su relato sobre el tema. — Los españoles —decía— impusieron la cruz y el miedo a los indígenas; sojuzgaron su libertad e hicieron desaparecer su cultura; quemaron sus libros, destruyeron sus dioses y abolieron sus leyes ancestrales; diezmaron su fauna y acabaron con parte de la flora, empobreciendo su ecosistema—. Sin advertirlo, Martina continuaba sus pensamientos en voz alta.

—Para ustedes —dijo como disculpándose y sin que aparentemente viniera a cuento— la conquista por parte de los españoles fue una tremenda tragedia.

En la respuesta del hombre no había odio pero sí un dolor que, de tan reciente, sangraba en el tono de su voz.

—Para los indígenas, la imposición violenta de su cultura, su lengua y sus costumbres, fue una especie de cataclismo que jamás podrán superar. Torcieron la historia y después de cinco siglos, siguen sintiéndose exiliados en su propia tierra, tratando de preservar a duras penas la riqueza cultural de sus muchas etnias. Sin saberlo, hacen frente como pueden al afán de los demás por obligarles a otras costumbres y modo de vida, como si fueran unos ignorantes y, su cultura, indigna de respetarse y ser conocida igualmente por el resto de las gentes que pueblan el mundo. Guatemala, para mayor complejidad de su historia, es un país multiétnico. Nosotros mismos, los ladinos, los que en su día adoptamos formas de vida distintas a la suya —aún siendo guatemaltecos de nacimiento y de corazón— a veces no nos sentimos plenamente integrados porque en el fondo, hay un rechazo de su parte... o una superioridad latente en nuestro comportamiento hacia ellos. Por desgracia, todavía hay muchos que rechazan los valores indígenas de la cultura maya.

—Hay en mí —se sinceró Martina— una especie de culpabilidad interiorizada, inculcada por mi padre por lo que un día hicieron los españoles. Quizá, yo no vine aquí para hacerles fotos y sí para pedirles perdón.— Dijo retórica, embriagada por el influjo mágico de su entorno, el ron ingerido y pensando en el tallador de letras en las lápidas, segura de que habría hecho igual comentario.

—No pase pena, hija. Usted no tiene culpa y ya mismo lo está reparando

con su trabajo, para que se sepa lo que en verdad ocurre en Guatemala. Es otra de nuestras tragedias. Fuera de aquí, se tiene una idea muy distorsionada de lo que es nuestra lucha y de lo que somos la guerrilla. Nos creen un grupo de facinerosos y ladrones, cuando solo tratamos de defender a los más débiles de la explotación del gobierno y del expolio de algunas potencias extranjeras, reclamando justicia e igualdad para todos.

Braulio Perujo era un hombre culto, con las ideas claras y los conceptos políticos arraigados con firmeza, desde el conocimiento de la realidad social y económica implantada en su país. Hijo de un funcionario y una maestra de clase media, se encontraba en Sierra de las Minas desde el inicio de la lucha guerrillera a la que se había adherido junto a otros alcistas, oficiales del ejército, tras el fracaso de su intentona contra el presidente Miguel Ydígoras.

—Muchos se refugiaron en Honduras. Yo pude hacerlo. No me habría sido difícil emigrar a otro país más próspero e iniciar una nueva vida. Medios no me faltaron, pero la fuerza del rechazo a la injusticia me ataba a mi tierra, obligándome a luchar por nuestras libertades. Desde niño, mis experiencias —no buenas— estuvieron unidas a la presencia explotadora de la Railroad Company, dueña y señora del ferrocarril, de la Electric Bond and Share Company, de Nueva York y de la United Fruit Company, enseñoreada de nuestras tierras de bananos, mientras los sucesivos dictadores de este país engordaban sus bolsillos y los campesinos se hacían cada vez más pobres. No sé si me comprende...

Su padre esposado una madrugada. Ella misma golpeada por los policías de otro dictador. ¡Vaya si le comprendía!— La injusticia es igual en todas partes y siempre la padecen los más indefensos o los más limpios de corazón. — Repuso con la voz un poco rota por una emoción extraña ligada en el encanto de la noche e íntimamente contenta, porque después de mucho tiempo encontraba a alguien con quien mantener una conversación coherente. — ¿Sabe? Durante la odisea que supuso para mí llegar al campamento, maldije una y mil veces la idea de venir a este país. Me arrepentí a cada minuto de mi absurda aventura. Ahora me alegro de estar aquí.

—Pero ya no puede hacerlo como fotógrafo que viene, hace sus fotos y se va. Ahorita está seriamente implicada y su vida corre tanto riesgo como la nuestra.

—No importa. Creo que, aunque pudiera, no me iría. Al menos no en mucho tiempo. Hay algo que me atrapa y me hace sentir como una más entre ustedes.— El cigarrillo chisporroteó, consumiéndose entre sus labios igual

que aquel otro de años de muchos años antes. —Sonrió complacida por el recuerdo. La pregunta afloró sin premeditación alguna.— ¿Sabe por qué me descubrieron cuando registraron mi habitación en Flores?

Martina adivinó un gesto de ironía en el rostro recio y barbado del comandante.

—Me habla de los indefensos y de los limpios de corazón. La injusticia también la padecen los más ingenuos. Usted es una mujer llena de coraje, pero candorosa y que todavía no ha podido desprenderse de sus símbolos de infancia. Así no más, se queda desprotegida como una patojita que, sin haber crecido, quiere luchar contra un gigante demasiado astuto sin más armas que su honestidad y su valentía.

Se sentía halagada al tiempo que molesta por el tono paternalista de Braulio. No quiso entrar en debates que pudieran romper el ensueño de una noche tan especial como aquella.

—No ha respondido a mi pregunta.

—Tiene razón. Usted cambió su identidad y quiso ser otra mujer. Pero se trajo consigo su Popol-Vhu, olvidando que en sus páginas estaba escrito su verdadero nombre: Martina Baztarrika ¡Con lo fácil que habría sido borrarlo, escrito a lápiz como estaba! Cuando la detuvieron en Madrid y fue interrogada por los judiciales, cursaron un informe con sus datos auténticos a Guatemala, así que su nombre quedó registrado en la lista de posibles subversivos. Para ellos fue muy fácil. En la aduana ya levantó sospechas. La verdad es que se hizo notar —reprochó afable— No tuvieron más que esperar a que saliera de la habitación del hotel por un cachito de tiempo. El libro la delató

No pudo por menos que echarse a reír. Tantas precauciones tomadas en Madrid junto a Andrés, pensando y evitando las pistas que la pudieran hacer sospechosa para, después, llevar ella misma la prueba evidente de su verdadera identidad escrita con una indecisa letra de colegiala. Sintió una ternura inmensa por su pasado y una intensa felicidad por encontrarse en aquel país y en aquella situación excepcional para su vida. Fue la noche que mejor durmió desde que abandonara la cama de Andrés Iriarte, y ni siquiera su recuerdo y la nostalgia que de él tenía, pudieron turbar su feliz sueño.

XIX

Era la única mujer del campamento compuesto casi a partes iguales por indígenas y ladinos, aunque la balanza numérica se inclinaba hacia los últimos que, a su vez, ostentaban los cargos de mayor responsabilidad dentro del comando y no tuvo grandes problemas de integración a pesar de que al principio notó cierto desdén entre los revolucionarios. “Los guatemaltecos son muy machistas —le había advertido Andrés— y no te será fácil convivir con ellos en buena camaradería” Recordando las palabras de su amigo aprendió a no detenerse en detalles y actitudes hostiles en algunos guerrilleros, incluido Juan Higuera, y a convivir con la sensación de rechazo que poco a poco fue disminuyendo, sin llegar a desaparecer del todo.

A la menor señal de alarma o indicio de una posible presencia gubernamental, el campamento se levantaba sin demora para instalarse en lugares más abruptos o buscando las quebradas, según la climatología reinante o la conveniencia estratégica del momento, decidida por el comandante Braulio Perujo y el teniente Juan Higuera, con el que dado su carácter adusto e introvertido, seguía sin tener apenas trato.

Con frecuencia, Braulio desaparecía unos días del campamento. Las ausencias eran debidas a las reuniones periódicas mantenidas entre los jefes, generalmente en casas de colaboradores en la misma ciudad de Guatemala y otras capitales de departamentos, en las que se daba cobijo a gente comprometida. En esta labor de ocultación de guerrilleros y aporte de datos vitales para el logro del triunfo revolucionario, igualmente había mujeres que ponían sus vidas en riesgo. Tanto, que en más de una ocasión la perdieron. El comandante Perujo, al igual que otros compañeros dirigentes, también daban charlas en los pueblitos concienciando a los campesinos del verdadero significado de la lucha. De regreso al campamento, en ocasiones, lo hacían acompañados de dos o tres nuevos camaradas que se integraban a la acción de la base mientras, en número parejo, otros regresaban a sus aldeas. Era frecuente que alguno de los muchachos volviera a su casa por enfermedad o

fuertes depresiones.— No hay que quemar a la gente en exceso y la vida en la guerrilla, como usted puede comprobar, es muy dura. Si no están muy significados ni sindicados de nada, se les permite que retornen a su actividad normal y otros vienen a sustituirlos.— Le informaba Braulio, sin citar la delicada situación de Martina. Ambos sabían que la chica estaba en el punto de mira de los militares, identificada y con pocas posibilidades de escapar.

La lente de su cámara, día a día, captaba el nervio y el gesto de la guerrilla y progresivamente, el negativo de sus fotografías se fue impregnando del alma de la revolución. Sin apenas percibirlo, se contagió de sus inquietudes reivindicativas y, consciente o no, fue adoptando el espíritu que animaba a sus compañeros de campamento, reflexionando la doctrina impartida por los jefes y la idea de la precariedad de sus existencias, asimilando la certeza de que un día tendría que optar por morir o matar. Aprendió, observando, las prácticas militares de los entrenamientos, las instrucciones de supervivencia y hasta participó —a regañadientes de Braulio y la oposición rotunda de Juan— en las incursiones de ojeo para prevenir la presencia de los soldados enemigos. Con el tiempo, Braulio accedió a que le acompañara en sus desplazamientos a algunas aldeas de casitas construidas de palitos, palma y pita extraída del magüey, con sus tapancos de tiras de caña de bambú en los que antes colgaba el maíz, vacíos ahora por la escasez que generan las guerras en el lugar donde se producen.

En uno de los poblados conoció a Maurilia. Una mestiza de veinte años, de piel clara y los ojos de un insólito color azul, ¡tan hermosa y distinta a sus convecinos! Maurilia era hija de un india pocomchi, trabajadora doméstica en la mansión de unos hacendados terratenientes que residían en La Antigua, y un comerciante alemán, asiduo de la casa por negocios y amistad con los dueños, desaparecido antes del nacimiento de Maurilia. El ama, al tener conocimiento de la relación, la echó a la calle por su "conducta deshonesto" y con cinco quetzales de paga. Previamente, la había conminado a silenciar el nombre del comerciante alemán bajo un sinfín de amenazas. Nadie sabía cómo la muchacha recorrió los más de doscientos cincuenta kilómetros que separaban La Antigua de la aldea, ni por qué misterioso designio llegó a ella. Quizá, sin proponérselo, fue buscando la zona de Cobán donde, imaginaba, tenía sus negocios el padre del hijo que esperaba, y se perdió en el camino. Lo cierto fue que apareció un atardecer, hambrienta y asustada, poquitas horas antes de parir a Maurilia. La india pocomchi murió unos días después a causa de unas fiebres y la comunidad acogió a la recién nacida como a la hija

de todos.

El comandante Braulio, agasajado con frijoles, unas tortillas calientes recién salidas del comal y un trago de guaro, dejó en manos de Maurilia a Martina que calmó su sed con una bebida refrescante, hecha de harina de maíz tostado mezclada con agua, azúcar y cacao.

—¿De dónde sacaste vos tanto lujo? —Preguntó intrigado Braulio. La muchacha enrojeció, turbada.

—No más fue un regalo de Gudiel, la última vez que bajó de la sierra.

—¿Estás vos enganchada de Gudiel? —El comandante se mostraba a todas luces divertido y las mejillas de Maurilia, ante el comentario del hombre, adquirieron esta vez el color intenso de la púrpura. Bajó los ojos avergonzada y sonrió.

—Un cachito no más, pero Gudiel como que ni me ve.

—Yo estaré pronto con él. ¿Querés que le dé algún recadito? —Bromeaba el militar, conteniendo la risa ante el apuro de Maurilia. Después, recomendó con mayor seriedad refiriéndose a su acompañante— La cuidás bien y no la perdás de vista. Le gusta meter su nariz de gringa en todo lo que ve para luego sacarlo bonito en las fotos. No la dejés sola no sea que se extravíe y nos haga clavos. Me regreso mañana. Voy a reunirme con Gudiel para platicar de asuntos importantes. La cuidás ¿eh? —Volvió a insistir el guerrillero.

En las horas que permaneció en la aldea, se hicieron amigas. Después de tanto tiempo conviviendo con los hombres del campamento sin ninguna presencia femenina, extrañaba la compañía de una mujer. Platicaron largo a la sombra del cobertizo de la casa de la comunidad y Maurilia la ilustró sobre algunas costumbres de los campesinos de la zona y le enseñó cosas de mucha utilidad. Entre otras, cómo curar “las patas rajadas” —las heridas infectadas de los pies de los guerrilleros, producidas por el lodo— una auténtica pesadilla padecida en su propia carne y que volvía a sufrir viendo la piel permanentemente llagada y purulenta de los muchachos.

—Las heridas se queman con los tallos tiernos de la hoja del chilacayote y su aceite se utiliza también para otros males porque es muy curativo.— Le dio un manojo de las hojas y le indicó los lugares en los que podría encontrarlas con mayor facilidad una vez regresara a su base. Le descubrió asimismo el secreto de la belleza de su cutis, terso y brillante.— Siempre que puedo lo froto con aceite de la semilla del zapote. Sirve también para el pelo. — Se fijó en su cabello. Era fuerte, suave y negro. Al atardecer, la llevó hasta

el remanso de un pequeño arroyo de aguas muy frías para que pudiera bañarse, facilitándole algo tan preciado como una minúscula concha de jabón.

—Es lo único que trajo mi mamá cuando llegó a la aldea. Entonces era un pedazo grande y oloroso, sin estrenar, que le regaló mi papá. Todavía me queda este cachito. Si tenés cuidado y no gastás mucho, aún quedará para la próxima vez que te regreses. Yo lo guardaré para ti.— El tono de su voz se volvía oscuro y nada convincente.— Cree que no volveré porque antes nos matarán a ella o a mí, o a las dos— Pensó con un escalofrío Martina y, cuando de nuevo se iba a vestir, Maurilia aún le hizo otro obsequio. Un huipil encendido de colores bordado en seda, representando un quetzal, un venado y dos guacamayos. También un águila.

Sabía lo poco que a los indígenas les gustaba que aquellos que no lo eran, vistieran sus ropas típicas. Por ello agradeció doblemente el regalo.

—¿Por qué eres tan generosa conmigo?

—No tanto como vos. Tu ayuda a nuestro pueblo puede costarte la vida y vos lo sabés. Sin embargo, sigues sonriendo y haciendo fotografías.— Retrocedió unos pasos para contemplarla mejor con la prenda recién regalada.— ¡Te ves muy linda! Exclamó, admirada de verdad.

En el camino de regreso al campamento, Braulio, más serio que nunca, le dijo.

—Fíjese bien por dónde vamos. Si a nosotros nos va mal y por casualidad usted escapa, tendrá que regresarse sola. En la aldea se ocuparían de ocultarla y hacerla llegar hasta la base de Gudiel, y puestas así las cosas, es seguro que se apuraría para que al fin pueda volver a su país. Aquí está en un continuo riesgo.

—¿Quién es en realidad Gudiel?

—El comandante que opera en la zona más riesgosa de la sierra. Uno de los primeros hombres que se echó a la montaña. Inteligente y con un gran carisma. Sabe llevar a sus gentes y a valiente, nadie le llega.

Los comentarios de Braulio fueron una premonición y al poco tiempo de sucederse la visita a la aldea de Maurilia, la situación empeoró para los enmontañados. En cada escaramuza con el ejército se producían nuevas bajas, y a Martina no escapaba la honda preocupación de Perujo. Tribulaciones y angustias que el hombre descargaba con ella en las pláticas nocturnas,

establecidas ya como grata costumbre entre ambos.

—El Gobierno empieza a reaccionar. Tiene miedo a que el control se les escape de las manos. Lo mismo les ocurre al resto de los mandatarios de Centroamérica, que se organizan a fin de coordinar las alianzas entre todos los ejércitos que la componen. Estos acuerdos nos perjudican, porque se intercambian estrategias y nueva tecnología subvencionada por los norteamericanos.

—¿Cree que a la larga acabarán sofocando su movimiento de liberación?

—Mi opinión es que a la guerrilla le queda por pasar etapas muy penosas; de mucho sacrificio y derramamiento de sangre. No soy optimista a corto y medio plazo, aunque con la misma sinceridad le digo que llegará el día en que logremos nuestros objetivos y se haga justicia. Lo difícil es vaticinar cuándo. Organizar la estructura guerrillera a partir de un reducido grupo de hombres apenas adiestrados, es tarea ardua. Todavía estamos muy focalizados y para triunfar, necesitamos extendernos por todos los departamentos. Hay que lograr la concienciación de la gente, sobre todo en las zonas rurales. Una labor muy trabajosa y compleja, porque la gran mayoría son campesinos analfabetos. Hombres acostumbrados a la sumisión y el silencio desde siglos, y si bien tienen arraigado un profundo respeto por los principios —el que les da su convivencia dentro del orden de la naturaleza— y un claro sentimiento de destino colectivo, que puede llevarles a la muerte si es preciso, es una misión que ocupará mucho tiempo.

—¿Cómo encajan el sentido y la idea de su discurso acostumbrados como están a la imposición y el despotismo, sin ninguna razón que lo justifique y sin rebelarse ante tanta injusticia?

—El indígena aprende pronto, y al contrario de la creencia más generalizada, es despierto e inteligente y cualquier cosa que nosotros les digamos ellos lo saben ya a través de sus conceptos filosóficos, de su propia cultura basada fundamentalmente en la naturaleza y en sus hábitos religiosos. Sojuzgados sus conocimientos, siempre han sido conscientes de su situación de inferioridad para combatir a aquellos que los han sometido, los mismos que desde siempre han dispuesto de los medios para inmovilizarlos a través del hambre y la violencia. En esas condiciones ¿Cómo podía salir un líder de su estrato social? Ahora estamos nosotros para hacerles comprender que, mediante la lucha, es posible la liberación, la igualdad, y con ella la práctica de sus derechos.

Las palabras del comandante, como un pequeño milagro, tomaron el

timbre de voz de su padre no solo en lo referente a la justicia y la libertad, sino también en el concepto que tenía de la naturaleza y su admiración por ella. La misma que le transmitió cuando era niña.

—La cultura basada en la Naturaleza, apunta usted. Mi padre decía algo parecido: no hay nada que haga el hombre que antes no lo haya visto en la Naturaleza. Yo, mi amigo, también vengo de un lugar en el que se la ama y se la respeta y donde se siguen algunos ritos iguales a los de su pueblo

—Las religiones nacidas de la auténtica raíz del pueblo, se parecen mucho entre ellas; las mismas creencias, idénticas supersticiones... —La voz grave de Braulio pareció quedar suspendida en el aire. Encendió otro cigarrillo. En el corto silencio, se oía cantar a la noche en infinidad de arpegios. Martina advirtió que el hombre estaba a gusto en su compañía y propicio a un diálogo sincero en la expresión y sus respuestas.

—¿Cómo responden a la convivencia en la guerrilla los campesinos, tan diferentes unos de otros por sus etnias y religiones?

—Con un gran respeto mutuo. La etnia más numerosa de Guatemala es la quiché, pero no por ello es la que predomina imponiendo sus costumbres e ideologías. En la guerrilla, la coexistencia entre unos y otros es buena y cada cual se mueve en lo personal con arreglo a sus hábitos y convicciones religiosas. El nexo entre ellos está en el interés común ya que todos defienden lo mismo, es decir, el fin de la explotación y la libertad para ejercer los derechos que deben igualar a los hombres.

Ese día Martina había cumplido veintisiete años. Se creyó con derecho a pedir un regalo.

—Braulio, a partir de mañana déjeme participar en las escaramuzas contra los militares. También son mis enemigos y estoy en uno de sus principales puntos de mira para aniquilarme. No soy quiché ni cakchiquel ni q'eqchi', pero hágase la cuenta de que soy una más entre ustedes. No sé si hoy existen mujeres en la guerrilla, pero es seguro que mañana las habrá. Permítame ser una de las primeras.

Braulio la interrumpió, serio y conmovido por la petición de la mujer.

—De momento no hay mujeres con el fusil al hombro ni en este campamento ni en otros. Sin embargo, su colaboración y ayuda desde las aldeas y las zonas urbanas, son muy importantes para nosotros. Hay grandes mujeres cultas y bien relacionadas, arriesgándose por nuestra causa.

—Mayor motivo para que me deje pasar a la acción de lucha. Desgraciadamente, no estoy relacionada con gentes importantes que me den

la información que ustedes necesitan, pero desde la base puedo también ayudar a la causa.

—Usted vino aquí solo para hacer fotos, mi linda. No tenga pena.

—Vine a mucho más, estoy segura. Mi padre me habló siempre de la libertad y la justicia, y él mismo luchó por ellas, aunque perdiera. ¿No le parece que he fotografiado lo suficiente sobre lo que es la vida del guerrillero dentro del campamento? Sus entrenamientos, su forma de vida. Sus hombres heridos o muertos tras un enfrentamiento con los cuques... Ahora, quiero fotografiar su lucha y su muerte participando igual que ustedes, si no, mis reportajes serían incompletos, y yo he venido hasta aquí para ser lo más veraz posible y expresar en imágenes la realidad que, día a día, viven ustedes.

—Entiéndalo. Aunque lo parezca, nadie actúa por propia decisión —se defendía Braulio— Operamos desde la cabeza de nuestras organizaciones y de ellas recibimos gran parte de las órdenes. La conveniencia de su presencia entre nosotros y después de un largo debate, la decidió la organización central y me fue impuesta a pesar de que yo tenía mis dudas sobre el beneficio de su colaboración. Una mujer en un ambiente de violencia siempre es un obstáculo y más cuando, dadas las circunstancias, se convirtió en objetivo del Gobierno. Hasta que encontremos el momento oportuno para poder devolverla a su país, tengo la responsabilidad de su vida y me pedirían cuentas de ella si la perdiera.

—Si usted y Juan mueren mañana ¿Quién se responsabilizaría de mí? ¿Seré entonces protegida por una patrulla de adolescentes que, sin dudar de su valentía, no tienen experiencia ni criterio? Tengo derecho a saber defenderme por mí misma. A conocer el terreno que piso y a tener una mínima noción de estrategia en la huída, si se diera el caso.

Sus reivindicaciones debieron ser convincentes porque aunque Braulio no respondió a sus palabras más que con el ofrecimiento de un nuevo cigarrillo, al día siguiente y los que vinieron después, la estuvo instruyendo personalmente en el manejo de un viejo Máuser, y cuando pasada una semana se dispusieron a bajar hasta una población importante, con la misión de sabotear una central eléctrica, la llamó por su nombre como a un guerrillero más, entregándole una carabina M-2.— Cuide de ella. No tenemos muchas. Chance, comadre.— La abrazó con la familiaridad con que lo haría a cualquiera de sus subordinados.

Cumplido el objetivo, regresaron sin bajas ni heridos y unos días

después, salieron de nuevo en busca de una patrulla de gubernamentales avistada a unas horas de la base. Tras media jornada de tensa caminata a través de la espesura, deteniéndose a cada ruido ajeno al propio de la naturaleza, chapoteando en el lodo plagado de insectos, sin desbrozar la maleza para no dejar huellas, a no más de una cuerda de distancia, un grupo de cuques surgió como nacidos de las palmas y las raíces de los troncos, disparando a quemarropa. Braulio a su lado, sin llegar a utilizar el arma, cayó fulminado por un tiro recibido en mitad del pecho. Una mezcla de olor a carne quemada y a pólvora invadió la nariz de Martina que, sin tiempo a reaccionar, contempló impotente cómo caían otros dos guerrilleros tan cerca, que el cuerpo de uno de ellos, al perder el equilibrio en su tránsito hacia la muerte, la arrastró también a tierra. Durante unos segundos permaneció aturdida, agazapada en la maleza, envuelta en el ruido de los machetes, los disparos y los gritos proferidos en ambos bandos. Tras la sorpresa —en la selva, al enemigo, sea humano o animal, se le detecta al sentir su aliento en la nuca— guerrilleros y soldados corrieron en direcciones contrarias buscando refugio, y después de un silencio de muerte en el que los contendientes parecieron hacerse invisibles, camuflados en el espanto y el instinto de supervivencia, comenzaron a emerger de nuevo, los rostros desencajados, buscándose más con el miedo que con la inteligencia o el odio. Los de temple más aherrojado, con más ganas de vivir o menos miedo a la muerte, fueron los primeros en disparar y utilizar los machetes en un pavoroso cuerpo a cuerpo. Todavía en tierra, junto al cadáver de Braulio, presencié espantada cómo el más joven de los guerrilleros, un niño de poco más de catorce años partía en dos, como si fuera un ayote, la cabeza de un cuque y su rostro imberbe se llenaba de la sangre de su víctima; un compañero gubernamental, enfurecido, acribilló a su vez el cuerpo esmirriado del chirís, destrozándolo. Sin despegarse de la tierra, invadida la boca de un fuerte sabor a cobre que, dicen, es el sabor del miedo, con mano firme fue fotografiando los instantes más trágicos de la mortal escaramuza. Cuando creyó haber acabado con todas las secuencias del horror, envuelta en un denso olor a pólvora, tomó la carabina que le confiara Braulio y comenzó a disparar con la ceguera de la furia imbricada en un irracional deseo de revancha. Una sórdida alegría la invadió cuando acertó a uno de los hombres y lo vio derrumbarse, mientras su cuerpo se convulsionaba hasta quedar inmóvil. Siguió disparando enloquecida, gritando e insultando a los pocos soldados que quedaban en pie y corrían, alejándose, en una desordenada fuga. Por un instante la jungla,

petrificada por la bestialidad de los hombres, enmudeció. Pero el mayor espanto estaba por llegar, cuando descubrió a Juan apuntando a la cabeza de los soldados abatidos, rematándolos fríamente. Y entonces Martina, odió la violencia humana y se odió a sí misma. Mucho más al sorprenderse activando el objetivo de su cámara, ávida por recoger cada detalle de la refriega, cada gota de sangre derramada; el dolor de los hombres heridos, el gesto de estupor de los combatientes en el momento exacto de contemplar su propia muerte; el pillaje de sus compañeros haciéndose con las armas, las botas, el corraje y el avituallamiento de los gubernamentales muertos.

Anocheció con aquella rapidez de la selva que tanto la sorprendía. Incapacitada para pensar. No sentía nada; ni dolor, ni cansancio, ni siquiera vergüenza. Con movimientos mecánicos hizo lo mismo que observó en sus compañeros y como pudo, sin lágrimas, arrastró el cadáver de Braulio. Por el bolsillo de su camisa asomaba un paquete de Payasos. Lo cogió, encendió un cigarrillo y se guardó el resto. Escuchó la voz autoritaria de Juan, dirigiéndose a ella e interrumpiendo su tarea.

—No. Los muertos no nos sirven para nada. Los enterraremos aquí mismo. No lo mueva más. Hay que reservar las fuerzas para los que todavía viven.— Buscó con la mirada extraviada los cuerpos tendidos que en la incipiente penumbra apenas se perfilaban ya, confundidos con el paisaje borroso del enredado follaje. Uno por uno, fue comprobando quiénes respiraban y quienes no, todos envueltos en el olor de la sangre y la carne quemada. Los quejidos de un patojo inerte, la llevaron a él. Reconoció al adolescente que con tanta sensibilidad tocaba la chirimía. La cercanía de la muerte había endurecido sus facciones hasta transformarlo en un hombre para mejor afrontar el largo camino de la eternidad. Besó su frente empapada de sudor y al hacerlo, escuchó los latidos del corazón del niño galopando impaciente en los últimos estertores. Tenía el pecho roto por varios agujeros de los que manaba la sangre cada vez con menos fuerza. Pequeños surtidores llevándose la vida del muchacho que casi no había comenzado a vivirla. A su lado, Juan, acercó el arma a la cabeza del chico que tenía los ojos abiertos, desorbitados de pánico siguiendo los movimientos de su jefe. El ruido del disparo se confundió con el grito horrorizado de Martina tratando de detenerle, y el insulto escupiéndole en la cara.

—¡No! ¡Cabrón, hijo de la gran chingada! —El disparo lo sintió en su propia carne.

El hombre no respondió, ignorándola como de costumbre. Con una breve

mirada hizo un último recuento de las bajas y de los que aún quedaban vivos. En una lengua familiar pero inexpugnable para Martina, dio algunas órdenes a los guerrilleros supervivientes que cargaron a sus espaldas a los camaradas heridos. Juan se reservó para sí el de mayor envergadura y dirigiéndose a la chica, la conminó.— Recoja las armas que están por el suelo y procure que no quede ni una ¡Vonós! Se ha hecho de noche y nos espera un largo camino.

Maltrechos y diezmados, llegaron al campamento cuando amanecía. Angelito, los ojos por primera vez iluminados, pareció revivir cuando la vio entre sus compañeros. Un gesto que no escapó a la mirada cansada y triste de la reportera gráfica. Previsor, el adolescente había dispuesto un gran perol de barro con un cocimiento de hierbas medicinales que despedían un aroma amargo y penetrante.

—Tendrá que ayudarme a curar a los heridos. —Le dijo Juan, sin mirarla ni abandonar la aspereza de su tono.

—Haré lo que pueda. —Tenía los pies agrietados y el cansancio doblaba sus piernas, pero no puso ninguna objeción. No quería que Juan advirtiera su desfallecimiento. Comenzaron la tarea con premura y ninguno de los dos probó bocado, cediendo su menguada ración a los más jóvenes. Trabajaron todo el día y cuando el último de los heridos fue atendido, el jefe se acercó a ella y le habló en tono confidencial.

—Dos horas después de que sea noche cerrada, en cuanto los hombres se hayan recuperado un poco, levantaremos el campamento y nos iremos de aquí.

—No es posible. Los chicos están muy cansados y tenemos varios heridos. —Protestó, rotunda, incapaz a su vez de hacerse a la idea de otra inmediata marcha a través de la jungla.— La mirada del hombre fue fulminante.

—Las decisiones las tomo yo y esta no es un capricho. Es seguro que a los gubernamentales los tenemos encima y esos soldados, a pesar de todo, están muy bien preparados. Lo más probable es que en la retaguardia tengan un retén fresco y descansado, así que se aprovecharán de nuestras bajas y mañana intentarán sorprendernos de nuevo, ultimando a los que quedamos.

—Estamos agotados. No sé si podremos hacerlo.

—Usted, no sé. Mis hombres, sí. Debió pensar en la dureza de esta contienda antes de venir a jugar a las guerrillas. —Le molestaron tanto sus palabras que estuvo a punto de no responder, herida por la ofensa. Pero estaba ante un hombre inflexible y no demasiado justo, y su silencio podría

tomarlo como aquiescencia o debilidad. Decidió marcar su territorio para no seguir siendo el centro de su odio o su desprecio.

—Usted no solo no me estima, sino que me detesta ¿Por qué? ¿De verdad cree que he venido a divertirme? ¿No me estoy jugando la vida igual que ustedes?

—Entonces tendrá que comportarse como el resto.

—¿Es que no lo estoy haciendo? ¿Por qué me odia tanto?

—No me gustan las mujeres en la guerra. Son solo un estorbo en la acción de los hombres.

—¿Lo he sido yo en algún momento?

—Los muchás, desde su llegada, se sienten cohibidos y molestos ante su presencia. Una mujer en el campamento siempre les altera.

—Pues ya han tenido tiempo de acostumbrarse —trataba de dominar la rabia sin lograrlo— Si se alteran, que se jodan y aprendan a contenerse. Yo también me excito y me aguanto. Busquen entre sus plantas curativas. Seguro que habrá alguna con las propiedades del bromuro.

Juan la miraba en silencio, sin saber qué decir. Era obvio que no esperaba una respuesta tan contundente y por su expresión de desconcierto supo que, al menos, había ganado la primera batalla de su particular guerra. Disimulando la cojera que le producía sus pies agrietados, destrozada por el cansancio y las fuertes emociones de la trágica jornada, se alejó buscando un poco de soledad.

El atardecer se tornó patético cuando los muchachos supieron que habían de levantar el campamento. Abatidos, heridos y rotos de fatiga, perdida la moral por la ausencia de los compañeros muertos, presagiaban un fin cercano y prematuro, dada su juventud. Frente a Martina, acurrucado en el tronco de un árbol, Angelito la observaba a hurtadillas, fascinado como siempre. Desde que lo sorprendiera espiándola desnuda, el chico evitaba con empecinada tenacidad su, para él, excitante proximidad física. Pero sus ojos se rebelaban y la seguían a todas partes como un perro tras su amo. Le hizo un gesto con la mano para que se acercara. El adolescente continuó clavado en su sitio como si hubiera echado raíces en la tierra y estuviera atrapado en ella.

Con la noche, las figuras y el campamento se fueron difuminando hasta hacer del entorno un lugar poblado de fantasmas. Por precaución no se encendieron los ocotes, ni se condimentaron las tortillas. Casi ni se respiraba para no hacer ruido. Martina estaba convencida de que si abría mucho los ojos, podría alcanzar a ver el miedo escapándose en el aliento de los jóvenes

revolucionarios. Nadie se movía, cobijado cada cual en sus temores, el agotamiento y el dolor. Buscó con la mirada al hijo de Lisandro. Apenas divisaba el contorno de su figura esmirriada, pero sabía que se encontraba allí, frente a ella, tratando de fijar su cuerpo en la retina de sus ojos muy abiertos para llevárselo consigo en el último viaje. Se arrastró con sigilo y llegó hasta él. El muchacho parecía esperarla porque no se sobresaltó, aunque su cuerpo temblaba de miedo y de deseo. Rozó sus mejillas heladas y, despacio, acarició el negro cabello en un gesto maternal y tranquilizador, mientras le forzaba levemente la cabeza, inclinándola hacia su pecho. Sintió en su piel la respiración entrecortada, el golpear incesante de sus sienes, como si las venas le fueran a reventar y dispersarse en minúsculas partículas por el lodo que anegaba el campamento.

—No pasa nada, Angelito. He venido para estar contigo; sola tenía miedo y a tu lado me siento más segura —Mintió, susurrándole al oído— El chico permaneció callado y tenso y Martina, con lentitud, se fue desabrochando uno a uno los botones de la camisa hasta dejar sus senos desnudos al descubierto y, tomando las manos del quiché, las condujo hasta ellos. El muchacho se estremeció todo, luego pareció morir sin un solo latido ni un mínimo aliento y sin pausa, con la misma furia con que los sismos desgajaban la tierra de su pueblo, gimiendo como un animal herido, hundió en ellos su imberbe boca con la desesperación que genera la certeza de la muerte próxima, explorando con sus labios ansiosos y primitivos los pezones de la mujer, succionando con el hambre acumulada de su condición de macho hasta entonces nunca saciada. Tanto, que Martina hubo de ahogar un quejido producido por el dolor de sus dientes clavados en su carne, dispuesta al deseo del niño que esa noche se hacía hombre buscando con torpeza su sexo ofrecido, por el que se adentró en un asalto violento y un corto trayecto de convulsiones y espasmos. La mujer permaneció inmóvil, paciente y comprensiva ante el precipitado desahogo del adolescente jadeante y sudoroso que, espantado de su hazaña, trataba ahora de desasirse de sus brazos para salir corriendo y perderse en la oscuridad. Doblegado el primer impulso de huida, Martina inventó caricias que Angelito pudiera entender; palpó sin prisa y con ternura el trémulo cuerpo reconduciendo con suavidad sus movimientos, dejando que la penetrara de nuevo, esta vez con un largo placer para el chico que rompió a llorar violentamente.

—¿Qué pasa ahí? ¿Quién llora? —La voz de Juan se acercaba para indagar lo que sucedía. En las sombras, las miradas de los dos adultos se

encontraron, retadora la de la mujer, desconcertada la del hombre. Al percatarse de lo que ocurría, su semblante se distendió en una expresión más humana. Esta vez el asombro correspondió a Martina, que al verse sorprendida en aquella actitud esperaba la cólera del teniente. Su voz había perdido el tono cortante que le distinguía cuando se dirigía a ella.

—Venga conmigo. —Pidió. La chica dio un último beso al hijo de Lisandro, aún sollozante, y se perdió en la noche junto al hombre. Tomada cierta distancia, Juan habló con palabras que parecía tener muy meditadas.

—Nos encontramos en una situación límite. Los cuques están muy cerca y es más que probable que nos tengan rodeados, así que al clarear el día nos ultimarán a todos. Como bien dijo usted, los muchachos están agotados y algunos, malheridos. En esas condiciones no podremos llegar muy lejos aunque caminemos toda la noche. Pero mi obligación es intentar salvarlos, así que abandonaremos el campamento y tal y como teníamos previsto, nos iremos de aquí antes del amanecer. —Hizo una pausa, como si le costara pronunciar las palabras que finalmente dijo— Esta noche ha dado la talla de lo que es un ser humano y tiene toda mi admiración, mi respeto y mi agradecimiento. Si Angelito muere, lo hará feliz. Vivía obsesionado con usted.— Encendió un cigarrillo, lo aspiró con fuerza y luego pareció perderse en sus tortuosos pensamientos.— Voy a pedirle un favor —dijo al fin— Si a mí me ocurre algo, vos tomás el mando comadre, y si se queda sola ante los cuques, mejor se me descerraja un tiro. Pero si alguno de los chicos conserva la vida, ayúdele y haga todo lo posible por llegar hasta el campamento de Gudiel. Sé que usted conoce el camino. El comandante se hará cargo de ellos y se ocupará de ponerla a usted a salvo.

Las palabras de Juan ni la impresionaron ni la asustaron. El miedo, si es que lo tenía, estaba tan dentro de sus huesos que no podía identificarlo como una sensación aislada, ajena a ella. Desde el combate del día anterior, después de tanto horror y crueldad por ambas partes, creía estar inmunizada contra cualquier situación por extrema que fuera. Conocía ya el olor, el color, el sabor y hasta el sonido de la muerte; la agonía indefensa de los adolescentes, la brutalidad de los hombres y la suya propia. Ya nada podía inquietarla. Ni siquiera el final trágico que su interlocutor vaticinaba y al que, demasiado tarde, empezaba a descubrir como persona.

—¿Está casado? —La pregunta no tenía mucho sentido, pero el hombre respondió con naturalidad.

—Sí, pero eso ¿qué importa ahora?

—Hemos pasado juntos mucho tiempo y apenas nos hemos dirigido la palabra. No sabemos nada el uno del otro, y si vamos a coger el mismo tren para el único destino que nos espera, me gustaría saber quién es mi compañero de viaje.

Juan Higuera había sido teniente del ejército y al igual que Braulio Perujo, uno de los inspiradores del fracasado golpe contra Ydígoras. Estaba casado con la hija de un terrateniente que le odiaba a muerte y para casarse, tuvo primero que raptarla y llevársela lejos de la casa paterna.— Tanto pelear por Milena y apenas he podido estar con ella. ¿Sabe que hace más de un año que no la he visto? Su padre, una vez desaparecido yo de escena, la puso a buen recaudo. No pudimos formar un hogar ni engendramos un hijo...

—No lo sienta. Así, al crecer, no tendría que morir en una guerra de mierda.

—Y usted ¿qué me dice de su vida? ¿También tiene un marido al que no ha vuelto a ver?

Hacía mucho tiempo que no pensaba en Andrés.

—No. No lo tengo.

—Pero es una mujer joven y además muy linda. Seguro que ha conocido el amor.

—Sí. —Evocó las caricias del periodista, su ternura, pero no lamentó encontrarse en aquella situación, a miles de kilómetros de su amante, en medio de la selva, rodeada de soldados enemigos y sin más compañía que la de unos adolescentes heridos y asustados y un hombre a quien, hasta ese mismo día, había detestado. Estaba conforme con su suerte y no habría cambiado por nada la experiencia vivida. De muy distinta manera a la imaginada de niña, había conseguido protagonizar su propia aventura y ese logro la compensaba de lo que estuviera por venir.

Alzó sus ojos al cielo y pensó. —Ya nunca más volveré a ver a Sirio. Juan Higuera siguió su mirada. El espectáculo de las estrellas era casi desconocido para él, que había pasado la vida mirando a la tierra; tratando de ponerla en orden con un empeño que ahora le parecía pretencioso y estúpido.

—¡Cuántas cosas he debido perderme! —Exclamó, subyugado por la contemplación de las infinitas constelaciones encendidas en el cielo.

—Depende de lo que le haya pedido a la vida. Quizá no haya necesitado más.

—¿Y a usted? ¿Se lo ha dado todo?

—¿Y a quién se lo da? Si la pregunta me la hubiera hecho hace un año,

le habría respondido con una rotunda negativa. Los últimos doce meses me han colmado y he podido realizar gran parte de lo que quería hacer, así que estoy contenta.

—¿No le asusta la idea de morir?

—Seguro que me aterra, pero esta noche es mágica y hasta el miedo la hace más hermosa. Vivir una situación límite consciente de ello, es un privilegio que no todos los humanos pueden disfrutar.— Aspiraba con deleite los olores elevándose generosos de la tierra y sus ojos se volvían avariciosos por guardar, adivinándola en la negrura de la noche, la belleza que les rodeaba. Sintió el rostro del hombre casi pegado al suyo y sus labios rozando con delicadeza su nuca. Respondió a la caricia buscando su boca.

—Si hemos de morir esta noche, hagamos el amor. Creo que es la mejor manera de despedir a la vida.— Comentó con cierto cinismo, disimulando el miedo que le invadió repentinamente cuando el cuerpo de Juan la hizo sentir con intensidad el suyo de mujer. Vibrando, buscó con avidez la piel del hombre que, si no la rescataba de la muerte, al menos le ayudaba a combatir la detestable soledad. En esa noche fantástica que presumía la última de sus vidas, no quería estar sola. La oscuridad gritaba latidos y canciones de despedida, igual que las que le cantaba su padre en las ya lejanas mañanas de los domingos, esta vez acompañadas del lamento de una chirimía perdida en la eternidad.

XX

El muchacho señaló con el dedo índice un punto entre los árboles. Los ojos de Martina, nublados de sueño y cansancio, no divisaron más que la bruma algonada del alba, pero la cara del otro indígena ante el gesto significativo de su cuate, perdió la expresión de temor que le había acompañado durante la marcha. Eran los únicos supervivientes del comando de Juan Higuera, ultimado junto al resto de los revolucionarios antes de que amaneciera, en un ataque insólito de los cuques en medio de la noche y del que milagrosamente se salvaron ella y los dos chirís indígenas que le acompañaban.

Por la actitud de los chicos, presumió que habían llegado al campamento de Gudiel, pero nada de lo que ocurriera a su alrededor le interesaba ya. Agotada, se dejó caer abandonando el equipo fotográfico soportado como una pesada cruz, y cuya correa había horadado el hombro hasta dejarlo en carne viva, tiñendo el harapo que fue su camisa del rojo de su sangre. Los mosquitos jejenes ya no la molestaban o ella se había hecho inmune a sus picaduras, pero las grietas infectadas de los pies estaban invadidas de colmoyotes, gusanos parásitos instalados bajo la piel, provocándole tremendos dolores. Sus ingles se habían llenado de bultos y caminar, se convirtió en un suplicio imposible de superar en la corta distancia que la separaba del campamento. Perdió el conocimiento y no supo que el último trecho del camino lo salvó en brazos de uno de los hombres que salieron a su encuentro. Medio inconsciente asistió, en medio de una nebulosa, a la ceremonia de unas manos desnudándola, lavando sus heridas, aplicándole ungüentos y acariciando su frente mientras susurraba una y otra vez una linda canción en lengua indígena. Una dulce voz de mujer cuyo rostro apenas distinguía a través del velo que, espeso como el de un gusano de seda, la fiebre se empeñaba en tejer ante sus ojos; un rostro familiar perfilado en la lejanía de su conciencia sin llegar a identificarlo, aliviando su cuerpo abrasado por la infección de sus múltiples lesiones. Cuando días después,

abatida aún por la debilidad, casi ingrávida pero sin fiebre se sintió restablecida, descubrió con alegría a la mujer que con tanto amor la había cuidado. Maurilia. La joven mestiza sonreía encantada viendo sus ojos abiertos, libres del dolor de la enfermedad.

—¡Susto nos diste, linda! No más pensamos que te morías.

Trató de incorporarse sobre el tapexco de cañas construido para ella y el paisaje, mucho más abrupto que el que conformaba el campamento anterior, giró a su alrededor. Mareada, hubo de tenderse otra vez.

—¿Dónde estamos? —Inquirió sin fuerza.

—En el campamento de Gudiel, a salvo de los cuques. —Respondió Maurilia alegre y sin dejar de sonreír.

—¿Está aquí Gudiel? —Preguntó, con el pulso acelerado.

—Ayer no más se fue. Tenía que platicar con gentes importantes. —Sin causa que lo justificara, se sintió decepcionada por la ausencia del hombre.

Transcurrieron dos días antes de que el comandante regresara. Se lo anunció Maurilia, excitada y con sus ojos azules más lindos que nunca.

—Llegó antes que el día, cuando la comadre de los tamales todavía nos regalaba su luz amarilla. Me dijo que le avisara en cuantico te despertaras. Voy en su busca.

Martina la detuvo.

—Por favor, todavía no. Debo tener un aspecto deplorable ¿Puedes dejarme un peine y un espejo? —Al contemplar su rostro reflejado en el pequeño trozo de azogue, no pudo contener una exclamación de desaliento.— ¡Qué horror de cara! ¡Estoy hecha un cadáver! — La nariz afilada, los pómulos saliente, los labios cuarteados y con algunos puntos de sangre reseca entre la piel rota... El cutis, curtido y áspero, no podía disimular el tono macilento causado por la oscuridad permanente de la selva y tantos días de enfermedad. Pero no escapó a su coquetería de mujer que el verde de sus ojos reflejaba tonalidades más claras y transparentes que de costumbre.

—¿No guardas un poco de tu aceite de semilla de zapote? —Preguntó a Maurilia.

—Ni modo ¿Puedo decir a Gudiel que venga ya?

—Yo iré a su encuentro. No es preciso que me vea aquí acostada. Ya no estoy enferma.

Maurilia la ayudó con gusto a bajar del tapexco y despacio, con la lentitud a que su debilidad le obligaba, la condujo hasta el lugar donde se

encontraba Gudiel, avisado ya de la visita de Martina.

El hombre interrumpió su plática con los compañeros y fue hacia ella despojándose, cortés, del quepis que cubría su cabeza. No aparentaba más de treinta años y bajo el uniforme militar se adivinaba un cuerpo musculoso. Sin ser alto, su estatura sobrepasaba la media de los de su raza. El pelo, lacio y de azabache, se alargaba más allá de la nuca. La piel era cobriza; las mandíbulas pronunciadas y la nariz elegante y aquilina. Los ojos negros, apenas oblicuos, se entornaban bajo los párpados prolongados en un leve pliegue, confiriéndole un enigmático halo que delataba su condición de indígena maya. El desencanto le hizo un áspero nudo en la garganta. Tosió hasta atragantarse. Se sintió ridícula y hasta temerosa de que el guerrillero advirtiera su decepción. Cuando Braulio Perujo o cualquier otro hablaban de Gudiel, nunca hicieron alusión a su raza y Martina lo había convertido en un hermoso ejemplar blanco. Hizo un esfuerzo por sobreponerse y sonreír. Cuando estuvo a su lado, el indio, quiché, habló dulcificando la severidad del rostro.

—Estamos felices de que vos se encontré ya bien. Llegó tan enferma que creímos con pena que iba a morir. —Sus ojos, serenos, apaciguaban la energía excesiva de sus rasgos. Pero la sorpresa estaba en la inesperada sensibilidad, en el armonioso movimiento de sus manos. Seguro que desde muy niño —dedujo— recolectó el café y desde entonces, sus manos se acostumbraron a la delicadeza con la que ahora se movían, la misma que empleaba para no dañar las ramas del preciado fruto. La forma de hablar era también educada y cálida. Volvió a detenerse en las manos de dedos largos y delgados. Sus caricias, para la piel de la mujer que las reciba —pensó— deben ser dulces y placenteras. Su decepción se disipó enseguida y en su fuero interno envidió a la hipotética receptora.

El campamento, camuflado en lo profundo de una quebrada, confería cierta sensación de seguridad, de base sólida en la que desenvolverse con relativa tranquilidad. El comando lo componía un grupo de diecisiete hombres, ninguno tan niño como los que formaban el de Braulio Perujo y Juan Higuera. El comandante Gudiel estaba asistido por un lugarteniente llamado Meme y dos hombres de confianza, Estanislao y Chepe. A los cuatro les veía poco. A diario salían a inspeccionar el terreno y sobre todo Gudiel, se ausentaba con mucha frecuencia, transcurriendo días enteros hasta que regresaba de nuevo. Entonces, sus ojos la buscaban con un interés a duras

penas disimulado y cuando la encontraban, creyendo no ser observado, se detenían en ella con un gesto de alivio al comprobar que seguía en el mismo sitio, pero sin hacer un movimiento de saludo o acercamiento. Su única deferencia se traducía en invitarla a cenar en su compañía; invitación que le llegaba a través de Meme, Estanislao o Chepe y el acto social se reducía a compartir con los cuatro hombres las tortillas y los frijoles, rociados con pimientos de cayena conservados en aceite, y que cada noche ponían fuego en la boca de Martina hasta llagar su paladar y su lengua. Al contrario de lo que ocurriera con Braulio Perujo, Gudiel no se interesaba por su procedencia, su vida o sus inquietudes. Tampoco parecía importarle su opinión sobre el movimiento revolucionario que estaban llevando a cabo.

Su única interlocutora era Maurilia, con la que daba largos paseos sin alejarse del campamento. Las pláticas versaban invariablemente sobre la naturaleza y las costumbres de su pueblo, y por más que intentó sonsacarle aspectos de la vida personal de Gudiel, no consiguió más respuesta que el silencio. Un día, la mestiza le anunció su marcha.

—En la noche, me regreso a la aldea.

—¿Por qué?

—Porque mi trabajo con la guerrilla se encuentra entre los campesinos. Aquí sólo me llegué porque me lo ordenó Gudiel. Quería que te cuidara. ¡Estaba tan asustado pensando que ibas a morir!

Martina escuchaba con escepticismo las palabras de su amiga.

—Sin embargo, apenas me habla y casi ni se dirige a mí. Es como si para él, yo no estuviera en el campamento.

—Tu presencia le inquieta y le cohíbe y eso hace que su boca permanezca cerrada, pero te observa y está pendiente de que nada te falte.

—Y eso ¿qué significa?

—Mejor como que le preguntás a él mismo. —Repuso seca, Maurilia.

—Creo que su actitud es más indiferencia que timidez.

—Sós injusta. Cuando llegaste rompida, tan enferma, muchas noches Gudiel veló tu sueño y lavó y curó las lastimaduras de tu cuerpo.

—¿Que él lavó mi cuerpo? —El pudor, recién estrenado, y el asombro, la hicieron enrojecer con intensidad. Tenía los ojos húmedos y un fuego interior ponía lumbre en su carne. Maurilia, no esperó a que le formulara más preguntas para aclarar las dudas de su amiga.

Cuando vos llegaste al campamento medio muerta, verdá pues que estabás federica, tan fea y sucia que casi no se distinguía si eras hombre o

mujer ¡Tan flaca, llena de lastimaduras y la cara hinchada de tanto como te comieron los zancudos! Aluego te sanaste y tu rostro cambió a más bonito y Gudiel no más, se enganchó a vos.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Ni jerónimo de duda. Todo el campamento lo sabe.

Recordó el color púrpura en las mejillas de la mestiza cuando Braulio, divertido por su azoramiento, le dijo que estaba enamorada del jefe guerrillero. No se atrevió a preguntar cuánto le dolía la nueva situación.

Llegada la noche eludió la cena con el pretexto de un fuerte dolor de cabeza. Confusa y excitada, se tendió en el tapexco sobre el que alguien había depositado una cobija nueva de vivísimos colores.

Un lejano rayo de sol filtrándose sin fuerza entre la espesura selvática, le hizo abrir los ojos y aún sin despabilar, comprobó la ausencia de Maurilia y también la del comandante. Ambos habían abandonado el campamento mientras ella dormía. El día se le hizo eterno a pesar de dedicarlo por entero a fotografiar el entorno; las oquedades de las rocas utilizadas para guardar enseres, armas y comida y, en ocasiones, incluso como refugio de los guerrilleros; primeros planos de “las patas rajadas” de los muchachos que, al no poder caminar, se habían quedado cuidando el mantenimiento de la base; las manos morenas y rotas del patojo preparando la masa de maíz para las tortillas; el comal de barro donde se cocían; los guacales, vasijas hechas del fruto redondo del guacal; las ardillas, las taltuzas y los mapaches que, confianzudos, bajaban hasta el campamento a comer las escasas sobras de los alimentos. Echó en falta a Angelito, ultimado con el resto de sus camaradas la noche que asaltaron por sorpresa el campamento de Juan Higuera. Ya no cocería las hierbas para curar a los camaradas heridos, ni amasaría las tortillas, ni ella sentiría la mirada rendida de sus ojos persiguiendo su cuerpo donde quiera que fuera. La garganta se le apretó por la pena de la ausencia del patojo.

Antes de que Gudiel regresara, pidió un par de tortillas para acallar el estómago que protestaba de tanto ayuno, y con la misma disculpa de una persistente jaqueca, se refugió en el tapexco, ocultándose bajo la cobija para no ver ni ser vista por nadie. Con la noche bien entrada, escuchó el regreso de los hombres; el ruido de sus botas y de sus comentarios a media voz; el movimiento de un lado a otro de los muchachos reclamando sus víveres. Una

diminuta marea humana rompiendo como pequeñas olas a orillas de sus emociones, confundidas y alteradas por un sentimiento creciente. Poco a poco, el silencio fue envolviendo el sueño de los guerrilleros y del campamento entero. Luego, pasado un tiempo, su entorno se colmó de vibraciones, conmoviendo su corazón invadido de una dulce ensoñación. Y no ya con las mariposas, sino con todos los colibríes de la selva agitándose en su estómago, intuyó la presencia del comandante quiché acercándose con cautela. Su voz, esperada y sobre todo deseada, la sobresaltó sin embargo, acelerando su pulso.

—Los muchás me dijeron que no más se encontraba enferma ¿Le sigue su dolor de shola? —Traía unas hierbas y un trapo empapado en agua.— Dejeme hacer. Esto la aliviará.— Con delicadeza, apartó la cobija que la ocultaba y despacio, con aquellas manos armoniosas que tanto la cautivaban, retiró el cabello de su frente, la cubrió con las plantas que despedían un suave aroma y con habilidad, apoyando la cabeza de la mujer en uno de sus brazos como si fuera a mecerla, las sujeto con el trapo mojado. A pesar de que el dolor era solo un pretexto, sintió una agradable sensación de bienestar.— Espero que para mañana se encuentre mejor.— Deseó el hombre. Y sin esperar sus palabras, se alejó con la misma cautela que había llegado. Solo con la difusa luz del alba, pudo Martina calmar su excitación y conciliar el sueño.

El despertar tuvo connotaciones amargas e inesperadas. Muy de mañana se deslizó, ligera, del tapexco y fue a bañarse a las heladas aguas de la laguna formada por un pequeño torrente. Frotó su pelo con las mismas hierbas que solía hacerlo Maurilia y se acicaló lo mejor que pudo para el encuentro mañanero con el comandante, si es que no se había ausentado. De regreso al campamento, encendido el ánimo y complacida en sí misma, quedó paralizada al escuchar unas risas de mujer. Se acercó con precaución, tratando de sorprender al cazador furtivo que se había colado en lo que consideraba terreno de su exclusiva propiedad. Junto a la tienda del comandante, a su lado y ante unas tazas de oloroso café, una mujer desconocida platicaba, desenvuelta, con el guerrillero. La sorpresa la dejó inmóvil a pocos pasos de la pareja. Gudiel, al verla, con evidente torpeza le hizo ademán de que se alejara y como ella siguiera pegada a la tierra, se puso en pié y fue a su encuentro, frío y protocolario. — Es Muriel Seldom —le susurró al oído, visiblemente agitado— una periodista americana que tenía

solicitada una entrevista hace tiempo. Ha venido para hacer un reportaje sobre el campamento. Así que, mejor se va. Necesito estar a solas con ella.— Como no se moviera, Gudiel, nervioso, la desplazó con brusquedad.— ¡Regrese a su tarea, muchá!— Le conminó con voz airada, volviendo junto a la periodista.

Ofendida y con los celos arañando su condición de mujer traicionada, se alejó mientras de soslayo trataba de averiguar cómo era la recién llegada. Una hembra joven de pelo castaño que, sin ser hermosa, no se le podía negar un gran atractivo, mostrándose segura y desenvuelta como si conociera al comandante de toda la vida. En la distancia que las separaba, la americana no se percató de su presencia o la confundió con un guerrillero más.

Desairada, se perdió entre la tropa con el sólo deseo de escapar lo antes posible y desaparecer para siempre de aquel lugar en el que de pronto, se sentía extranjera. ¿Quién era aquella mujer que invadía su territorio profesional y se adueñaba del comandante Gudiel, con un desparpajo que molestaba por lo confianzudo? ¿Acaso no era ella la primera periodista que había arribado al campamento, dispuesta además de a su trabajo, a dar la vida por la causa que los guerrilleros defendían? Esa circunstancia, si no le hacía merecedora de una medalla, si le otorgaba al menos el derecho a una mayor consideración por parte de Gudiel y a ser presentada a la americana, maquillada como si fuera acudir a un plató de televisión y ataviada con un sofisticado uniforme de camuflaje, que bien podía llevar la firma de cualquier afamado modisto europeo. Miró su ropa e imaginó su aspecto. Se sintió profundamente humillada. Como alma en pena deambuló por el campamento evitando, muy a su pesar, la cercanía de la tienda de campaña de Gudiel, hasta que encontró a Chepe ofreciéndole su ayuda en la tarea de enseñar a leer a los muchachos analfabetos; campesinos incorporados a las armas que sí hablaban castellano, pero que nunca tuvieron ocasión de acudir a una escuela. Sin apetito, compartió la comida con los ayudantes más directos del comandante, esfumado junto a la Seldom a no se sabía que misteriosos confines. Al final del día, los ojos le dolían de tanto buscar al quiché y a la periodista, a los que no había vuelto a ver en toda la jornada. Como un felino, acechó en la oscuridad esperando el regreso de la pareja, que no se produjo. Después de una noche de insomnio, Chepe, de forma no habitual en él, la invitó a que le acompañara a la aldea más próxima a recoger cierta información confidencial.— Está claro que quieren quitarme de en medio;

dejar el campo libre para que Gudiel se despache a gusto con esa intrusa, pensó con un profundo escozor en el pecho. Su dignidad le impidió hacer ningún tipo de comentario. Tampoco Chepe fue muy explícito en las horas que pasaron juntos y ninguno de los dos tocó el tema de la mujer americana. Cuando regresaron a la base, Meme les informó que la periodista ya se había marchado y que Gudiel la acompañó hasta dejarla en lugar seguro.

El comandante apareció tres días después. Traía provisiones, varios carretes para la cámara de Martina y lo más inesperado e insólito: un par de blusas junto a un jersey y unos pantalones, y algunas prendas íntimas para su uso personal, que la hicieron ruborizar una vez más. Demasiadas para alguien que como ella, tras tantos avatares, era difícilmente dada a la turbación.

—Estará muy linda así vestida. —La chica no había olvidado el episodio de la Seldom y no estaba dispuesta a zanjarlo con el chantaje de los regalos. No podía dejarle marchar sin pedir una explicación, aún a sabiendas de que no tenía ningún derecho a hacerlo.

—¿Por qué vino esa periodista americana y por qué impidió que ambas pudiéramos hablar? —El hombre no esperaba el reproche. Su rostro se puso serio al responder.

—¿Vos olvidás que sós una sindicada? Hubo un mal entendimiento con los compañeros de la Organización en la capital y, aunque estaba avisado de anterior, no la esperaba todavía. Ahora, son muchos los periodistas que quieren meter su cuchara en nuestras cosas. Estamos de moda. —Bromeó, cohibido.

—¿Y bien?

—Y bien ¿Qué?

—¿Por qué me ignoró delante de ella? No tuvo la delicadeza de presentarnos y se comportó como si yo no existiera.

—Martina, vos no habés comprendido nada. No conviene que nadie sepa su paradero. Si yo le digo a la periodista quien sós, ella habría dado la noticia a toda plana en su periódico y usted estaría no más en la pista directa de los judiciales que la creen en otro lugar muy distante de este. Mejor no correr riesgos hasta que podamos sacarla de aquí con garantía ¿Es ya suficiente explicación? ¿Necesitás más?

Se sintió avergonzada por el tono irritado que empleó el comandante al final de su frase.

—Perdone. Sé que no tengo derecho...

—Vos tenés derecho a todo, mi linda. Sós la primera dama de este

campamento. No se me enoje.— Y dando media vuelta, se alejó sin más comentarios.

Por la noche, el comandante y esta vez en persona, la invitó a cenar con ellos. Una velada especial en la que se encendieron los ocotes con su agradable olor a resina y liturgia. Comieron extraordinario de las provisiones conseguidas por Gudiel: fríjoles blancos con pescado seco, papayas envueltas en huevo y unas tortillas recién salidas del comal, calientes y muy tiernas. Hasta bebieron unos tragos de ron que Estanislao guardaba para las ocasiones, calentando los recuerdos familiares de los hombres.

—Parece como que estemos celebrando el resultado de una buena cosecha. —Sugirió soñador, Meme y, dirigiéndose a ella, preguntó.— ¿Cómo lo celebran ustedes?

—Yo soy urbanita — tuvo que reconocer— pero supongo que de la misma manera; reuniéndose la familia ante la mesa y poniendo en ella lo mejor que se tiene en la casa. En nuestro pueblo, existe poca tradición escrita y todo se basa en la transmisión oral, de generación en generación. Pero en el hecho de hacer fecundar la tierra entran en juego, además de la propia tierra, el sol y la luna, el agua, la mujer, las semillas sagradas, las ofrendas a los difuntos... La Tierra es percibida como la Gran Madre de los seres vivos y de modo especial, de los humanos. Ella acoge las semillas, las descompone y también las conserva ya que está dotada de salinidad —inmortalidad— Dicen que, en tiempos, se colocaba a las mujeres difuntas un puñado de sal sobre cada uno de sus pechos... Explicarlo todo nos llevaría la noche entera y estamos muy cansados para pasarla en vela, como a veces hacíamos mi padre y yo cuando me contaba estas cosas.

—¿En qué se ocupa su papá? —Preguntó, amable, Chepe.

—Ya murió. Trabajaba la piedra, sobre todo el mármol. Hacía ángeles y cruces para los difuntos.

—¡Qué lindo chambeo! Respetar y honrar a los muertos es la dignidad del hombre. —La afirmación salía de los labios de Gudiel.

—La dignidad, según en qué tiempo y circunstancias, se valora poco. — Respondió, lacónica, Martina.

—Eso sucede cuando los países y los hombres están en crisis. Individualmente, es un valor que nunca debe perderse y está en la misma condición de la persona.

Apurado el último trago, Meme, Estanislao y Chepe, se fueron a

inspeccionar las instalaciones del campamento; apagar el resto de los mortecinos ocotes y comprobar que cada guerrillero tuviera su mochila preparada para escapar sin dilación ante un caso de emergencia. Después, se retiraron a descansar. Todos dormían y el momento era propicio para el acercamiento. Martina preguntó.

—¿De dónde viene usted, Gudiel?

No respondió enseguida. Se diría que le costaba trabajo hablar de sí mismo. Al fin, evitando mirarla, se perdió en el soliloquio de su historia.

—Del pueblo. De un ranchito en el que juntar dos quetzales era una meta inalcanzable. Pero créame, no éramos pobres porque mis papás, campesinos, quisieron para sus hijos un destino mejor que el suyo. Tenían las ideas claras y la conciencia sabedora de que había que rebelarse y pelear. Primero, preparando a la gente intelectualmente y luego, si era preciso, con las armas. A mí el chance me deparó las dos cosas y estudié agricultura en la Escuela Centroamericana de Honduras. Un lugar para campesinos pobres. Trabajaba la mitad del día en el campo, y por la tarde y noche, estudiaba. Allí, como tantos otros camaradas, tomé conciencia de la explotación de multinacionales como la United Fruit Company, y de vuelta a Guatemala comencé a militar en el PGT, el Partido Guatemalteco de los Trabajadores. Con el tiempo fui adquiriendo responsabilidades políticas, lo que significó la persecución por parte del Gobierno. Cuando el acoso fue muy riesgoso, me integré en el frente guerrillero que se estableció en Izabal, cerca de Quiriguá, compuesto por obreros y campesinos, casi todos de la zona y ex mandos del ejército sublevados contra el presidente Ydígoras. Yo era entonces el único quiché. Ahora por fortuna, los indígenas se van integrando más. La conciencia reivindicativa va penetrando en ellos igual que la lluvia se filtra y hace fecundar la tierra.

—¿Lleva mucho tiempo sin salir de las montañas?

—Al principio hice una escapada a Cuba, donde permanecí instruyéndome en todo lo relacionado a las guerrillas. Vos sabés. Desde lo de Sierra Maestra, los cubanos son especialistas en estos menesteres.

—Y después de tanto tiempo ¿No está cansado ni tiene idea de dejar la lucha armada?

—No. Hay que combatir a los ricos y a las empresas monopolistas extranjeras; luchar contra los dictadores que se enriquecen mientras empobrecen más y más la tierra. ¿Sabés que en Guatemala, más de la mitad de la población vive en los niveles más bajos de pobreza, y que dos de cada

diez güiros mueren antes de cumplir los cuatro años? ¿Que más de dos tercios no tienen en sus casas ni luz ni agua, y que en las áreas rurales el 90% de los campesinos son analfabetos? Esa situación hay que arreglarla y tenemos que hacerlo nosotros los revolucionarios, ya que ningún gobierno quiere que el indígena aprenda, porque entonces dejaría de ser sumiso.

—¿No hay ni una posibilidad de solución política?

—Esa, aún tardará mucho en llegar y no será nuestra generación la que firme la paz en un despacho. Por desgracia, todavía hemos de padecer muchas penas e infinitos muertos.

—¿Perdió a algún ser querido en este tiempo?

—A mis papás. Les torturaron hasta morir por negarse a confesar dónde me encontraba yo. De mis otros tres hermanos tampoco he vuelto a saber nada, aunque es posible que sigan vivos... O, por contra, muertos

—Lo siento. Lo siento mucho.

—Ya pasó, mi amiga. No tenga pena.

En la oscuridad brillaban una infinitud de luciérnagas, minúsculas galaxias verdes y luminiscentes formando una esfera como la celeste, para ellos solos. —Otra noche fascinante, pensó Martina, contenta de sentirse viva y la ilusión de ser, Gudiel y ella, los únicos habitantes del cosmos encendido y rutilante, olvidados de la guerra, el dolor y las ausencias ¿Será verdad que Dios existe? Se preguntó en voz alta. La del hombre maya, sonó con la magia de lo irreal.

—No busque respuesta a su pregunta. El rostro de su Dios o el de los míos, no tiene relevancia. Lo espiritual trasciende siempre la frontera de lo religioso. Ahora, vos tenés el espíritu pleno de amor por las cosas que sus ojos miran y hasta por las que no ve, y eso le basta al ser humano para no perder la magia de la vida y contemplar en toda su dimensión la grandiosidad del mundo. Ocurra lo que ocurra, vos no debés perder esa perspectiva.

Percibía el olor de la piel de Gudiel tan cercano, que la suya propia se erizaba y estremecía, mientras una dulce tibieza calentaba su sangre siempre cálida con la proximidad del guerrillero que, inesperadamente preguntó.

—Y vos ¿Cómo es que aún no pidió que la regresemos a su país? Aunque ha peleado mucho por nosotros, esta no es su lucha y aquí ya fotografió todo cuanto podía fotografiar.

La pregunta fue un golpe bajo, un directo casi físico al estómago, que por un instante le cortó la respiración. En sus planes de futuro inmediato no se planteaba dejar la montaña. Ni en sueños contemplaba esa posibilidad. La

selva y la guerrilla eran ahora su paisaje, su familia. No añoraba otros y cuando por la noche caía rendida en su tapexco, no imaginaba despertar en un lugar distinto a la quebrada. Se inquietó pensando que quizá el comandante la consideraba una extraña. Un huésped no deseado.

—¿Quiere que me vaya ya?

—Los jefes de la organización en ciudad de Guatemala estiman, por estrategia, que este es el mejor momento para sacarla del país. Hicieron sus conectes y está todo preparado. Vos ya sufrió bastante.

—¿Y por qué no me preguntaron primero?— Otra vez los demás decidiendo su futuro sin tener en cuenta sus propios deseos.

—En estas situaciones, los deseos personales no cuentan. Esto es la guerra y en cada momento hay que hacer lo que más conviene a los intereses comunes. Los judiciales no la han olvidado y tienen un empeño fijo en capturarla.

—Dicho con más claridad; me he convertido en un peligro añadido para ustedes.

Gudiel negó varias veces con la cabeza. Se le veía entristecido y como azorado.

—Se equivoca. Usted no más ya ve que siempre estamos en peligro, pero la tomamos cariño. Vos hizo mucho por la causa y no es justo que vivá más tiempo en esta situación tan riesgosa.

—Diga sin miedo que soy un estorbo para usted. Lo entenderé.— Aún seguía furiosa por la reciente presencia de la periodista americana y temblaba esperando la respuesta del quiché. Pero el hombre ignoró su comentario y solo al cabo de un rato, formuló a su vez otra pregunta.

—Antes, cuando platicaba sobre los elementos que entran en juego a la hora de fecundar la tierra, habló también de la mujer. ¿Qué papel juega en la tradición de su Pueblo?

La chica no supo cómo interpretar el desvío de la conversación; si se trataba de una tregua o así daba por zanjado un problema cuya solución otros ya habían resuelto por ella. En la duda, prefirió responder con naturalidad

—En mi pueblo se vive un matriarcado. La mujer es el principio femenino representado por la luna, la tierra y las aguas. La Gran Madre. Por ello, se simboliza a la mujer en todo lo que es lunar, receptivo, protector, sustentador, penetrable... En estos símbolos profundos, los espacios corpóreos de la mujer están también asociados a la cueva, el jardín cercado, el surco, la nave... En algunos lugares concretos de mi tierra, a la hora de

sembrar el trigo, el maíz o los frijoles, lo hacen solo las mujeres que en torno a esos días tienen la menstruación o lunaridad más próxima.

—¡Qué hermoso todo lo que dice! ¡Cómo me gustaría abrir su puerta y entrar en su jardín cercado y quedarme en él para siempre!

El verde luminiscente de las luciérnagas se hizo más intenso y se multiplicó en infinitas constelaciones.

—¿De verdad quieres quedarte en mí?

—Con todas mis fuerzas.

La luna, en plenilunio, iluminaba la cabeza del guerrillero y ponía brillos plateados en su pelo de obsidiana. Tan cerca estaba de ella que Martina alargó sus dedos para tocarle y sentirlo real.

—¡Está hermosa la comadre de los comales, pero nunca tan linda como vos! —Dijo bajito y cercano el comandante. Martina cerró los ojos dejándose llevar por la musicalidad de las palabras y las caricias del quiché, e intuyó que a partir de esa noche sería para siempre la compañera de vida de Gudiel.

XXI

Fabio nació un año antes de que Cesar Méndez Montenegro fuera elegido presidente de Guatemala y la situación política empeorara en su país, como consecuencia de una más directa intervención de EE.UU., a través de una fuerte ayuda militar y financiera y el asesoramiento de una campaña contrainsurgente, perfectamente planeada. Tras el nacimiento, su madre estuvo a punto de morir a causa de unas fiebres puerperales que la tuvieron al borde de la muerte. El niño, vino al mundo con los mismos ojos oblicuos y negros del quiché y la piel de miel de su madre. El mestizaje lo engendró hermoso. Su pelo era colucho y del color de la panocha del maíz. La parturienta, abriéndose paso entre los pasillos púrpuras de la fiebre, recordó a su madre. Sus pecas y su pelo de fuego. Sonrió satisfecha por el parecido y volvió a caer en el sopor que le producía la infección puerperal. Fueron necesarias muchas hierbas medicinales, emplastos, brebajes, plegarias y ofrendas a los dioses, para que no traspasara la raya que separa la vida de la muerte y pudiera tener al hijo entre sus brazos. Pero el calvario no terminó con el goce de sentir el calor del cuerpecito de Fabio sobre el suyo. Como consecuencia de la infección, sus pechos — en los últimos meses de embarazo saturados de calostro— se quedaron secos para suministrar al niño el necesario alimento de la leche materna; un drama acentuado por la penuria de la guerra que padecían. En la aldea ya no quedaban ovejas para ordeñar ni mujeres en periodo de lactancia. Desde hacia tiempo, los hombres jóvenes luchaban enmontañados en la sierra y no bajaban para engendrar hijos con sus esposas. Gudiel, por primera vez enfurecido y rugiendo como el balam, juró a los vientos que si era preciso, iría a por una de sus hembras y la traería para que alimentara a su pequeño cachorro humano. Y así fue. Se desgarró los pies y las manos trepando las primeras ramas de los árboles al encuentro de los jaguares, rastreando las huellas de sus zarpas, afinando el oído para escuchar su gruñido y suplicar, uno a uno, su magnanimidad para que se la prestaran. Pero los felinos le dieron la espalda. Recabó entonces la ayuda del

coatí, el agutí y el tamanduá. Todos se apartaron con indiferencia. Emplazó a los dioses hacedores del mundo y de los hombres para que le ayudaran, pero nadie respondió a sus súplicas. Desolado, con las manos vacías, emprendió el camino de regreso y cuando esperaba encontrar a Fabio muerto, ahogado en las lágrimas del hambre, vio cómo los ancianos le esperaban a la entrada de la aldea, en actitud de serena bienvenida. Mientras él invocaba a los dioses, de las chiches morenas y prietas de Maurilia — que era virgen— brotó el blanco líquido salvador con que amamantar a Fabio. Un manantial de vida para que el niño de pelo colucho y apanochado siguiera viviendo. En la Comunidad, no se recordaba algo parecido y acabaron evocando a la mamá de Maurilia, la joven india pocomchi, que veinte años atrás llegara al pueblo, sin saber qué mano invisible la dirigió hasta el mismo, concluyendo que fue el destino el que condujo a la mujer hasta ellos para nacer a Maurilia, predestinada a amamantar al hijo de la pareja de guerrilleros.

Si bien el alumbramiento se produjo a muchos kilómetros de la tierra Quiché, el nacimiento estuvo acompañado del rito ceremonial de los nativos de aquel lugar, puros indios mayas, y dado el milagro producido en el cuerpo de Maurilia y a pesar de su juventud, fue ella la elegida como persona respetable, representando a la comunidad y considerada la segunda madre del recién nacido. La mestiza se ocupó de hacer para el niño la bolsita colorada en la que meter un ajo, un poco de cal, sal y tabaco y colgarla de su cuello para que tuviera chance. La placenta, la quemó Gudiel con las primeras luces del día. Lo hizo en el interior de un tronco de árbol para que las cenizas se encastraran en él y allí pervivieran en el tiempo. Junto al árbol, enterró el ombligo.

Al día siguiente, marchó de nuevo al campamento y Martina y Fabio quedaron al cuidado de Maurilia. Fabio, la piel lustrosa, los ojos despiertos y el cabello rizado cada vez más rojizo, respiraba pegado a las chiches de la joven mestiza, que se consumía a ojos vista, perdida la lozanía de su bonito rostro, taciturna, obsesionada con el niño que la reconocía con más alegría que a la propia madre, ya seriamente preocupada por la actitud de Maurilia y la devoción del pequeño hacia ella. Frustrada ante la imposibilidad de amamantarlo, comprobaba impotente cómo Fabio se encariñaba cada vez más con su madre de leche. A veces, contrariada por la inactividad y el tedio de la rutina diaria, débil aún por las décimas de fiebre que persistían, su cabeza

desvariaba.— Si creyera en Dios —se decía— pensaría que el cariño de Fabio hacia Maurilia, es un castigo divino por interponerme entre ella y Gudiel.— Y pasaba horas observando a ambos. El niño chiquito, sonriente, y la mujer apretando el pequeño cuerpo contra el suyo, mirando desconfiada a su alrededor, tensa y a la defensiva por temor a que alguien se lo arrebatara. — Tengo que encontrar el medio de apartarla de él, si no, dejará de pertenecerme.— Se desesperaba Martina, y cuando nadie la veía, invadida de una mística locura, apretaba sin compasión sus resquebrajados y secos pezones hasta hacerlos sangrar, pidiendo que también en ella se produjera el milagro de la leche con la que alimentar a su hijo. Al fin, sus pezones se infectaron y Maurilia tuvo que emplear a fondo sus conocimientos herbolarios para curarlos.

—¿Por qué lo hacés? —Le preguntó mientras se los lavaba con una cocción transparente como el agua y espesa como la miel. — Por mucho que apretés no sacarás nada, porque tus pechos están vacíos.

—¿Y por qué los tuyos, sin parir a Fabio, están rebosantes?

El rostro de Maurilia, cada vez más marchito, se iluminó para ser tan radiante como antes de nacer el niño. Sus ojos se hicieron más claros y con énfasis, repuso. — Pienso que algún dios de los míos, al verme sufrir, me poseyó la misma noche en que Gudiel y vos engendraron al niño, fecundando mis pechos para que me alegrara amamantando a tu hijo y me hiciera la fantasía de que era mío, pero no tengás pena, mi amiga. Sé que Fabio es tuyo y cuando no necesite de mi leche, volverá a tus brazos y yo seguiré contenta porque solo quiero el bien del patojito, el tuyo y el de Gudiel, así que no martiricés más tus pobres pezones. El niño conocerá bastante sangre sin que tenga que beberse la tuya.

—Me asustas ¿Por qué hablas así? —Preguntó inquieta.

—En Guatemala corren vientos que traen la presencia del dios de la muerte y a su paso, arrastra a las gentes que viven en ella.

—Dime si tienes alguna mala premonición...

El semblante de la hija de la india pocomchi y el comerciante alemán, se oscureció. Sus preciosos ojos azules se humedecieron y sus labios temblaron, pero al ver la expresión asustada de Martina, respiró hondo y trató de sonreír.

—Aún guardo un cachito de jabón del que mi papá regaló a mi mamá ¿Querés bañarte? El agua está fresca y limpia y tu cuerpo sentirá su caricia y te alejará la fiebre que aún te quema.

—¿Por qué no respondes a mi pregunta?

—Dormí tranquila y recuperé la fuerza. La necesitamos para que luchés junto a Gudiel por nuestra libertad.— Martina sintió el miedo adentrándose en sus venas, discurriendo por su sangre con lentitud, amenazando con paralizarse hasta dejarla inmóvil para cualquier tipo de acción o pensamiento. Conmovida, se abrazó a Maurilia deseosa de transmitirle el cariño que por ella sentía.

—Ni Gudiel ni yo queríamos hacerte daño. Es más, ignoro si él sabe que tú le amas.

—¡Oh, los hombres! —Exclamó irónica— Conocen únicamente lo que sienten ellos y a veces, ni eso. Nunca miran en el corazón de las mujeres ¿Sabés que los dioses, con su aliento divino, extendieron una neblina mágica sobre los ojos de los primeros hombres, de forma que sólo pudieran ver con claridad aquello que tienen muy cerca? Pienso que las mujeres somos para ellos “algo” muy lejano y que ni siquiera nos ven.

—Entonces ¿no te cortejaba ni fui yo la que se interpuso entre vosotros?

—No. Era amable conmigo y me obsequiaba, pero no me cantineó. Fui yo la que me enganché de él desde la primera vez que bajó de la sierra. No lo pude remediar, miya.— La mestiza comenzó a sollozar escondiendo su rostro en el cuerpecito de Fabio que se despertó, acompañando a Maurilia en su llanto. Martina no supo a quien consolar primero.

Gudiel se presentó en la aldea una noche y sin encender linternas ni ocotes, en voz muy baja, susurró a Martina— Los cuques andan merodeando muy cerca y es riesgoso permanecer en la aldea. Están arrasando la milpa de los otros poblados, cateando las casas y ultimando a sus gentes. Tenés que venir conmigo.

Primero se amaron en un reencuentro largamente anhelado por ambos y antes del alba, emprendieron el camino hacia el campamento. Con ellos iba Maurilia, silenciosa y agarrada al niño como una prolongación de su cuerpo.

En marzo del año de 1966, César Méndez Montenegro era elegido presidente de Guatemala con la ayuda —de buena fe pero errónea— de algunos de los responsables revolucionarios que llamaron a las gentes en su apoyo. Dos meses más tarde, tras una acción sofocante de acoso, cateos y masivas capturas de componentes de las FAR, veintiocho comunistas, entre

los que se encontraban varios conocidos activistas, eran detenidos, torturados y asesinados a manos de miembros de la policía y del ejército guatemalteco. En la madrugada del 2 de octubre, Turcios Lima, el máximo dirigente del movimiento guerrillero revolucionario, moría en un accidente de tráfico cuando su carro, un Austin Cooper deportivo, volcaba al salirse de la carretera. Una feroz campaña del ejército se desataba contra los insurgentes en el nordeste, reforzada por el nacimiento del grupo terrorista de ideología fascista denominado Mano Blanca, facción “independiente” del propio ejército. La brutal represión ahogaba, hasta asfixiar, al pueblo de Guatemala...

Varios grupos guerrilleros se dispersaron, desapareciendo, mientras los que resistían se diezmaban acosados por las fuerzas gubernamentales bien adiestradas, equipadas y dirigidas por los norteamericanos. El comando de Gudiel no escapó a la dramática situación y sus hombres fueron cayendo uno a uno, en sucesivas y sangrientas escaramuzas.

—Aquí, entre cuques y chontes nadie se encuentra seguro, mi linda. Temo por la vida del niño y por la tuya. Es necesario que vos vayás con Fabio y Maurilia, a una aldea que es todavía territorio seguro. He hablado con sus vecinos; me conocen desde güiro y cuidarán de ustedes. No está muy lejos, pero sí bien guardada dentro de la sierra.

Se opuso tajante a los planes de su compañero. —Enviaremos a Fabio con Maurilia. Yo me quedo contigo. Nada ni nadie conseguirá separarme de ti.

En tanto reflexionaban sobre la mejor decisión, unos camaradas trajeron el cuerpo agujereado a balazos de Meme, el lugarteniente de Gudiel. Llovía y hacía frío y el lugar se convirtió en un paisaje inclemente parecido al que precedió al día en el que los cuques asesinaron a los guerrilleros del campamento de Braulio Perujo. Recordándolo, Martina fue a refugiarse en los brazos de Gudiel, respetando su dolor, llorando sus mismas lágrimas y pensando en cuándo les llegaría el turno a ellos porque, a qué engañarse, la suerte estaba echada y de momento, las guerrillas revolucionarias no alcanzarían la victoria de la justicia y la igualdad por la que luchaban.

En el momento de despedirse, la mestiza ofreció el niño a los brazos de la reportera gráfica. Los cabellos de Fabio tenían ya un decidido color rojizo, recordando cada día más a los de la madre de Martina. La evocó despidiéndose en la estación de San Sebastián, cuando la enviaron a Madrid,

y entonces supo cuánto tuvo que ser su sufrimiento al separarse de ella. El mismo desgarró que ahora experimentaba viendo marchar a su pequeño hijo.

Gudiel, puso su mano de cobre sobre la cabeza del niño y sólo acertó a decir.— Te haré un barrilete de estrellas fugaces.— El güiro sonrió y dejó ver sus pequeños dientes como blancas piedrecillas colocadas de manera desigual en el camino rojo de sus encías.

Sólo el vacío que le dejaba el quiché cuando se ausentaba, era similar al que experimentaba por el alejamiento de Fabio, invadida por la tristeza que se extendía como una niebla espesa, cubriendo cuanto la rodeaba.

—No se me ponga triste, hija. Cuando se acabe este infierno la llevaré a Río Dulce, a ver las garzas blancas presumiendo entre los cormoranes negros. Iremos los tres y seremos una familia feliz y en paz, que se irá agrandando con más patojitos. Lindos güiros que se parecerán a vos.

Ambos sabían que esa paz no llegaría nunca para ellos, ni que alcanzarían las aguas templadas de Río Dulce en un mañana de fiesta. Y los días de lucha se sucedieron durante meses en una inacabable huida hacia delante, dejando tras de sí los cadáveres de muchos camaradas con los que combatieron codo a codo, y la certeza de que mañana serían ellos los próximos en caer junto a la cuneta de un camino que, de momento, no les llevaba a la libertad por la que peleaban. Con el presentimiento cada vez más arraigado, Martina veía, impotente, cómo los acontecimientos se precipitaban en un vértigo que los abocaba a un final trágico e inminente.

La noticia del asesinato, llevado a cabo por la organización Mano Blanca, de Rogelia Cruz, Miss Guatemala 1959, valiosa colaboradora de la guerrilla, cayó como una balacera a quemarropa entre los revolucionarios que aún resistían. Sus restos aparecieron abandonados bajo un puente con signos de una tortura cruel y vejatoria; la habían violado hasta la saciedad, cortado sus pechos y mutilado el cuerpo. Eran los mismos fascistas que hostigaban a los revolucionarios en el nordeste del país. Gudiel vivía aterrado por el destino de Martina, temiendo que pudiera ocurrirle lo mismo que a Rogelia Cruz. En los últimos tiempos, después de parir a Fabio, el nombre de la guerrillera extranjera se había hecho popular y era buscada con una orden especial, convertida en objetivo prioritario del ejército y las bandas fascistas paramilitares. Había pues, muchas posibilidades de que su mujer fuera la próxima en caer, dado que los terroristas les pisaban los talones.

—Mi linda, esta historia se está acabando y va a terminar muy mal. Siento miedo por lo que pueda sucederte. Tanto los militares como los

terroristas no dudarán en acabar contigo si te encuentran. Si yo me muevo ahorita, como que aún habría tiempo de salvarte de lo que ya parece irremediable. Tengo conectes que pueden sacarte del país. Dejame que lo intente no más. —Martina se tapaba los oídos y cerraba los ojos para no escucharle ni ver su rostro angustiado por ella. La respuesta era siempre la misma.

—Si hemos de morir, lo haremos juntos igual que hemos vivido en nuestro último tiempo, el mejor de mi vida. Contigo he tenido más de lo que podía soñar, así que no trates de arrebatármelo ahora porque no voy a dejarte ¡Te quiero tanto! — La mujer se abrazaba a él sin soltar el fusil ni su cámara de fotos, destrozados los pies, cubiertos por el lodo y los bichos, herida su carne por las mordeduras de las alimañas que en la noche les atacaban impidiéndoles dormir, lanceada por un miedo cada vez más imposible de dominar.

Sin reponerse de la conmoción que supuso la muerte de Mis Guatemala, a punto de emboscarse aún más en lo intrincado de la jungla, llegó Estanislao, que llevaba varios días desaparecido. El rostro demudado, los ojos húmedos y la boca sacudida por la pena, pidió a Gudiel hablar un momento con él en un aparte. Los dos hombres caminaron un trecho platicando en voz baja. Por sus gestos, Martina supo que algo muy grave y cercano a ellos había sucedido. El quiché, volvió su rostro desenchajado hacia ella.

—Han atacado la aldea donde están Fabio y Maurilia.

El grito de la mujer no fue escuchado por nadie. El dolor y el espanto impidieron que traspasara los límites de su garganta.

Anduvieron sin descanso un día y una noche, sin hablar ni comer. Sin saciar su sed ni tomar precauciones contra los cuques. Acompañados por los gritos de los monos aulladores y el trinar de los pájaro. A medio camino, cuando el sol estaba en su cenit, en lo alto del cielo se recortó, mayestática, la silueta de un quetzal de extraordinaria belleza, con su pecho de brillantísimo color rojo, su plumaje verde tornasolado y su cola de más de un metro de longitud.

—Es un kukul —señaló, agitado, Gudiel— el ave símbolo de Guatemala y el nahual protector de los grandes jefes mayas; él les ayudaba en las batallas y cuando uno de ellos moría, también moría el kukul.— Se detuvieron para contemplar el vuelo del ave considerada como la más hermosa de la

naturaleza. El pájaro, en armoniosas espirales, fue ascendiendo y ascendiendo con las largas plumas de su cola ondulante, igual que un barrilete. El ave siguió surcando el aire cada vez a mayor altura y cuando solo era un punto luminoso en el azul del cielo, plegó las alas y se abalanzó hacia ellos como si una flecha invisible lo hubiera atravesado y herido de muerte, desplomándose a sus pies con asombrosa exactitud. El comandante palideció y Martina, tentó el cuerpo del hombre por ver si seguía conservando el calor de la vida.

—¿Te ocurre algo?

—No —Por sus mejillas se deslizaron, en silencio, unas gruesas lágrimas con el color de la sangre.

—¿Por qué lloras entonces?

—Quizá nuestro hijo estaba llamado a ser un gran jefe y el kukul que ahora está muerto a nuestros pies, fuera su nahual...

—¿Quieres decir que Fabio ha muerto?

Gudiel calló, y tomando a su esposa de la mano, corrieron con el dolor que produce el desgarrar de la carne arrancada en vivo. Los monos aulladores y los pájaros habían enmudecido. Poco antes de llegar a la aldea, un hedor insoportable mancillaba el viento y cortaba la respiración. Imaginando lo que les esperaba, el indio quiché, sugirió.

—Mejor vos os quedás aquí y yo me regreso con el patojo y con Maurilia. —La mujer le miró con los ojos vacíos, ignoró sus palabras y siguió corriendo tras él. Según se acercaban, el zumbido de las moscas apagaba cualquier otro sonido.

La desolación hirió sus ojos arrasados de espanto. Las casas habían sido destruidas por el fuego y entre los restos de los palitos mortecinos, aún salía un débil humo blanco que envolvió la memoria de Martina, recordando el humo de los rastrojos quemados por un casero en el monte Ulía, la tarde en que conoció a la niña de las trenzas. La odió por profanar el recinto sagrado del pensamiento, ahora perteneciente tan solo a su hijo. El grito salvaje de Gudiel puso en movimiento la fauna de la selva y reavivó el dolor de todos los muertos de Centroamérica a manos de la injusticia. El quiché, abatido, escondió la cabeza en el pecho de su esposa. Tenía el rostro helado y su respiración era un estertor. Se produjo aquello que Martina llamaba el tiempo inmóvil, la naturaleza estática, en suspenso su ritmo vital y ella atrapada en el silencio pavoroso de la soledad más absoluta. Sin moverse, vomitó lo poco que tenía en el estómago. Los campesinos que habían permanecido en la aldea, mujeres, niños y viejos, yacían hacinados, descompuestos y casi por

completo devorados por las alimañas y las moscas que, en enjambres, los cubrían de querezas hasta sepultarlos. En el centro de la plaza, el cuerpo desnudo de Maurilia se exhibía impúdico, con las piernas abiertas. Entre los muslos, encajada bestialmente en su sexo, la cabeza cortada y pelirroja del pequeño Fabio. Ninguno de los dos, mutilados sin piedad y después de varios días de haber sido asesinados, presentaba signos de descomposición. Un milagro que pasaría a engrosar la leyenda del pueblo. La joven y el niño fueron respetados por las moscas, los zopilotes y las zarigüeyas, que no se atrevieron a profanar sus restos.

Esa noche, sin otro refugio que las estrellas, rodeados de cadáveres significando la derrota de la libertad y la justicia, Martina y Gudiel fueron sorprendidos por los chontes. Entre palmas de manaco y espinos, hacían el amor desesperada, apasionadamente, buscando con necesidad urgente engendrar otro hijo que les devolviera en parte a Fabio y perpetuara en su sangre la pasión indestructible de ambos. Fue una ráfaga breve y seca, cuyo eco repetido se fue difuminando en la distancia. Después, solo quedó el silencio.

Amanecía cuando, con gran esfuerzo, Martina pudo entreabrir los ojos. Cerciorarse —desconcertada— de que aun vivía y contemplar con espanto cómo el cuerpo de Gudiel reposaba todavía sobre el suyo, desnudo y rígido. Sus ojos negros, abiertos en un gesto de asombro eterno, hundidos en el vacío y contemplando el cuadro sin marco de la nada hasta el final de los tiempos. La sangre del cuello del guerrillero, atravesado desde la nunca por una bala, había salpicado su cara y su pecho. Un dolor intenso, como una cuchillada larga y perpetua atravesando su hombro izquierdo, la hizo perder el conocimiento y unos segundos antes de sumirse en la inconsciencia, notó cómo la misma energía que la rescató en Tikal, la elevaba y se la llevaba tan lejos que tuvo la sensación de que Guatemala nunca había existido. El dolor infinito que experimentó ante esa idea, la hizo saber que la guardaba entera y habitada en lo más profundo de su ser, y solo entonces se dejó llevar sin resistencia por los inéditos caminos de la ausencia.

XXII

La tormenta desencadenó una lluvia violenta de gruesas gotas que, como globos, estallaban en el pavimento recalentado de las calles de Madrid, provocando una alfombra de vaho y un penetrante olor a brea. Las dos mujeres la acogieron impasibles, sin hacer un gesto por guarecerse de ella.

—Llueve con la misma furia que en Guatemala. —Musitó Martina, el cabello y la blusa, empapados y su hombro despierto, rugiendo por la agresión de un profundo pinchazo, como sucedía siempre que la atmósfera se cargaba de humedad. Ana no la escuchaba.

—Subamos a casa. Nos estamos mojando y necesito que me cuentes qué ha sido de tu vida en estos veinte años.— Martina la miró con indiferencia. Un repentino cansancio la invadía más allá de lo físico, le llegaba al alma, se instalaba en ella y anulaba cualquier gesto de defensa deteniendo el impulso de la huida. La tortura del hombro arreciaba como la lluvia. A su pesar, el desamparo y la necesidad de cobijo para la soledad abrumada, la hicieron ceder y aceptar la invitación.

Unas humeantes tazas de café y un respetuoso silencio, acogieron el largo relato de la reportera gráfica y solo el amanecer puso punto final a la azarosa historia. Los ceniceros repletos, la voz rota por el esfuerzo y el dolor abierto por lo rememorado. El cansancio la había envejecido y su rostro demacrado acusaba sin disimulo la larga vigilia y la tensión acumulada. Ambas permanecieron calladas, perdidas en la memoria lejana y común enlazando con la más reciente y trágica vivida por Martina.

—Las fotos de tu hijo muerto junto a la mestiza, las pude ver en algunas revistas extranjeras. Eran espeluznante —Comentó Ana, con las palabras quebradas por el recuerdo de las dolorosas imágenes— Cuando las contemplé sufrí mucho pensando en la madre, sin imaginar que fueras tú. Con ellas ganaste el premio internacional de fotografía más prestigioso del mundo y todos admiramos la serenidad, el coraje y la sangre fría de la mujer que fue capaz de plasmar, en un reportaje único, cada secuencia del feroz salvajismo

del que había sido víctima su propio hijo, pero nadie dijo que eras española y no identifiqué tu nombre.

—En la profesión he firmado siempre con el que adopté para entrar en Guatemala. Emilia Parrondo.

—¡Cuánto has debido sufrir! —Conmovida, la envolvió en un cálido abrazo besando sus mejillas con unos besos sonoros y húmedos, casi infantiles.— ¡Qué años tan terribles y qué valiente has demostrado ser! ¡Tanto o más que tu Guerrero del antifaz! —Exclamaba, sinceramente admirada de las hazañas y entereza de su amiga, como cuando eran niñas.

Martina dirigió su mirada a los ventanales del salón, comprobó la hora en su reloj y advirtió, inquieta, cómo la luz tenue del nuevo día entraba por ellos filtrando los primeros rayos de sol. Las palabras de Gudiel, sonaron repetidas muy cerca de su oído.— Si ves amanecer un nuevo día junto a ella, ya no podrás apartarte de su lado.

—Debo marcharme... —Sus ojos estaban apagados y su rostro carecía de expresión, como si se hubiera quedado hueca tras evocar su historia. Pero no se movió.

—¿Quién te sacó de Guatemala?

—Todavía lo ignoro, pero fue la misma energía que me rescató de la selva Tikal. Más tarde, unos campesinos me tuvieron oculta hasta que curé de mis heridas; la más grave fue la del hombro, roto por la misma bala que mató a Gudiel. Hasta en eso estuvimos unidos. Cuando me encontré recuperada, me escondieron en Mexico. Allí la gente se movía a niveles intelectuales más altos. Dirigentes del movimiento revolucionario se ocuparon de mí, proporcionándome la documentación necesaria para salir de la clandestinidad. Esta vez me convertí en Norma Suarez, ciudadana argentina, dedicada al negocio de las editoriales. Estuve en Mexico unos meses, trabajando día y noche en mis fotografías para ver de aliviar la pena por la muerte de los míos.

—¿Lo conseguiste?

Negó con la cabeza.

— No. Todos siguen vivos en mí; Gudiel, Fabio, Maurilia, Angelito, Braulio, Perujo... Guatemala entera respira en mi aliento. Pero por favor, no me hagas hablar más del tema. Me aflige demasiado.

Ana respetó su deseo por unos minutos. Sirvió más café y volvió a la carga movida no solo por la curiosidad, sino también por la necesidad de retenerla a su lado.

—¿Me gustaría tanto saber cómo me localizaste!

Apuró el café de su taza y sonrió con cierta nostalgia.— Esa ya es otra historia y no tengo ganas de platicar. No puedes imaginar hasta qué punto me siento cansada.— No quiso confesar que además, el dolor del hombro le atormentaba despiadadamente.

—¿Quieres acostarte? Puedes dormir todo el día si lo deseas. No te molestaré.

—Prefiero irme.

—Eso no. No permitiré que te vayas. Creo que tengo derecho a saber cómo me encontraste y no puedo esperar a otro día.

—No habrá otro día. Me marcho de nuevo.

—¿No será a Guatemala! —Grito, alarmada— Ahora mismo viven allí un tremendo caos y te atraparían en cuanto llegaras. Las FAR, han secuestrado y ejecutado al embajador alemán; cada día surgen nuevos grupos de terroristas fascistas y para colmo, Honduras y El Salvador se han enzarzado en una guerra con el absurdo pretexto de no sé qué historias de un partido de fútbol ¡Todos están locos en Centroamérica!

—Están tan cerca de la calamidad, que la calamidad es su vida —apuntó, comprensiva— Quizá por eso añoro tanto lo que dejé atrás...

—Destrucción y muerte es lo que dejaste y no encontrarás otra cosa. Nada vuelve a ser como la primera vez. Han quedado demasiados muertos tras de ti y nunca se repiten las emociones ni las personas que las propiciaron. El pasado, en sí mismo, no tiene solución...

—Pero no se puede ignorar. Pesa y es lícito indagar para encontrar sentido a lo que nos hizo sufrir y así, justificarlo ¡Tanto tiempo en Guatemala!... A menudo pienso que mi existencia ha estado llena de despropósitos. Carambolas absurdas que me han llevado a vivir una vida que, por insólita, ni yo misma me la creo ¡He tenido tantos nombres que, a veces, me cuesta recordar el mío verdadero!

—Ahora ya estás aquí y poner de nuevo tu vida en peligro no te devolvería nada de lo que perdiste en medio de tanta violencia.

—Mis raíces más recientes están en Guatemala....

—Tú no tienes raíces. Te las arrancaron de niña.

Martina, nerviosa, encendió un cigarrillo que apagó aun antes de responder. El tabaco le sabía mal y sentía la boca amarga. El café, la vigilia y la larga plática habían embotado su cabeza.

—Algo así vino a decirme Andrés Iriarte el día que nos despedimos,

cuando volé a Centroamérica ¡Dios, qué joven me sentía entonces y que vieja ahora, cuando sólo han pasado seis años!

—¿Has vuelto a verle?

—Sí, claro, aunque no con demasiada frecuencia. Se casó de nuevo y, digamos que prefiero no interferir. Su vida emocional está equilibrada y no sería justo que yo entrara otra vez en ella.

—¿Sigues enamorada de él?

—Nunca dejaré de quererle. Ni a él, ni a Gudiel, pero es ya otra clase de cariño. Ahora es todo tan distinto, tan nuevo y tan inesperado... Nunca llegué a pensar que me encontraría con la misma patoja de hace veinte años y con ella, mi propia realidad. Estoy tan confusa que, por primera vez en mi vida, me siento perdida. Cuando mis compañeros revolucionarios me llevaron a Mexico y me pusieron a salvo, estuve segura de que no regresaría a Guatemala considerando que mi misión allí, sin ninguno de mis seres queridos aguardándome, había terminado. Y ahora...

—Ahora ¿Qué?

—Ahora, la beligerancia también ha surgido en mis sentimientos. Otra clase de violencia a la que no estoy preparada para hacerle frente ¡Estoy tan cansada! Creo que lo mejor sería regresar y tratar de ayudar desde la retaguardia. Buscar el diálogo y a través de él encontrar una solución que nos llevara a todos a una paz justa.

Sus miradas se encontraron sin que ninguna de las dos fuera capaz de mantenerla. Se abrazaron.

—¡Cómo siento causarte tanto dolor!

—Déjame marchar. —Rogó Martina, preocupada por su tono de súplica.

—No es justo. Tengo derecho a saber cómo me has localizado. Te estoy buscando desde que tenía doce años...

—¿Y qué crees que he estado haciendo yo? Pero el permanecer juntas no es bueno para ninguna de las dos.

—De eso podremos hablar en otro momento. Ahora, dime quién te ha conducido hasta mí ¡Me muero por saberlo!

En sus proyectos de futuro, Martina, lo único que tenía claro era la defensa a ultranza de su libertad, así que decidió desvelar el origen que había propiciado el reencuentro. Cuando lo hiciera, si Ana quería, ya no se sentiría tan sola puesto que podría ir en busca de su madre y entonces ella se iría de su vida con las cuentas pendientes, saldadas.

—Tu madre —soltó sin ambages— Ella me dijo dónde vivías.

El rostro de Ana se tornó en el de una extraña. Perdió el aire lejanamente infantil que la caracterizaba y la boca, adulta, se contrajo crispada y dura. Tardó en reponerse de la sorpresa que le produjo la inesperada revelación. Martina sintió —igual que de niña— una gran ternura por ella.

—Ni siquiera sabía que aun existiera... —Musitó

—Pero Mercedes sí sabe que tú vives. Conoce muy bien todos tus pasos. Que te hiciste médico y que te ibas a casar con un tal Miguel Salvatierra, ese que hizo que te ajumaras hasta casi reventar. —Dijo socarrona, en un intento de suavizar la tensión del momento.

—¿Dónde la encontraste?

—En México. En la península de Yucatán. En la ciudad de Mérida.

A Ana se le llenaron los ojos de lágrimas y de nuevo su mirada recobró la inocencia de la infancia, igual que cuando se quedaba expectante ante las palabras siempre sorprendentes de su chiflada y casi desconocida amiga.— Ven, acércate —cuando la tuvo a su lado, arrepentida de la brusquedad de su confesión besó, fugaz, sus labios. Hizo que se apoyara en su pecho y la rodeó con sus brazos.— Te voy a contar otra historia, aunque por fortuna para ti, mucho más corta y menos triste.

XXIII

MERIDA, JULIO, 1969

Por primera vez después de seis años, Martina Baztarrika caminaba por las calles en absoluta libertad, sin sentirse perseguida o espiada; sin sobresaltarse al menor ruido producido tras ella, ni mirar con cautela en todas direcciones antes de iniciar un movimiento. El resultado era un tanto extraño. Los viales —aunque ahora transitara por el área antigua de la ciudad de Mérida— se le antojaban demasiado anchos, excesivamente abiertos; espacios rectilíneos y despejados en los que, esconderse, en caso de necesidad, sería tarea hartamente complicada. Una sensación de ingravidez la hacía caminar en un suave zigzag, como si estuviera ebria. Siempre con su cámara al hombro, paseaba sin prisa deteniéndose ante los escaparates, los puestos de dulces o de artesanía, consumiendo su tiempo —todo el tiempo del mundo— en un exceso al que no estaba acostumbrada y que le pesaba en la conciencia como un derroche que interfería la dinámica de su habitual actividad.

Llevaba pocos días en Mérida, a la que llegó huyendo de una ruidosa Ciudad de México, agobiada por la muchedumbre, las avenidas interminables, los niños pedigüños, la polución irrespirable y los amigos nuevos —casi impuestos— apuntados por la organización política que la sacó del atolladero de Guatemala y que al parecer no quería prescindir de ella, empujándola a círculos de conspiración que Martina, fuera de su país de adopción y tras perder lo que más amaba, no deseaba frecuentar. Con el último suspiro de Gudiel, se acabó la activista. La lucha, de momento, ya no le correspondía a ella. Estaba demasiado rota, demasiado herida; fatigada en extremo y sobre todo, estéril para cualquier sentimiento que no fuera el del dolor. En la última noche de amor con el comandante, habían engendrado un nuevo hijo que se desangró, hasta diluirse, en el itinerario tortuoso y clandestino a través de la selva Lacandona, por la que huyó para llegar a

Mexico. Un hijo de Gudiel creciendo junto a ella habría dado sentido a su vida. Pero, perdido el último aliento del hombre que más había amado, sólo se quedaba a sí misma y no se consideraba motivo suficiente para seguir peleando. Así que un día, sin previo aviso ni despedirse de nadie, sin fuerza para regresar a Madrid, tomó un avión y huyó hacia la calma de la ciudad de Mérida. Necesitaba perderse en sus atardeceres, al abrigo de sus albarradas blancas, mecerse en la contemplación nostálgica de sus casas antiguas cuando el aire se preñaba de cantos y olores viejos y los patios, de herencia hispana, se poblaban de fantasmas coloniales y aromas de ultramar; discurrir despacio por las calles estrechas y recoletas, entre el sonido acompasado de los cascos de los caballos tirando de las calesas. Confiada y en paz, calmando la sed con el lujo barato y delicioso de una horchata de arroz o un licuado de frutas en cualquier puesto callejero, y respirar el aire limpio, ajeno al olor dulzón de la sangre recién violentada.

Sin lograrlo, trataba de llevar su pensamiento a otros paisajes, suplir las desgarradoras imágenes de Fabio y Gudiel muertos, por la de los niños jugando en los parques y los hombres y mujeres caminando por el plácido devenir de la vida en Mérida; sedar las heridas de las ausencias definitivas y acostumbrarse a vivir sin ellos, mientras el objetivo de su cámara se detenía —contra su voluntad— en todos los patojos de edades parecidas a la que ahora tendría su único hijo. Anochecía y el ambiente, bajo la luz incierta del crepúsculo, adquiría cálidos y variopintos tonos. Con la complacencia olvidada de otros tiempos, observaba cómo los meridianos, concluida la jornada de trabajo, salían de sus casas animando paseos y jardines. De algún lugar cercano llegaban los acordes de una orquesta. Por inercia, se dejó llevar hacia el paraje de donde procedía la música y arrastrada por la gente, desembocó en el parque colonial Los héroes de Santa Lucía. Una placita de arcos de medio punto, peanas con los bustos de músicos como Ricardo Palmerín, Guti Cárdenas o Cirilo Baqueiro y un tablado de madera en el que músicos, cantantes y rapsodas, entretejían de arpegios y poemas la historia pasada y actual de la ciudad de Mérida. Enseguida el ojo curioso de su cámara, necesitado de imágenes que no chorrearan sangre y muerte, fue captando con su objetivo todo lo que le ofrecía uno de los más románticos rincones de Mérida... hasta detenerse en una dama de aire distinguido y cabello blanco. Pese a la edad, conservaba en su rostro vestigios de una belleza singular. La luz repetida del flash también había atraído su atención y a su vez, la observaba con interés y gesto amable. Cuando se encontró con

sus ojos, tuvo la sensación de haberlos visto con anterioridad, guardados en algún lugar lejano de su memoria. La mujer, con una leve interrogante en su mirada y una sonrisa de espontánea simpatía, tampoco los apartaba de Martina. Sin embargo, había algo en ella que la coartaba. La sensación de que la anciana, desde su apacible serenidad, la contemplaba desnuda e indefensa. Para disimular la turbación que le producía, siguió tomando secuencias de la plaza. El escenario se encontraba ya invadido por los componentes de la Orquesta Jaranera del Ayuntamiento, iniciando los primeros acordes de la melodía “Yucaltepén”, de claro origen maya, previamente anunciados de manera solemne por el presentador del espectáculo, exquisito y elegante dentro de un terno de corte europeo. Dos viejos árboles de guaya guardaban celosos el ancestral sabor de la tonada, tomándola entre sus ramas como brazos y meciéndola en el recogimiento de la noche. Para no volver su mirada a la dama, se obligó a distraerla con los vendedores de abanicos de sándalo y el de los dulces típicos que, con habilidad circense, llevaba sobre su cabeza la bandeja de almibarada mercancía; merengues, mazapanes, dulces de tamarindo y coco... Un rapsoda subió al escenario y con voz pastosa de barítono profundo, colgó, de la leve brisa que corría a hurtadillas entre los espectadores, las palabras del poeta Ricardo Mimenza en su “Canto Mérida” ***“Ciudad blanca y riente/ yo no sé tus secretos/ pero sí han sorprendido mis oídos discretos/ la canción de los años de tus arcos de piedra...”*** Rubén Darío, redivivo, derramando la influencia de su rima en la piel amada de Centroamérica.

Tras los aplausos, sus ojos, sin quererlo, buscaron de nuevo a la señora que seguía sin apartar los suyos de ella. A su lado, en una silla de ruedas, un anciano presenciaba el espectáculo con la indiferencia de una mirada perdida y húmeda, extraviada en quién sabe que lejanos confines instalados más allá de la consciencia; el gesto torcido, congestionado y endurecido el rostro en una mueca petrificada por una hemiplejía. Ninguno de los dos, por su aspecto, parecía mejicano pero la seguridad fluyendo de cada uno de los movimientos de la mujer, delataba un profundo conocimiento del lugar y el dominio absoluto del ambiente en que se hallaban. Ocupaban un lugar de privilegio y de continuo eran saludados por gentes que, dado su porte distinguido, debían ser importantes personajes de la ciudad. Finalizado el espectáculo, cuando los concurrentes se fueron dispersando hasta dejar la plaza vacía, un chofer uniformado apareció con premura, empujando la silla de ruedas del parapléjico al que introdujo en la limusina que esperaba. La

señora también desapareció en su interior, no sin antes dedicarle un último gesto singularmente amistoso y Martina, se sorprendió a sí misma levantando su mano en un ademán de despedida ¿A quién le recordaban los ojos de la mujer? Es más, si no fuera una locura, habría arriesgado la idea de que bajo el rostro del hombre, desfigurado por la vejez y la enfermedad, se escondían unos rasgos también familiares aunque muy remotos. Aquellos ojos...

Dos días después, paseando por la avenida Pérez Ponce, de una magnífica mansión con el sello arquitectónico del periodo del porfiriato, vio salir a la señora del parque de Los Héroes de Santa Lucía. Distraída como iba contemplando las fachadas de las casas, a punto estuvo de tropezar con ella. En esta ocasión la dama caminaba sola. Llevaba un sencillo vestido blanco de hilo y protegía su cabeza de los rayos del sol con una delicada sombrilla, cuajada de blonda del mismo color. Aún desde la delicadeza de su figura, desprendía una vigorosa energía mezclada con una natural elegancia que sin querer, la hacía algo distante y altiva. Al reconocerla, la mujer pareció alegrarse.

—Buenos días. —Dijo como si la conociera de siempre. Su acento no era mejicano.

—Realmente buenos. —Repuso, agradecida por la oportunidad de hablar con alguien.

—Como dicen aquí en Mérida, es usted peregrina ¿Verdad? —La fotógrafo, que no esperaba el encuentro y mucho menos el diálogo, asintió con la cabeza.

—Soy española. De San Sebastián.

—De San Sebastián... —Martina creyó percibir una ligera sombra en su expresión, un fugaz gesto de nostalgia que al desaparecer, dejó una huella de años en la piel de su rostro aún terso y como transparente— Ya me pareció usted española cuando la vi la otra noche en Santa Lucía, pero su aspecto tan flaco, su forma de vestir tan diferente a como se acostumbra allá, me despistaron un poco.— Siguió caminando con un grácil trotecillo. La joven hubo de apresurarse para acompasar el paso al de su interlocutora.

—Es que vengo de un país cercano a este —se justificó— He pasado allí varios años en condiciones, digamos, un tanto precarias.

—Me llamo Mercedes. Mercedes Castrillo de Iniesta. —Al igual que la noche en que se vieron por primera vez, tenía la mirada fija en ella y sus ojos la recorrían casi con descaro, como si buscara algo que le descubriera su identidad sin necesidad de que le fuera revelada. Le tendió la mano blanca,

llena de pequeñas manchas oscuras.

Martina dudó antes de presentarse. Lo de tener tantas identidades, era un asunto que con frecuencia la ponía en el compromiso de decidir con imprudente rapidez con qué nombre se daba a conocer, sin saber ya cuándo decía la verdad y cuando no. En ambos casos, siempre tenía la sensación de estar mintiendo.

—Yo soy Martina Baztarrika.

—Me había parecido usted otra persona —comentó con una leve decepción en el timbre cadencioso de su voz— No quisiera ser indiscreta, pero yo he visto su cara en algún medio de comunicación con otro nombre ¿No es usted la fotógrafo que ha estado en la guerrilla y cuyos reportajes gráficos han conmovido al mundo entero?

Una ligera taquicardia la sacudió por dentro. Otra vez dudó antes de hablar.

—Sí —Respondió escueta, asustada de la facilidad con la que la mujer la había identificado. La señora percibió su inquietud.

—No se preocupe. Aquí el tiempo parece haberse detenido y la gente es tranquila, apacible y discreta. No podía haber elegido un lugar mejor para pasar desapercibida. Lo que ocurre es que soy bastante intuitiva y me gusta estar al día. Cuando le entregaron el Premio Internacional de Fotografía, la vi en un programa de televisión y soy buena fisonomista. Le diré que me encanta la gente rebelde y extraordinaria como usted. La juventud que lucha por unos ideales. La otra noche en el parque, al verle manejar continuamente su cámara, tuve la corazonada de que se trataba de la valiente mujer que había merecido un premio tan importante. Créame que le admiro profundamente.

Callaron y durante un trecho caminaron en silencio. El perfume de las madreselvas trepando por los muros que guardaban las mansiones de miradas indiscretas, embriagaba el aire templado de la mañana meridiana. La señora se detuvo y sin ningún recato, preguntó.

—Pensaré que soy una mal educada, pero ¿puedo saber su edad?

Era la pregunta que menos esperaba. Tardó en responder.

—Acabo de cumplir treinta y dos años.

La anciana, apartó al fin su mirada de ella para dirigirla al interior de sí misma, hasta desentenderse de su presencia inmediata, lo que desconcertó un tanto a Martina. Cuando creyó que ya nunca escucharía el sonido de su voz, Mercedes Castrillo habló como si se estuviera confesando.

—No se lo he dicho. Yo también soy española y vivo en Mexico desde que terminó la guerra civil. Desde entonces no he vuelto a España y ¡Cómo la añoro!

La invitó a almorzar al día siguiente y Martina, acudió a la cita nerviosa y un poco inquieta; con la sensación ya conocida de cuando su percepción le anunciaba que algo extraordinario estaba a punto de suceder. Como obsequio, le llevó una foto ampliada de Maurilia con Fabio en los brazos, aferrado a la vida que suponían sus oscuros pezones; la mirada del uno puesta en el otro amorosamente. Una pequeña obra de arte merecedora de más de un premio, amada y rechazada por igual. Cuando se la entregó, Mercedes la abrazó emocionada.

—Gracias, querida. Sé todo el contenido que esta imagen tiene para usted.— Por mero formulismo, dadas sus condiciones de salud, le presentó al hombre inválido que continuaba en la misma postura y con idéntico gesto de dos noches atrás.

—Es mi marido, Javier Iniesta. Fue coronel en la República española, y durante la guerra civil luchó hasta las últimas consecuencias. Pudo salir de España de milagro y como tantos otros, exiliarse en Mexico. Al cabo de un año yo vine a reunirme con él. Hace tres, una hemiplejía le dejó en el estado en que actualmente se encuentra y además, padece demencia senil. Un sabio recurso de la naturaleza contra la frustración y el desencanto; dos sentimientos a los que con frecuencia llegan aquellos que han luchado por unos ideales, sin recibir otra cosa que ingratitud.

La casa, en su planta baja, era una hermosa y sobria estancia llena de libros y objetos de desigual valor material, pero en su mayoría —intuía— preñados de reminiscencias afectivas, históricas y culturales. El salón, en penumbra, con el tiempo había derivado en una nutrida biblioteca en cuyas estanterías convivían los más diversos géneros literarios; algunas figuras de terracota, jade o metal; placas de plata grabadas con referencias a homenajes o como recuerdo de actos académicos concretos. Y fotografías. Muchas fotografías. El coronel, con el uniforme de militar republicano, departiendo ante unos planos con unos compañeros de armas. Un buque carguero con la cubierta atestada de obligados pasajeros, la derrota impresa en sus rostros entristecidos y las miradas preñadas ya de nostalgia, puestas en tierra. El coronel, vestido de paisano y más viejo, dando una conferencia en un auditorio repleto de asistentes. Misceláneas de una larga vida para no perderse, hasta desaparecer, en la desmemoria de los años. En una de las

fotografías, el poeta León Felipe con su inseparable zamarra oscura, traje y corbata, tocado con un sombrero de fieltro. Tras las gafas de montura de concha y gruesos cristales, la inquietud de sus ojos abriéndose paso entre la curiosidad perenne de su mirada, apoyado en una fina vara a modo de bastón; la barba blanca y recortada, paseando por un jardín con un fondo de altos cipreses junto a Javier Iñesta, entonces un hombre de gran envergadura física. Vigoroso. El rostro jovial, abierto y vivo, carismático, dejando entrever la energía de su carácter y la serena decisión de una oculta responsabilidad asumida. Al pie de la fotografía, el poeta había escrito de su puño y letra uno de sus versos más conocidos: ***tuya es la hacienda/ la casa/ el caballo /y la pistola. Mía es la voz antigua de la tierra.***

—Fuimos muy amigos. Esta foto está tomada en los jardines de nuestra casa de las lomas de Chapultepec, en Ciudad de México —comentó Mercedes, deteniéndose ante el documento gráfico— A usted le habría gustado conocer al poeta. Todo un carácter. Había violencia y hasta desprecio en su actitud, lo que desconcertaba un tanto a los que no le trataban en profundidad. Al recitar, se encrespaba como el mar y hasta golpeaba furioso con su bastón sobre la mesa. Cuando en 1956 murió Pío Baroja, en el Ateneo Mejicano, León Felipe habló apasionadamente del novelista. Dijo de él que era un elegíaco como Quevedo o Cervantes. Mercedes Castrillo, conmovida, dejaba deslizar su voz por la senda de la evocación y los camaradas perdidos. — Fuimos también amigos de Manuel Altolaguirre, un poeta de origen vasco como usted y cuya poesía recordaba mucho a la de Federico por su sentido mágico de la muerte. Ellos frecuentaban nuestra casa al igual que otros intelectuales, políticos, militares compañeros de Javier... La ira de la injusticia y la rebeldía por la derrota, nos mantuvo a todos unidos y jóvenes más allá de los años, hasta que se perdieron los sueños y la ilusión se fue desvaneciendo en los intereses cruzados de unos y otros. La posibilidad de cierto poder en el exilio se cernió sobre amistades y metas comunes, interfiriendo y distorsionando nuestros auténticos ideales; discordias, deslealtades, traición incluso... De repente, un día amanecimos viejos y, ya ve, querida, como tales buscamos un lugar tranquilo donde esperar la muerte que no acaba de llegar. Sobre todo para Javier. No me gustaría que él me sobreviviera en las condiciones físicas en las que se encuentra.

Martina no escuchaba las últimas palabras de la dama. Sus ojos estaban fijos en una vieja fotografía en blanco y negro, atrapada en un marco labrado en plata antigua. La playa de la Concha y Urgull al fondo, servían de paisaje

a la figura de una mujer joven y espléndida que, sin duda, era su anfitriona. A su lado, un niño de seis o siete años con los signos inequívocos de padecer síndrome de down y, cogida de su mano, una niña preciosa de no más de tres años, con unos ojos castaños enormes y rientes. Unos ojos que ella conocía y que no podía apartar de la retina del recuerdo. Pálida, se volvió despacio hacia su anfitriona.

—¿Quiénes son?

Mercedes también había palidecido un poco.

—Mis hijos. Fernando y Ana.

Tuvo que sentarse. La sequedad de la boca la hizo reclamar un poco de agua.

—Querida ¿Se encuentra bien? —La mujer del coronel se mostraba preocupada ante el aspecto conmocionado de su invitada.

—Sí, gracias. No se preocupe. —La luz dorada de la tarde, declinando, se posaba con mansedumbre en el delicado rostro de Mercedes Castrillo, confiriéndole un halo místico y sus ojos castaños, más que nunca, fueron idénticos a los de la niña de la fotografía.

—¿Dónde está ahora su hija?

—Vive en Madrid. Esta foto nos la hicieron el último verano que pasé con mis hijos en San Sebastián, año de 1940. Muy poco después, en septiembre, acompañada de Fernandito embarqué hacia Mexico para reunirme con Javier. Cuando la conocí, calculé que más o menos tendría los años de Ana. Por eso le pregunté su edad.

—Entonces el coronel...

—Entonces era mi amante. Con el tiempo, aquí en Mexico, conseguimos mi divorcio y nos casamos. Fernando, que como habrá advertido en la foto padecía el síndrome de down, murió a los doce años.

—¿Y Ana? ¿No se la trajo también con usted?

—Se la dejé a mi marido. No me parecía justo despojarle de todo lo que más quería. Nuestro matrimonio nunca fue bien y el nacimiento de Fernando, lo empeoró. Ana, una niña encantadora, no pudo mejorar la situación. La guerra acabó de desgajarnos. Nuestras ideas políticas eran diametralmente opuestas y como sucede siempre en las guerras civiles, aún siendo miembros de una misma familia, nos enfrentó en bandos diferentes. Terminada la contienda, aún esperé un poco porque me daba pena abandonar a mi hija tan pequeña. Al cabo de un año largo, me reuní con Javier.

—¿Volvió a saber de su hija?

—¡Cómo no! Pude alejarme físicamente, pero siempre la he llevado en el corazón con el mismo amor que sentía por ella cuando era niña. Tengo contactos en Madrid que me informan y he seguido su trayectoria día a día. Es médico y muy bueno. Incluso, tengo fotos de ella que me fueron enviando mis amistades —Se levantó para regresar con una caja lacada, decorada con bellos y policromados motivos rusos.— Me la trajo de Moscú un escritor, buen amigo.— Dijo, refiriéndose al estuche— Mire — Había toda una colección recorriendo las diferentes edades de Ana hasta los quince años. En una de ellas la reconoció como la chica de las trenzas. Se la debieron hacer el verano que se encontraron en Ulía. Llevaba el mismo vestido de florecitas y las sandalias blancas de charol por las que navegaban pequeños barcos azules y rojos. Recordó la congoja de su llanto cuando le preguntó por su madre. Y como si toda la compasión y la pena que entonces sintiera por Ana, le asaltaran de nuevo — asustada de su osadía y a su pesar— reprochó sin ocultar su coraje, en un tono que delataba su enojo.

—No debió abandonarla. Su alejamiento no fue justo para Ana. Sufrió mucho por su ausencia.

Mercedes Castrillo estaba perpleja ante la inesperada e incomprensible indignación de su invitada.

—¿Qué le ocurre, niña? ¿Por qué se enfada tanto?

—¿Puedo? —Antes de responder hizo ademán de encender un cigarrillo, pero el gesto reprobatorio de la mujer anuló su intención.— ¿Sería posible, al menos, beber algo? — Interrogó nerviosa, tratando de dominar su irritación. Mercedes le mostró la mesita donde se encontraban las bebidas.

—Sírvase usted misma. Y si no le importa, dígame qué es lo que le ha puesto tan nerviosa.

Bebió primero y le relató después la aventura infantil con su hija en el monte Ulía, el verano de 1949.

—Teníamos doce años y desde entonces la estoy buscando.

—¡Sí que el mundo es un pañuelo! ¿Seguro que era ella?

—Ni jerónimo de duda —Exclamó utilizando la expresión de Maurilia para dar más contundencia a su afirmación.— Llevaba el mismo vestido e idénticas sandalias que en la fotografía. Imagino que hasta los lazos eran los que después me regaló. Además, esos ojos tan grandes y expresivos no los he olvidado nunca.

—Cierto que los tiene muy hermosos. —Dijo Mercedes complacida, para añadir.— Mucho la debió usted de querer para no olvidarla en veinte años.

—En efecto. Tampoco he olvidado con que pena lloraba cuando le pregunté por su madre. Nunca hasta entonces había visto a nadie tan desamparado.

—Me está usted haciendo un reproche...

Martina bebió su copa de un trago y sin pausa, se sirvió otra.

—Perdóneme, no es mi intención, pero convenga conmigo en que Ana, con doce años, tenía derecho a saber la verdad.

—¿Y no la sabía?

—A juzgar por su reacción me parece que estaba un tanto confusa. Supongo que era porque usted, por lo menos hasta entonces, no se había puesto en contacto con ella y nadie se ocupó de aclararle la situación.

—Yo hablaba periódicamente con mi ex marido y me prohibió que lo hiciera. No sé qué contaría sobre mi fuga con mi amante, pero seguro que trató de evitar el escándalo que entonces suponía una historia de tal calibre y con la agravante de estar protagonizada por “gente bien”. La moral en España se juzgaba — y aún se juzga — de otra forma, y yo no dejaba de ser una adúltera. Mi escapada, dado nuestro nivel social y político, fue una conmoción. No me sentí con fuerza para contravenir sus órdenes. Según él, la niña era feliz y había superado mi ausencia. Aquello me dolió tanto que no me atreví a preguntar si mi “ausencia”, significaba la creencia de mi muerte por parte de mi hija. Si era así ¿Cómo intentar recuperarla al cabo de los años? Tras el fallecimiento de mi ex marido, Ana vivió con mi cuñada Elvira y yo ya no podía entrar en su vida. Habría sido demasiado fuerte sentirse abrazada por una madre muerta y en todo caso, extraña.

—¿Y por qué no? Mejor eso que la incertidumbre o la nada. Y desde luego Ana, estoy segura, no la tenía por muerta.

—No era tan sencillo como usted supone.

—¿Por qué no se la llevó consigo desde el principio?

—De hacerlo, el hombre que abandoné y que entonces tenía un gran poder político, me habría buscado hasta en el último rincón del mundo y además —ya se lo he comentado— no podía ser tan cruel con él. Le había quitado demasiadas cosas como para arrebatarse también a Ana, por la que sentía adoración. Nuestras ideologías estaban muy encontradas, pero era una persona buena y honesta.

La larga conversación había conducido las riendas de la sobremesa hacia el declinar de la tarde y el salón se hallaba envuelto en la penumbra. De la

calle sólo llegaba el silencio, roto esporádicamente por los cascos de los caballos tirando de las calesas y, del jardín, el ruido del surtidor de la fuente y el denso perfume del dondiego de noche, los rosales y las celindas. Javier Iniesta, convidado de piedra, había permanecido junto a las dos mujeres como un objeto inanimado. Por primera vez se dejó oír su voz gutural, apenas inteligible.

—Mamá, quiero ir a mi casa.

Mercedes Castrillo se levantó sin prisa y acercándose a su marido, le sonrió mientras acariciaba sus mejillas frías y ásperas como las escamas de un pez.

—Sí, querido. Enseguida nos vamos. —Tenía los ojos húmedos cuando se volvió hacia su joven amiga.— Todos los días al oscurecer, el miedo le hace regresar a la infancia buscando la protección de su madre.

El hombre volvió a repetir.

—Mamá, quiero ir a mi casa.

Martina pensó que también era hora de volver a la suya, aunque no la tuviera en ninguna parte.

XXIV

En el salón de Ana Leza también había caído la tarde coincidiendo con el final del relato de su amiga y sus mejillas, al igual que las de Javier Iniesta estaban frías, pero las suyas eran fragantes y tenían el imperceptible perfume de la juventud. Martina lo comprobó cuando las besó una y otra vez, imaginando la conmoción que el descubrimiento de la existencia de su madre le había causado.

—¿Te dio algún mensaje para mí? —Su voz se entrecortaba por la ansiedad.

—Ninguno. —Repuso tajante, decidida a no transmitir los deseos de Mercedes para no perturbar más el alma de Ana. Si la chica quería ver a su madre, debía ir a su encuentro atendiendo a sus propios sentimientos y no forzada por la compasión hacia la anciana.

—Tú que la has conocido ¿Cómo interpretas su silencio? ¿Cómo es posible que con una conexión como la tuya no haya aprovechado para enviarme un recado?

—La situación ha cambiado sólo para ti. Creo que ella confía y respeta tu libertad a buscarla o no. Ahora sabes que existes y el que os encontréis depende exclusivamente de tu voluntad.

—No iré a buscarla. Ella me abandonó. Se fue con un extraño y se olvidó de mí. —Dijo enojada como una niña pequeña.

—¿Quién te ha dicho que te olvidara? No es la impresión que saqué cuando hablé con ella. Conocía tu vida con todo detalle, lo que demuestra que siempre estuvo tras de ti.

—¿Y de qué me ha servido si yo no lo sabía?

—El pasado, depende de las circunstancias en que se fue gestando. Sería muy dura contigo si te dijera que casi no te incumbe porque entonces no podías tomar decisiones por ti misma. Ahora, es distinto y, en mi opinión, debieras guiarte tan solo por tus sentimientos. Actuar según tus emociones y deseos.

El silencio fue largo, tanto, que en el tiempo que duró Martina supo que su amiga estaba reconstruyendo y haciendo balance de su vida, a partir de una infancia truncada por el egoísmo de unos adultos que no consideraron la destrucción de su felicidad, desprotegida y hecha añicos, atendiendo solo a sus intereses y pasiones.

—Por cierto ¿Cómo es el amante? —A su pesar, había resentimiento en el tono despectivo de la pregunta. Un soterrado deseo de revancha.

—No seas injusta. Hace muchos años que se convirtió en su marido. Se querían. Se quieren y eso es lo importante.— Cogió el paquete de cigarrillos y extrajo uno, su recurso habitual cuando estaba nerviosa o no sabía qué hacer con las manos. Ahora lo estaba y mucho. Rogó que Ana no siguiera preguntando por Javier Iniesta porque de hacerlo, no estaba segura de callar por más tiempo la confesión de Mercedes Castrillo, hecha en el jardín de la casa de Mérida la última tarde que pasaron juntas, cuando fue a despedirse.

—Este encuentro ha sido providencial. —Había comentado Mercedes, con la mirada de sus hermosos ojos fija en un punto indefinido.— Ya no podía aguantar más tiempo para mí sola lo que voy a decirle. —Martina se estremeció.

—No, por favor. No quiero saber nada más. —Protestó molesta, temiendo una nueva y más delicada confidencia.

—Sea generosa conmigo. Supongo que por los que ya tengo, no me quedan muchos años de vida y desde luego, lo que no tendré nunca es una oportunidad como esta para descargar un poco mi conciencia.

—Intuyo lo que va a decirme y prefiero no escucharlo. Me siento abrumada por mi propia vida y no podría soportar cargas ajenas. —Mercedes Castrillo la miró un tanto sorprendida.

—¿Qué imagina usted?

—Dejémoslo así, Mercedes.

Pero en los ojos de la madre de Ana había tal resolución, que Martina entrecerró los suyos y asintió, resignada.

—Perdóneme. Los años hacen egoístas a los viejos y yo he llevado demasiado tiempo el lastre de un secreto que ahora, con su presencia, no puedo soportar más...

—No se esfuerce. No es necesario que hable. Sólo dígame una cosa ya que ha mencionado la existencia de un secreto ¿Ni siquiera su marido lo sabe?

El estupor de Mercedes Castrillo no pudo disimular su asombro por la

sagacidad de la mujer que tenía frente a ella. Sus mejillas se colorearon levemente.

—Nunca tuve el valor de confesárselo. Mi silencio, mantenido durante años, era una traición a Javier que tenía todo el derecho a conocer la verdad. Lo que no entiendo es cómo usted ha llegado...

—¿A saberlo? Lo he deducido por las fotografías de cuando él era joven. En la intensidad de su mirada tan limpia como la de Ana. En cierta expresión de su boca. No lo sé. Hay un aire profundo más allá de lo físico que no puedo explicar, pero que une a ambos desde la misma raíz de ese misterio que es la vida. Lo que no alcanzo a comprender es por qué se lo ocultó.

—Habría reclamado su derecho a tenerla a su lado o en todo caso, verse obligado a renunciar, y eso le habría hecho muy desgraciado. Vuelvo a repetirle que fui muy egoísta. Le hice ignorar lo que para él era fundamental, y convertí a Ana en moneda de cambio para pagar mi felicidad y acallar mi conciencia por el dolor que con mi deslealtad, le causé a Fernando. Ahora ¡lo siento tanto! ¡Qué desacierto tan tremendo el mío! ¿Cree usted que aún puedo, en parte, rectificarlo diciendo a Ana toda la verdad?

—Sería una crueldad y usted otra vez una egoísta ¡Deje en paz a Ana! Cuando la conocí, sentía adoración por su padre e imagino que su recuerdo será para ella una de las cosas más importantes en su vida. No se lo destruya ahora. Sería otro error que cargar en su conciencia, en vez de aliviarla.

—Al menos, hágale saber que existo. Me es imposible dejar a Javier y, dado su estado de salud, no puede emprender un viaje tan largo ni yo exponerle a la remota posibilidad de que intuya algo. A estas alturas no soportaría una emoción tan fuerte.

—No puede cargarme con ese compromiso. —Protestó sin fuerza.

—Cállelo entonces y no hablemos más del asunto. —Musitó, resignada, Mercedes Castrillo.

—Lo más probable es que Ana ni siquiera se acuerde de mí y entonces no habrá ocasión para las confesiones. —Aventuró la chica, esperanzada en evitar la responsabilidad.

—Se acordará. Usted no es una persona fácil de olvidar.

—Aún así, no le prometo contarle que la he conocido. Dependerá de cómo sea su vida ahora. No me parece justo que usted se la trastoque de nuevo.

Ahora en Madrid, tras descubrir, conmocionada, los sentimientos surgido entre la doctora Leza y ella y dada la sensibilidad y su reacción ante los mismos, Martina consideró que decir toda la verdad era demasiado cruel para su amiga, que guardaba el recuerdo del padre como el mayor bien de su infancia. Evitarle más dolor era una obligación inexcusable.

Tras la larga conversación sobre Mercedes Castrillo de Iniesta, Martina no tuvo fuerza para marcharse esa noche. La cercanía de Ana, el contacto de su cuerpo buscando cobijo a su inseguridad, la confusión ante la noticia de la existencia de su madre devolviéndola a su desamparo de niña y sobre todo, su propia debilidad y la atracción incontrolable que sentía hacia ella, hicieron que no fuera necesaria una nueva súplica para que se quedara en su casa, ni esperó a que se durmiera para amarla. Pero sí tuvo buen cuidado de que no se despertara cuando abandonó su cama con la idea de no volver a verla.

Casi sin amanecer, Ana abrió los ojos y comprobó que a su lado solo quedaba el hueco de su amiga y el leve aroma de su cuerpo. No se extrañó, pero la falta de asombro no impidió el profundo dolor que le causaba su ausencia. Sobre las sábanas, en el sitio que ocupara Martina, había un pequeño paquete. Lo abrió. Era el huipil, regalo de Maurilia. Junto a la blusa, en un papel, Martina había escrito con su letra que seguía siendo párvula y desigual “Eres la fascinación que de niña sentía por la nieve. El temblor de mi primer día de colegio. El dolor por la muerte de mi madre, y te quiero” En la breve nota, entendió una subliminal despedida definitiva y se abrazó a la prenda llena de aves multicolores, venados y jaguares, y hasta se sintió dueña de un trocito del pasado que hubiera deseado compartir con su amiga. Sin ningún sentido, susurró: Gudiel, Fabio, ayudadme a encontrarla.

A la hora del almuerzo recibió la llamada de Antonio recordándole que ese día tenían la fiesta en Fuencarral, en el Colmao de Jacinto, donde trastearían unas vaquillas y cenarían después. No estaba de humor para folclores del tres al cuarto. Rehusó la invitación y como su amigo insistiera, insinuó la posibilidad de acercarse a última hora.

—Igual me animo, pero no me esperéis.

Acabó yendo porque la casa se le venía encima, repleta de la ausencia de Martina.

La fiesta estaba en pleno apogeo cuando se dejó caer por el local, muy en boga en aquella época. A la gente guapa de Madrid le gustaba escenificar en libre versión y a la medida de sus gustos, el ambiente de los tablaos

flamencos, los tentaderos y los colmaos donde corrían, generosos, el vino tinto y la manzanilla en connivencia con el jamón y la tortilla de patata. Vencida la tarde, ya todos habían demostrado sus “artes taurinas” y la gran capacidad para ingerir bebidas alcohólicas. La atmósfera hacía difícil el ejercicio de la respiración, y en medio de la neblina azulada y espesa de los cigarrillos, caminó en línea recta hacia el rincón en el que acababa de descubrir a Antonio y Alicia. En la misma mesa y de espaldas, una pareja conversaba con ellos. Cuando Antonio le hizo sitio a su lado, descubrió que se trataba de Miguel Salvatierra y su mujer americana ¡Era lo único que necesitaba para rematar el día! Miguel, visiblemente violento y con un protocolo excesivo, le presentó a Leslie María Fulton Ochoa.

—Creo que no os conocéis...

—No, pero no es a la única. —Una irónica e innecesaria respuesta que nadie tuvo en cuenta. Entre dientes, preguntó a Navascués.— ¿Qué hacen estos aquí?

—Ni idea. No sé quién los ha invitado. Se han sentado en nuestra mesa porque Alicia conoce a Miguel, pero nada más.

—Pues me van a dar la noche. —Hacía calor y se quitó la chaqueta. Todas las miradas, incluida la de Leslie Fulton, convergieron, sorprendidas, en ella. Llevaba puesto el huipil de Maurilia.

—¿De qué vas disfrazada? —La pregunta venía de Alicia, más molesta que divertida. Como siempre, sus ojos se encontraron, pero esta vez en los de la Montesinos no había otra cosa que conmiseración. Discretamente, le susurró.— Estás perdiendo los papeles. Todo dios se va a reír de ti. Ten al menos la dignidad que hasta ahora no te había faltado— Y ya en voz más alta, añadió con naturalidad.— Acompáñame al servicio ¿quieres? —Salieron juntas.

La tarde se había tornado gris, y unos nubarrones espesos y bajos, restaba perspectiva al horizonte más cercano. Alicia, con disimulo, la había llevado hasta la puerta de la venta.

—¿Se puede saber qué diablos te está pasando? —Los ojos de ambas sostenían con firmeza la mirada retadora, afanosas por saber quién de las dos llegaría antes a las profundidades de la otra, descubriendo su punto débil para aniquilarla o protegerla.

—Yo no quiero destruirte. —Dijo sin querer Ana, delatando sus propios pensamientos.

—¿Qué gilipollez estás diciendo?

—No lo sé, aunque sí sé lo que me está pasando y solo tengo ganas de morirme. —Se derrumbaba por momentos.

Alicia se alarmó ante la patética figura de su antigua condiscípula.— ¿Y cómo piensas morirme, imbécil? ¿De una bajada aguda de dignidad? ¿De un ataque profundo de falta del sentido del ridículo?

—No lo sé. Pero repito. Solo quiero morir. —La respuesta llegaba sin resentimiento y con una enorme convicción.

—¡Dios mío, Ana! ¿Tan desesperada estás? —Con los dedos, despeinó su cabello en un gesto de ternura.— Anda, te llevo a tu casa y, si te apetece, charlamos un rato. Hablar es lo que no hemos hecho nunca tú y yo y seguro que a las dos nos vendrá muy bien.

—No tengo ganas de hablar. Lo siento. —Entró en el coche. Alicia aún tuvo tiempo de sugerir.

—Venga, quédate. O mejor, espérame. Cojo el bolso y me voy contigo. Le diré a Antonio que se ocupe de mi coche y lo lleve de vuelta.

—Gracias, pero lo último que quiero hoy es compañía.

—Solo la suya ¿Verdad?

Sintió una vergüenza nunca experimentada ante Alicia Montesinos.

—No sé qué quieres decir...

—Lamento que no confíes en mí. Es bueno tener alguien con quien hablar. Te lo digo desde la experiencia de mi más absoluta soledad. Te llamo esta noche. Aunque sea tarde, coge el teléfono ¿Me lo prometes?

Asintió con el solo deseo de que la dejara en paz y salir huyendo. Por el espejo retrovisor vio cómo Alicia aún permanecía en la puerta con un gesto de honda preocupación. Después se perdió en el interior del colmao, donde seguía el jolgorio.

Tomó un somnífero antes de acostarse. Le aterraba el más que probable insomnio de la noche y con él, el recuento de todo lo que había ocurrido en los dos últimos días de su vida.

El teléfono sonó con insistencia antes de que Ana pudiera escucharlo. Aturdida, consultó la hora. Las cinco de la mañana ¡Caray con Alicia, sí que le había dado fuerte! Quedó en llamar aunque fuera tarde, pero no imaginó que lo hiciera cuando casi clareaba el día. Tardó en despabilarse, adormilada por el efecto de las píldoras le costó reconocer la voz conmocionada de Navascues.

—Ven enseguida al hospital.

—¿Qué ocurre? —Preguntó con la boca todavía pastosa por la inmediatez del sueño.

—Alicia ha tenido un accidente. Se ha estrellado con el coche.

El relente de la madrugada la estremeció hasta despertarla por completo. El débil parpadeo de las estrellas se difuminaba en la mortecina luz del alba en la que comenzaban a perfilarse la silueta borrosa de las casas, sus ventanas oscuras como ojos vaciados durante la noche, los árboles con sus muñones que septiembre desnudaba de hojas; las calles desiertas. Era tanto el silencio que podía escuchar el castañetear de sus dientes, el ruido de sus manos palpando el frío que le invadía por la noticia recibida y el brusco despertar de un oscuro sueño sin sueños. No pensaba o no quería pensar en lo que pudiera haberle ocurrido a su antigua compañera de colegio. Se aferraba al recuerdo de la tarde anterior; en cómo iba vestida, en sus pantalones ajustados, el jersey beige de doble y amplio cuello, el pañuelo de seda italiana. La mirada incisiva de sus ojos; sus palabras que, como siempre, no acabó de entender ¿Por qué la sacó del colmao? ¿Quería evitarle el sufrimiento de la presencia de Miguel con otra mujer? ¿Por qué le molestó tanto que llevara puesto el huipil de Maurilia? ¿De verdad estaba tan ridícula como le dijo? — Sí lo estaba —reconoció preocupada por su escasa cordura.— Solo falta que mi historia con Martina me zumbe la cabeza. En cuanto Alicia se recupere, hablamos tal y como desea. De ahora en adelante vamos a ser buenas amigas.

El doctor Espinosa la esperaba a la entrada del hospital. Tenía mal semblante y los ojos enrojecidos. Sin palabras, la dirigió por los largos pasillos del centro hospitalario que tan bien conocía. Nunca los había recorrido en las circunstancias de ahora. Con la angustia presionando tan fuerte su garganta y su pecho, que temía ahogarse de miedo y ansiedad. En su retina, se agolparon los rostros de los familiares de todos los enfermos que había atendido a lo largo de su carrera profesional. El gesto serio, sobrecogidos. Sus preguntas mendigando un pronóstico que les aliviara del miedo de una muerte cercana. Se prometió ser más receptiva; atender con mayor interés sus requerimientos y facilitar cuanta información le fuera posible para calmar su inquietud por la suerte del ser querido. El doctor Espinosa la detuvo cuando vio que se dirigía a la unidad de cuidados intensivos.

—No está ahí...

—¡Ah, entonces no es tan grave! —Suspiró aliviada.

Al oír su voz, Antonio Navascués asomó la cabeza por la puerta de una

sala de espera. Con el gesto le indicó que entrara. Alicia no tenía parientes cercanos e imaginó que encontraría a los amigos de siempre; los mismos que habían estado en el Colmao de Jacinto, bebiendo y divirtiéndose unas horas antes. Solo estaban Antonio y un hombre que, sentado, se tapaba el rostro con las manos. Lloraba.

—¿Cómo está Alicia? —La expresión demudada de Navascués, le dio la respuesta antes de escuchar su voz anunciando.

—Ha muerto. Se rompió el cuello. No pudieron hacer nada por ella.

El espanto apenas la permitió seguir de pie, negándose a admitir la realidad.

—No es posible. Estáis todos equivocados: Espinosa, dime la verdad, Antonio tiene que estar equivocado...

Los sollozos desgarrados del hombre que había permanecido sentado y con la cara oculta entre las manos, reclamaron su atención. Volvió sus ojos empañados hacia el desconocido y su estupor no tuvo límites. Ante ella, envejecido de golpe, desencajado, llorando como una criatura, estaba Juan, el cuñado de Miguel. Es decir ¡El marido de María Elena Salvatierra! Lo conocía de verle en el hospital, cuando iba a reunirse con el director y los jefes de planta para tratar asuntos profesionales de su empresa farmacéutica. Mucho tiempo después de aquella trágica madrugada, todavía era incapaz de explicar qué sentimiento le impulsó a abalanzarse sobre el hombre y golpearlo con toda la furia de la que fue capaz, mientras le llenaba de insultos que, Juan, aguantó mansamente. Tuvieron que sacarla de la sala por la fuerza.

—No quiero que se quede sola con ese cerdo...

Espinosa y Navascués la empujaron hasta el coche, asegurando que otros amigos estaban a punto de llegar y se ocuparían de acompañar el cuerpo de la amiga muerta. Entre sollozos y aunque su intuición —la misma que la impulsó a golpearlo— se lo estaba gritando, preguntó a Antonio qué motivaba la presencia de Juan en el hospital y sobre todo, porqué le desesperaba tanto la muerte de Alicia.

—Eran amantes desde que ella tenía diecisiete años, cuando los laboratorios los dirigía su padre. Los dos hombres eran muy amigos y al morir el viejo, Juan tomó un poco su tutela puesto que se quedó sola y sin familiares cercanos. No le fue difícil seducirla. De ahí el resentimiento que a veces mostraba Alicia respecto a los hombres. Juan jugó con ella porque era casi una niña y él, su primer amor. Anuló su juventud y su voluntad y durante años, Alicia estuvo loca por él. Luego, siguió atada por pura rutina y una

absurda servidumbre hacia alguien que nunca le correspondió de la misma manera. Ya sabes que Juan siguió con María Elena y con sus hijos. Socialmente componían una familia perfecta, y Alicia fue solo la otra. El muy cabrón monopolizó y rompió su vida. Cuando se dio cuenta de que solo la utilizaba para su capricho, las aventuras amorosas de Alicia fueron simples revanchas. Venganzas que no herían a Juan y sí menoscababan su propia estima.

—¿Por qué ni Miguel ni tú me lo confesasteis nunca? Mi comportamiento habría sido muy distinto. Aunque no lo pareciera, yo la quería. Ha formado parte de mi vida desde que íbamos a párvulos. Jugó muchas veces en mi casa y yo en la suya. —Lloró de nuevo con un dolor intenso y ruidoso.

—Alicia nunca se dejaba ver en su compañía. No le gustaba hablar de su historia con Juan y los pocos que la conocíamos, respetábamos su discreción hasta casi olvidarnos del tema. Sabes que era de pocas palabras, pero ayer, por extraño que parezca, tenía ganas de hablar, de hacer confidencias y después de irte tú, hicimos un aparte y estuvimos charlando hasta que nos quedamos solos. No sé si tenía el presentimiento de su muerte, si estaba muy afectada por tu comportamiento o fue simple coincidencia. Lo cierto es que se sinceró y me contó cosas de su relación que yo nunca habría imaginado.

—También quiso hablar conmigo, pero me negué ¡Dios, por qué no la escuché! ¡Por qué no acepté que se viniera a mi casa tal y como me lo propuso! ¿Te dijo algo de mí?

—No mucho. Sabía que sufrías y que estabas pasando un mal momento. Ella te conocía mejor de lo que imaginas.

—¿Comentó algo en especial?

—Sé a dónde quieres llegar. No te atormentes. Alicia era una mujer comprensiva y muy intuitiva, así que para ella fuiste transparente desde niña. Sospechaba el tipo de sentimientos que tanto te están haciendo sufrir. Los entendía y estaba dispuesta a ayudarte para que siguieras adelante con ellos.

—Estoy profundamente enamorada de una mujer —Se atrevió a confesar, al fin.

El hombre no se inmutó ni desvió sus ojos de los de ella, todavía llenos de lágrimas.— ¿No te escandalizas? —Preguntó algo decepcionada por la tranquilidad con que Antonio acogía su confesión.

—¿Y por qué había de hacerlo? Tus sentimientos merecen todo mi respeto.

—¿No te sientes defraudado? ¿No me ves sucia o despreciable?

—Por favor, no dramatices. Es tu vida y es tu libertad de elegir. Si he de ser sincero, me siento dolido, pero no por el hecho de que tu amor sea una mujer, sino porque no lo soy yo, y porque ahora me quedo definitivamente sin esperanzas.

Madrid recobraba el pulso de un nuevo día, pero el sol que ya alumbraba con fuerza, no hizo desaparecer el frío que Ana, junto a la tristeza, llevaba calado hasta el fondo del alma. Miguel Salvatierra, más olvidado que nunca. Alicia Montesinos, muerta y, Martina Baztarrika, perdida quién sabe en qué nueva aventura, no volvería a calentar su cama ¡Qué sensación de naufragio! Recordó unos versos de Neruda ***“Abandonado como los muelles en el alba/ Sólo la sombra trémula se retuerce en mis manos/ Ah más allá de todo/ Ah más allá de todo/ Es la hora de partir ¡Oh abandonado!”***

—No me dejes, Antonio —suplicó— Si no tengo a mi lado un buen amigo como tú, hoy no podría soportar la soledad ni la pena que siento.

Navascués no salió de la casa de la doctora Leza hasta dos días después, cuando se celebraron los funerales por Alicia Montesinos.

XXV

MEXICO, MAYO 1970

Llegó al hotel obsesionada con la idea de un baño de agua helada, sudorosa y cansada de recorrer durante dos días cientos de kilómetros por carreteras polvorientas y estrechas, en un desvencijado "escarabajo" con los muelles rotos clavándose sin piedad en su flaca anatomía. En cuarenta y ocho horas, el objetivo de su cámara se movió incansable saltando de uno a otro de los desarrapados patojos de un pequeño poblado cercano al río Chontalcoatlán, descubierto por casualidad cuando regresaba de Taxco. Uno de esos viajes que desde que volviera a Mexico, huyendo de Ana Leza y sin otro motivo que la cercanía con Guatemala, acostumbraba a hacer al albur y por la perentoria necesidad de fotografiar a todos los niños que encontraba en el camino, como si en cada uno de ellos recuperara algo de su hijo perdido.

Junto a la llave, el recepcionista del hotel le entregó un mensaje. Sólo podía ser de Andrés Iriarte, el único que conocía su paradero. La nota, escueta, contenía dos palabras: llámame. Besos. La voz del amigo era sosegada cuando consiguió comunicar con él.

—Me ha llamado Ana Leza. Necesita verte con urgencia. —El corazón le volteó con la misma solemnidad que lo hacían las campanas de la catedral del Zócalo.

—¿No te ha dicho qué es lo que quiere?

—No, pero tal y como hablaba creo que te necesita.

Su estómago, como siempre, se llenó de elementos voladores.

—¿No le habrás dicho dónde estoy, verdad?

—¡Claro que no! Sé guardar un secreto. Pero vas a pasmarte cuando te diga dónde está ella.

Ana Leza se encontraba tan cerca, que estaba en el mismo país. En la península de Yucatán. En Mérida. En la casa de Mercedes Castrillo de

Iniesta.

—¿Y qué hace allí? —Musitó apenas.

—Ni repajolera idea. No se lo he preguntado ni ella me lo ha dicho.

—¿Les ha ocurrido algo a los Iniesta?

—No me ha comentado nada, pero no creo. Pienso que el motivo es más bien de tipo personal entre tú y ella.

Sin tomar el tan deseado baño, sucia y cansada, salió de la habitación y se perdió en el tráfago inmenso de las calles de Ciudad de Mexico. A pesar de su íntimo deseo de Ana, lo último que necesitaba era verla de nuevo. Desde la cordura, no podía olvidar que su voluntario distanciamiento cuando la dejó en Madrid, provocó en ella la desgana de vivir y la obligó a recorrer una vez más el conocido camino de la soledad que le dejaban las ausencias de Gudiel y Fabio.

Deambuló a la deriva como un barco con la quilla rota, sin rumbo, perdiéndose entre la muchedumbre, dejándose llevar a empujones por las avalanchas de gente que transitaban las calles de la ciudad sin fin, y experimentado los mismos sentimientos contradictorios que cuando la descubrió en Madrid por vez primera después de veinte años, saliendo del Hospital. En aquella ocasión, también en una huida hacia delante, caminó errática sin saber qué decisión tomar, en una lucha feroz con sus verdaderos deseos y como entonces, volvió su confusión hacia Andrés Iriarte al que pidió consejo, pero su querido profesor Higgins, esta vez se negó a dárselo.

—En este tema sigues sin madurar, y me preocupas. ¿Qué es lo que te duele? ¿Unas convicciones morales que nunca te han inquietado? Antes sostenías que el amor jamás puede ser contra natura si de verdad es amor, y creo que lo tuyo por Ana es una pasión auténtica. ¿A qué esperas entonces?

—A que tus palabras me enciendan una luz que me deje ver por dónde camino. Estoy absolutamente ciega y muy asustada.

—Di más bien que el resplandor te aterra. Martina, cariño, has de decidir tú sola. Es tu felicidad la que te estás jugando y ya sabes que es uno de los bienes más perseguidos y preciados por el hombre.

—Eso ya me lo dijiste en otra ocasión. —Casi gritó, irritada por el tono pedagógico de su antiguo amante.

—Las aspiraciones esenciales del ser humano no cambian nunca. Se renuevan en cada individuo generación tras generación.

En su caso, estaba segura, la felicidad no era lo más importante. Se maldijo a sí misma y al día siguiente tomó el primer avión que salía para

Mérida.

Palpitaba entera cuando al atardecer, pulsó el timbre que le abriría la casa de la avenida Pérez Ponce. Franqueada la verja, el camino de relucientes losetas se le hizo tan eterno y difícil como aquellos que, durante días y semanas tuvo que atravesar para llegar a los campamentos guerrilleros de Sierra de las Minas. Al fondo, en un rincón del jardín en el que el sol ponía sus tibios rayos crepusculares sobre los macizos de pensamientos, jacarandás y madre selvas, Ana Leza, con desmayo, se balanceaba en una mecedora, abandonada y pensativa. A su lado, Mercedes Castrillo leía un libro y, en su silla de ruedas, Javier Iniesta permanecía estático como testigo de nada. Se detuvo sin fuerza para seguir avanzando. ¡Qué hermosa escena para un pintor romántico y decadente! Pensó con más ternura que cinismo. A pesar de haber sido requerida por Ana, se sintió una extraña sin derecho a romper la paz del grupo familiar. Ante el apacible cuadro compuesto por los Iniesta, se vio, con verdadero horror, formando parte de una tertulia repetida cada atardecer; atrapada su autonomía en las elegantes maneras de Mercedes; empujando, patética, la silla de ruedas del coronel; fotografiando siempre los mismos paisajes, amando a Ana en presencia de ambos con rutina y sin sobresaltos, inmóvil hasta la eternidad en el lento devenir de los días meridenses... Prefería el rugido de los saraguates, el gruñido de balam, la picadura molesta de los jevenes; el silbido de las balas rasgando el viento surgido en la pasión por la libertad. Los gritos de los revolucionarios esparciendo, como la semilla, un mensaje prieto de esperanzado futuro.

No tuvo los reflejos suficientes para escapar o en su fuero interno, no quiso huir. La fina percepción de Ana, su necesidad de ella, hizo que aún sin verla la sintiera cercana. Se envaró como un pájaro alerta y dirigió su mirada expectante en dirección al camino en el que se había detenido. Mercedes, siguió la mirada de su hija y al descubrirla, un vahído desapercibido a los demás desestabilizó su consciencia. Las dos permanecieron inmóviles un instante y Martina, sin quererlo, comenzó a correr para hacer más rápido el encuentro. Ana, se abrazó a ella con un sollozo seco y prolongado. Sus bocas se buscaron sin pudor hasta que se encontraron, hambrientas la una de la otra. Mercedes, repuesta de la sorpresa, las contemplaba silenciosa y tensa. Fue a decir algo, airada, pero su exquisita educación supo contenerla a tiempo y como la mujer de mundo que era, se retiró unos pasos, muda y el semblante ensombrecido. Fue entonces cuando la voz gutural de Javier Iniesta se

escuchó como un pequeño trueno abriéndose paso entre el aroma de los rosales y el dondiego de noche, asombrando a las tres mujeres.

—¡Niñas! ¡Niñas!

Mercedes, digna y en apariencia, serena, empujó la silla de su marido hasta perderse en el interior de la mansión. Se sentía violenta y confusa, sin saber si la llegada inesperada de Martina, la alegraba o entristecía. En todo caso, intuyó, nada volvería a ser igual en la casa hasta entonces habitada por el pasado de una historia que ya no era solo la suya y que, poco a poco, se iba poblando de nuevos personajes jamás imaginados unos meses antes. Por primera vez dudó de si su actitud y su silencio, más aún que su vida junto al coronel, habían sido o no acertados. A través de la ventana vio a su hija abrazada aún a la periodista gráfica, transformada y radiante y con profunda pena se lamentó de haberla recuperado tan tardíamente.

Tras las caricias, Martina apartó a su amiga para mejor contemplarla. Entonces advirtió su inminente maternidad.

—¿De quién es? —Preguntó sin sorpresa ni apenas curiosidad, posando sus manos en el abultado vientre.

Ana Leza, se sofocó. Buscó sus labios para besarla de nuevo y cerciorarse de que su presencia en Mérida era real y no el fruto de sus deseos. La tomó de las manos e hizo que se sentara junto a ella, pero no dijo nada. Se limitó a sonreír mientras se acurrucaba en el hombro siempre dolorido de Martina. Los pájaros clarineros, a bandadas, oscurecían una vez más el cielo, anunciando con sus gritos el final del día.

—No importa que no me digas el nombre del padre. Solo quiero saber si es un hijo deseado por ti.

—¡Claro que le quiero! Pero ni siquiera el hombre que lo engendró conoce su paternidad. A ti, si lo deseas, te diré su nombre. Solo tú y yo lo sabremos. —Martina denegó con la cabeza, mientras ponía la mano en los labios de su amiga para que no hablara y con las palabras se escapara el hechizo irrepitable de lo que estaban viviendo

La idea de un hijo de Ana, de momento, la desconcertaba tanto como la entusiasmaba. Un niño compartido por ambas y sentido como propio, despertando en ella los mismos sentimientos que el pequeño Fabio. Ya no tendría que buscar por los pueblos de Mexico una carita redonda y morena; un cuerpecillo esmirriado y desvalido para darle todo el cariño que, desde la muerte de su hijo, conservaba intacto en su interior. Con dulzura, acarició de nuevo el vientre de su amiga.

—Se mueve —Dijo emocionada, evocando en su propio cuerpo la ebullición de la vida de Fabio.

—Dime que no volverás a marcharte.

Martina, con sosiego, apartó la mano del vientre de Ana. Cuando acudió a la casa atendiendo su llamada, lo hizo con la idea de una breve estancia. El tiempo imprescindible para solucionar aquello que Ana pudiera plantearle y que, pensó, sería algo relacionado con Mercedes Castrillo. ¡Quién iba imaginar su maternidad! En tan corto espacio de tiempo no se planteaba cómo conciliar la nueva situación, el amor que ya sentía por la personita que iba a nacer y la rebeldía de su espíritu negándose a permanecer en un lugar más allá de lo que la inquietud de sus alas por volar, le permitiera.

—No lo sé —Y como el silencio amenazaba con destruir lo mágico del reencuentro, prosiguió—. Por lo que veo, al fin te decidiste a buscar a tu madre. Me alegro.

—¿Quieres saber algo sorprendente? No acabo de acostumbrarme a ella. La respeto y, en cierto modo, la estimo, pero no puedo identificarla como madre. Me siento más cercana al coronel. Sin una palabra, cuando nuestros ojos se encuentran, hay en ellos algo que me dicen que tendría que quererle. ¡Precisamente a él, que fue quien nos hizo desgraciados a mi padre y a mí!

—Necesitas tiempo. Lo importante es que tomaras la decisión de acercarte a ellos. Es un gesto muy valiente por tu parte.

—Cuando te fuiste, me quedé sola en medio de un océano en el que estuve a punto de ahogarme. Mercedes fue mi única tabla de salvación, así que me aferré a ella para no morir de pena.

Martina se quedó atónita cuando con voz resoluta, se oyó decir.

—Voy a estar contigo cuando nazca tu hijo. Te lo prometo.

Laura nació una madrugada en la que la luna llena entraba con la fuerza de una pleamar amarilla en la habitación de la casa meridiana, donde la parió su madre, ayudada por una comadrona yucateca y la propia Mercedes Castrillo. Fuera, esperaban Martina y Javier Iniesta entronizado a perpetuidad en su silla de ruedas; los ojos, fijos e insistentes en la joven fotógrafo, con esa mirada suya acuosa y ausente en la que en esa madrugada, la ex guerrillera creyó advertir un punto de oscuro reproche. Nerviosa, fumaba cigarrillo tras cigarrillo ignorando la tos continua y diría que fingida del coronel, mientras luchaba con el recuerdo de su propio parto, arropada por Gudiel y Maurilia, sintiendo en su cuerpo el dolor que ahora estaba padeciendo Ana, desgarrada

por el esfuerzo y la emoción del milagro que se produce cada vez que nace una nueva vida. El sudor empapaba su camisa y rodaba con la lentitud de una oruga por el canalillo de su pecho, extrañada de no ver el chorro de sangre a sus pies, ni percibir el olor tibio y húmedo del pedacito de carne palpitante saliendo de su útero, deslizándose entre sus muslos, desprendiéndose del aliento que lo mantuvo durante nueve meses y estremeciéndola toda en la convulsión más gloriosa de su existencia. Recordó también el otro hábito de vida, el que se quedó fecundando, gota a gota, la tierra de la selva Lacandona. Quiso imaginar que en cada una de ellas, habría nacido un retoño de ceiba, una bella orquídea blanca o un grito de libertad... Cuando al otro lado de la puerta se escuchó el primer llanto del bebé, el viejo republicano se removió inquieto en su silla y con la voz cavernosa más clara que nunca, dijo: es mi nieto.— Martina advirtió, muda de asombro, cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas de escamas ¡Así que el coronel Iniesta conocía su paternidad, el secreto nunca confesado y que tanto atormentaba a Mercedes Castrillo! Sin reponerse de la sorpresa y del milagro de su voz, de manera ya más ininteligible, el coronel habló de nuevo.— Mamá, quiero ir a mi casa.— Durante el escaso tiempo que le quedó por vivir, el coronel no volvió a emitir sonido alguno.

Apareció Mercedes con un profundo rictus de cansancio en el envejecido rostro. La buscó con la mirada y sin dirigirle la palabra, se apartó respetuosa para que pudiera entrar en la habitación donde su hija acababa de parir a Laura. Martina se detuvo en el umbral sin atreverse a entrar, cohibida ante la nueva situación. La mano de Mercedes sobre su espalda, empujándola con suavidad hacia dentro, la decidió. Cuando besó la frente de Ana, estaba besando a la niña de las trenzas que conoció en Ulía, y nunca como entonces se encontró tan cercana a aquella tarde en que se conocieron. Volvió la mirada hacia la pequeña. Sus ojos eran negros y, tan vivos, que parecían contemplar, atentos, el escenario del mundo en el que habría de representar el papel de su vida. El pelo abundante y del mismo color de sus ojos, se encrespaba hirsuto en un gracioso remolino en la coronilla de su redonda cabecita.

—¡Qué linda “pelopincho”! —Exclamó divertida. Y en otro tono que llenó de musicalidad y ternura, le dijo cuánto la quería, en tanto sus dedos acariciaban sus sienes y se deslizaban suaves por el terciopelo de sus mejillas.

—¿Te acuerdas de la tarde que nos conocimos en el monte Ulía? —Se dirigía, susurrante, a Ana— Te dije que de mayor tendrías muchos hijos y

nunca te sentirías sola. Ya tienes el primero. Es una niña preciosa.

—Tú dijiste que también los tendrías, pero que querías ser libre como el viento. Igual que los pájaros...

Fatigada, como si fuera ella la que hubiera parido, esperó la complicidad de la penumbra para salir al jardín y respirar la soledad y el aroma entremezclado de las flores. En una noche semejante, vivió su primer encuentro de amor con el hombre al que más quiso en su vida, y por si el encantamiento de entonces aún seguía impregnando el aire que respiraba, pronunció su nombre como un conjuro.— Gudiel. Silencio.— Gudiel. Repitió, apenas sin voz.— Si no vuelves en una noche tan hermosa como esta, es que ya te has olvidado de mí.— Le respondió la música lejana de las serenatas yucatecas que en un eco, llegaba del Parque de Los héroes de Santa Lucía. Concentró sus energías alrededor del corazón y el deseo, evocando las caricias del comandante guerrillero, estremecida como solía estarlo en sus brazos.— Aunque solo sea un instante, regresa, por favor.— Rogó, insistente. La oscuridad y el silencio se rompieron en clamores de metralletas, olor a pólvora y gritos de muerte. El dolor del hombro le laceró con tanta violencia, que sintió la sacudida igual que la noche en que la bala que mató a Gudiel, hirió su carne. Aconteció un tiempo mínimo de calma y la brisa cantó tenue, hasta que Martina, al fin, sintió la presencia invisible del indio quiché junto a ella. El olor de su cuerpo cubriendo y acariciando su piel.

—Gudiel, estás aquí ¿verdad?

—Aquí estoy, mi linda.

Le dolieron los ojos de tanto buscarlo en la oscuridad, y sus manos amasaron la brisa por ver si sus dedos podían tocar el cuerpo del hombre tan deseado.

—No puedo verte ni tocarte ¡y me gustaría tanto besar tus labios! —Se lamentó, desamparada por el vacío absoluto.

—A mí también, pero ya no es posible.

—Al fin te encontraron nuestros hermanos...

—Hace tiempo que cerraron mis ojos y me enterraron.

—¡Cómo deseo abrazarte y que me ames!

—No queda tiempo, mi pequeño kukul. Aproveché el influjo de la comadre de los comales y la bondad de mi nahual para llegarme un cachito, despedirme de vos y decirte que seguiré invocando a las divinidades para que el tuyo no te abandone nunca y continúe protegiéndote. Aún tenés que hacer mucho por nuestro pueblo.

—Yo no puedo tener un nahual, Gudiel —objetó con tristeza— ¿Has olvidado acaso que nací muy lejos de tu tierra y que no soy una mujer maya? —Aún sin verlo, adivinó una amplia sonrisa en el rostro cobrizo del guerrillero.

—Naciste lejos, es cierto y curiosamente también en tierra de árboles, pero ibas a ser la mujer de un indígena maya y las divinidades lo sabían. Vos estabá predestinada a mí como yo lo estaba a vos, aunque los dos lo ignorábamos. Los dioses fueron generosos y en tu primer día en Flores, cuando dormías, el águila, tu nahual, te visitó y se instaló en vos para protegerte ¿Recordás la sangre brotando de tu dedo? ¿Quién creés que te sacó de la selva Tikal? ¿Cuál la fuerza poderosa que, malherida, conmigo todavía en tus brazos, te rescató de los chafarotes y te puso al cuidado de los campesinos?

—Siempre me lo pregunté...

—Fue tu nahual el águila, mi linda garza.

Como le sucediera a Gudiel cuando presintió la muerte de Fabio, a Martina ahora le rodaban por las mejillas unas gruesas lágrimas de sangre.

—¿Qué me está ocurriendo, Gudiel?

—Vos sós uno de los nuestros y estás tomando conciencia de ello ahorita no más y eso, hija, te asusta.

—Pero yo vengo de un padre y una madre que nada tenían que ver con tus antepasados mayas. A Guatemala me trajeron la casualidad y mi propia locura.

—Su papá de usted le contó la historia del soldado junto al que se tendió a dormir para poder taparse con su cobija ¿Recordás? El hombre era de origen maya y nunca se separaba de su libro sagrado. Cuando al amanecer su papá comprobó que estaba muerto, vio que tenía un libro en su morral y no quiso dejarlo a merced del viento y de la lluvia. Se lo llevó con él y vos lo encontraste en su baúl forrado de papel verde y marrón, custodiado por sus “amigos” los ratones.

—¿Y qué hacía un guatemalteco en la guerra civil española? —El tono de su voz evidenciaba su escepticismo.

—Lo mismo que la india pocomchi en una aldea escondida de Sierra de las Minas. Ambos escribían la historia para que nosotros, vos y yo, pudiéramos vivirla y amarnos en ella.

Temblaba conmocionada por la revelación de Gudiel. Envuelta en el vértigo, empujada por intermitentes ráfagas de tiempo, contempló desfilando

por su memoria todos los momentos difíciles de su vida de los que, de forma inexplicable, había salido airosa y aquellos otros en los que se sentía invadida por extrañas premoniciones, luego confirmadas en acontecimientos excepcionales. Le acariciaron también las mañanas de los domingos oyendo cantar a su padre, imaginando paisajes creados para ella sola y en los que, con certeza, estuvo en una vida anterior. Evocó cada una de las emociones que experimentó el día en que conoció a Ana; recuperó los rostros infantiles de sus amigos del barrio y hasta el sabor del cigarrillo de anís que fumó aquella tarde de agosto; el espino blanco, la caña de maíz a modo de cimitarra, las lágrimas de Ana, la mirada azul de su madre... Quiso poseerlo todo como entonces y suplicó a Gudiel.

—Platica con tus dioses y ruégales que me dejen morir para irme contigo. Después de tu marcha definitiva, sé que me sentiré como si nada de lo ocurrido en mi vida hubiera sucedido. Como si lo mejor que me ha pasado en ella, no fuera más que un sueño desvanecido al despertar, y no podré soportarlo.

—No enojés a los dioses, mi hermosa canche. Cuando un ciclo se cierra y parece que ya nada merece ser vivido, conoces a otros seres y es otra vez la vida que empieza. Si la patoja de las trenzas te escuchara, seguro que se pondría muy triste y pasaría una gran pena por tu despego. Vos la hacés sufrir demasiado. La tenés a ella y tenés a la güira que acaba de nacer ¿Es que ya no querés a tu amiga?

—Más que nunca...

—¿Entonces?

—Tengo miedo.

—Lo que tenés que hacer es creceros y vencerlo. Vos está en la encrucijada del camino, mi amor, y el miedo no es buen compañero; oscurece los senderos y paraliza sus pies, impidiéndole la marcha. Solo desde la libertad, coartada ahora por el miedo que tenés, podrá vos asumir sus decisiones. De otra manera, lo lamentarás toda la vida. Dejá de volar un instante y detenete a contemplar tu corazón. Escuchá sus latidos y preguntale qué o quién precipita con más fuerza sus palpitaciones. Verás que es bueno para tu sosiego.

—Entonces ¿Debo dejar de volar y hacer mi nido?

—Verdá pués que no dije eso, Martina. Tu libertad nació de lo que vos siempre quisiste ser, sin ceder al chantaje del simple deseo y peleando por aquello que en realidad vos sabía que era lo que tenía que hacer. En eso

estriba la libertad y por eso es tan duro alcanzarla. Si ahora le digo a vos que se detenga y se contemple, es porque la siento confusa y, desde el aturdimiento, no es posible tomar decisiones acertadas ¿Lo entendés? —La chica, asintió con la cabeza.— Ahorita no más, mero me regreso.

—¿Tan pronto?

—Tan tarde ya, mi linda. No olvidés que te hablo desde la muerte y la certeza de que nunca más podré estar con vos, mi dulce amor. —La congoja que el hombre sentía por la separación, la depositó el viento en el corazón de Martina, que lloró todas las lágrimas acumuladas en su alma desde que por primera vez pisara la tierra de Guatemala.

—No podré sobrevivir sin la magia que proyectabas a tu alrededor...

—Sí podrá. Vos sós una elegida de los dioses. La vida en sí misma es magia y si se desvanece, todo se empequeñece a los ojos del hombre que pierde el interés y se obsesiona con la idea de la muerte. De ahora en adelante, sós vos la que tenés que crearla y transmitirla a los otros. Sin magia, ni usted ni yo nos habríamos conocido y amado.

El jardín se cubrió de luciérnagas y la brisa se espesó en los aromas de las flores. El silencio se adueñó de los seres y de sus sentimientos. Otra vez el tiempo inmóvil arropado por la noche, mientras la soledad total envolvía a Martina Baztarrika. Un barrilete de estrellas fugaces cruzó, iluminando, la oscuridad del cielo y entonces tuvo conciencia clara que debía seguir los destellos de la cometa y no hacer nido ni buscar anclaje por mucho que lo deseara.

Javier Iniesta murió la tarde del día siguiente. Solo en el jardín, en el rincón en que una hora antes Mercedes Castrillo colocó la silla de ruedas para que el sol le prestara el calor que su cuerpo ya no tenía; rodeado de los macizos de pensamientos, los jacarandás y las buganvillas. Justo cuando tuvo la certeza de haberse perpetuado en la sangre de una nueva vida que alentara sus mismos ideales o, al menos, se ocupara de conservar sus fotografías, sus libros, las medallas ganadas en campaña y el estricto sentido de la lealtad a las propias convicciones. Las mismas que le hicieron callar lo que sabía para no doler la existencia de la mujer que más había amado en su vida.

Epílogo

SAN SEBASTIÁN, EPOCA ACTUAL

Desde el balcón de la habitación del hotel, la bahía, de un intenso azul añil, se ofrecía magnífica a la mirada de quien la contemplaba. La isla de Santa Clara, verde y rocosa. La ladera de Igueldo con las villas escalonadas entre la gama de verdes tonalidades. Las gaviotas, pequeños balandros blancos de doble vela, navegando por el cielo limpio de nubes. Las casas del puerto reposando al abrigo de la vieja muralla, a los pies del monte Urgull. Los barcos enfilando la bocana... De la playa subía el rumor de los bañistas; los acordes de los instrumentos de los músicos callejeros; el ruido de la vida transitando por el paseo de la Concha, complacida en el bullicio del atardecer. En el interior de la habitación, la mirada ausente, Martina Baztarrika conservaba entre sus manos la pequeña caja de madera de cerezo pulido, que hasta el día anterior había contenido las cenizas de Ana Leza. Laura, escanció una copa y le ofreció otra, que rechazó con un movimiento mecánico de la cabeza. Sin decir nada, con extrema delicadeza, la chica retiró la caja de sus manos sin que la mujer opusiera resistencia. Mientras bebía, preguntó.

—Cómo te sientes?

Su respuesta fue apenas un doliente susurro.

—Como restos de marea en una playa desierta.

Guardaron silencio durante un tiempo que a Laura le pareció interminable. Al fin, se atrevió a romperlo con otra pregunta.

—¿Qué harás ahora? —Martina no respondió de inmediato. Se levantó en busca de su tabaco y despacio, encendió un cigarrillo. Los ojos siguieron con aparente interés la trayectoria del humo.

—No lo sé. Aún no lo he pensado. No puedo imaginar el reanudar una vida en solitario, cuando desde la niñez la he vivido con otra persona a la que he amado tanto.

—¿Cómo puedes hablar de toda una vida junto a mi madre? Que yo

sepa, el mayor tiempo que estuviste a su lado fue el primer año de mi existencia. Un mal día, desapareciste de Mérida sin molestarte en escribir una nota, ni hacer una llamada telefónica de vez en cuando. Tardamos años en volver a saber de ti. Para entonces, cansadas de esperarte, mi madre y yo habíamos regresado a Madrid y ella retomaba su trabajo en el hospital. A partir de ese nuevo encuentro tus visitas, aunque más frecuentes, eran tan breves que las imaginaba un sueño no vivido. Por la mañana, al despertar, lo hacía con la ilusión de encontrarte desayunando, instalada definitivamente entre nosotras, y con el miedo de que tu lugar en la mesa estuviera ya vacío. Cuando sucedía lo último, temía mirar a los ojos de mi madre porque ya no eran los mismos. Se quedaban apagados, sin vida, y yo sufría por verla así porque, aún siendo muy niña, era consciente de que mis caricias no tenían el valor de las tuyas y no podían consolarla. ¿Cómo es posible que no te des cuenta de que apenas estuvisteis juntas? Siempre viajando. Cuando no era en Guatemala, estabas en Mexico, en El Salvador, Honduras o Nicaragua, tratando de arreglar lo que ni ellos mismos podían o no querían solucionar.

—Era mi vida —Arguyó en tono de disculpa.

—Era tu egoísmo ¿Qué pasaba con la vida de mi madre? A ella la podías engañar con tus protestas de amor cada vez que volvías o te ponías en contacto con ella ¡Estaba tan ciega! Pero a mí no se me escapaba tu falta de interés. Tu afán por volar.

—Al nacer tú, me quedé un año en Mérida. Mucho más de lo que ella podía haber soñado.

—¡Cuanta generosidad! —Exclamó, rezumando ironía.

—No juzgues lo que ignoras, cariño. Tu madre aceptó las reglas del juego, y lo hizo porque me quería y sabía que yo no podía llevar otra vida distinta a la que las circunstancias me habían empujado. Un año sin separarme de su lado, fue mucho más de lo que yo misma imaginaba poder dar.

—¡Un año a cambio de hipotecar toda una vida! —Laura lanzó la mirada de su recuerdo hacia atrás, y evocó con más pena que amargura.— Sólo sabíamos de ti cuando tus fotografías merecían algún premio, exponías en Nueva York, en Amsterdam o en París, o por las noticias que nos daba Andrés Iriarte cuando mi madre, inquieta, le llamaba preguntando por tu paradero. Tardaste un año en enterarte de que la abuela Mercedes había muerto, porque no sabíamos dónde localizarte.

—Tu madre estuvo siempre en mí sin necesidad de tenerla a mi lado. Me

bastaba con sentirla. Abría los ojos y la encontraba conmigo donde quiera que me hallara. Vivía sobre todo en mi esperanza, de la misma manera que estaba en el recuerdo de mi más vieja memoria.

—¿Y nunca pensaste que eso a ella no le bastaba? ¿Alguna vez amaste realmente a mi madre?

—Sólo se ama lo que se admira o se quiere proteger por encima de cualquier otra cosa, y yo habría dado mi vida por ella.

—¿De verdad la admirabas? —Preguntó incrédula— La estrella siempre fuiste tú.

—Su recuerdo, desde niña, me obligó a superarme y aunque no lo creas, todo lo que he hecho en mi vida ha sido por ella. Ana se mezcló en mi sangre aquella tarde de agosto en el monte Ulía, y fue para siempre. Consiguió que me creyera importante porque al fin alguien me necesitaba y cambió mi vida ¡Cómo no iba a admirarla y cómo no iba a quererla!... ¡Por qué demonios tuvo que ir a Chiquimula y por qué tuvo que morir allí!

—Una ironía del destino. —Repuso con voz neutra, Laura.— Ya ves, tú siempre en las trincheras con todo un ejército y una banda de paramilitares pisándote los talones, sobreviviendo a inundaciones, terremotos y epidemias y, ella, en el fuego cruzado de una balacera casual entre un grupo de guatemaltecos ciegos de guaro, cae herida de muerte en medio de una carretera. Es evidente que en esta historia tú siempre tuviste más suerte.

Martina hizo caso omiso a sus palabras y repitió la pregunta que acababa de hacerse a sí misma, esta vez dirigida a Laura.

—¿Por qué estaba allí? ¿Iba a Esquipulas a que le bendijeran el carro?

—¡Dios mío! ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—Es que no la perdono el que se haya muerto... El que me haya dejado tan vacía. Tan vacía, que me da terror mirarme hacia dentro y no ver nada. Nunca antes había ido a Guatemala. Se negaba a pisar aquella tierra... ¡Por qué tuvo que ir a Chiquimula! —Se lamentó una vez más.

—Llevaba mucho tiempo sin verte, liada como estabas con lo de la Comisión de Esclarecimiento Histórico. Después hiciste una aparición tan breve que solo duró unas horas. Tenías que inaugurar una exposición de tus fotografías en Nueva York, y Ana confiaba en que la invitaras a viajar contigo. No lo hiciste, es obvio, y desapareciste sin dar señales de vida, prolongando tu silencio más allá de lo que en ti era habitual. Hasta temió que algún grupo faccioso te hubiera secuestrado y acabado contigo. Fue a la casa de Mérida, que conservaba solo por ti, con la esperanza de que estuvieras

camuflada en ella, como hacías otras veces cuando tenías que reflexionar, descansar tras alguna de tus movidas políticas o simplemente, esconderte. No te encontró y un amigo común le indicó que habías ido a pasar unos días con unos viejos camaradas que vivían en el departamento de Esquipulas, a donde ibas con frecuencia desde los tiempos en que allí se firmó el Acuerdo del Proceso de Paz para Centroamérica. Cuando llegó, acababas de salir para ciudad de Guatemala. De nuevo se puso en camino y en medio de la carretera, a la altura de Chiquimula, le sorprendió la refriega de los borrachos en la que murió.

Martina, escuchaba el relato de Laura llorando hacia adentro como lo hacía siempre. Pidió la copa que antes había rechazado.

—Me odias ¿Verdad?

Laura tuvo un sobresalto.

—Jamás he albergado ese sentimiento hacia ti. Te he querido y te quiero más de lo que puedes imaginar. Nunca has sabido cuánto has significado para mí. Tu olor lo percibía como un perro, nada más abrir la puerta de casa a la vuelta del colegio. Entonces, el estómago me daba un vuelco y el corazón me explotaba en una sensación mezcla de miedo y alegría. Habías vuelto como siempre, sin avisar. La casa se transformaba y se tornaba más cálida y luminosa. Tú me fascinabas y mi madre se convertía en una extraña. ¡Qué confrontación de sentimientos para una niña de ocho años! ¿Sabes que por un tiempo pensé que las mujeres podían ser padres y que tú, al no conocer a otro, eras el mío? Por ese motivo, cuando fui mayor preferí seguir ignorando quién era el hombre que me engendró.

—Tampoco yo quise saberlo. Así podía imaginar mejor que también eras mi hija.

—¿De verdad lo hiciste por eso?

—Sólo por eso.

—Lo llenabas todo Martina, y todo lo dejabas sin contenido cuando te ibas. No eran tus regalos, de los que habitualmente llegabas cargada. Era tu presencia. Tu voz relatando, una tras otra, historias que me parecían fantásticas. Te admiraba, te envidiaba y te quería aún a sabiendas de que eras la responsable de los silencios de mi madre; de su dolor y hasta de su alegría distinta y escondida si tú estabas cerca de ella. Eras el modelo de lo que quería ser cuando creciera. La encarnación de la aventura y el amor, porque — no sé si lo sabes— derramabas amor en cada uno de tus gestos, y en mi egoísmo de niña, me tranquilizaba pensar que si algo malo le sucedía a mi

madre, tú te quedarías conmigo y no te marcharías más.

—Dejarte a ti era una de las cosas que más me dolía cuando me iba. Esa era la causa de que casi nunca me despidiera de vosotras. Las despedidas, desde pequeña, son algo que no he podido soportar.

—Ya adulta, he llegado a pensar que tus escapadas tenían como motivo un hombre, o quizá, una mujer. De otra manera, no podía concebir tus ausencias. ¿Nunca más volviste a enamorarte?

—No. Desde que tu madre y yo nos reencontramos en Madrid, sentimentalmente ella llenó en plenitud mi vida.

Las dos mujeres volvieron a llenar sus copas.

—¿Qué haremos ahora con la casa de Mérida? —Preguntó Laura.

—Si no te importa, me gustaría conservarla. En ella encontré la pista de tu madre y hay muchas referencias de nuestra vida en común. Están también los recuerdos de los abuelos. Tus primeros tiempos de infancia. Algún día, cuando ya me sienta vieja, mucho más de lo que ya lo soy, me gustará regresar y morir en ella como lo hicieron Mercedes y el coronel.

—¿Cómo era mi abuelo?

Martina ignoraba que Laura conociera el lazo de sangre que la unía al militar republicano.

—Tú sabías... ¿Quién te lo dijo?

—Mi madre.

—¿Y a ella?

—Nadie. Lo dedujo por sus ojos. Por la mirada idéntica a la suya que a veces se abría paso en la confusión provocada por la hemiplejía. Emboscadas tras su enfermedad, había muchas cosas transparentes que perduraban en él, como correspondía a un hombre de su talla e integridad moral. En uno de sus días tristes a causa de tu ausencia, Ana me hizo confidencias. Una de ellas, la verdadera identidad del abuelo. Según me contó, el descubrimiento apenas la hirió, cauterizada como estaba por tu abandono en Madrid. Tu ausencia la decidió a viajar a Mérida y conocer a su madre.

Martina había vuelto a coger la caja que contuvieron las cenizas de Ana Leza, acariciándola con sus manos en un gesto inadvertido, como quien mece el alma tierna de un niño.

—¿Qué más sabes?

—¿Te refieres a si me reveló la identidad de mi padre? No. Ya te he dicho antes que la desconozco. Ni ella me lo habría dicho ni yo habría permitido que lo hiciera. Debe tratarse de una locura de familia, pero la figura

paterna la he asociado siempre contigo y nunca he querido que fuera de otra forma.

—Ahora ya has crecido y no me necesitas.

—¿Quién lo dice? Eres la única referencia que guardo de mi infancia y sabes lo que eso significa en la vida de cualquier ser humano. Quédate Martina, no hagas conmigo lo que hiciste con mi madre.

—Necesito mi libertad...

—¿Y dónde está tu libertad? Para ti solo ha sido una trampa que te ha impedido ser feliz y hacer feliz a quien debías. De manera absurda y en su nombre, renunciaste a quien más has amado en tu vida, Ana Leza, y con esa premisa, la libertad no existe.

—No me digas que no fui libre...

—No, reconócelo. Reconoce también que nunca fuiste tan desgraciada como cuando te encontrabas lejos de Ana. Ese fue el precio que tuviste que pagar por tu libertad. Yo me pregunto para qué la querías si no te daba la felicidad.

Martina, extendió su mano hacia la de Laura y la presionó con suavidad. — Es posible que tengas razón. Quizá nunca la alcancé a pesar de tanto buscarla y toda mi existencia haya sido un engaño creyendo que la poseía, pero la libertad es algo muy diferente a lo que imaginamos. Gudiel decía que el concepto de la libertad, consiste en que el individuo sea el resultado de lo que siempre ha querido ser y yo, al día de hoy, no cambiaría ni un solo renglón de los que han escrito mi existencia.

—Entonces...

—Hace unos minutos me sentía vacía por la ausencia de Ana. Vacía y vieja. Con los años que realmente tengo y que son demasiados. Pero tus palabras, sin pretenderlo, me han dado la clave de lo que he significado para vosotras siendo como soy. El cambiar ahora sería traicionarme a mí misma y a todos los que me habéis querido. Sin Ana, hasta me había olvidado de los consejos de Gudiel y al recordarlos de nuevo, ni puedo ni quiero perder el encanto de la magia de vivir.

Del paseo de la Concha subía, como una espiral de anunciadas ausencias, el murmullo apagado de los últimos bañistas. Se acababa la tarde y la voz de un joven cantante callejero, entonaba una vieja canción de Amancio Prada.

“Libre te quiero como arroyo que brinca de peña en peña/ pero no mía/ Pero no mía ni de Dios ni de nadie ni/ ni tuya siquiera...” Martina extendió sus manos hacia el tropel de figuras que le salían al encuentro: sus padres, Gudiel, Maurilia, el teniente Perujo, Fabio, Ana... Todos la esperaban en “Un lugar fascinante más allá de la mar. Atlas creado en libertad para ella sola. Cordilleras de América añoradas como algo que se ha amado y después perdido, recortadas en sucesivos y límpidos amaneceres que ya estaban fuera del tiempo” Una fuerza fácilmente reconocible la puso en pié. Sonrió a Laura y sin una palabra, abandonó la habitación. El batir de las alas de un pájaro perdiéndose en el azul del cielo, envolvió su pena y la llevó allá donde la añoranza quería dejar de serlo.

Traducción vocabulario

| | |
|-----------------------------|---------------------------------|
| AGUR..... | ADIOS, EN EUSKERA |
| AITA..... | PADRE, EN EUSKERA |
| AJUMAR..... | EMBORRACHAR |
| ALLI NOMASITO..... | MUY CERCA |
| AMA..... | MADRE, EN EUSKERA |
| AYOTE..... | CALABAZA |
| BABOSO..... | TONTO (INSULTO GRAVE) |
| BALAM..... | JAGUAR |
| BASTIMENTO..... | AVITUALLAMIENTO |
| BRINCON..... | PENDENCIERO |
| CANCHE..... | RUBIO O GRINGO |
| CANTINEAR..... | ENAMORAR |
| CLAVO..... | PROBLEMA (TENER...) |
| COBIJA..... | MANTA |
| COLMOYOTE..... | PARASITO DE LA PIEL |
| COYOTE DE LA MISMA LOM..... | DE IGUAL CONDICION |
| CONECTE..... | CONTACTO |
| CUQUE..... | SOLDADO |
| CHAMBEAR..... | TRABAJAR |
| CHANCE..... | SUERTE, OPORTUNIDAD |
| CHEPE..... | JOSE |
| CHICHES..... | PECHOS |
| CHIRIS..... | ESMIRRIADO |
| CHISPADA..... | PRECIPITADAMENTE |
| CHOMPINEAR..... | VAGABUNDEAR |
| CHONTE..... | POLICIA NACIONAL |
| CHUPAR..... | BEBER |
| EMBOLADO..... | BORRACHO |
| ENGANCHARSE..... | ENAMORARSE |
| FEDERICA..... | FEA |
| GUAJALOTE..... | PAVO |
| GÜIRO..... | NIÑO |
| HUIPIL..... | BLUSA |
| JUGAR LA VUELTA..... | ESQUIVAR EL ENCUENTRO |
| MECAPAL..... | APAREJO PRECOLOMBINO |
| MIJA..... | HIJA MIA |
| PATOJAS..... | NIÑAS |
| QUEREZA..... | LARVA DE CIERTA MOSCA SELVATICA |
| ROMPIDA..... | ROTA |
| SHOLA..... | CABEZA |
| SINDICADO..... | ACUSADO |

TAPANCO.....DESVAN, GRANERO
TOTOPOSTE.....TORTILLA DE MAIZ SECADA AL SOL
ULTIMADO.....ASESINADO

TITULO: COMO RESTOS DE MAREA

AUTOR: ALVARO ABANDA NOVILLO

DIRECCION: AVENIDA DE CARLOS I, 9 - 4º C

LOCALIDAD: SAN SEBASTIAN (GUIPUZCOA) ESPAÑA

TELEFONO: 943-46.19.48 / 607.166.108

CORREO ELECTRONICO: gloriaabanda.abanda@gmail.com